

LA LISTA PROHIBIDA



Koethi Zan

Lectulandia

Durante años, Sarah y Jennifer, dos amigas inseparables, elaboraron una lista de cosas que había que evitar a toda costa por motivos de seguridad. La llamaron la «Lista prohibida». Una noche, sin embargo, en contra de lo que les dictaba su instinto, subieron a un taxi. Y esa decisión cambiaría sus vidas para siempre. Secuestradas por un sádico, pasaron tres años encerradas junto a otras dos chicas en un sótano. Una década después, Sarah se esfuerza por retomar su vida y asumir el hecho de que su amiga Jennifer murió en aquel sótano. Su torturador podría salir en libertad condicional, y ya no puede seguir ignorando las siniestras cartas que le envía desde la cárcel. Ha llegado el momento de enfrentarse a sus traumas. Para ello, Sarah inicia una búsqueda que la llevará de un extremo a otro del país y la introducirá en el perverso mundo del sadomasoquismo y las sectas secretas... desvelando un misterio mucho más horrendo de lo que podía imaginar.

Lectulandia

Koethi Zan

La lista prohibida

ePub r1.0
turolero 05.10.15

Título original: *The Never List*
Koethi Zan, 2013
Traducción: Victoria Horrillo

Editor digital: turolero
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para E.E.B., que siempre creyó

«Los seres humanos son terribles... Lo aguantan todo».

De la película *Las amargas lágrimas de Petra von Kant*
Rainer Werner Fassbinder, director y guionista

1

Cuatro de nosotras estuvimos confinadas en el sótano los primeros treinta y dos meses y once días de nuestro cautiverio. Y luego, de golpe y sin previo aviso, fuimos tres. Aunque la cuarta chica llevaba varios meses sin hacer ningún ruido, la habitación quedó muy en silencio cuando se fue. Después, durante mucho tiempo, estuvimos sentadas sin decir nada, a oscuras, preguntándonos cuál de nosotras sería la siguiente en ocupar la caja.

Jennifer y yo, precisamente, no deberíamos haber acabado en aquel sótano. Nosotras menos que nadie. No éramos las típicas chicas de dieciocho años que se saltan todas las precauciones en cuanto las dejan sueltas por primera vez en un campus universitario. Nos tomábamos muy en serio nuestra libertad y poníamos tanto cuidado en controlarla que ya casi no existía. Sabíamos mejor que nadie lo que había allí fuera, en el ancho mundo, y no pensábamos dejarnos atrapar.

Habíamos pasado años estudiando y documentando metódicamente cada peligro que podía afectarnos en algún momento de nuestras vidas: avalanchas, enfermedades, terremotos, accidentes de circulación, sociópatas y animales salvajes. Todo lo malo que podía acecharnos más allá de nuestras ventanas. Creíamos que nuestra paranoia nos protegería. A fin de cuentas, ¿qué probabilidades había de que dos chicas tan versadas en desastres fueran presas de alguno de ellos?

Para nosotras no existía el destino. Era un término al que recurrías cuando no te habías preparado, cuando te descuidabas, cuando dejabas de prestar atención. Era la muletilla de los débiles.

Nuestra cautela, que a finales de la adolescencia rozaba ya lo maniático, había empezado seis años antes, cuando teníamos doce. Un día de enero de 1991, frío pero soleado, la madre de Jennifer nos llevó a casa en coche desde el colegio, como hacía un día sí y otro no. Ni siquiera recuerdo el accidente. Sólo recuerdo emerger lentamente hacia la luz al ritmo del monitor cardíaco, cuyo pitido constante y confortador reproducía el ritmo de mi pulso. Después, durante muchos días, me sentía a gusto y completamente a salvo cuando me despertaba, hasta el momento en que se me encogía el corazón y mi mente se ponía al día de lo ocurrido.

Jennifer me diría después que ella sí se acordaba con toda viveza del accidente. Su recuerdo era típicamente postraumático: un sueño brumoso y a cámara lenta, con luces y colores que se juntaban y se arremolinaban en una especie de fulgor operístico. Nos dijeron que teníamos suerte por haber resultado sólo heridas de gravedad y haber sobrevivido a la UCI, con su nebulosa sucesión de médicos, enfermeras, agujas y tubos, y a cuatro meses de rehabilitación en una desnuda habitación de hospital, con la CNN bramando de fondo. La madre de Jennifer no tuvo tanta suerte.

Nos pusieron en la misma habitación, aparentemente para que nos hiciéramos compañía durante la convalecencia y, como me dijo mi madre en voz baja, para que

yo ayudara a Jennifer a superar su pena. Pero yo sospechaba que había también otro motivo, y era que el padre de Jennifer, que estaba divorciado de su madre y era un borracho al que procurábamos evitar, se quitó un peso de encima cuando mis padres se ofrecieron a turnarse para estar con nosotras. En todo caso, a medida que nuestros cuerpos se curaban, nos fueron dejando cada vez más tiempo solas, y fue entonces cuando empezamos nuestros diarios, para pasar el rato, nos decíamos, aunque seguramente en el fondo las dos sabíamos que era, en realidad, para intentar convencernos de que ejercíamos cierto control sobre un universo injusto y bárbaro.

El primero fue una simple libretita sacada de la mesilla de noche del hospital con el membrete «Jones Memorial» impreso en letra románica mayúscula en la parte de arriba de las hojas. Pocas personas se habrían dado cuenta de que era un diario, lleno como estaba de listas de calamidades que veíamos por televisión. Tuvimos que pedirles a las enfermeras tres libretas más. Debieron de pensar que nos entreteníamos jugando al ahorcado o a las tres en raya. En cualquier caso, a nadie se le ocurrió cambiar de canal.

Cuando salimos del hospital, nos pusimos a trabajar en serio en nuestro proyecto. En la biblioteca del colegio encontramos anuarios, revistas médicas y hasta un libro de tablas actuariales de 1987. Reunimos datos, los pasamos al ordenador y los archivamos, rellenando línea tras línea con la cruda verdad acerca de la vulnerabilidad humana.

Los diarios se dividían en principio en ocho categorías básicas, pero al crecer fuimos descubriendo con horror que había muchas cosas peores que los ACCIDENTES DE AVIÓN, los ACCIDENTES DOMÉSTICOS y el CÁNCER. En medio de un silencio sepulcral y tras cuidadosa reflexión, estando sentadas en el poyete alegre y soleado de la ventana de mi luminosa habitación de la buhardilla, Jennifer escribió los nuevos encabezamientos con su rotulador de punta fina, en letra mayúscula de color negro: SECUESTRO, VIOLACIÓN y ASESINATO.

Las estadísticas nos reconfortaban tanto... A fin de cuentas, saber es poder, y nosotras sabíamos que teníamos una posibilidad entre dos millones de morir en un tornado; una entre 310 000 de morir en un accidente aéreo; y una entre medio millón de que nos matara un asteroide que chocara contra la Tierra. En nuestra rocambolesca noción de la probabilidad, el solo hecho de haber memorizado esta tabla infinita de cifras mejoraba nuestras posibilidades. Pensamiento mágico, lo llamarían más adelante nuestros terapeutas, el año después de que un día, al volver a casa, me encontrara nuestros diecisiete diarios amontonados sobre la mesa de la cocina y a mis padres allí sentados, esperando con lágrimas en los ojos.

Para entonces yo tenía dieciséis años y Jennifer se había venido a vivir con nosotros porque su padre estaba en la cárcel después de que lo pillaran por tercera vez conduciendo bebido. Cuando íbamos a visitarlo, tomábamos el autobús porque habíamos llegado a la conclusión de que era poco seguro conducir a esa edad. (Tardaríamos un año y medio más en sacarnos el permiso de conducir). A mí su padre

nunca me había gustado, y resultó que a ella tampoco. Ahora que lo pienso, no sé por qué íbamos a verlo, pero el caso es que íbamos como un reloj el primer sábado de cada mes.

Él prácticamente no hacía otra cosa que mirarla y llorar. A veces amagaba con empezar una frase, pero nunca llegaba muy lejos. Jennifer ni pestañeaba, se limitaba a mirarlo con la cara más inexpresiva que yo le he visto nunca, incluso cuando estábamos allí abajo, en aquel sótano. Nunca se hablaban, y yo me sentaba un poco apartada y me removía incómoda en la silla. De su padre era de lo único de lo que Jennifer no me hablaba nunca, ni una palabra, así que me limitaba a cogerla de la mano durante el trayecto de vuelta a casa, cada vez, mientras ella miraba en silencio por la ventanilla.

El verano antes de empezar los estudios en la Universidad de Ohio, nuestra angustia alcanzó un punto febril. Pronto dejaríamos mi habitación de la buhardilla, que compartíamos, para adentrarnos en la vastedad de lo desconocido: un campus universitario. Para prepararnos, hicimos la «Lista prohibida» y la colgamos detrás de la puerta de nuestro cuarto. Jennifer, que tenía insomnio, se levantaba a menudo de madrugada para añadirle algo: nunca ir a la biblioteca del campus sola de noche, nunca aparcar demasiado lejos de nuestro destino, nunca confiar en un desconocido con una rueda pinchada. Nunca, nunca, nunca.

Antes de marcharnos llenamos cuidadosamente un baúl con los tesoros que habíamos coleccionado a lo largo de los años, en Navidades y cumpleaños sucesivos: mascarillas, jabón antibacteriano, linternas, aerosol de pimienta. Elegimos una residencia en un edificio bajo para que, en caso de incendio, pudiéramos saltar fácilmente por la ventana. Estudiamos minuciosamente el plano del campus y llegamos con tres días de antelación para inspeccionar los caminos y las aceras y valorar en persona el alumbrado, la visibilidad y la cercanía de los espacios públicos.

Cuando llegamos a la residencia, Jennifer sacó sus herramientas antes incluso de que deshiciéramos las maletas. Hizo un agujero en un lateral del marco de nuestra ventana y yo metí en la madera unas varillas de metal pequeñas pero resistentes para que no pudiera abrirse desde fuera ni aunque el cristal estuviera roto. Guardábamos una escalerilla de cuerda junto a la ventana, además de un juego de alicates para sacar las varillas metálicas por si teníamos que escapar a toda prisa. Conseguimos un permiso especial del servicio de seguridad del campus para poner una cerradura en nuestra puerta. Como toque final, Jennifer colgó cuidadosamente la «Lista prohibida» en la pared, entre las dos camas, y contemplamos satisfechas nuestra habitación.

Puede que al final el universo nos jugara una mala pasada como castigo. O puede que los riesgos de vivir en el mundo exterior fueran sencillamente mayores de lo que habíamos calculado. Supongo, en cualquier caso, que nos salimos de nuestros propios límites al intentar llevar una vida universitaria aparentemente normal. La verdad era, lo pensé después, que sabíamos que era un error. Pero al mismo tiempo el atractivo de lo corriente resultó demasiado tentador. Íbamos a clase por separado, aunque

tuviéramos que ir cada una a una punta del campus. A veces nos quedábamos en la biblioteca hablando con nuestros amigos nuevos hasta mucho después de hacerse de noche. Incluso fuimos a un par de fiestas organizadas por la universidad. Como cualquier chica normal.

De hecho, cuando llevábamos sólo dos meses allí empecé a pensar que podíamos comenzar a vivir como el resto de la gente. Que quizá podíamos desprendernos de las preocupaciones de nuestra juventud y guardarlas a buen recaudo en cajas de cartón, en casa, igual que guardábamos otros recuerdos de la infancia. Pensé, lo que ahora me parece una traición de todo cuanto defendíamos, que tal vez nuestras obsesiones adolescentes eran sólo eso y que por fin estábamos madurando.

Por suerte nunca se lo dije a Jennifer ni mucho menos hice nada al respecto, de modo que, durante los días y las noches lúgubres que siguieron, pude perdonarme a medias el haberlo pensado. Éramos sólo un par de estudiantes que hacían lo que todos los estudiantes. Pero al menos podía consolarme pensando que habíamos seguido nuestros protocolos a rajatabla. Habíamos puesto en práctica, casi automáticamente, nuestras tácticas de defensa con precisión y contumacia militar. Cada día era un simulacro de seguridad constante. Cada actividad tenía su norma, su lista de comprobación estructurada en tres puntos y su plan de emergencia. Estábamos en guardia. Éramos precavidas.

Esa noche no fue distinta. Ya antes de llegar al campus nos habíamos informado de cuál de los servicios de taxis de la ciudad era el que tenía la menor tasa de accidentes y habíamos abierto una cuenta. Pedimos que nos pasaran el cobro directamente a nuestras tarjetas de crédito por si acaso algún día nos quedábamos sin efectivo o nos robaban la cartera. Después de todo, «No quedarse nunca tirada» era el punto número treinta y siete de la lista. Cuando llevábamos dos meses de curso, el tipo que atendía el teléfono ya reconocía nuestras voces. Sólo teníamos que darle la dirección de recogida y al poco rato un coche nos llevaba sanas y salvas hasta nuestro fortín en la residencia.

Esa noche fuimos a una fiesta privada fuera del campus. Fue la primera vez. A eso de las doce, cuando la cosa empezaba a ponerse interesante, decidimos que ya nos habíamos pasado suficiente de la raya. Llamamos al servicio de taxis y en tiempo récord llegó un destartado sedán negro. No notamos nada raro hasta que estuvimos dentro del coche con el cinturón de seguridad abrochado. Oía raro, pero no le di importancia: pensé que entraba dentro de lo que cabía esperar de una empresa de taxis local. Cuando llevábamos un par de minutos de trayecto, Jennifer se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi hombro.

Ese recuerdo, el último de nuestra otra vida, se conserva en mi memoria envuelto en un perfecto halo de paz. Estaba contenta. Encaraba la vida, una vida real, con ilusión. Estábamos iniciando otro capítulo. Íbamos a ser felices.

Yo también debí de quedarme dormida porque cuando abrí los ojos estábamos en el asiento de atrás totalmente a oscuras y el brillo tenue de las estrellas había

reemplazado a las luces de la ciudad. El sedán negro avanzaba velozmente por la carretera desierta, y allá delante sólo se distinguía un leve atisbo del horizonte. Aquel no era el camino a casa.

Al principio me entró el pánico. Entonces me acordé de la regla número siete de la «Lista prohibida»: «Nunca dejarse dominar por el pánico». Mentalmente, como en un fogonazo, recordé el día paso a paso intentando en vano descubrir cuál había sido nuestro error. Porque tenía que haber algún error. Aquel no era nuestro «destino».

Me di cuenta con amargura de que habíamos cometido la equivocación más básica y fundamental. Todas las madres enseñan a sus hijos la misma sencilla norma de seguridad, la más obvia de nuestra lista: no subir nunca a un coche. En nuestra soberbia, habíamos creído que podíamos saltárnosla sólo un poquito gracias a nuestra lógica, a nuestras pesquisas, a nuestras precauciones. Pero era innegable que habíamos prescindido por completo de aquella norma. Habíamos sido unas ingenuas. Creíamos que otras mentes no podían ser tan calculadoras como las nuestras. No contábamos con que nuestro enemigo fuera la verdadera maldad y no la ciega probabilidad estadística.

Allí, en el coche, respiré hondo tres veces y durante un rato miré con tristeza la dulce cara dormida de Jennifer. Comprendí enseguida que, por segunda vez en su corta existencia, al despertar se encontraría con que su vida había sido completamente transformada. Por fin, llena de miedo, agarré su hombro y la zarandeeé suavemente. Al principio me miró soñolienta. Me acerqué el dedo a los labios mientras sus ojos se enfocaban y comenzaba a cobrar conciencia de nuestra situación. Cuando vi aflorar una expresión de miedo y comprensión en su rostro, gemí casi audiblemente, pero me tapé la boca con la mano para ahogar el sonido. Jennifer había pasado por muchas cosas, había sufrido demasiado. No podría superar aquello sin mí. Tenía que ser fuerte.

No hicimos ningún ruido. Estábamos entrenadas para no actuar impulsivamente en caso de emergencia. Y estaba claro que aquello era una emergencia.

Veíamos muy poco de nuestro secuestrador por la gruesa mampara de plástico traslúcido que nos separaba de él: pelo castaño oscuro, chaqueta de lana negra, unas manos grandes sobre el volante. En el lazo izquierdo del cuello, oculto en parte por la chaqueta, tenía un tatuaje pequeño que no alcancé a distinguir en la oscuridad. Me estremecí. El espejo retrovisor estaba colocado de tal modo que no veíamos casi nada de su cara.

Con todo el sigilo que pudimos, comprobamos los tiradores de las puertas. El seguro estaba echado. Los elevallunas tampoco funcionaban. Estábamos atrapadas.

Jennifer se agachó lentamente y recogió su bolso del suelo. Sin dejar de mirarme, rebuscó dentro en silencio. Sacó su aerosol de pimienta. Meneé la cabeza, consciente de que no nos servía de nada en aquel espacio hermético. Aun así, tenerlo nos hizo sentirnos más seguras.

Yo también hurgué en mi bolso, que tenía a los pies. Encontré un bote idéntico y

una pequeña alarma de mano con botón antipánico. Tendríamos que esperar aterrorizadas, en silencio, sujetando con manos temblorosas nuestros aerosoles de pimienta, la frente sudorosa a pesar del frío de octubre que hacía fuera.

Inspeccioné con la mirada el interior del coche intentando idear un plan. Y entonces me di cuenta. En mi lado del coche, la mampara tenía unas pequeñas rendijas de ventilación que estaban abiertas, pero las del lado de Jennifer estaban conectadas a un aparato de fabricación casera hecho de goma y metal: varias válvulas unidas a un tubo que desaparecía de nuestra vista perdiéndose en el suelo delantero del coche. Me quedé muy quieta, mirando pasmada el complejo mecanismo. Tenía la mente acelerada, pero por un instante fui incapaz de formular un solo pensamiento coherente. Finalmente lo entendí.

—Va a drogarnos —le dije a Jennifer en voz baja.

Miré con tristeza el aerosol de pimienta que tenía en la mano, sabiendo que nunca llegaría a usarlo. Lo acaricié casi con amor y luego lo dejé caer al suelo y me quedé mirando fijamente aquel lugar por el que de un momento a otro llegaría nuestro destino fatal. Jennifer siguió mi mirada y comprendió al instante lo que significaba aquello. No había esperanza.

Él debió de oírme hablar porque unos segundos después un suave siseo nos anunció que estábamos a punto de sentir mucho sueño. Las rejillas de ventilación de mi lado se cerraron. Jennifer y yo nos cogimos de la mano con fuerza y con la otra mano nos agarramos a los lados del asiento de piel sintética mientras el mundo se iba apagando a nuestro alrededor.

Cuando volví en mí, estaba en el sótano oscuro que iba a ser mi hogar durante más de tres años. Todavía bajo los efectos de las drogas, fui despertando poco a poco e intenté centrar la mirada en el océano de grisura que se mecía ante mis ojos. Por fin conseguí enfocarlos, pero tuve que cerrarlos con fuerza para frenar el pánico que amenazaba con apoderarse de mí. Esperé diez segundos, veinte, treinta, y los abrí otra vez. Miré mi cuerpo. Estaba desnuda y encadenada a la pared por el tobillo. Un escalofrío me corrió por la espina dorsal, y se me revolvió violentamente el estómago.

No estaba sola. Había otras dos chicas allí, esqueléticas, desnudas y encadenadas a las paredes. Delante de nosotras estaba la caja. Era un sencillo cajón de embalaje de madera, aproximadamente de metro y medio de largo por uno veinte de alto. Estaba colocado de tal manera que desde mi sitio no se veía su abertura, así que no pude distinguir cómo se cerraba. Una bombilla mortecina colgaba del techo, sobre nosotras. Se mecía ligeramente.

Jennifer no estaba por ninguna parte.

2

Trece años después, cualquiera que no me conociera (y, francamente, nadie me conocía) podía pensar que llevaba la vida de ensueño de una chica soltera en Nueva York. Que al final todo había salido bien. Que lo había superado. Que había sobrevivido al trauma.

Incluso todo aquel esfuerzo de adolescencia estudiando probabilidades había dado su fruto y ahora trabajaba como actuaria en una empresa de seguros de vida, un empleo estable, aunque no muy glamuroso. Me parecía lógico en cierto modo trabajar para una empresa que se dedicaba a hacer apuestas sobre la muerte y los desastres. Y además me dejaban trabajar desde casa. Prácticamente el paraíso.

Mis padres no entendían por qué me había mudado a Nueva York tan pronto, mientras todavía estaba recuperándome y sobre todo teniendo en cuenta mis miedos. No entendían que me sentía mucho más segura sabiendo que más allá de mi puerta había a todas horas una multitud ingente. En Nueva York, intenté explicarles, siempre hay alguien que te oye gritar. Y mejor aún era vivir en un edificio con portero, una ventaja maravillosa en una ciudad que nunca dormía. Allí estaba yo, en el Upper West Side de Manhattan, rodeada por millones de personas sin que ninguna de ellas pudiera llegar hasta mí si yo no quería.

Bob, el portero, llamaba por el intercomunicador y sabía que, si yo no contestaba, era porque no quería ver a nadie, pasara lo que pasase. Me traía personalmente la comida que yo encargaba por teléfono, porque se compadecía de la loca del 11 G y porque en fiestas le daba el triple de propina de lo que le daban los demás. De hecho, podía quedarme en casa todo el día, toda la semana, y encargarme que me trajeran la comida y que me hicieran todos los recados. Tenía una potente conexión *wifi* y había contratado un servicio *premium* de televisión por cable. No había nada que no pudiera hacer desde la intimidad del apartamento de tres habitaciones que había comprado con ayuda de mis padres.

Los primeros años habían sido una locura en sentido literal y figurado, pero gracias a mis cinco sesiones semanales con la doctora Simmons, la terapeuta que nos habían asignado, pude regresar a la universidad, conseguir trabajo y desenvolverme pasablemente en el mundo real. Pero con el paso del tiempo, al estancarse la relación con mi psiquiatra, descubrí que podía avanzar sólo hasta cierto punto.

Después empecé a retroceder. A atrincherarme de nuevo. Despacio, imperceptiblemente. Hasta que llegó un momento en que cada vez me costaba más salir de mi apartamento. Prefería quedarme sencillamente a salvo en mi crisálida, en medio de un mundo que me parecía fuera de control. Un mundo cuyas perversidades me hacían más mella cada día, a medida que las documentaba sirviéndome de programas informáticos cada vez más sofisticados.

Luego, un día, sonó el timbre y Bob dijo que no era una entrega, sino un hombre de carne y hueso. Alguien de mi pasado. No debería haberle dejado subir, pero sentía

que le debía al menos eso a aquella persona en especial. Así fue como empezó todo otra vez.

—Caroline —dijo el agente McCordy tocando a mi puerta mientras, al otro lado, yo permanecía clavada en el sitio.

Hacía dos años que no hablaba con él, desde que llegó la última carta, y no estaba preparada para recibir noticias de aquella otra vida.

Fue al llegar esa última carta de la prisión cuando dejé de salir por completo de casa. El solo hecho de tocar algo que él había tocado, de leer algo que había pensado, bastó para arrojarme de nuevo a aquel círculo de miedo y desesperación que creía haber dejado atrás. En aquel momento la doctora Simmons comenzó a atenderme en casa. Después, durante el primer mes, aunque ella no lo dijera yo sabía que me mantenía vigilada como si estuviera casi al borde del suicidio. Vino mi madre. Mi padre llamaba todas las noches. Me sentí invadida. Y allí estaba, empezando todo de nuevo otra vez.

—Caroline, ¿puedes abrir?

—Sarah —le corregí a través de la puerta, molesta por que estuviera siguiendo el protocolo, usando aquel otro nombre, el que yo reservaba para el mundo exterior.

—Perdona. Sarah, quería decir. ¿Puedes dejarme entrar?

—¿Traes otra carta?

—Necesito hablar contigo sobre un asunto más importante, Caro... Sarah. Sé que la doctora Simmons ya te ha hablado un poco de ello. Me ha dicho que podía pasarme por aquí.

—No quiero hablar de eso. No estoy preparada.

Me quedé callada, pero luego, con la sensación de que era inevitable, descorrí metódicamente los tres cerrojos y la cerradura de la puerta. La abrí despacio. Allí estaba él, con la insignia en la mano, bien abierta para que yo la viera. Sabía que querría confirmar que seguía perteneciendo a la policía. Eso me hizo sonreír. Luego crucé los brazos a la defensiva, se borró mi sonrisa y di un paso atrás.

—¿Por qué tengo que ser yo?

Di media vuelta y me siguió al interior de la habitación. Nos sentamos el uno frente al otro, pero no le ofrecí nada de beber por miedo a que se pusiera cómodo y se quedara un rato. Miró a su alrededor.

—Impecable —dijo con una lenta sonrisa—. No has cambiado nada, Sarah.

Sacó su cuaderno y su bolígrafo y los colocó con cuidado sobre la mesa baja, en un perfecto ángulo de noventa grados.

—Tú tampoco —contesté, fijándome en su precisión.

Sonreí otra vez, a mi pesar.

—Ya sabes por qué tienes que ser tú —comenzó a decir lentamente—. Y también sabes por qué tiene que ser ahora. Ha llegado el momento.

—¿Cuándo es?

—Dentro de cuatro meses. He venido con tiempo para prepararte. Podemos

hacerlo juntos. Te acompañaremos cada paso del camino. No estarás sola.

—Pero ¿y Christine? ¿Y Tracy?

—Christine no quiere hablar con nosotros. Tampoco quiere hablar con su trabajadora social. Se ha desvinculado por completo. Está casada con un agente financiero que no sabe nada de su pasado, ni siquiera sabe su verdadero nombre. Tiene un apartamento en Park Avenue y dos hijas. Una ha empezado preescolar este año en el Colegio Episcopal. No quiere saber nada de este asunto.

Yo tenía una vaga idea de la vida que llevaba Christine, pero me costaba creer que hubiera logrado cercenar tan radicalmente aquella experiencia, aislarla y extirparla como el cáncer que era.

No debería haberme extrañado teniendo en cuenta que fue ella quien propuso que cambiáramos de identidad cuando vimos que el interés de la prensa por nuestra historia no remitía. Salió de la comisaría con paso decidido, como si no hubiera pasado dos años muerta de hambre y tres llorando encogida en un rincón. No miró atrás. No se despidió de Tracy ni de mí, no se derrumbó como hizo Tracy, no bajó la cabeza derrotada, vapuleada por años de humillación y dolor. Sencillamente echó a andar.

Después de aquello sólo supimos de ella a grandes rasgos por la trabajadora social que nos visitaba a todas y que cada año intentaba convencernos de que nos reuniéramos con la cuestionable teoría de que podíamos ayudarnos mutuamente a recuperarnos. Christine respondía invariablemente que ella ya se había recuperado, gracias y adiós.

—Tracy, entonces.

—Tracy va a venir, pero tienes que entender que no puede ser ella sola.

—¿Por qué no? Es una persona equilibrada, inteligente, elocuente... Hasta podría considerársela una especie de pequeña empresaria. ¿No es lo suficientemente formal?

Él se rio.

—Supongo que es un miembro productivo de la sociedad, pero no es precisamente la tendera de la esquina. Más bien, la militante feminista radical de la esquina. Y como ese fanzine que publica se centra en la violencia contra las mujeres, podría parecer que la mueven sus propios intereses.

»Y sí —añadió—, es elocuente. Más le vale, después de tantos años en la universidad. Pero en estas circunstancias seguramente tomaría una postura ofensiva. No inspira precisamente la lástima que queremos que sienta la junta de evaluación penitenciaria. Eso por no hablar de que lleva la cabeza afeitada y cuarenta y un tatuajes.

—¿Cómo...?

—Se lo pregunté. No los he contado. —Hizo una pausa—. Carol...

—¡Sarah!

—Sarah, ¿cuándo fue la última vez que saliste de este apartamento?

—¿Qué quieres decir? —Volví la cara. Recorrí con la mirada aquella joya de

antes de la guerra, toda bañada de blanco, como si en cierto modo compartiera mi mala conciencia. Un pequeño paraíso hecho por mí—. Es tan bonito... ¿Por qué iba a querer salir?

—Tú sabes lo que quiero decir. ¿Cuándo fue la última vez que saliste a la calle? Para ir a cualquier parte. Para dar una vuelta por el barrio. Para tomar el aire. Para hacer ejercicio.

—Abro las ventanas. A veces. Y hago ejercicio. Ya sabes, aquí.

Miré a mi alrededor. Todas las ventanas estaban cerradas y aseguradas, a pesar de que fuera hacía un precioso día de primavera.

—¿Lo sabe la doctora Simmons?

—Sí, lo sabe. Dice que no quiere «empujarme más allá de mis propios límites», o algo parecido. Descuida, la doctora Simmons está al tanto de todo. Sabe mi número. Y mis datos, por llamarlos de alguna forma: TOC, agorafobia, hafefobia, síndrome de estrés postraumático... Sigo viéndola tres veces por semana. Sí, la veo aquí, en este apartamento, no me mires así. Pero soy una persona respetable, con un trabajo estable y una casa preciosa, ¿sabes? Estoy bien. Podría ser mucho peor.

Jim se quedó mirándome un minuto compasivamente. Aparté la mirada, un poco avergonzada de mí misma por primera vez desde hacía tiempo. Cuando volvió a hablar, su tono sonó serio de nuevo:

—Sarah —dijo—, hay otra carta.

—Mándamela —contesté con una vehemencia que nos sorprendió a los dos.

—La doctora Simmons no está segura de que sea buena idea. No quería que te lo dijera.

—Es mía. Va dirigida a mí, ¿no? Así que tienes que enviármela. ¿No es lo que manda la ley federal?

Me levanté y empecé a pasearme por la habitación mordiéndome la uña del pulgar.

—Ni siquiera tiene sentido —comenzó a decir él—. Son divagaciones tuyas otra vez. Sobre su esposa, principalmente.

—No dudo de que sea absurda. Todas lo son. Pero algún día se descuidará y habrá alguna pista. Me dirá dónde está el cuerpo. No literalmente, pero se le escapará algo, algo que me diga dónde buscar.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Cómo la buscarías? Ni siquiera sales del apartamento. Ni siquiera quieres testificar en la vista para decidir si le dan la condicional.

—Pero ¿qué clase de loca se casa con un tipo así, de todos modos? —dije, haciendo oídos sordos mientras apretaba el paso—. ¿Quiénes son esas mujeres que escriben cartas a presidiarios? ¿Es que en el fondo quieren que las encadenen, que las torturen y las asesinen? ¿Quieren acercarse lo bastante al fuego para abrasarse?

—Bueno, por lo visto le dieron su nombre en la parroquia. Lo organizaron todo ellos, como una especie de misión piadosa. Según dicen él y su abogado, la cosa funcionó. Según ellos, es un verdadero creyente.

—¿Y tú te lo crees?

Meneó la cabeza mientras yo añadía:

—Estoy segura de que ella será la primera en lamentarlo cuando él salga de la cárcel.

Rodeé el sofá, me senté y apoyé la cabeza en las manos. Suspiré.

—Ni siquiera puedo apiadarme de esa persona. Menuda idiota.

En circunstancias normales, estoy segura de que Jim me habría palmeado el hombro, o quizás incluso me habría enlazado con el brazo. Gestos de consuelo normales. Pero sabía que no debía hacerlo. Se quedó donde estaba.

—Verás, Sarah, tú no te crees que haya sufrido una conversión religiosa, ni yo tampoco. Pero ¿y si la junta de evaluación sí se lo cree? ¿Y si ese tipo sólo cumple diez años por teneros a todas encerradas y... matar a una de vosotras? Diez años. ¿Te parece suficiente? ¿Es suficiente por lo que te hizo?

Me aparté de él para que no viera que se me estaban saltando las lágrimas.

—Sigue siendo dueño de la casa —añadió—. Si sale, se irá derecho a ella. A esa casa. Dentro de cuatro meses. Con su mujercita baptista del Sur a la zaga.

Jim se removió en su asiento y se inclinó hacia delante, cambiando de táctica.

—Tu mejor amiga, Sarah. Tu mejor amiga. Hazlo por Jennifer.

Yo ya no podía impedir que las compuertas se desbordaran. No quería que me viera llorar, así que me puse de pie y me fui rápidamente a la cocina para beber un poco de agua. Tuve el grifo abierto un minuto entero mientras me reponía. Me agarré con tanta fuerza al borde del fregadero que mis nudillos se veían tan blancos como la fría porcelana de debajo de mis dedos. Cuando volví, Jim estaba levantándose para marcharse. Recogió despacio sus cosas y las guardó una por una en su maletín.

—Siento presionarte, Sarah. A la doctora Simmons no va a gustarle, pero necesitamos que declares como víctima. Sin ti, me preocupa la vista. Sé que te fallamos. Yo te fallé. Sé que la acusación de secuestro era insuficiente teniendo en cuenta todo lo que hizo. Al final no encontramos pruebas para acusarlo de asesinato. Sin cadáver y con pruebas de ADN que estaban... contaminadas... Pero tenemos que asegurarnos de que cumple al menos toda la condena. No podemos correr ningún riesgo en ese sentido.

—No fue culpa tuya. Fue el labo... —comencé a decir.

—Era mi caso, así que fue culpa mía. Y créeme, he estado pagándolo desde entonces. Vamos a pasar por esto de una vez y a dejarlo atrás.

Para él era fácil decirlo. Yo estaba segura de que eso era justamente lo que quería: dejar atrás aquel embrollo. El mayor error de su carrera. Para mí era un poco más difícil.

Levantó su tarjeta, pero la rehusé con un gesto. Tenía su número.

—Te ayudaré a prepararte aquí, en tu apartamento. Donde tú quieras. Te necesitamos.

—¿Y Tracy también irá?

—Sí, iré, pero...

Miró hacia la ventana, avergonzado.

—Pero ha puesto como condición no tener que verme, ni hablarme, ni quedarse a solas conmigo, ¿verdad?

Jim titubeó. No quería decirlo, pero se lo noté de todos modos.

—Puedes decirlo, Jim. Sé que me odia. Dilo.

—Sí, ha puesto esa condición.

—De acuerdo. De acuerdo, me lo pensaré, no simplemente «de acuerdo».

—Gracias, Sarah. —Sacó un sobre abierto de su cuaderno y lo dejó sobre la mesa —. La carta. Tienes razón, es tuya. Aquí la tienes. Pero, por favor, habla con la doctora Simmons antes de leerla.

Se acercó a la puerta. Sabía que no debía intentar estrecharme la mano. Se despidió de mí agitando rápidamente la suya desde el otro lado de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido al salir. Luego se quedó un momento fuera, esperando a que corriera los cerrojos. Cuando oyó el último *clic*, se marchó. Me conocía bien.

3

Pasé tres días sola en el apartamento con la carta. La puse en el centro de la mesa del comedor y di vueltas y más vueltas a su alrededor durante horas, pensando. Sabía que iba a leerla, claro. Sabía que era el único modo de aproximarme a la verdad. Tenía que encontrar el cuerpo de Jennifer. Era lo menos que podía hacer por ella, y por mí misma. Mientras contemplaba aquella carta a solas con mi miedo, me imaginaba a Jennifer mirándome con sus ojos vacíos, suplicándome en silencio «encuétrame».

Diez años atrás, el FBI había asignado a sus mejores hombres al caso. Lo interrogaron durante horas, pero no les dio ninguna pista. Eso podría habérselo dicho yo. Era frío y metódico y (yo lo sabía) no le daban ningún miedo los castigos que pudieran imponerle. Nadie podía hacerle reaccionar.

Se trataba de un hombre que había engañado a la administración de la Universidad de Oregón durante más de veinte años. Se me había quedado grabada su imagen delante del atril mientras sus alumnos escribían ávidamente cada palabra que decía. Eso debía de encantarle. Me imaginaba perfectamente a sus becarias sentadas muy cerca de él, a solas en aquel despachito sofocante que más tarde visité con el fiscal.

Cuando desapareció Christine, nadie se acordaba siquiera de que había sido una de sus alumnas favoritas. El bueno del profesor Jack Derber. Qué tipo tan genial, un profesor brillante y maravilloso. Se había fabricado una vida estupenda, y hasta tenía una casita en las montañas, no muy lejos, que había heredado de sus padres adoptivos. Nadie sabía que tenía un sótano tan espacioso. Sus padres lo habían usado para guardar las conservas y los encurtidos. Jack, no.

Salí con esfuerzo de mi ensoñación. Estaba aquí. A salvo en mi apartamento, mirando su carta. Había memorizado prácticamente cada arruga del papel, la suave línea de la rasgadura, de cuando el técnico del laboratorio la había abierto con algún instrumento afilado. La costura era impecable. A Derber le habría gustado verla. Siempre le habían gustado los cortes limpios.

Yo sabía que habían estudiado cuidadosamente el contenido de la carta, pero sabía también que dentro habría algo que sólo yo podía entender. Era así como funcionaba Derber, por encima de todo lo demás. Buscaba esa relación personal. Muy profunda y muy personal. Se metía dentro de tu mente, se colaba en ella como una serpiente venenosa deslizándose por un hoyo en el desierto, y luego se revolvía allí dentro hasta ponerse del todo cómodo, como si estuviera en su casa. Había sido difícil resistirse a él cuando la debilidad física hacía que recurrieras a tu agresor como si de un salvador se tratara. Y más difícil aún había sido rechazarlo cuando, tras arrebatártelo todo quizá para siempre, repartía las únicas cosas que necesitabas para sostenerte: comida, agua, higiene, la menor señal de afecto. Una pequeña palabra de consuelo. Un beso en la oscuridad.

El cautiverio te trastorna. Te enseña hasta qué punto puedes convertirte en un vil

animal. Que eres capaz de hacer cualquier cosa por mantenerte con vida y sufrir un poco menos que el día anterior.

Así que sentía miedo cuando miraba la carta y me acordaba del control que había ejercido sobre mí y que en ciertos aspectos tal vez ejerciera siempre si surgía la oportunidad. Me daba miedo que aquel sobre pudiera contener palabras tan poderosas que me retrotrajeran a aquel lugar.

Pero sabía que no podía traicionar a Jennifer otra vez. No moriría dejando que su cuerpo se hundiera más y más en la tierra, solo, allí donde él lo había enterrado.

Ahora podía ser fuerte. Me recordé que ya no estaba muerta de hambre, torturada, desnuda, privada de luz y de aire y de contacto humano normal. Bueno, quizá de contacto humano normal sí, pero por elección propia.

Y a fin de cuentas ahora tenía a Bob, el portero del edificio, y una ciudad entera de salvadores allá fuera, sombras difusas que, muy por debajo de mi ventana, en Broadway, compraban, reían y hablaban sin saber que once pisos más arriba un drama que duraba ya diez años se estaba desplegando en mi mesa de comedor. Yo contra yo, *mano a mano*.^[1]

Cogí el sobre y saqué la hoja de papel. Derber había apretado tanto el bolígrafo que noté el relieve de las letras en el dorso como si estuviera escrita en braille. Letras afiladas. Nada curvo, nada suave.

Sólo hacía unos días que Jennifer ya no estaba en el sótano cuando él empezó a provocarme. Al principio me atreví a tener esperanzas. Quizá Jennifer había conseguido escapar y nos mandaría ayuda. Me pasaba horas imaginando cómo se había liberado, que estaba al otro lado de las paredes del sótano, con la policía rodeando la casa con las armas desenfundadas. Sabía que era muy improbable teniendo en cuenta que apenas tenía fuerzas para subir las escaleras cuando él la sacó de la caja aquella última vez, con la cabeza tapada y los brazos encadenados. Aun así yo abrigaba esperanzas.

Él dejó que me hiciera ilusiones durante un tiempo. Luego, poco a poco, me fui dando cuenta de cuál era su estrategia. Empezó por sonreírme cuando bajaba a traernos comida o agua. Como si compartiéramos un secreto. Cada día me daba una ración extra, como si estuviera cuidándome para que me recuperara, como recompensa por algo. Christine y Tracy empezaron a mirarme con desconfianza. Cuando hablaban, lo hacían con cautela.

Al principio sentí asco, pero al final aquella nueva forma de tortura sirvió como germen de la idea que acabaría por salvarme.

Después de casi dos meses, con un rasgo de lo que en su retorcida visión del mundo podía pasar por compasión, me dijo que Jennifer estaba muerta. Casi no podía creer el vacío que sentí dentro de mí en ese instante, como si un paño negro hubiera caído sobre el diorama de nuestro sótano. A pesar de que hacía casi tres años que Jennifer no decía una palabra y de que durante el último año no pude verle la cara por culpa de la eterna capucha negra, su presencia había definido mi existencia cotidiana.

Estaba allí, silenciosa como una deidad.

Cuando Tracy estaba arriba y Christine dormía, podía susurrarle a Jennifer sin peligro de que me oyeran. Oraciones, súplicas, pensamientos, recuerdos de nuestra vida que se arremolinaban en la oscuridad y volaban hacia ella, mi silenciosa diosa de la caja. Su sufrimiento era mucho mayor que el mío. Quizás eso fue lo que me dio fuerzas para seguir luchando y, de hecho, para mantenerme viva.

Ver mi cara de dolor cuando me dijo que estaba muerta produjo en él un placer exquisito. Yo intenté disimularlo. Durante tres años había conseguido utilizar mi amor por ella como un elemento de mi castigo cotidiano. En las raras ocasiones en que intenté resistirme, cuando ni siquiera el dolor podía doblegarme, él sabía que lo único que tenía que hacer era amenazarme con hacerle aún más daño del que le había hecho ya. Supongo que lo mismo le hacía a ella, aunque yo no lo sabía porque, después de aquella primera noche, no volvimos a hablar nunca más. La mantenía atada y amordazada en aquella caja. Durante aquellos primeros días, sólo nos comunicábamos mediante un código rudimentario que Jennifer tamborileaba en las paredes de la caja. Bastaron sólo unos meses para que el tamborileo cesara por completo.

Naturalmente, mi dolor por Jennifer no terminó con su muerte. Él se aseguró de ello. Le gustaba contarme que a veces la desenterraba para mirarla. Había estado tan guapa muerta que quería verla otra vez, aunque tardara horas en desenterrar su cadáver. Le encantaba decirme que, al matarla, había tenido mucho cuidado de no dañar su preciosa cara, que expresaba con más elocuencia que cualquier otro rostro el terror y la soledad del cautiverio. Su fragilidad, esa vulnerabilidad que la hacía única, la convertía en su verdadera favorita. Por eso, decía, la eligió para la caja.

Y ahora heme aquí, con esta carta en la mano. Tocando lo que él había tocado, leyendo lo que había escrito. Alisé la hoja sobre la mesa, delante de mí, y me preparé para resistir la fuerza de sus palabras.

Queridísima Sarah:

Ojalá pudieras entender el secreto tan bien como yo. Si hubieras leído en la biblioteca ese hermoso pasaje, garabateado a oscuras en la imaginación.

En las orillas del lago, en la tierra llana y baja cerca del océano, el peligro acechó durante mucho tiempo, sigiloso, esperando, y luego atacó. Ojalá fueras lo bastante valiente para despojarte de tus ropajes y adentrarte conmigo en el sagrado mar donde no hay debilidad, ni pena, ni aflicción.

Sylvia puede ayudarte. Ella puede enseñarte el camino. Ha visto los recovecos más íntimos de mi corazón. Le he mostrado los paisajes y las vistas de mi pasado, todos ellos. Y me ha perdonado. Me ha abierto los ojos y me ha cegado para el mal. Es un ángel compasivo, una vela en la oscuridad que llena mi corazón no con vergüenza, sino con esperanzas de redención.

Pronto (lo presiento) volveremos a reunirnos. Vendré a por ti y juntos caminaremos por el valle de la muerte, ilesos.

Como los apóstoles, hemos de aprender. Debemos sentarnos a los pies del Maestro y aprender. Tú sólo escuchas las enseñanzas, Sarah. Lee las enseñanzas. Estudia las enseñanzas.

*Amor fati,
Jack*

Leí la carta despacio, cinco veces, intentando descubrir su significado oculto. Lo único que estaba claro era que, si lo dejaban salir de la cárcel, vendría a por mí.

Pero había también algo nuevo en aquella carta, una urgencia que no había percibido en las otras. Intentaba decirme otra cosa, el muy cabrón. Seguramente quería hacerme picar el anzuelo, lanzarme a una búsqueda absurda. Sería muy propio de él. Pero en aquel momento no tenía otro objetivo. Había algo allí. Sólo tenía que pensar. Sólo pensando podría salvarme.

El primer día en el sótano fue posiblemente el más duro, a pesar de que él no bajó en ningún momento. Fue entonces cuando empecé a orientarme en una vida de absoluta desorientación.

El sótano era exactamente como me habría imaginado una mazmorra llena de chicas secuestradas: desnudo, sórdido y deprimente. Me habían depositado sobre un colchoncito cubierto con una sábana bajera blanca que parecía bastante limpia. Más limpia, de hecho, que las de nuestra habitación de la residencia. El sótano era espacioso y las empinadas escaleras de madera que subían por la pared de la derecha conducían a una robusta puerta metálica. Con el tiempo acabaría memorizando el crujido de aquellos peldaños.

Nuestra prisión tenía sucias paredes grises, suelo de piedra oscura y una única bombilla que colgaba del cable sobre nosotras. La caja se alzaba en el pequeño entrante que había a la izquierda de la escalera.

Tracy, de cuyo nombre me enteraría más tarde, ese mismo día, dormía a mi lado encadenada a la misma pared, frente a la escalera. Parecía engañosamente frágil la primera vez que la vi, hecha un prieto ovillo junto a la hendidura donde la pared se juntaba con el suelo. Dormía con el ceño fruncido, la mueca de su cara pálida visible por debajo del flequillo crecido y ennegrecido en las puntas por algún tinte aplicado hacía mucho tiempo.

Entre Tracy y la pared de la derecha había un corto pasillo. Desde mi puesto de observación no podía ver adónde llevaba, pero poco después descubrí que Jack había instalado allí un cuarto de baño austero pero eficiente, provisto únicamente de un váter y un lavabo. También descubriría casi enseguida que se esperaba de nosotras que nos mantuviéramos impecablemente limpias sirviéndonos de aquellas rudimentarias instalaciones.

Christine estaba encadenada a la pared de la derecha, a un metro y medio de la escalera. Yacía de lado, dormida o adormilada (era difícil saberlo), tirada en el suelo y con las extremidades dobladas en un incómodo escorzo. El pelo rubio y apelmazado le caía, retorcido con fuerza, sobre el hombro. Su postura y los rasgos diminutos y regulares de su rostro le daban la apariencia de una muñeca de porcelana desechada después de que alguien jugara con ella con excesiva violencia.

Estábamos las tres atadas con sendas cadenas largas y gruesas (el cómo variaría después: unas veces por la muñeca; otras, por el tobillo), y los eslabones, de dos centímetros y medio por cinco, estaban tan oxidados que su polvillo ocre se nos pegaba a la piel dejando falsos arañosos por todo nuestro cuerpo cuando nos movíamos arrastrando la cadena. La pared de la izquierda estaba vacía, pero vi sobresalir de ella mínimamente una pequeña argolla metálica. Había sitio para una más, si él quería.

Supe que era por la mañana solamente por una rendijita de luz que se colaba entre

las planchas de la única ventana, tapiada con tablas. Habría gritado, pero estaba demasiado asustada. Ni siquiera me salieron las palabras cuando Christine y Tracy se despertaron por fin. Estaba en estado de choque, evidentemente, pero a pesar de mi estado de confusión me alegré de no estar sola.

Tracy se frotó la cara y se volvió hacia mí con tristeza. Sin decir palabra, se arrastró hasta Christine y la despertó con un zarandeo. Christine giró el torso hacia la pared y escondió la cara entre las manos farfullando algo.

—Vamos, Christine, tienes que conocer a la nueva. Ya se ha despertado. —Tracy se volvió hacia mí y me dedicó una media sonrisa—. Siento mucho que estés con nosotras. Pareces una chica simpática. Es una lástima. La otra, ¿la conoces?, nos ha salvado de algo que nos daba muchísimo miedo, así que tengo que reconocer que estamos muy contentas.

—¿Dónde está? —fue lo único que conseguí balbucir, con la voz ahogada por el miedo.

Christine se incorporó. Sus ojos traslúcidos brillaron al mirar con nerviosismo la caja. Seguí su mirada y empecé a llorar.

—Decídmelo. Decídmelo. ¿Dónde está Jennifer? ¿Está ahí dentro?

Seguía musitando, temerosa de lo que acechaba en la planta de arriba.

Christine se volvió de nuevo hacia la pared. Noté que estaba llorando porque vi sacudirse sus hombros. Aquello bastó para que también a mí se me saltaran las lágrimas, y me pregunté si sería capaz de contener los sollozos que iban alzándose dentro de mí. Pero cuando se giró de nuevo hacia mí vi que estaba sonriendo, a pesar de que le corrían lágrimas por las mejillas. Fue entonces cuando me di cuenta de que no lloraba de terror por mi situación y la suya propia. Parecían más bien lágrimas de alivio.

Tracy colocó su cadena de modo que pudiera acercarse a Christine, torciéndola con cuidado y doblándola para formar un grueso bucle sobre el suelo. Se arrodilló a su lado contra la pared, la rodeó con los brazos y, susurrándole, le pidió que se callara.

—Relájate —le dijo en tono tranquilizador, como si fuera su hija única y acabara de sufrir una caída aparatosa, pero no grave.

Le dio un besito en la mejilla y luego comenzó a moverse hacia mí tirando de su cadena y enroscándola con cuidado a sus pies con ritmo lento y metódico, como enfrascada en una especie de danza vanguardista. Las cadenas repiqueteaban casi musicalmente. Tirar, levantar, colocar. Tirar, levantar, colocar.

Se puso cerca, muy cerca, y me retiré instintivamente cuando añadió:

—Me temo que tu amiga no ha tenido suerte. Pero tú sí. Teniendo en cuenta las circunstancias, quiero decir.

Empecé a llorar, preguntándome qué clase de mundo perverso era el de allá abajo. Cerré los ojos con fuerza, intentando que desapareciera.

—¿Dónde está Jennifer? ¿Dónde está mi amiga? —Por fin había recuperado el

habla y de pronto casi gritaba—. ¿Jennifer? ¿Estás ahí? ¿Estás bien?

Tracy ignoró mi pregunta y prosiguió diciendo:

—Te espera una buena. Christine y yo tenemos mucha experiencia en el sótano. Nosotras te enseñaremos cómo se mueven los hilos, por así decirlo.

Se rio como si hubiera contado un chiste. Christine también emitió un sonido con el que aparentemente quería indicar que le había hecho gracia. A mí no me la hizo en absoluto, y en aquel momento no estuve segura de quién me daba más miedo, si mi secuestrador o aquellas chicas derrotadas y esqueléticas, atrapadas allí, conmigo, en el fin del mundo.

Sin quitarme los ojos de encima, Tracy se acercó a la escalera arrastrando sus cadenas. Tirar, levantar, colocar. Junto al último peldaño había una caja de cartón. Sacó dos camisones de hospital verdes, usados pero limpios. Le tiró uno a Christine y el otro se lo echó sobre los hombros. Volvió a hurgar en la caja y sacó un tercero.

—Ah, ¿ves?, ya ha empezado a pensar en ti.

Me lanzó el camisón. Estaba suavizado por incontables lavados y olía a colada recién hecha.

—Tu manto real —dijo teatralmente—. Y nuestras provisiones semanales. Menos mal que has llegado un domingo por la noche. El lunes es un buen día para nosotras.

Agarré el camisón y me lo puse siguiendo el ejemplo de Tracy, con la abertura por delante, pero bien ceñido al cuerpo. Ella sacó algunas cosas más de la caja (comida enlatada, una hogaza de pan, una garrafa de agua) y fue colocándolas junto a la pared, en orden.

Yo me había agachado y me aferraba al fino colchón como una niña se aferra a su muñeca, con la vista fija en la caja, preguntándome por qué no contestaba Jennifer. Tracy siguió hablando sin hacer caso de mi mirada.

—Casi siempre nos deja aquí abajo, a nuestro aire, entre semana. En verano y en vacaciones es distinto. Ésos son tiempos difíciles en Sotanolandia. De todos modos, las semanas son cortas. Cuatro días de libertad, un término que uso en sentido lato, claro está, y luego otros tres días de vuelta en las trincheras. Verás, y prepárate para lo que voy a decir: nuestro hombre es profesor de psicología en la Universidad de Oregón, de psicología, atención. Da clases. Asiste a congresos. Tiene tutorías. Seguramente también participa en ceremonias de graduación, día de puertas abiertas para los padres y otras ocasiones especiales. Y durante todos esos acontecimientos, nosotras nos vemos libres de su presencia y vivimos aquí en paz y armonía. Siempre y cuando nos deje suficiente comida y agua, claro.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por Christine, por supuesto.

Miró a la chica, que parecía haberse quedado dormida otra vez, aunque era difícil saberlo. Estaba, en todo caso, muy quieta, con las rodillas metidas bajo el cuerpo y las cadenas pulcramente enroscadas a su lado.

—Christine era su alumna estrella. Bueno, de eso hace más de dos años. Puede

que ahora tenga otra, ¿verdad, Christine?

La chica abrió un ojo. Gimió suavemente, paseando la mirada de mí a Tracy.

Noté cómo me retumbaban en los oídos las palabras «dos años».

—Se llama Jack Derber.

Tracy pronunció el nombre deliberadamente y con claridad, pero al mismo tiempo recorrió el sótano con la mirada, nerviosa, como si temiera que las paredes estiraran los brazos y la agarraran como castigo por decirlo en voz alta.

—Y como conocemos ese dato tan jugoso —añadió—, podemos estar seguras de que nunca, jamás, nos dejará libres. Se supone que moriremos aquí cuando ya no le seamos útiles. Christine y yo calculamos que será cuando nos hagamos demasiado viejas para lo que quiere, o antes, si le causamos demasiadas molestias. Por eso nos portamos muy, muy bien. Somos muy buenas chicas, ¿verdad que sí, Christine? A fin de cuentas, puede reemplazarnos con bastante facilidad, ¿no? —Me miró con intención—. Y aquí no hay mucho sitio, como ves. No puede ser barato mantenernos vivitas y coleando.

Yo apenas podía seguir el hilo de lo que me decía, pero de pronto no me parecía tan amigable como antes. En ese momento algo se movió dentro de la caja, y las tres levantamos la cabeza sobresaltadas. Silencio otra vez. Tracy continuó:

—He desarrollado una estrategia aquí abajo y te animo a adoptarla. Me temo que a Christine no se le ha dado muy bien y, como puedes ver, su incapacidad para seguir mi consejo ha ido en detrimento suyo. Debes mantenerte fuerte, física y mentalmente, y aprender todo lo que puedas. Nosotras, cariño mío, estamos esperando un milagro.

Un milagro. Di un respingo al oír esa palabra, tan contraria a todo cuanto creía. Tracy lo notó.

—Sí, lo sé, no es gran cosa que un milagro sea tu única salvación, pero le hemos dado muchas vueltas y es lo único que tenemos. Lo único que podemos hacer es prepararnos para cuando suceda. Yo tengo un lema muy sencillo: «Come lo que te den, duerme cuando estés en la cama y no dejes que te joda la cabeza». —Se rio espasmódicamente de su propia broma antes de añadir—: Ahora mismo, la parte más importante de tu cuerpo es tu cerebro. Como verás muy pronto, la forma de tortura favorita de nuestro amigo, no la única, pero sí la favorita, es psicológica, así que tienes que mantener activa tu mente. Tienes que impedir que se meta en tu cabeza. No le digas nunca nada de tu vida anterior. Nunca.

—La «Lista prohibida» —susurré para mí más que para ella—. ¿Y Jennifer? ¿Qué va a pasar con ella? —pude preguntar por fin sin ponerme histérica.

Ambas desviaron la mirada. Christine fijó los ojos en el suelo y farfulló algo en voz baja. «Olvídate de ella sin pérdida de tiempo», me pareció que decía.

Después de leer la carta pasé otros tres días a solas en mi apartamento. CANCELÉ mis citas con la psiquiatra y dejé de responder al teléfono. La doctora Simmons me dejó tres mensajes, y el agente McCordy cuatro. Sabía que estaban preocupados, pero no podía explicarles que me estaba armando de valor para dar un brusco vuelco a mi estilo de vida postraumático, un vuelco para el que sólo me había preparado a medias.

No me sentía con ánimos de decirle a la doctora Simmons que, después de diez años de lucha psicológica compartida (las lágrimas, mis largos ratos de ensimismamiento con la mirada perdida mientras ella esperaba pacientemente, nuestro constante andar en círculos mientras dábamos vueltas y más vueltas a los hechos de mi vida, escudriñando cada recuerdo, menos los que yo seguía sin poder tocar, los que más deseaba analizar ella), no podía hacer nada más por mí. Habíamos llegado a un callejón sin salida. Y yo necesitaba hacer algo real.

Cuando llevaba un año de terapia, ya era capaz de recitar de memoria las experiencias de mi cautiverio. Era como si le hubieran sucedido a otra persona en un universo paralelo. Una letanía de cosas horribles que podía mascullar desde el otro lado de la habitación para mantener a raya a la doctora Simmons. Detalles nuevos cuando la conversación parecía estancarse, o cuando ella comenzaba a exigir más de mí.

Era una historia que yo iba revelando en imágenes aisladas. Yo con los ojos vendados y los pies encadenados colgando de una argolla atornillada al techo. Yo sobre la mesa, despatarrada como un insecto preparado para su disección, con un catéter dirigido a la vejiga avanzando milímetro a milímetro. Yo en el rincón, atada a una silla con las muñecas sujetas a la espalda y una aguja quirúrgica traspasándome la lengua.

Datos. Detalles. Hechos concretos.

Cosas que le pasaban a otra persona. A alguien que ya no estaba.

Aparentemente, me estaba sincerando con la doctora Simmons, contándole mis secretos más turbios. Pero ella siempre parecía saber que, en realidad, me estaba distanciando. Era capaz de contar todas aquellas historias, pero ya no las sentía. Eran como poemas repetidos una y otra vez, hasta agotar todo su significado.

Así que, desde hacía ya años, estábamos en punto muerto. Horas de terapia desperdiciadas mientras la doctora Simmons esperaba a que diera un paso adelante. Eso era, quizá, lo que me disponía a hacer ahora.

El cuarto día llamé a McCordy. Contestó al primer pitido.

—Aquí McCordy.

—¿Estás sentado?

—Car... Sarah, ¿eres tú?

—Sí. Oye, quería que supieras que estoy bien. Leí la carta. Tenías razón. No son más que bobadas. Prometo no desquiciarme como la última vez, ¿vale?

—Entonces, ¿por qué no contestas al teléfono? —preguntó con una nota de desconfianza—. Un poco más y habría mandado entrar a los equipos de emergencias. No te habría gustado que echáramos tu puerta abajo.

—¿Por qué no lo has hecho, entonces?

Silencio al otro lado de la línea.

—Has hablado con Bob, ¿verdad? Sabías que seguía pidiendo comida a domicilio y por tanto que no estaba muerta. Muy listo. El caso es —añadí intentando aparentar tranquilidad— que he estado pensando en lo que dijiste y... Voy a hacer un pequeño viaje.

—Me alegro de estar sentado. Es... una noticia maravillosa. Pero ¿seguro que estás lista? ¿No deberías empezar por algo más sencillo, como ir a hacer la compra?

Como yo no contestaba, añadió:

—¿Puedo preguntar al menos adónde piensas ir?

Soslayé la pregunta.

—Necesito pensar y para eso tengo que alejarme de aquí. Voy a pedir unos días libres en el trabajo. Da la casualidad de que me quedan un montón de vacaciones.

—No me sorprende. Lo de las vacaciones, digo. ¿Has, eh, has hablado de esto con la doctora Simmons?

—N-n-no. Todavía no. Pero es la siguiente llamada que voy a hacer.

Respiré hondo al colgar. Después de todo, no estaba presa. No eran mis carceleros. Podía irme de viaje, y era verdad que tenía un montón de días de vacaciones que no había gastado. Era todo cierto.

Lo que no era verdad era que me fuera a ir de vacaciones. Tenía una idea. La carta no me había dado ninguna pista, aunque había algo en ella que parecía agitar vagamente un recuerdo en el fondo de mi memoria. Decidí, sin embargo, que tres días eran suficientes para que aquel recuerdo se manifestara con nitidez y, como no había sido así, tuve que pasar al Plan B. Haría caso al profesor Jack Derber. Se suponía que su esposa, Sylvia, debía «enseñarme el camino». Bien, quizá Derber hubiera dado en la diana. Aunque no necesariamente como él quería.

—Sylvia, enséñame —susurré con determinación al colgar el teléfono—. Enséñame.

Tardé tres décimas de segundo en encontrar en Google el nombre completo de Sylvia y el pueblo donde vivía. La ventaja de tener un archienemigo famoso era que no podía casarse sin que todo el mundo se enterara de los detalles. *Sylvia Dunham, Keeler, Oregón*. Vivía no muy lejos de la prisión, lo cual resultaba muy conveniente para ella, pero no tanto para mí: tenía la sensación de que podría sentir la presencia de Jack Derber a través del cemento armado y los barrotes de hierro tan fácilmente como la había sentido a través de la puerta del sótano.

Busqué la penitenciaría en Google Earth y me quedé mirando un momento el patio minúsculo, una mancha parda en la pantalla por la que sin duda él paseaba todos los días. Pude distinguir borrosamente la torre de vigilancia, y hasta la raya

diminuta que marcaba los límites de la prisión, sin duda con alambre de cuchillas. Cerré la página web con un estremecimiento. No quería sobrepasar mi límite psicológico demasiado pronto.

Ni siquiera había vuelto a Oregón desde mi huida, y había jurado solemnemente no regresar nunca. Pero la carta de Jack hizo que me diera cuenta de cuál podía ser el precio de mi pasividad. Hasta la más remota posibilidad de que saliera libre removía en mí emociones que llevaba años intentando contener y me obligaba a enfrentarme a lo que por fin sabía que debía hacer, por muy aterrador que fuese.

Durante el juicio de Jack, los fiscales habían sido «pragmáticos», habían hecho «lo que habían podido». Y su estrategia había funcionado hasta cierto punto. A fin de cuentas, estaba en prisión. Pero la historia de Jennifer seguía estando inconclusa, eso no había cambiado. Cabía la posibilidad de que el caso no se cerrara nunca. Con el paso de los años, yo había llegado a aceptarlo en cierta medida, pensando que no podía hacer nada al respecto. Pero la carta de Jack me había hecho creer que quizá Sylvia tuviera la clave, que quizá supiera algo concreto. El deber me llamaba, y por primera vez en diez años sentía que debía responder a su llamada. Tal vez la terapia estuviera haciendo efecto, después de todo. O tal vez intuía de algún modo que la terapia era precisamente *aquello*.

Antes de que me fallaran las fuerzas, abrí otra página web y reservé un vuelo, una habitación en el hotel más bonito de la zona, y después de una pausa, un coche de alquiler, sabedora de que, por más que odiara conducir, las posibilidades de que me subiera a un taxi eran nulas. Hice las reservas a nombre de Caroline Morrow, el que ahora era mi «verdadero» nombre. Mi lado práctico estaba tomando el mando. Empecé a hacer listas.

Aquel era el primer viaje que iba a hacer en cinco años, desde que había ido a visitar a mis padres a Ohio, y, francamente, la cosa no había salido muy bien. A pesar de que tendría que hacer escala en Atlanta y esperar tres horas para embarcar, había reservado billete en un Boeing 767 porque era el avión con menor tasa de fallos mecánicos de toda la flota. Incluso teniendo esa precaución, me dio un ataque de ansiedad en toda regla al embarcar. La tripulación me obligó a bajarme del avión, lo que hizo que se retrasara el vuelo y que se despertaran las iras de varios pasajeros, que se habrían mostrado mucho más comprensivos (no me cabe duda) si hubieran sabido mi verdadero nombre y se hubieran acordado de mis apariciones en los periódicos. Tuve que esperar seis horas más en el aeropuerto, hasta que el personal médico se convenció de que estaba en condiciones de tomar otro vuelo.

Esta vez, mis rígidas exigencias en cuestión de aviones me hicieron optar por desviarme hasta Phoenix, dando un rodeo en el que invertiría doce horas largas en vez de las seis estrictamente necesarias para hacer el trayecto con máxima eficacia. Aun así, mi estado mental lo hacía imprescindible.

Llevé poco equipaje, pero bien elegido. Al día siguiente, cuando cerré mi maleta, me sentí otra vez completamente preparada. Lista. Segura de mi misión. Y entonces,

como había sucedido la última vez, justo antes de salir por la puerta, me asaltó esa sensación familiar: me daba vueltas la cabeza y notaba una opresión en el pecho. Intenté contenerla, pero mientras luchaba por respirar volví a mi cuarto y me acerqué a la cómoda pintada de blanco.

Abrí el cajón de abajo, el que ya nunca miraba, y saqué un álbum de fotos azul muy estropeado. Se abrió por sí solo por una página del centro, y en la esquina superior derecha, bajo la lámina de plástico descascarillada, estaba ella: era Jennifer a los trece años.

Sonreía de forma nada convincente y sus ojos miraban con tristeza, como siempre después del accidente. Tenía un aspecto serio, como si estuviera reflexionando. Yo estaba de pie a su lado, inclinada. Me habían pillado con la boca abierta, hablando con ella animadamente. Ella estaba enfrascada en su mundo, y yo no me había dado cuenta.

Estudí mi fotografía a esa edad. A pesar de nuestros miedos, parecía tan segura de mí misma, tan feliz incluso... Ahora, sentada a salvo en mi habitación, si me reclinaba un poco hacia atrás sobre la alfombra, podía ver mi cara a los treinta y un años en el espejo de encima de la cómoda. La edad había suavizado un poco mis facciones afiladas y angulosas, pero mi pelo castaño oscuro seguía igual: la misma media melena a la altura del hombro que llevaba desde el instituto, un peinado para no complicarse la vida. Mis ojos marrones parecían casi negros en contraste con mi piel pálida, a la que sólo el rubor del pánico infundía vida. Se me veía angustiada, incluso cuando me obligué a sonreír. Con razón me traían la psiquiatra a casa, pensé mientras observaba a la criatura asustada que me miraba desde el espejo.

Me levanté despacio y, cuando ya iba a guardar el álbum, me detuve y saqué aquella fotografía de las dos. Me la guardé en la cartera y recogí la bolsa de viaje. Luego empujé el álbum hasta el fondo, cerré el cajón y me alisé la ropa. Jim tenía razón. Necesitaba un poco de aire fresco. Recogí mis cosas, comprobé otra vez la hora y la información de mi vuelo y metí en la bolsa el sándwich que había envuelto un rato antes. Podía dar aquel paso.

Nada más echar la cerradura triple de mi puerta, con la maleta roja brillante a mis pies, me acordé de que no había llamado a la doctora Simmons. Bueno, me dije encogiéndome de hombros, ya se lo dirá McCordy. Así podremos hablar de mis tácticas de escaqueo durante tres o cuatro sesiones. Nada como un nuevo argumento para mantener viva la relación.

6

Seguía empleando el mismo truco, cerrar los ojos para olvidarme de la realidad, y así pasé casi todo el vuelo a Oregón, con la mejilla pegada a la almohada inflable. La azafata dedujo que estaba durmiendo y, aparte de la comprobación rutinaria de los cinturones de seguridad, me dejó tranquila. Sentí cómo era presa de la angustia cuando despegó el avión, pero, como sabía que no quería que el servicio médico del aeropuerto me hiciera perder el tiempo, me contuve.

Pero la verdad es que no pegué ojo. Me latía el corazón más deprisa que nunca. Hacía cinco años que no recibía tanta información visual y sonora de una sola vez, y notaba el cerebro sobrecargado. Pero no era sólo por eso. Estaba ultimando mi plan y mi mente funcionaba a toda velocidad.

Encontrarme con Sylvia sería un esfuerzo inmenso, y me preguntaba si no era una locura hacer aquello sin Jim. Pero el FBI ya había hablado con ella y no había podido sonsacarle nada. En su carta, Jack dejaba muy claro que Sylvia era su confidente. Que conocía su pasado con todo detalle. Yo esperaba que encontrarse cara a cara con una de sus víctimas le hiciera darse cuenta de con quién se había casado en realidad, y en poder persuadirla de que me revelara algún dato que tal vez no le hubiera dicho a nadie.

Iba a alojarme en Portland a pesar de que Keeler, el pueblo donde vivía Sylvia, estaba a unos sesenta y cinco kilómetros de la ciudad. Era un pequeño inconveniente, pero en Keeler sólo había moteles, y no soportaba la idea de estar en una habitación cuya puerta diera directamente a la calle. Nunca me había gustado conducir, ni siquiera cuando estaba aprendiendo, pero fue un alivio descubrir que, una vez sentada al volante, recordé enseguida cómo se hacía. Aun así, pasé cada segundo al borde del desquiciamiento.

Me registré en el hotel sin ningún incidente. Desacostumbrada al contacto visual. Mientras duró el trámite casi todo el tiempo estuve mirando mi tarjeta de crédito, mis manos y mi maleta. Odié el sonido de las palabras «Caroline Morrow» cuando las escupí. Después de diez años aún me sonaban falsas. Y nunca me había parecido justo que él hubiera sido capaz de despojarme de mi identidad de un modo tan radical.

Una vez en mi habitación, eché las dos cerraduras, que (no pude evitar fijarme) eran de fabricación barata. Me reprendí a mí misma en voz alta por estar tan pirada. Aun así, lo primero que hice fue buscar la guía del hotel y aprenderme de memoria todas las salidas de emergencia. Estudié detenidamente el plano de detrás de la puerta y levanté el teléfono para comprobar que había tono de llamada. Saqué mi móvil para cargarlo, aunque la batería estaba casi llena del todo. Toda precaución era poca.

Había pensando mucho en lo que iba a decirle a Sylvia, y lo repasé otra vez de memoria mientras sacaba la ropa de la maleta y la extendía sobre la cama para cerciorarme una vez más de que no había olvidado nada. No había olvidado nada,

claro, así que me duché rápidamente y emprendí mi viaje. Quería hacer un primer reconocimiento del terreno ese mismo día y estar de vuelta en el hotel antes de que anocheciera.

No me costó encontrar la casa de Sylvia. Era una casa de ladrillo, pequeña y anodina, en un tranquilo barrio residencial. A primera vista parecía desierta. Había gruesas cortinas en las ventanas, todas cerradas.

Paré en la entrada para coches, que estaba vacía, e inspeccioné rápidamente la finca. Las puertas del garaje que tenía enfrente parecían cerradas a cal y canto. Me asomé por las ventanas y vi que por dentro estaba ordenado e impoluto. Dentro no había ningún coche. A lo largo de una de las paredes había un amplio surtido de utensilios domésticos colgados de clavos espaciados a intervalos regulares y con la silueta de cada cosa cuidadosamente delineada con rotulador. La bicicleta que había en el rincón tenía a todas luces una rueda pinchada.

Había ido hasta allí, y Sylvia no estaba en casa.

Rodeé la casa hasta la puerta delantera y llamé al timbre sólo por si acaso. Lo intenté tres veces, hasta que me convencí de que no había nadie. Volví al buzón y, antes de abrirlo, me aseguré, mirando por el rabillo del ojo, de que no había ningún vecino observándome. Estaba lleno hasta los topes. Dudé sólo unos segundos antes de sacar un par de cartas. Allí estaba: el primer día de mi viaje y ya había quebrantado una ley federal. Pero al menos me aseguré de que no me había equivocado de sitio.

El buzón contenía principalmente facturas y folletos publicitarios. Metí la mano en el montón y miré el matasellos de la factura telefónica que estaba debajo del todo. Tenía fecha de tres semanas antes. Qué raro que no hubiera avisado a la oficina de correos de que le retuvieran el correo, si tenía previsto pasar tanto tiempo fuera. Claro que tal vez yo fuera la única que planeaba las cosas con tanta antelación.

Tras revisar el montón de cartas para comprobar que no había ninguna enviada desde la cárcel, volví a meterlo todo en el buzón y regresé al coche sin saber qué hacer a continuación. Estuve allí sentada unos minutos, pensando. Ya que había ido hasta Keeler, podía agotar todas las posibilidades, así que decidí parar en la cafetería por la que había pasado de camino allí. El pueblo era pequeño: quizá la conocieran.

La cafetería era en realidad un bonito vagón de tren plateado, reluciente y acogedor por dentro, plantado en el parquecito del pueblo. Elegí la barra en lugar de uno de los reservados vacíos y pedí café haciendo todo lo posible por mostrarme amable. Compuse una sonrisa.

Vi mi cara reflejada en el espejo de detrás de la barra. Tenía los ojos enrojecidos por el vuelo y estaba despeinada. Sí, parecía una pirada total, pensé. Dejé de sonreír. Cuando se acercó la camarera para rellenarme la taza, casi me abalancé encima de ella. Era la torpeza misma. Estaba claro que, en lo tocante al contacto con otros seres humanos, estaba desentrenada.

—¿Conoce por casualidad a Sylvia Dunham? —pregunté intentando que mi voz

sonara despreocupada.

Conseguí todo lo contrario. Empecé a maldecirme para mis adentros por ser tan inepta, pero la camarera ni siquiera levantó la vista mientras me servía.

—Claro que la conozco.

La tranquilidad con que respondió hizo que me diera cuenta de que quizá vinieran muchos curiosos al pueblo preguntando por Sylvia Dunham. Tenía que ser famosa en Keeler. Y yo sabía que había gente aún más rara que yo: gente morbosa que iba de vacaciones a lugares donde se habían cometido crímenes famosos. Tenía que pensar en algo que me distinguiera de aquella variedad de locura. Pero no había planeado nada: sólo tenía pensado hablar con Sylvia. No estaba precisamente preparada para ponerme a fisgonear de esa manera, y menos aún para anunciar a bombo y platillo quién era de verdad después de tantos años.

—Yo... estoy escribiendo un libro —balbuceé.

—Ya.

Siguió sin mirarme mientras limpiaba con la bayeta una gotita de café que había vertido. Me di cuenta de mi error. Seguramente tampoco era la única que intentaba escribir un libro sobre el tema. Comprendí que iba a tener que inventar algo un poco más sutil si quería seguir adelante.

Por fin la camarera se detuvo y me miró.

—Mire, hay gente a la que le gusta que vengan turistas a fisgar por aquí preguntando por esa señora porque así ganan un dinerillo extra. Y hay gente a la que no le gusta. Tengo que reconocer que a mí no me gusta. No quiero que ese tipo se venga a vivir aquí cuando salga de la cárcel. No quiero tener nada que ver con eso. Ahora bien, mi marido piensa de otra manera. No tiene mucho más que hacer. Seguro que estará encantado de hablar de ese tema. Habla por los codos. —Suspiró—. Viene a las cinco a recogerme, si quiere preguntarle.

Hice un cálculo rápido. Si me quedaba hasta las cinco y hablaba con él unos quince minutos, podría estar en el hotel antes de que hubiera oscurecido del todo. Pero eran todavía las cuatro y cuarto, así que iba a necesitar algo que hacer hasta entonces. Di las gracias a la camarera y le dije que volvería.

Para pasar el rato di una vuelta por la limpia plaza del pueblo, admirando su césped verde y recién segado y los bancos pintados de blanco colocados a su alrededor. Me paré delante de la coqueta iglesia blanca de la esquina. Tal vez fuera la suya. La de Sylvia. Entré y la encontré vacía, salvo por una mujer que estaba pasando la aspiradora delante del altar. Llevaba el cabello canoso recogido en un moño crespo y desmadejado y la cadenilla de sus gafas oscilaba al ritmo de sus movimientos meticulosos y rápidos. La saludé con la mano, indecisa, y apagó al instante la aspiradora, se limpió las manos en el delantalito y se acercó a mí con paso enérgico.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó en un tono que no me pareció muy parroquial.

¿Y si yo era un corderito perdido en busca de redención? Carraspeé sin saber qué podía decir para que pareciera que no era lo que era, una intrusa.

—Sí... Me llamo Caroline Morrow y estoy intentando encontrar a una amiga mía de hace tiempo que vive por aquí —dije buscando atropelladamente las palabras justas.

Sabía que estaba parlotando sin ton ni son. Ella se quedó quieta, esperando a que desembuchara del todo.

—Sylvia Dunham —dije por fin, y antes de que aquel nombre acabara de salir del todo de mi boca vi que una sombra cruzaba su semblante.

Conocía aquel nombre. Allí todo el mundo debía de conocerlo.

—Parece que no está en casa —continué—, así que me preguntaba si por casualidad alguien de por aquí la conoce. Sabe dónde puedo encontrarla.

Me miró con frialdad, pensó, y meneó la cabeza.

—¿Significa eso que Sylvia Dunham no es miembro de esta congregación? —probé a preguntar.

Se estremeció ligeramente. Luego pareció acordarse de la doctrina de la iglesia y esbozó una sonrisa forzada.

—Imagino que hace tiempo que usted no ha hablado con ella. Sylvia Dunham no pertenece a esta parroquia, desde luego. Pertenece a la Iglesia del Espíritu Santo. Una secta interesante, o comunidad, o lo que quiera usted llamarla. En fin, hay gente para todo. —Su expresión se volvió amarga. Luego miró a su alrededor con evidente satisfacción, admirando su iglesia de postal, con sus altas ventanas que se abrían sobre los relucientes bancos de madera maciza—. No tienen una verdadera iglesia.

Se interrumpió bruscamente, como si hubiera dicho ya más de lo que pretendía.

Fijó la mirada en la puerta cuando volvió a hablar:

—Si me disculpa, tengo que preparar las cosas antes de que empiece el estudio de la Biblia de los miércoles por la noche.

—¿Dónde puedo encontrar a alguien que pertenezca a esa congregación? —pregunté.

Noté que pensaba agarrarme del brazo, seguramente para conducirme a la calle lo antes posible. Sin pensarlo siquiera, esquivé el movimiento avanzando rápidamente hacia la salida por mi propio pie.

—La única persona que puede hablar de esa congregación es Noah Philben. Y seguramente el único que querrá hablar con forasteros. Es el líder, si no es una blasfemia llamarlo así. Vive en su... complejo, pero no la dejarán entrar.

Me miró de arriba abajo mientras parecía sopesar con cuidado lo que iba a decir a continuación. Se encogió de hombros, pero noté que su tono se suavizaba.

—De todos modos han alquilado un local no muy lejos de aquí, en la carretera Veintidós, en una zona comercial a la entrada del pueblo. Antes era un centro de estudios universitarios. Creo que tiene un despacho allí. Hay una cruz blanca en la puerta. No tiene pérdida.

—Gracias —dije a toda prisa mientras me cerraba la puerta en las narices.

Las cerraduras chasquearon justo delante de mí.

Hurgué en mi bolso y encontré la libretita y el bolígrafo que había traído conmigo. Anoté cuidadosamente el nombre de Noah Philben y las indicaciones que me había dado la mujer para llegar a su despacho alquilado.

Justo antes de las cinco volví a la cafetería pensando que el marido de la camarera parecía la apuesta más segura. La camarera estaba ya delante de la puerta, con una gabardina ligera bien ceñida al cuerpo, fumando un cigarrillo. Se sorprendió al verme.

—Ah, es usted —dijo no sin cierta cordialidad.

Me señaló un pequeño banco de madera que había a la izquierda de la puerta y nos sentamos. Apagó el cigarrillo en el brazo del banco y me quedé mirándolo absorta, pensando en el peligro de incendio, hasta comprobar que cada brasita resplandeciente se consumía por completo.

—Tengo que dejar de fumar. —Se volvió hacia mí. Su carmín recién aplicado relucía—. Bueno, ¿cómo es que una joven tan agradable como usted quiere escribir sobre una historia tan horrorosa?

No tenía lista una respuesta, claro, y me arrepentí de haberle dicho lo del libro. Difícilmente podía pasar por una auténtica periodista. Lamenté no haber dado con una tapadera mejor. Pero tendría que servirme de momento, así que decidí responder como si fuera una pregunta retórica y me limité a sonreír.

—¿No hay ya varios libros sobre ese asunto? —preguntó.

—Tres —contesté, un poco demasiado deprisa y con demasiada amargura.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? ¿No han contado ya la historia? ¿O es que va a contarla desde un nuevo ángulo, como suelen decir?

—Esos otros tres libros estaban... incompletos.

—¿En serio? —Pareció intrigada y se inclinó un poco hacia mí, tanto que noté el olor a tabaco de su ropa—. A mi marido va a interesarle mucho saberlo. ¿Qué tienen de malo esos libros?

No había pensado en cómo explicarlo, así que evité cuidadosamente mirarla mientras contestaba:

—Tendrá que leer el mío, supongo.

Puse mi mejor voz de falsa alegría. Normalmente no me salía muy bien y esa vez no fue una excepción, pero ella no pareció notarlo. O puede que sólo hubiera hecho la pregunta por ser amable.

—Yo no. No puedo leer esas cosas. Bastante dura es ya la vida sin llenarte la cabeza con todas esas cosas horribles. —Hizo una pausa—. Esas pobres chicas... Espero que les haya ido bien. El padre de mi amiga Trisha era un loco y un maltratador. Le arruinó la vida. Trisha empezó a beber en el instituto, se escapó, al final empezó a drogarse. Ahora ya ha enderezado su vida, pero no lo ha superado. Seguramente no lo superará nunca.

—Imagino que una cosa así no se supera nunca —dije inexpresivamente.

—No —continuó ella—. Nunca se supera. Pero a Trisha le va mejor ahora, por lo

que tengo entendido. Se mudó a Nueva Orleans el año pasado. Le pareció que le sentaría bien cambiar de aires. Tenía una prima allí. Cuando estaba aquí, porque trabajaba aquí, en la cafetería, la pillaba pasmada mirando por la ventana y siempre pensaba: «Está metida en un sitio muy oscuro ahí dentro. Muy, muy oscuro».

Al oír mencionar Nueva Orleans salté como un resorte. Algo había hecho saltar una alarma. Tracy era de Nueva Orleans y también había tenido una infancia dura, así que quizá fuera sólo eso. Saqué mi libreta y anoté que debía acordarme de pensar en ello cuando volviera al hotel.

Cuando estaba guardando la libreta en el bolso, paró un coche y la camarera saludó con la mano al hombre sentado detrás del volante. Se volvió hacia mí mientras él se acercaba y me dijo:

—Soy Val, por cierto. Val Stewart. —Me tendió la mano para estrechar la mía y añadió—: No sé tu nombre, tesoro.

Vi venir su mano hacia mí y me quedé paralizada. Tenía que reaccionar con normalidad. Aquella no sería la última vez que alguien querría estrecharme la mano ahora que estaba conviviendo con gente normal y no sólo con los fantasmas de mi cabeza. Me armé de valor, pero cuando nuestras manos estaban a punto de tocarse perdí los nervios. Solté la libreta y el bolso en lo que me pareció un truco evidente para evitar tocarla. Mientras me agachaba para recoger mis cosas, giré la cabeza hacia ella y le dije en el tono más amable que pude que me llamaba Caroline Morrow. Sonrió calurosamente y sacó otro cigarrillo. Desastre evitado.

Ray, su marido, era un hombre menudo, unos cuantos centímetros más bajo que ella. Rondaba los sesenta años, iba muy acicalado, tenía el pelo entrecano y un brillo en los ojos azules. Se notaba enseguida que Val tenía razón al decir que hablaba por los codos. Cuando le dijo que yo estaba escribiendo un libro sobre Jack Derber y, más concretamente, sobre Sylvia Dunham, me invitó a cenar en su casa sin pensárselo dos veces. Dudé, pero rehusé amablemente la invitación. Quería ir, pero no soportaba la idea de tener que conducir de noche para volver al hotel. Ray insistió entonces en que entráramos en la cafetería a tomar un café rápido.

Val puso los ojos en blanco.

—¿Lo ves? Ya te lo dije, cielo. Oye, yo ya estoy harta de estar aquí. Tomaos vosotros el café. Yo voy a ir a Mike's a comprar unas cosas.

De nuevo en la cafetería, ocupamos un reservado y, en cuanto estuvimos sentados, Ray empezó a hablar.

—Sylvia se mudó aquí hará siete años. Tú seguramente la conoces del Sur. Una chica simpática, aunque callada, ya sabes. Fue una pena que se metiera en esa Iglesia del Espíritu Santo. No es más que una secta, si quieres saber mi opinión.

—¿Por qué lo dice?

Titubeó. Recorrió el local con la mirada antes de continuar:

—Bueno, Noah Philben no ha sido siempre religioso, eso puedo asegurártelo.

—¿Lo conoce?

Puso los codos sobre la mesa e inclinó la cabeza hacia mí con una mirada cómplice.

—Fui al instituto con su primo, así que conozco a la familia. Un tipo lamentable, el tal Noah. Bebía mucho, tomaba drogas. Se marchó del pueblo cuando acabó el instituto y estuvo fuera unos años. Nadie sabe qué pasó entonces. Estuvo a punto de volver loca a su familia, pero no les gustaba hablar del tema. Cuando volvió, parecía un poco ido. Estuvo trabajando unos meses en la cantera, pero no consiguió mantener el trabajo. Entonces fundó su «iglesia», si es que se la puede llamar así. —En ese momento señaló por el escaparate de la cafetería—. Ahí van.

Miré y vi que una furgoneta blanca con las ventanillas tintadas giraba en la plaza.

—La furgoneta de la iglesia.

—Me ha parecido que la señora de la iglesia de la plaza los despreciaba, como mínimo.

—Ah, habrá sido Helen Watson. ¿La has visto? Ja. Simpática, ¿eh? Nada que tenga que ver con Noah le hace ni pizca de gracia, eso seguro. Fue su novio en el instituto. Huyó con él cuando se largó. Volvió dos años después con el rabo entre las piernas. No habla nunca de esa época. Dice que no es asunto de nadie. Luego se casó con Roy Watson, que se convirtió en pastor de la iglesia hace unos diez años. La gente dice que fue ella quien lo empujó a ir al seminario. Imagino que siempre ha querido ser la esposa de un predicador. Y ahora se cree que manda en el pueblo.

Como no veía que aquellos cotilleos de pueblo fueran a llevarme a ningún lado, intenté encauzar de nuevo la conversación hacia el tema de Sylvia.

—Hoy he pasado por casa de Sylvia. No había nadie. Parece que la casa lleva un tiempo vacía.

No quería reconocer que había echado un vistazo a su buzón y noté que un rubor de vergüenza empezaba a subirme por el cuello.

—Ahora que lo pienso —dijo Ray—, no recuerdo cuándo fue la última vez que la vi. Es muy reservada, pero normalmente viene a la cafetería más o menos a esta hora, cuando yo recojo a Val. Puede que venga una o dos veces por semana.

—¿Tiene trabajo? ¿Hay alguien a quien pueda preguntarle por ella?

Presentí que había llegado a un callejón sin salida.

—No, que yo sepa. Por aquí no, por lo menos. Supongo que no he sido de tanta ayuda como creía.

—¿Y su familia? ¿Alguna vez habla de ella?

No estaba acostumbrada a hacer tantas preguntas. Lo último que quería era trabar conversación con la gente. Normalmente, deseaba que mis contactos con otras personas acabaran lo antes posible. Hasta mi voz me sonó extraña, ajena, remota, como una mala grabación del modo en que sonaba dentro de mi cabeza. Noté que casi no podía dar la entonación adecuada al final de la pregunta.

—No, eso también es de lo más extraño. Si tuviera que hacer conjeturas, yo diría que vino huyendo de algo, pero la verdad es que nunca hablaba de eso. Era de algún

lugar cerca de Selma, en Alabama. Un pueblo con historia. Puede que sólo quisiera salir de allí.

Fue en el camino de regreso, mientras conducía bajo el cielo oscurecido, cuando me di cuenta de repente. Estuve a punto de salirme de la carretera. Nueva Orleans. Adonde se había mudado la amiga de Val. Me recordó algo de la carta de Jack. Sin pensar que el sol se estaba poniendo en el horizonte, me aparté al arcén y pisé el freno.

Con el corazón acelerado, saqué la carta del bolso. El lago. El lago era el Pontchartrain. Releí el renglón. Seguía sin tener sentido para mí, pero ahora sabía que tenía que ser ese lago y, si así era, entonces sólo podía significar una cosa: que aquello formaba parte de la historia de Tracy.

Releí la carta de cabo a rabo. Necesitaba a Tracy. Necesitaba que me dijera cómo encajaba aquello en su pasado, que me dijera lo que significaba. De algún modo conseguiría que hablara conmigo, quizás incluso que nos viéramos cara a cara, que pensara conmigo para ver si las palabras de aquel loco tenían algún sentido. Necesitaba descubrir si Jack Derber nos estaba conduciendo a algún sitio, y si era ésa o no su intención.

La historia de Tracy emergió despacio con el paso de los años, un poco aquí, otro poco allá. La recompuse a partir de pequeños detalles que se le escapaban, casi siempre cuando se sentía especialmente deprimida, desesperada e impotente allá en el sótano. Intentaba casi siempre ocultarnos su vida, mantenerla herméticamente cerrada. Su cabeza era una zona privada donde podía escapar de él y también de nosotras, supongo. La obsesionaba hasta la paranoia que, si nos contaba algún dato sobre su vida, por nimio que fuera, Jack pudiera servirse de él para manipular su mente. Esa era su batalla.

Jack siempre tuvo a Jennifer para usarla contra mí, así que no necesitaba apoyarse en mis recuerdos, al menos mientras ella estuvo viva. Supongo que por eso no entendí en aquel momento cuánto se jugaba Tracy, hasta qué punto era fundamental para ella que su vida anterior siguiera siendo un lugar sagrado. Fue un error que me costaría muy caro aquellos últimos meses de cautiverio. Aun así, pasábamos tantas horas juntas que fue imposible no hacerse una idea muy vívida de cómo había sido su vida en el exterior.

Tracy nació en Nueva Orleans, hija de una chica de dieciocho años que había dejado el instituto. Su madre era adicta a la heroína, con todo el dolor, el sufrimiento y la sordidez que ello conlleva. Los hombres entraban y salían de su sucio apartamento en la planta baja de una casa de estilo criollo de Elysian Fields, una casa que parecía un pastel desmoronado que el paso del tiempo hubiera endurecido sobre una encimera.

Cuando Tracy tenía cinco años nació su hermano pequeño, Ben, allí mismo, en el apartamento. Ella asistió a su nacimiento desde un rincón y vio cómo, en pleno parto, su madre se inyectaba un chute bien cargado de heroína, un anestésico tan potente que apenas movió un músculo cuando salió la cabecita de Ben. Fue un milagro que el niño sobreviviera, y un milagro aún mayor que el Servicio de Protección de Menores se olvidara de aquel rinconcito del mundo. Por lo visto, en Nueva Orleans había tanto caos que, tras una breve y somera entrevista, los trabajadores sociales les dejaron en paz.

Durante años, su hermano Ben fue el único asidero de cariño y apoyo familiar que tuvo Tracy, y luchó por sacarlo adelante con toda la fiereza de la que yo la sabía capaz. Su madre les procuraba poco o ningún sustento. Estaba tan consumida por la droga que rara vez comía, y en la casa nunca había mucho que comer, y menos aún alimento suficiente para dos niños. Así que Tracy se echó a las calles de Nueva Orleans y forjó para sí misma y para su hermano una vida enteramente distinta. En otra ciudad tal vez no habría sido posible, pero en Nueva Orleans el concepto de «estilo de vida alternativo» adquiriría una nueva dimensión.

Con el paso del tiempo, Tracy se integró en el mundillo de los artistas callejeros: jóvenes que habían dejado los estudios y soñaban con una vida nueva y músicos que

intentaban que alguien les descubriera mientras se ganaban el pan de cada día actuando para los turistas que anegaban las calles. Tracy y Ben se convirtieron en sus huérfanos-mascotas, y ellos, a su vez, protegían a los niños de los horrores de la vida nocturna.

Tracy era una niña muy lista y se aprendía todos los trucos: magia, malabares, acrobacias... Tenía, además, un don para contar cuentos, y su precocidad encandilaba por igual a turistas y a artistas callejeros. Los demás juglares le construyeron una tarima especial en un callejón del Barrio Francés. Encaramada a ella recitaba poemas o contaba cuentos ante la gente que iba agolpándose a su alrededor. Inevitablemente, al dispersarse su público, Tracy oía a alguna mujer diciéndole a su pareja que deberían llamar a alguien, que alguien debería adoptarla. Tracy solía soñar con eso: con que apareciera algún turista rico que se prendara de ella y de su hermano y se los llevara lejos de aquella existencia mísera y patética.

A veces pasaban toda la noche fuera, en el Barrio Francés, Ben arropado con un montón de mantas viejas y sucias, en un callejón, pero siempre bajo la mirada atenta de su hermana. Tracy veía a los borrachos volver a casa dando tumbos y a las prostitutas (a la mayoría de las cuales conocía por su nombre) regresar calmosamente de hacer la calle. Poco a poco, durante la hora previa al amanecer, la ciudad iba quedando en silencio. Sólo entonces tomaba en brazos a Ben, todavía soñoliento, y regresaba trabajosamente al mugriento piso donde vivían. Su madre nunca les hacía preguntas.

Tracy rara vez iba al colegio y, pasado un tiempo, los funcionarios encargados de controlar el absentismo escolar, tan desbordados como los del Servicio de Protección de Menores, dejaron de molestarla. Pero ella leía como una posesa. «Soy autodidacta», decía siempre, y nunca he visto un ejemplo más perfecto de ello. El dueño de una tienda de libros usados de Bourbon Street le pasaba libros a condición de que se los devolviera pronto. Durante sus largos días de espera en las aceras de la ciudad, leía de todo, desde *Jane Eyre* a *El extranjero*, pasando por *El origen de las especies*, ajena al ruido y a los olores que la envolvían.

Ben y ella conseguían sobrevivir a duras penas con las monedas que recogían durante la jornada. Complementaban su magra provisión de alimentos recogiendo restos de los buñuelos que tiraban los turistas o pasándose por el bar de travestidos de la esquina a la hora del cierre para pedir las sobras. Tracy se hacía la fuerte, aparentaba que todo le resbalaba y hasta le daba a su madre parte del dinero que conseguían cuando les sobraba un poco. Así al menos la hacía callar y se la quitaba de encima.

Cuando llegó a la adolescencia, empezó a juntarse con otros chicos callejeros de su edad y formaron la pandilla de los góticos. Vestían de negro y se teñían el pelo de tonos de rojo oscuro, morado o negro. Llevaban aparatosas piezas de bisutería colgando de tiras de cuero negro, toscos anillos con gemas falsas de color rojo sangre, y se colgaban esqueletos o crucifijos plateados de los pírsines. El símbolo

favorito de Tracy era el *ankh*, el símbolo egipcio de la vida eterna, lo cual no dejaba de ser irónico.

Algunos de sus amigos se engancharon a la heroína. Tracy, que la asociaba con su madre, no quería ni acercarse a ella. Bebía un poco y se metía en algunos líos, pero nunca tan graves que corriera el riesgo de acabar encerrada donde no pudiera proteger a Ben.

Para entonces era su hermano quien llevaba la voz cantante en sus actuaciones callejeras. Tenía talento para la acrobacia y se había hecho amigo de uno de los veteranos del Barrio Francés, que le enseñó el oficio. Algunos días recogía hasta diez dólares y entonces entraban en un bar y pedían un plato gigante de patatas fritas y dos medias pintas. Fueron buenos tiempos.

Por desgracia, en los bares de Nueva Orleans se ofrecía de todo: homo, hetero, trans, baile, cuero, sadomaso... Allí todo el mundo tenía cabida. Supongo que, teniendo en cuenta la extraña trayectoria de la vida de Tracy, era inevitable que su pandilla comenzara a gravitar hacia el lado más oscuro de la ciudad, hacia aquellas zonas por las que nunca pasaban los autobuses turísticos. Su bar favorito no tenía letrero, sólo una puerta negra en un muro negro que palpitaba al ritmo de música industrial. Nine Inch Nails. My Life with the Thrill Kill. Lords of Acids.

Al abrirse con un chirrido, basculando sobre sus bisagras oxidadas, la puerta revelaba un interior oscuro y cavernoso como un hoyo negro y dejaba salir volutas de humo de tabaco que se desenroscaban en el aire nocturno. Eso era todo. Los porteros, que lucían a modo de marcas de esclavo cortes que tardaban en restañar, la conocían y se apartaban para dejarla pasar.

Más tarde reconocería que había sido una ingenua. En aquel momento no era consciente de adónde podía conducirla aquella vida. Sólo sabía que se sentía parte de algo, de algo secreto, de algo que le brindaba un sentimiento de pertenencia. Los turistas ricos que pasaban por la ciudad no sabían nada de ellos. Aquello era un imperio. Y la música furiosa que cada noche retumbaba en su cabeza casi igualaba la ira que sentía contra su madre y contra el mundo. Era un imperio fuerte el que habían construido, y sentía que la fuerza de ese imperio corría por sus venas, más potente que cualquier droga dura que pudiera probar.

Pasó cuatro años en aquel entorno. En las raras ocasiones en que habló de esa vida, casi sentí envidia de ella. Los bichos raros, los marginados, formaban la congregación de la iglesia de Nueva Orleans, un lugar privilegiado en el mundo de los excluidos. Vivían juntos en las calles, en ruinosas pensiones o apartamentos compartidos y se paseaban por la ciudad adornados con fulares de colores, bisutería barata y sucias ligas de lentejuelas, formando una extraña comunidad en la que la nota dominante era la tolerancia.

Allí nada importaba: ni la edad, ni el físico, ni el género, ni las inclinaciones sexuales. Era todo un gran crisol aberrante, y el sexo, las drogas y la violencia ocasional eran sólo pequeñas piezas del cuadro, piezas que les ayudaban a superar la

experiencia de saberse incomprendidos, utilizados o pisoteados, pero aun así profunda e inequívocamente humanos. Allí, en aquella burbuja de vida clandestina, el juicio quedaba suspendido durante una hora, un año, una vida entera, y de cuando en cuando, bajo los pliegues de gasa, cuero y encaje, afloraba un jirón de autoestima y quizás hasta de orgullo.

Entonces pasó algo que hizo que Tracy perdiera por completo sus energías. Nos ocultó durante años aquella historia, como un secreto. En el sótano lo llamábamos «el Desastre» para que no tuviera que explicar los detalles de lo peor que le había pasado nunca. Lo peor, aparte de Jack Derber, claro está.

Y después del Desastre su madre desapareció otra vez, quizá para siempre. Cuando llevaba tres semanas sin dar señales de vida, Tracy llegó a la conclusión de que no iba a volver. Pensó que podía ocultárselo a la Seguridad Social una temporada y falsificar su firma en los cheques el tiempo suficiente para ahorrar algún dinero. Pero para entonces ya ni siquiera eso le importaba.

Se sumergió más aún en el ambiente de los clubes de Nueva Orleans, asqueada, infeliz y sola. Su vida no iba a ninguna parte, y era lo bastante lúcida para darse cuenta de ello. Beber no servía de nada. Esa noche, en el bar, un desconocido le ofreció un chute. Esa noche, Tracy cogió la aguja en la oscuridad, con las manos temblando de miedo y emoción. Tal vez, después de todo, aquello fuera la respuesta: un modo rápido de salir del dolor, aunque sólo fuera durante un rato.

Había visto chutarse a tanta gente que podría haberlo hecho con los ojos cerrados. Cogió la tira de cuero y se la ató con fuerza alrededor del brazo. La aguja perforó fácilmente su vena, deslizándose en ella como si fuera el destino. La primera oleada la llenó de euforia y barrió su sufrimiento de un plumazo, llevándose como una ráfaga de aire fresco de las que soplaban por las calles de la ciudad al amanecer. En ese momento, por primera vez en su vida, creyó comprender a su madre y se preguntó si, a fin de cuentas, no tendría razón respecto a la vida.

De algún modo logró salir a trompicones al callejón de detrás del bar, donde podría saborear aquel placer a solas. Era una noche de verano calurosa, el aire era tan denso, estaba tan cargado de humedad, que la golpeó como un muro cuando la puerta se cerró tras ella. El sudor se le acumulaba en la frente y chorreaba hasta su pecho, metiéndose bajo el cuero barato de su corpiño de segunda mano. Se apoyó contra el contenedor de basura y se dejó resbalar hasta el suelo, hundiéndose entre los desperdicios de un millar de vidas hundidas: condones usados, paquetes de cigarrillos, ropa interior rasgada, un trozo de cadena oxidado. Pero incluso en aquel instante hubo algo en el núcleo mismo del placer que hizo que se le saltaran las lágrimas, que le recordó todo lo que había pasado y la hizo llorar con un alarido animal que le salió de lo más hondo, hasta que poco a poco fue perdiendo el último asidero de la conciencia.

Se despertó, posiblemente días después (no lo sabía) en el sótano, sobre el frío suelo de piedra, en medio de un charco de su propio vómito.

Me senté en la cama de la habitación del hotel y miré mi cara en el espejo de encima de la cómoda vacía. Agarré el móvil mientras intentaba convencerme de que debía hacer aquella llamada. Sabía que tenía que hacerla. Era lunes por la mañana, y en la otra mano tenía el número de la oficina de Tracy anotado en un trozo de papel. Respiré hondo y marqué.

Después de tres pitidos la oí decir «diga» y casi no me salió la voz para contestar.

—¿Diga?! —repitió, impaciente como siempre.

—¿Tracy?

Era la única que no había cambiado de nombre.

—Sí, ¿quién es? ¿Es una llamada comercial?

Ya parecía molesta.

—No, Tracy, soy yo, Sarah.

Oí un soplido de fastidio y a continuación el pitido de la línea.

—Bueno, ha ido bastante bien —le dije a mi cara en el espejo.

Marqué otra vez. Sonó cuatro veces. Luego Tracy lo cogió.

—¿Qué quieres? —preguntó enfadada.

Su voz indicaba desdén.

—Tracy, sé que no quieres hablar conmigo, pero, por favor, escúchame.

—¿Es por lo de la vista de la condicional? Puedes ahorrarte el discurso. Voy a ir. Ya he hablado con McCordy. Tú y yo no tenemos nada de que hablar.

—No es por eso. Bueno, sí, pero no.

—Lo que dices no tiene sentido, Sarah. Aclárate.

No había cambiado mucho en los diez años transcurridos desde la última vez que habíamos hablado. Intuí que sólo disponía de diez o veinte segundos para persuadirla de que no colgara. Fui directa al grano.

—Tracy, ¿tú recibes cartas?

Un silencio. Evidentemente, sabía a qué me refería. Por fin contestó con desconfianza:

—Sí. ¿Por qué?

—Yo también y, escucha, creo que nos está diciendo algo en esas cartas.

—No me cabe duda de que sí, en su mente de chiflado, pero la verdad es que no tienen ni pies ni cabeza. Está loco, ¿recuerdas, Sarah? Como una cabra. Puede que legalmente no, puede que no lo suficiente para librarse de la cárcel, pero sí lo bastante loco como para que tiremos sus cartas a la basura sin abrirlas.

Sofiqué un gemido de horror.

—No las habrás tirado, ¿verdad?

Otro silencio. Y luego, en voz más baja esta vez, con cierta reticencia:

—No. Todavía las tengo.

—Puede que esté loco y puede que no. Pero, oye, creo que he descubierto algo.

Creo que te está mandando mensajes en mis cartas, y puede que también a Christine. Creo que puede haber algo que yo entienda en las cartas que te manda a ti, y viceversa.

Pasó un rato sin que contestara, pero yo la conocía lo suficiente para saber que debía esperar. Tracy estaba pensando.

—¿Y de qué va a servirnos eso, Sarah? ¿Crees que quiere hacernos saber lo especiales que somos para él? ¿Cuánto nos quiere todavía? ¿Crees que va a darnos alguna pista para que lo encierren más tiempo? Es muchas cosas, Sarah, pero no tonto.

—No, no es tonto, pero le gusta arriesgarse. Le gustan los juegos y puede que quiera darnos un poco de ventaja. Sería un gran placer para él pensar que nos estaba diciendo algo importante y que somos tan idiotas que no nos hemos dado cuenta.

Noté que Tracy daba vueltas al asunto mientras el silencio se apoderaba de nuevo de la línea.

—Tienes razón. Así que ¿qué hacemos? ¿Mandarnos las cartas que tengamos cada una?

Respiré hondo.

—Creo que no es tan sencillo. Creo que... que tenemos que vernos.

—Me parece sumamente innecesario —respondió en tono gélido.

Sentí su odio, fuerte y claro.

—Escucha, Tracy, dentro de dos días estaré en Nueva York. ¿Puedes ir a verme allí? Estoy segura de que tienes muchísimas cosas que hacer ahora mismo con tu revista y todo eso, pero creo que no tenemos tiempo que perder. ¿Cuál es tu número de móvil? Puedo mandarte un mensaje cuando llegue para que nos veamos.

—Me lo pensaré —contestó.

Y se cortó la llamada.

Después de pedir una infusión al servicio de habitaciones para recuperarme de mi conversación con Tracy, volví en coche a Keeler para hacerle una visita a Noah Philben en su despacho nuevo. No me gustaban, por regla general, las personas con ideas radicales y hasta aquel momento había organizado por entero mi vida para evitarlas. Los fanáticos, los místicos y los extremistas tendían a actuar de manera irracional e inesperada. Las estadísticas no podían protegerte de ellos.

Yo quería que la gente encajara a la perfección dentro de un casillero demográfico bien delimitado: edad, formación, nivel de ingresos... Datos que debían tener valor predictivo. Cuando no lo tenían, mi capacidad para interpretar a los demás e identificarme con ellos hacía aguas. Como decíamos siempre Jennifer y yo, puede ocurrir cualquier cosa, y había demasiadas categorías de «cualquier cosa» que me repelían.

Aunque tenía medio lleno el depósito del coche, paré en una gasolinera camino de Keeler, aprovechando que, justo a las afueras del pueblo, había una BP que parecía extrañamente limpia. Observé con no poca satisfacción que un panel de plexiglás irrompible me separaba del cobrador. Si fuera así con todo el mundo...

Encontré sin problemas el centro comercial y aparqué cerca del supermercado, del que entraba y salía un tropel de clientes cuyos carros resonaban con estruendo al rodar por el pavimento desigual. Estuve un minuto sentada dentro del coche, preguntándome qué demonios hacía allí.

Metí la mano en el bolso, saqué mi móvil y lo miré por pura costumbre nerviosa. Me tranquilizó ver el icono de batería llena y las cinco rayitas que indicaban el nivel de cobertura. Bajé los hombros un par de centímetros y respiré hondo.

Pero al pensar en la tarea que me espera sentí el impulso de echar a correr, de volver a toda prisa a Nueva York y olvidarme de aquel viaje. Podía limitarme a declarar, como me había pedido Jim. No podían poner en libertad a Jack Derber, era imposible: sin duda la vista para decidir si se le concedía la libertad condicional no era más que un modo de cumplir con el protocolo administrativo del estado de Oregón. ¿Verdad? No hacía falta que hiciera aquello.

Pero ¿había alguna posibilidad de que ocurriera lo contrario?

Por lo que sabía de asuntos penitenciarios, entraba dentro de lo posible. El sistema penal no repartía justicia de manera justa y equitativa, en proporción a los crímenes cometidos. Alguien podía pasarse toda la vida en la cárcel por llevar encima un gramo de cocaína. En cambio, los violadores, los secuestradores y los pederastas podían acabar cumpliendo una condena irrisoria. Quizá, después de todo, el estado de Oregón se diera por satisfecho con diez años. Era posible que lo soltaran, sobre todo si se tragaban la historia de su conversión religiosa, y yo sabía que su conducta en prisión había sido, naturalmente, impecable. Tenía entendido que hasta estaba dando clase a otros reclusos. Joder. Tenía que hablar con Noah Philben.

El edificio parecía casi acogedor, comparado con lo que esperaba encontrarme. Aun así estaba pintado de colores vivos: un mural con un arcoíris gigante, vestigio de su pasado como centro universitario local, cubría la pared delantera. A través de la puerta de cristal, vi un despacho situado a mi izquierda. El personal administrativo, un chico y una chica que no parecían tener más de veinticinco años, estaba ocupado clasificando papeles. Parecían muy formales y solícitos. Aquello no tenía en absoluto pinta de ser una secta. Parecía más bien un centro de reunión de niños y jóvenes para realizar actividades deportivas y culturales. Sentí que mi angustia se disipaba en parte.

Armándome de valor, abrí la puerta y me dirigí al despacho. El chico me miró y sonrió. Parecía absolutamente normal, salvo por un destello de celo feroz que vi en sus ojos y que hizo que me sintiera un poco incómoda. Dudé.

—Bienvenida a la Iglesia del Espíritu Santo. ¿En qué puedo ayudarte? —dijo en tono jovial. Demasiado jovial.

Respiré hondo y le expliqué con la mayor cortesía posible que quería hablar con Noah Philben. El chico torció el gesto y arrugó la frente. Pareció no saber qué hacer. Deduje que Noah Philben no recibía muchas visitas.

—No estoy seguro de que haya llegado ya. Eh, espera un minuto.

Me dejó a solas con la chica. Ella también me dedicó una sonrisa, algo más forzada que la de su compañero. Luego, bajando los ojos, siguió ordenando papeles en silencio. Yo sabía que cualquier persona normal se habría puesto a charlar de cualquier cosa, habría saludado, habría hablado, por lo menos, del tiempo, pero yo ya no sabía cómo hacerlo. Así que me quedé allí, bajo la fea luz del fluorescente, mirando azorada la habitación.

Pasaron unos minutos antes de que volviera el chico seguido por un hombre alto que debía de rondar los cincuenta años. Tenía que ser Noah Philben, porque llevaba alzacuellos y una sotana negra que le llegaba hasta los tobillos. El pelo, ralo y rubio tirando a gris, le rozaba los hombros. Sus ojos eran de un azul penetrante. Avanzó hacia mí con el semblante paralizado en una máscara de serenidad impersonal.

Pero, al pasar junto al despacho y saludar a la chica sentada detrás del mostrador, una sonrisa ladeada distendió su rostro. Ella desvió los ojos con timidez, visiblemente incómoda. Un escalofrío me corrió por la espalda. Da pavor, pensé para mis adentros, pero me obligué a sonreír al acercárseme Philben. Traté de dar un paso hacia él, pero mis piernas protestaron volviéndose flojas.

Justo cuando Philben llegó a mi lado, empezó a sonar mi teléfono móvil. Seguramente era la doctora Simmons, dado que aquel era el día de la semana en que solíamos vernos. Hice caso omiso y Noah Philben miró mi bolsillo, hacia el lugar de donde salía aquel sonido.

—¿Tiene que contestar?

Me lanzó aquella misma sonrisa.

—No, no pasa nada. —Metí la mano dentro del bolsillo para cortar la llamada—.

Señor Philben...

—Reverendo Philben, en realidad, señorita...

Estaba claro que era mi turno de decir mi nombre, pero tardé un poco en reaccionar y me quedé muda tres segundos. Él esperó pacientemente a que le dijera qué hacía allí.

—Soy Caroline Morrow —conseguí decir por fin—. Me alegro mucho de encontrarlo aquí. No quiero molestarlo, pero estoy buscando a una persona, a una antigua amiga. Sylvia Dunham. Tengo entendido que pertenece a su... iglesia.

Miré a la chica. Seguía con la cabeza baja y la vista fija en el correo. El chico estaba hablando por teléfono en el otro extremo de la habitación. No parecían estar escuchando.

Noah Philben levantó una ceja.

—Qué interesante —dijo mientras sopesaba mis palabras y lanzaba una ojeada a la puerta—. ¿Vamos a mi despacho?

Señaló con el pulgar el pasillo adelante, hacia la puerta del fondo. Yo no pensaba meterme en un despacho del fondo del pasillo con aquel tipo ni con nadie, bajo ningún concepto. Podía pasar cualquier cosa. Intenté sonreír con dulzura mientras señalaba un banco que había a la entrada.

—No quiero robarle mucho tiempo. Quizá podríamos hablar un momentito aquí mismo.

Se encogió de hombros y levantó la mano hacia el banco.

—Como quiera. Después de usted.

Me senté lentamente en el asiento sin apartar los ojos de su cara. Él se quedó de pie. Me arrepentí enseguida de haberme sentado, porque ahora se cernía sobre mí. Cruzó los brazos y se apoyó contra la pared sin hacer caso del tablón de anuncios en el que se leía «Ven a orar con nosotros», escrito en una tira de cartulina troquelada y multicolor que se agitó empujada por la corriente que levantó su mano.

—¿De qué conoce a la señora Dunham? —preguntó mientras aquella lenta sonrisa seguía extendiéndose por su cara.

—La conocí de pequeña, y estoy de viaje por esta zona. Por trabajo. Me he enterado de que es una de sus feligresas.

—Sí.

Me miró directamente. Saltaba a la vista que no pensaba decir nada más.

—Estoy intentando localizarla. Parece que no está en casa y he pensado que quizás alguien de la iglesia sepa dónde se encuentra.

Otra vez mi voz de falsa despreocupación. Jamás podría ser actriz. Noté cómo me ruborizaba mientras pensaba en lo mal pertrechada que estaba para aquella tarea.

Noah Philben se inclinó hacia mí. Me pareció detectar por un instante un brillo de amenaza en su mirada, pero me dije que eran imaginaciones mías. La sonrisa había desaparecido. Me eché hacia atrás en el duro banco, casi vencida por la fuerza de su mirada. Luego se irguió y sonrió otra vez. No me quedó claro si había notado el

efecto que estaba surtiendo en mí.

—Ni idea. Hace un par de semanas que no la veo. No es propio de ella perderse los... oficios. Sabe Dios dónde estará. Pero, eh..., si tiene noticias tuyas, avísame, ¿de acuerdo? Lógicamente, me preocupo mucho por mis feligreses, como usted dice. Me encantaría saber dónde está.

Volvió a apoyarse contra la pared, relajado y frío como el hielo.

—Claro, claro, descuide, le avisaré. Bueno, gracias de todos modos.

Había algo en su mirada que hizo que se me encogiera el estómago y que un sudor frío aflorara a mi piel. Sentí que el aire empezaba a atascárame en el pecho. Dentro de mi cuerpo algo hizo *clic*, como si se accionara un piloto automático. Era una sensación que conocía muy bien. Sabía adónde llevaba, y sin saber por qué tuve el impulso frenético de impedir que aquel hombre viera mi pánico. Me levanté como un resorte, casi involuntariamente, y retrocedí hacia la puerta al tiempo que metía las manos en el bolsillo en busca de las llaves del coche.

Tuve que parpadear para contener las lágrimas mientras sonreía tímidamente, le di las gracias con una inclinación de cabeza y me despedí con un desmayado ademán al abrir la puerta de cristal que daba al aparcamiento. Los dos chicos siguieron sin levantar la vista. No supe si eran imaginaciones mías o no, pero me pareció oír que Noah Philben se reía cuando di media vuelta y me alejé. Era un sonido áspero. Una risa amarga y brutal.

Intenté dormir en el avión de vuelta a casa para mantener a raya el miedo que me producía volar, pero seguí dándole vueltas a la desaparición de Sylvia Dunham. Me preguntaba si debía hablar con Jim, dejar que se hiciera cargo de todo y que averiguara dónde estaba. Pero sabía que legalmente no había ningún motivo para que el FBI la buscara a no ser que alguien que tuviera relación directa con ella denunciara su desaparición. Podía sencillamente haber salido de viaje.

Nunca me había alegrado tanto de ver mi edificio, después de una caminata de seis manzanas desde el metro. Crucé el umbral arrastrando la maleta y sentí que todo mi cuerpo comenzaba a relajarse. Sólo entonces me di cuenta de hasta qué punto me estaba afectando el estrés de aquella búsqueda.

Entonces me fijé en Bob. Me estaba haciendo señas como un loco. Se llevó el dedo a los labios y señaló a una mujer que estaba en una esquina, de espaldas, con el teléfono pegado a la oreja. Antes de que pudiera comprender lo que intentaba decirme, la mujer se volvió y me vio.

—¿Sarah? —dijo, dudando un momento mientras apagaba el teléfono.

Noté que a Bob le sorprendía que me llamara así.

—¡Tracy! Has venido —contesté pasmada.

Bob me miró y la miró a ella, incapaz de ocultar su asombro. Llevaba seis años viviendo en el edificio y nunca había recibido visitas, excepto las de mis padres, mi psiquiatra y Jim McCordy. Y allí, en el portal, había una punki bajita y menuda, con el pelo teñido de negro con mechaz fucsias, chaqueta de cuero con tachuelas, mallas negras, botas negras de cordones, y tatuajes y pírsines por toda la cara. Y yo la conocía.

Ver a Tracy por primera vez desde hacía más de diez años hizo que me acordara de todo de golpe. Tuve que apoyarme en la pared para no caerme. Una riada de imágenes inundó mi cabeza: los ojos de Tracy agazapada en el rincón, recuperándose del dolor. Su mirada cuando se reía en voz baja durante esas largas horas en las que sólo nos teníamos las unas a las otras para entretenernos y encontrar alicientes, cuando nuestras conversaciones eran nuestro único salvavidas, lo que nos mantenía unidas al mundo real e impedía que nos volviéramos locas. Y luego esa última imagen, como siempre que pensaba en ella: la de los ojos de Tracy brillando de rabia al descubrir lo que había hecho yo.

¿Estaba presente también ahora esa mirada en sus ojos, oculta en alguna parte detrás de su vidriosa mirada de incomprensión? Me la imaginé pugnando con sus propios recuerdos mientras estábamos allí, en el portal bruñido, un radiante día de mayo, entre millones de personas que ignoraban el trascendental acontecimiento que estaba teniendo lugar. Calculé mentalmente cuántos reencuentros decisivos estarían celebrándose en ese mismo momento en Nueva York. Pero ¿podía haber alguno más importante que aquel?

—Sarah —repitió por fin achinando los ojos, sin que yo llegara a entender qué clase de energía se ocultaba tras su gesto.

Me acerqué a ella lo justo para que Bob no me oyera y dije en voz baja:

—Caroline, ahora soy Caroline.

Se encogió de hombros, metió su móvil en el bolso y dijo como si no pasara nada fuera de lo corriente:

—Bueno, ¿subimos?

Ladeó la cabeza señalando el ascensor.

Noté que Bob se acercaba por mi izquierda, listo para defenderme de aquella individuo que sin duda le parecía sospechosa. Había salido de detrás del mostrador dispuesto a plantar batalla.

—No pasa nada, Bob. Es... una amiga de hace tiempo —balbucí y, sin necesidad de mirarla, sentí que Tracy daba un respingo.

Me acerqué al ascensor con cierta reticencia. Había confiado en que nos viéramos en terreno neutral, pero las cosas no habían salido así. Bob regresó a su sitio, pese a que parecía incómodo con la situación. Igual que yo.

Nos quedamos calladas escuchando el ruido que hacía el viejo mecanismo del ascensor mientras subíamos lentamente al piso once. Luego Tracy dijo en voz muy baja, casi para sí (pensé yo al principio):

—Las he traído.

Comprendí enseguida a qué se refería y sentí una rápida y aguda punzada de arrepentimiento por habérselo pedido.

Cuando llegamos a mi apartamento, Tracy dio una vuelta mirándolo todo. No supe si le gustaba o no. Sonrió ligeramente al dejar el bolso sobre mi mesa baja.

—¿No se te ha ido un poco la mano? —preguntó con una sonrisilla. Luego reculó y añadió sin mirarme—: No, en serio, Sarah, es muy agradable. Muy... tranquilizador.

Sin sentarme, le hice un rápido resumen de mi viaje a Oregón y mi búsqueda de Sylvia. No mencioné que había sido mi primer viaje en años y que había jurado expresamente no volver jamás a ese estado.

Tracy se lo tomó todo con su calma de siempre. Pensaba (estaba claro) que me estaba poniendo un poco dramática con el asunto de la desaparición de Sylvia.

—Seguramente se habrá ido de viaje —comentó en cuanto acabé—. Y si de verdad crees que ha desaparecido, ¿no sería lo más lógico que fueras directamente a la policía?

—Supongo que todavía no estoy preparada para confiar en mi prodigioso instinto de investigadora —contesté.

Esbozó una sonrisa.

Nos instalamos en el comedor y desplegamus nuestras cartas por orden cronológico sobre la mesa. En todos los casos, sólo un par de días separaban las fechas de los matasellos. Saqué dos cuadernos nuevos y dos bolígrafos Uniball

Deluxe por estrenar. Nos sentamos y empezamos a leer.

Al principio me desconcertó aquel mar de tinta negra que había inundado mi mundo immaculado y blanco, pero me obligué a concentrarme. «Sólo pensar puede salvarnos», me dije automáticamente. Era mi mantra del pasado.

Dibujé dos columnas en mis cuadernos, una para cada una, y empezamos a clasificar las referencias lo mejor que pudimos. Debajo del nombre de Tracy, con la cuidada letra mayúscula que siempre usaba Jennifer en aquellos otros cuadernos, escribí: «Nueva Orleans», «disfraces», «lago». Ella echó un vistazo a la hoja y enseguida apartó la vista. Supuse que la palabra «lago» debía de traerle recuerdos dolorosos.

Hojeé con cautela sus cartas, aterrorizada por lo que podía hallar en ellas, pero también expectante. Por fin me encontré con lo que era claramente una referencia a Jennifer y a mí: «Un choque y luego ahogarse, a toda prisa, en un mar de números». Debajo de mi nombre, anoté con esmero las palabras «choque» y «mar de números». Naturalmente. El accidente de coche en el que murió la madre de Jennifer. Los diarios. Jack había averiguado muchas cosas muy fácilmente mientras habíamos sido sus prisioneras.

Estuvimos casi una hora examinando las cartas, hasta que mis columnas ocuparon dos hojas para cada una. Luego, por fin, Tracy se echó hacia atrás y suspiró. Me miró a los ojos, pero esta vez sin aire amenazador.

—No tienen ningún sentido. Sí, tratan de nosotras. Sí, le gusta atormentarnos haciéndonos ver lo mucho que sabe de nosotras. Da la impresión de que se pasa mucho tiempo en la trena reviviendo viejos recuerdos porque le causa placer. Pero en cuanto a su valor interpretativo, voy a tener que ponerle un cero.

—Es un puzle —dije yo—. Una especie de crucigrama. Sé que podemos descifrarlo si utilizamos la lógica. Si pudiéramos ordenar estas ideas. Si pudiéramos...

—¿Cuantificarlas? —me interrumpió Tracy exasperada—. ¿De verdad crees que eso va a ayudarnos? ¿Crees que todo en la vida puede clasificarse, ordenarse y comprenderse? ¿Que el universo entero está organizado de acuerdo con una lógica interna y que aplicando el análisis estadístico podemos dar con una especie de algoritmo filosófico? La vida no funciona así, Sarah. Creía que ya te habías dado cuenta. Si no lo aprendiste después de pasar tres años en una mazmorra, entonces nada de lo que yo diga podrá hacerte cambiar de opinión. Mira lo que nos hizo. Nuestras cabezas son el puzle, no estas cartas. Pasó años volviéndonos locas, ¿y ahora crees que puedes superarlo y aplicar los métodos que usabas de adolescente para descifrar una especie de mensaje oculto? ¿Crees que también habrá tinta invisible?

Se levantó y entró en mi cocina. La seguí.

Abrió mis armarios uno por uno hasta que encontró lo que buscaba. Me quedé mirándola, perpleja. Tenía una caja de cereales en la mano y empezó a romperla.

—¿Qué haces?

Pensé que se había vuelto completamente loca. Me aparté de ella mientras calculaba rápidamente los segundos que tardaría en correr a la puerta, abrir todas las cerraduras y llegar al ascensor.

—Estoy buscando el anillo descifrador, Sarah. Un utensilio secreto de espía que nos ayude a resolver este enigma.

Debió de ver mi mirada de alarma, porque al mirarme dejó la caja en la encimera y respiró hondo tres veces, lentamente. Luego se tapó la cara con las manos y se masajó el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Cuando bajó las manos, me miró con los ojos secos y dijo con voz otra vez firme:

—No podemos ser nosotras las que analicemos las cartas. Mándaselas todas a McCordy con tu pequeño diagrama. Que ponga a sus agentes a trabajar en ello. Tienen técnicas y métodos y estrategias. Nosotras no tenemos más que un montón de recuerdos jodidos y, cuanto más nos paremos a pensar en ellos, más nos revolverán por dentro.

Permanecí junto a ella, mirando fijamente una manchita del suelo de la cocina, de esas que no se quitan nunca, de esas que, para librarte de ellas, tienes que cambiar la cocina entera.

Tracy se irguió y me miró derrotada.

—Reconozco que has conseguido que me hiciera ilusiones, un poquito, pero esto es malgastar mi precioso tiempo. Tengo que salir de aquí. He dejado la revista en manos de la editora adjunta. Será mejor que vuelva a mi próximo número. —Se levantó despacio y empezó a recoger sus cosas mientras paseaba de nuevo la mirada por la habitación—. ¿Sabes?, la verdad es que tanto blanco es bastante asfixiante.

—Espera, espera.

Por un instante, mis instintos normales estuvieron a punto de tomar el control y levanté la mano para tocarla, pero enseguida me repelió la idea de tocar carne humana y aparté la mano como si me hubiera quemado. Quería que se quedara, pero no hasta ese punto.

—Espera un segundo. Tu revista... Tus artículos... Dice que «estudia las enseñanzas». ¿Podría referirse a tu revista, a tu trabajo? ¿O se refiere a la Biblia?

Tracy siguió recogiendo sus cosas. No se sentó, pero apoyó un momento la rodilla en la silla y la mano en la que sostenía el cuaderno se paró en el aire. Esperé, preparada para que me ignorara y saliera de mi casa hecha una furia.

—A mi trabajo, no —dijo lentamente, pensando—. Todo lo demás que menciona pertenece al pasado, a antes... a antes, bueno, ya sabes. No creo que sea la Biblia. Está claro que su conversión religiosa es una farsa. Quiere decirnos otra cosa. ¿Y si se estuviera refiriendo a sus enseñanzas? A fin de cuentas, era profesor. ¿Y si está hablando de su trabajo académico? ¿Y si es algo que tiene que ver con sus clases, con la universidad? —Volvió a sentarse mientras sopesaba aquella idea—. La verdad es que es interesante —dijo con énfasis—, pero no sé si ya lo habrán investigado. Tiene

sentido en cierto modo si crees, como creo yo, que lo que hizo con nosotras fue poner a prueba sus teorías psicológicas. Después de todo, éramos simples ratones de laboratorio, pero al estilo de un erudito medieval.

Sentí renovadas esperanzas, aunque sólo fuera porque aquella idea podía conducirnos a hacer algo concreto. Fue en ese momento, al sentir cómo se agitaba la esperanza dentro de mí, cuando comprendí que en mi caso no había marcha atrás. No podría descansar hasta que hubiera seguido aquel camino hasta el final. Tenía que hacerlo.

Retomé la idea de Tracy.

—Si vamos a ir a la universidad, necesitamos a Christine. Era alumna suya, de su departamento. Ella puede orientarnos.

Tracy se rio.

—Ni lo sueñes. Christine no va a querer saber nada de nosotras. Nada, literalmente. Hace años que cerró esa puerta. Ni siquiera creo que podamos encontrarla para preguntárselo.

—Sí que podemos.

Me acordé de lo que había dicho McCordy, quizás imprudentemente.

—¿Cómo?

—Sé a qué colegio va su hija.

Tracy levantó la vista, interesada. Sus engranajes habían empezado a girar.

—Es martes. —Eché un vistazo al reloj—. Los niños salen del colegio dentro de una hora.

—Muy bien. Entonces, vamos a buscarla a la salida.

Resultaba irónico que fuéramos a encontrarnos con Christine en el Upper East Side, su lugar de procedencia. Después de todo lo que nos había contado en aquel sótano, yo no entendía por qué había vuelto, teniendo la oportunidad de empezar de cero. Quizá después de todo lo que habíamos pasado, decidió que sólo quería estar en un lugar conocido. Que no quería arriesgarse otra vez a cambiar de vida. Ya lo había intentado, y casi le había costado la vida.

Christine era la única hija del matrimonio formado por un rico banquero de inversiones de Manhattan y una mujer de la alta sociedad. Había crecido en el más exclusivo de los exclusivos edificios de Park Avenue anteriores a la guerra, justo en lo alto de Carnegie Hill, en un inmenso apartamento clásico que había pasado de generación en generación. Su familia veraneaba en Quogue y esquiba en Aspen durante las vacaciones de invierno. Era una buena vida, estable y aislada, y Christine, una niña soñadora y obediente, había pasado sus primeros años satisfecha, sin prestar atención al mundo que se extendía más allá de su reducto superprotegido.

Es decir, hasta los dieciséis años, cuando todo cambió. Ese fue el año en que descubrió cómo mantenía su familia su estatus en la jerarquía económica y social, el año en que averiguó que todo el dinero amasado durante generaciones y la nobleza que llevaba aparejada se habían esfumado hacía mucho tiempo y que, con el paso de los años, su padre había reemplazado ambas cosas comerciando cada vez menos con productos financieros de alta rentabilidad y cada vez más con información. Información concreta y confidencial.

Fue acusado de tener acceso privilegiado a la presentación de resultados de varias compañías de primera fila días antes de su publicación y de realizar transacciones financieras cuya oportunidad resultaba muy sospechosa.

Al principio, Christine creyó a su padre y se puso de su parte, siguió el caso de cerca, hizo preguntas, intentó comprender el complejo funcionamiento de las transacciones financieras más sofisticadas. Pero cuanto más sabía, más se convencía, junto con el fiscal general y el *New York Post*, de que su padre era culpable. Comenzó a ver Wall Street como un club para iniciados con su propio código ético, muy distinto al que habría imaginado de haberse molestado en pensar en ello con anterioridad. Es más: poco a poco empezó a darse cuenta de que las actividades delictivas de su padre eran de lo más natural tanto para él como para sus socios. Y cada vez que él veía cómo se le desorbitaban los ojos al darse cuenta, le decía que se relajara, que así era como se hacían los negocios.

Pero Christine no podía aceptarlo. De noche, cuando salía al balcón que daba al apacible patio interior de su edificio, lloraba en silencio, sabedora de que la vida confortable que siempre había dado por descontada estaba erigida sobre el fraude y la deshonestidad. No podía mirar el hermoso mobiliario de su apartamento, su lujoso todoterreno, o su armario lleno de prendas de diseño sin pensar en el dinero sucio que

había comprado todas esas cosas.

Los domingos, en el *brunch* del Cosmopolitan Club, se sentaba con su madre en el soleado salón de baile atestado de gente, con sus lámparas relucientes, su cubertería de plata bruñida y su cristalería tintineante. Vestida con el juego de jersey y rebeca azul claro que combinaba con sus ojos, observaba a los elegantes comensales que la rodeaban, todos ellos miembros de la élite social, pero se crispaba al ver cómo sus dedos, acostumbrados a aquel gesto, sostenían sin esfuerzo en equilibrio las tazas de porcelana y cómo se movían sus labios pintados de rosa entre educadas e insulsas conversaciones. Se presentaban a sí mismos como seres privilegiados, como si todo ese lujo fuera suyo por derecho natural, aunque ella no podía evitar preguntarse si todos habían llegado hasta allí de la misma manera.

Aun así, tenía su orgullo. Entre semana, salía cada día hacia Brearley con la cabeza bien alta, sin hablar con nadie de sus sospechas. Miraba fijamente hacia delante, sin pestañear, cuando pasaba junto a los periodistas que cada mañana se congregaban frente a su edificio, pero después de clase se encerraba secretamente en su cuarto y leía los artículos condenatorios que escribían, con los ojos arrasados de lágrimas al ver la verdad impresa en blanco y negro para que todo el mundo la conociera.

Al final, como habría adivinado de haber sabido cómo funcionaba de verdad el dinero, su padre salió de la experiencia relativamente indemne. Su empresa pagó una abultada multa a la Comisión del Mercado de Valores, y sus carísimos abogados consiguieron dar con un subalterno que sirvió de chivo expiatorio, evitando así que él acabara en la cárcel. El interés de la prensa remitió por fin y la vida de sus padres regresó a la normalidad. Todo volvió automáticamente a su sitio. Esas cosas sucedían tan a menudo en su círculo social que se consideraban una molestia de poca importancia, parte del juego de los negocios. Un engorro. Un fastidio. Un revés inofensivo.

Para entonces, sin embargo, era ya demasiado tarde. Christine sabía la verdad y no podía obviarla.

Tras debatirse durante semanas con las implicaciones morales de su situación, tomó una decisión. Le quedaba menos de un año para irse de casa. Después daría la espalda a aquella vida privilegiada. Empezaría de cero y se abriría paso ella sola en el mundo. No tocaría su fondo fiduciario, ni un centavo de su herencia cuando dispusiera de ella. Guardaría todos sus juegos de jersey y rebequita y se convertiría en una persona nueva.

Estaba orgullosa de su determinación y por las noches se quedaba despierta en la cama pensando en lo que supondría para ella. Sabía que sería duro. Terriblemente duro. Sabía que iba a renunciar a una vida de confort y a cambiarla por una vida de esfuerzo y de incertidumbre. Pero se sentía a gusto con su decisión.

Resolvió que, por el bien de sus padres, la transición sería suave. Mantuvo la fachada de la hija ideal hasta que llegó el momento de marcharse a la universidad, y

siguió viviendo exactamente como hasta entonces: ingresó en la asociación benéfica femenina de más renombre y asistió al Baile de Oro y Plata, se quedó junto a sus padres, modosa, estrechó manos cuando se lo pidieron, dijo por favor y gracias y sonrió a intervalos adecuados.

Sus padres no notaron el cambio que iba obrándose dentro de ella.

Cuando llegó la hora de marcharse a la universidad, dieron por sentado que seguiría la tradición familiar e iría a Yale. Pero hasta Yale le parecía contaminada. Christine decidió que había llegado el momento de dar el gran salto. Cerró los ojos y trazó una línea en un mapa, muy lejos de Nueva York, en dirección contraria. Acabó en Oregón. A ella le pareció perfecto: estaba todo lo lejos que podía estar de Park Avenue sin caer en el océano Pacífico.

Su madre se mostró horrorizada por que su hija fuera a la universidad en un estado en el que ninguno de sus conocidos tenía siquiera una casa de veraneo. Pero Christine consiguió de algún modo imponer su opinión y hasta obtuvo una beca completa para pagar la matrícula de la Universidad de Oregón, gracias a las maravillas del departamento de exalumnas de Brearley. A pesar de que sus padres dieron su brazo a torcer, en el fondo debían abrigar la esperanza de que, pasado un semestre, se daría cuenta de su error y se trasladaría a los sagrados paraninfos de Yale, el lugar que le correspondía.

Una vez en la universidad, sin embargo, Christine sintió un inmenso alivio. Le entusiasmaba estar sola. Había conseguido escapar elegantemente de su burbuja y se había embarcado en un viaje hacia su reinención total.

Pero ese primer semestre, pese a sus buenas intenciones, se vio obligada a recurrir a su fondo fiduciario. Cogió lo menos posible y, decidida a devolver el dinero cuanto antes, llevó una vida frugal. Se alimentaba de fideos *ramen* y de sopa de tomate en lata. Y mientras tanto, sin prisa pero sin pausa, se fue convirtiendo en una chica más del campus. Vestía vaqueros y sudaderas y vivía en la habitación de un colegio mayor con sábanas compradas en un hipermercado cualquiera.

Allí, en Oregón, pudo recuperar el feliz anonimato de su primera juventud, antes de que estallaran los problemas. Allí nadie parecía haber leído los artículos del *Wall Street Journal* sobre su padre, o al menos no reconocían su apellido. Jamás daba datos concretos sobre su origen, ni sobre quién era en realidad. Si le preguntaban, decía que era de Brooklyn y que sus padres tenían una tienda.

Es posible que todo hubiera salido a pedir de boca si durante su segundo año en la universidad no se hubiera interesado por la psicología y, en particular, por el brillante y dinámico profesor Jack Derber. Se apuntó a sus clases por casualidad, porque tenía que matricularse en una asignatura de ciencias sociales. Pero quedó enganchada desde el primer día.

Solía contarnos, y en su voz se traslucía una nota de aquel primer asombro, que Jack mantenía prácticamente embelesada a la clase, que sus estudiantes se quedaban extasiados escuchándole, como si la asignatura de Introducción a la Psicología fuera

una nueva religión, o como poco una vocación profunda. Tenía carisma, una carisma sereno e hipnótico, y su voz tranquilizadora conseguía persuadirles a todos para que aceptaran ideas que hasta entonces habían considerado disparatadas.

Al comienzo de cada clase se paseaba de un lado a otro, parsimoniosamente, por su lado del aula, con las manos unidas a la espalda, levantándolas de vez en cuando para atusarse el pelo oscuro y espeso como si estuviera ordenando sus pensamientos. El aula estaba llena: los alumnos que iban de oyentes se sentaban con las piernas cruzadas en los pasillos, y los profesores de otros departamentos se quedaban de pie detrás, al fondo de la clase. Junto a la tarima se colocaban varias grabadoras de mano. En una clase normal, los alumnos habrían pasado el tiempo charlando en voz baja y revolviendo papeles. Pero, con el profesor Jack Derber, permanecían sentados en respetuoso silencio, esperando a que sus labios tersos y carnosos hablaran, a que su poderosa voz retumbara en el aire. Cuando por fin comenzaba, volviendo la cara hacia el gentío al tiempo que entornaba sus penetrantes ojos de un azul cristalino y miraba por encima de las gradas de asientos, sus palabras sonaban invariablemente sucintas, brillantes, acrisoladas. Sus acólitos tomaban notas frenéticamente, dispuestos a no perderse nada.

Christine, en especial, estaba entusiasmada con él: se quedaba después de clase para hacer preguntas, trabajaba en proyectos especiales, se reunía con él durante las horas de atención al alumno. Se pasaba noches enteras haciendo trabajos para su asignatura, esforzándose por que sus palabras cobraran vida, por hacer justicia al fenómeno sobrecogedor de sus clases magistrales.

Él, por su parte, se fijó enseguida en ella. Christine se sentaba en la primera fila y, aunque se había esforzado mucho por desprenderse de la pátina de su lujosa infancia, debía de tener algo que la hacía destacar. Algo que revelaba su rancio abolengo, que dejaba al descubierto su porte y su refinamiento excepcionales. Algo que sugería cierta delicada sensibilidad por haberse criado entre algodones. Algo que Jack quería quebrantar.

El profesor Derber tenía, en efecto, una intuición finísima, y debió de notar que Christine se esforzaba demasiado, que se azoraba en su presencia. Sin duda percibió que era más vulnerable incluso que los alumnos de primer curso. Tal vez notaba que no encajaba con los demás, que estaba buscando un lugar en la vida distinto a aquel de donde venía. Y, naturalmente, él tenía justo ese lugar.

Así que a mitad de curso le ofreció un puesto sumamente codiciado: sería su ayudante de investigación. Christine estaba eufórica. No sólo iba a trabajar con uno de los profesores más admirados de la universidad, sino que el sueldo le permitiría prescindir de las rentas de su fondo fiduciario. Tendría independencia económica por primera vez en su vida. Era un paso enorme para ella y, orgullosa de haber llegado tan lejos sola, ingresó solemnemente su primer cheque. Casi no podía creerlo.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que Jack decidiera que había llegado su hora.

Christine estaba demasiado traumatizada para contarnos con detalle cómo había pasado de ser la ayudante de Jack a ser su prisionera, pero llegó al sótano antes de los primeros exámenes finales de ese curso. Siempre nos preguntamos si fue la primera (si él pasó meses esperando la víctima perfecta y entonces apareció ella) o si sencillamente había llegado el momento de capturar a un nuevo grupo de chicas.

En todo caso, Christine acabó en el sótano, encadenada a la pared, y pasó los primeros ciento treinta y siete días allí sola, en la oscuridad, sin duda arrepintiéndose de no haber ido a Yale.

Porque ese fue el objetivo de Jack desde el principio: ver cómo se atormentaba a sí misma con su profundo sentimiento de fracaso. Al final, no había podido valerse sola. No había sido capaz de sobrevivir fuera de la burbuja protectora de los multimillonarios. Al abandonar la atmósfera asfixiante del Upper East Side, se había revelado como un ser débil e indefenso. E iba a pagar un precio tremendamente alto por abandonar ese mundo.

Así pues, pasó los cinco años siguientes allí abajo, pensando, recordando y lamentándose.

Tuvo que ser demasiado para ella, porque Tracy y yo la vimos deshacerse en aquel sótano. Poco a poco, las tinieblas empezaron a apoderarse de ella, y no había nada que nosotras pudiéramos hacer, aunque hubiéramos querido. Sufrió un colapso absoluto durante esos tres últimos años, un colapso que se aceleró rápidamente hacia el final. Su mente se fue deteriorando ante nuestros ojos.

Hacía tiempo que había dejado de hablar de manera racional cuando (lo que era aún más peligroso para ella) dejó de cuidarse. No tardó en parecer sucia y desarrapada. Tenía la cara siempre manchada del barro del suelo del sótano y el pelo, apelmazado y hecho nudos, se le enmarañaba alrededor de la cabeza. Olía mal. Y eso a Jack no le gustaba.

Algunos días nos daba tanto miedo como él, sobre todo cuando se sentaba en cuclillas y se quedaba allí, a oscuras, mascullando cosas ininteligibles. O cuando se acurrucaba en el colchón abrazándose las rodillas y se mecía adelante y atrás con los ojos cerrados, musitando para sí durante horas y horas.

Yo no intentaba adivinar qué decía. No quería saberlo.

Francoamente, era un alivio que durmiera tanto, porque cuando estaba despierta no podías evitar vigilarla constantemente. Era agotador. Nunca sabía una cuándo iba a tener un violento estallido de lágrimas. O algo peor. Yo pensaba a veces que hasta Tracy, que hasta entonces había actuado como su protectora, parecía temer un poco lo que podía llegar a hacer. En cualquier caso, hacia el final procurábamos mantenernos las dos todo lo alejadas que podíamos de ella en un espacio tan estrecho.

Si alguien me hubiera preguntado en aquel entonces, le habría dicho que, de las tres, Christine era la que menos posibilidades tenía de recuperarse. Que su psique estaba dañada sin remedio. Habría predicho que aquella experiencia la había destrozado por completo y para siempre y que, si conseguíamos salir vivas de allí,

sería incapaz de llevar una vida normal, aunque fuera sólo en apariencia.

Lo cual demuestra que nunca se sabe. Nunca me he equivocado tanto en algo, en toda mi vida.

Tracy y yo llegamos a la entrada del Colegio Episcopal, un edificio imponente y en impecable estado de conservación. Un grupo de niños adorables y perfectamente arreglados salió por la puerta acompañado por niñeras y flaquísimas esposas florero. Fuera esperaba una fila de coches lujosos.

Nos quedamos allí, observando, un poco apartadas para que el personal del colegio no se molestara. Aun así algunos miraron a Tracy con extrañeza, por lo que cruzamos la calle y fingimos que estábamos absortas en una conversación.

—¿La ves? —pregunté de espaldas a aquella escena ideal del Upper East Side.

—No. Seguramente habrá mandado a recoger a las niñas a una de sus múltiples niñeras —comentó Tracy con irritación.

—¿Tiene múltiples niñeras?

—Bueno, imagino que no es justo decir eso. Sólo estoy especulando. Ah, espera, creo que esa que viene por la calle es ella, a un par de manzanas. Cuesta saberlo porque estas mujeres parecen todas iguales. Deprisa, vamos a cortarle el paso antes de que se acerque al colegio.

Corrimos calle abajo y cuando llegamos junto a Christine estábamos las dos sin aliento. Debíamos de tener un aspecto ridículo, jadeantes y con la cara toda roja. Cuando nos paramos de golpe delante de ella, dio instintivamente un salto hacia atrás.

Su cabello era del tono rubio dorado más resplandeciente que he visto nunca, y su cara, cuyo cutis siempre había parecido traslúcido, brillaba ahora radiante de salud. Sus dientes formaban dos hileras perfectas y sus ojos de color azul aciano parecían teñidos a propósito. Estaba increíblemente delgada y cada puntada de su ropa informal tenía un aspecto impecable, como si acabara de salir del escaparate de una *boutique* de Madison Avenue. Miré consternada la ropa que me había puesto para el vuelo de esa mañana: vaqueros, camiseta y una sudadera con capucha.

—¡Christine! —exclamó Tracy triunfante.

Parecía casi feliz por reencontrarse con ella después de tantos años. Sentí una punzada de lo que sin duda eran celos, pero se difuminó cuando vi que ella no compartía sus sentimientos.

Se estiró y dijo altiva:

—Como sabéis, ya no uso ese nombre.

—Ah, vale —dijo Tracy—. Siempre se me olvida todo ese rollo de los nombres falsos. ¿Cómo te llamas ahora? ¿Muffy? ¿Buffy?

Christine la miró de arriba abajo, visiblemente molesta.

—Mis amigos me conocen por Charlotte. En serio, Tracy, ¿por qué no vuelves a alguna de tus manifestaciones y me dejas en paz? Y tú... —Se volvió hacia mí y, como no pareció saber qué decir, enseguida miró de nuevo a Tracy—. Me sorprende veros juntas.

Decidí ir directa al grano.

—Jack sale en libertad condicional dentro de cuatro meses...

Levantó la mano, interrumpiéndome en mitad de la frase.

—No quiero oírlo. No me importa. La verdad es que no me importa. Le he dicho a McCordy que es problema suyo y que deje que el sistema judicial haga lo que pueda. Si no pueden mantener a un loco rabioso encerrado en una habitación acolchada y con una camisa de fuerza, está claro que son unos payasos incompetentes y que nada de lo que yo diga o haga va a servirles de ayuda. No quiero tener nada que ver con ese asunto.

—¿No te importa que salga? —terció Tracy—. ¿No tienes hijas? ¿No te preocupan? ¿No has leído sus cartas? Ese tío sigue obsesionado con nosotras. ¿Y si se va derecho a tu casa cuando lo dejen en libertad? No creo que quieran verlo aparecer en la escalera del Colegio Episcopal.

Christine la miró fijamente y dijo con voz firme:

—No, desde luego que no he leído ninguna carta de ese monstruo. Le dije a McCordy que podía quedárselas. ¿Crees que querría tenerlas en mi casa? Y en cuanto a mis hijas, si es necesario le pondré un guardaespaldas personal a cada una. Aunque no creo que haya de qué preocuparse. Jack puede estar loco, pero no es idiota, y no creo que le haya gustado estar encerrado. Y ahora, si me disculpáis...

Hizo amago de marcharse, pero Tracy le cortó el paso.

—Está bien, está bien, no quieres saber nada de este asunto. Lo entendemos. Pero dínos una cosa. Si vamos a la universidad a hablar con la gente de allí sobre su trabajo y la vida que llevaba, ¿con quién deberíamos hablar? ¿Qué deberíamos hacer?

Christine se detuvo. Al principio pensé que iba a dar media vuelta y a echar a correr, pero no. Nos miró a las dos sucesivamente, como si por fin nos reconociera como miembros de su especie. ¿Se estaba permitiendo recordar? Sin duda no podía haberlo bloqueado todo tan completamente como quería aparentar. No podía ser tan fuerte, no podía haberse recuperado por completo, no podía ser capaz de enfrentarse a cualquier cosa, incluida la liberación de Jack. Claro que ella siempre había sido una persona de extremos, tan impredecible que me ponía nerviosa.

Me pareció ver un asomo de tristeza en su semblante. Luego cerró los ojos un momento y sus labios se tensaron ligeramente. Cuando volvió a abrirlos, se encogió de hombros con aire resignado.

—Bien, ¿qué hay de esa mujer que declaró en el juicio? La que había sido becaria suya cuando estábamos allí. ¿No es profesora ahora? ¿Aline? ¿Elaine? ¿Adeline? Algo así.

Así que Christine había seguido el caso. Sabía un poco más de lo que daba a entender. Tracy asintió con la cabeza. Yo saqué mi cuaderno y empecé a escribir.

Christine se quedó callada un momento.

—Y hay una cosa en la que he pensado estos años. Supongo que ha llegado la hora de sacarla a relucir. Jack tenía allí lo que podría llamarse un amigo. A veces lo veía en la cafetería con otro profesor del departamento. El profesor Stiller. Nunca di

clase con él, pero parecían quedar a veces. Puede que no sea nada, pero...

—Gracias, C. —dijo Tracy, llamándola por el diminutivo que a veces usaba en el sótano—. Algo es algo. Lo siento. Siento que...

—Da igual —dijo Christine—. Bueno... En fin, buena suerte. —Pareció ablandarse por un instante. Luego se irguió de nuevo y dijo en voz baja—: Pero, por favor, dejadme al margen.

Mientras nos alejábamos, vi que se acercaba a toda prisa a otra mujer elegantemente vestida y la saludaba con un beso al aire. Luego se alejó con ella charlando alegremente, como si no acabara de tropezarse en la acera con su turbio pasado escondido.

La primera vez que pude subir al piso de arriba fue casi mágica. Llevaba un año y dieciocho días de cautiverio cuando por fin fui elegida para ese honor. Había empezado a pensar que moriría en aquel sótano sin volver a ver más luz natural que la que entraba por la rendija de la ventana tapiada. Casi no me importó por qué me llevaba escaleras arriba, encadenada, mientras iba contando mentalmente los escalones.

Recuerdo mi sorpresa cuando vi por primera vez las habitaciones habitables de la casa. No sé por qué, pero me había imaginado que estaban decoradas con la estética trasnochada de los años setenta. En realidad, aunque no eran nuevos, los muebles eran bonitos y clásicos, algunos incluso eran pesadas piezas de anticuario de estilo Imperio, había madera oscura por todas partes y los techos eran altos y artesonados como los de las catedrales. Todo tenía un rotundo aire de clase media alta. Era una casa bien diseñada y decorada con gusto.

Me pareció que las habitaciones tenían un resplandor etéreo. Por las ventanas abiertas entraba un viento leve y delicado. Fuera, todo estaba húmedo. Acababa de caer un suave aguacero y las hojas goteaban ligeramente. Yo había pasado por periodos sin comida, por noches llenas de corrientes eléctricas. Había estado atada en posiciones imposibles durante horas, hasta que los músculos me dolían y me ardían. Pero casi podía olvidarme de todo eso por el placer delicioso de sentir otra vez el aire en la piel. Miré a Jack Derber con gratitud. Así actuaba él.

Pasó largo rato sin hablarme, se limitó a tirar de mí por un pasillo flanqueado por varias puertas. Sin mover apenas la cabeza por miedo a que pareciera que me estaba resistiendo, miré hacia la cocina que había al fondo de la casa, una habitación impecablemente limpia, alegre incluso, con un paño floreado colgado del borde del fregadero.

No sé por qué, pero aquello me llamó la atención. Aquel pañito impecable que Jack debía de haber usado con esmero, meticulosamente, para secar los platos... Él, la misma persona que me había hecho sufrir tanto, que me había arrancado la vida de cuajo y me había metido en aquel infierno, también secaba los platos y los guardaba cada noche. Me pareció que mantenía una rutina ordenada y constante, y que nuestro calvario formaba parte de ella. Para él era una parte más de su vida cotidiana. Luego, al acabar el fin de semana, regresaba en coche al bullicioso campus y se ocupaba de sus quehaceres como si nada hubiera pasado.

Esa primera vez me llevó a la biblioteca. Parecía una habitación enorme, con sus techos altos y sus paredes forradas de suntuosas estanterías de roble rebosantes de volúmenes. Todos los libros estaban cubiertos por tapas de color marfil, así que no pude distinguir sus lomos. Llevaban algún tipo de tejuelo y, aunque durante los meses siguientes se multiplicaron mis viajes al piso de arriba y me quedaba mirándolos para intentar no pensar en el dolor que él me infligía en esa habitación, no conseguí

descifrar sus títulos. Las palabras estaban en inglés, pero yo parecía haber perdido la capacidad de comprenderlas.

En medio de la sala había un potro grande que (me enteraría después) era una reproducción de un instrumento de tortura medieval auténtico. Estaba colocado de tal modo que parecía un capricho, una pieza decorativa, una broma. Pero no era ninguna broma. Cuando subíamos al piso de arriba, íbamos al potro.

Los días buenos, se limitaba a hacer lo que quería con tu cuerpo. Y tú podías morderte el labio o gritar o hacer lo que fuera necesario para soportar el dolor y la humillación.

Los días malos, hablaba.

Había algo en su voz, en su forma de modularla, que durante los primeros instantes casi te hacía creer que estaba lleno de empatía y de compasión por el calvario que estabas sufriendo. Que de verdad odiaba tener que hacernos todas esas cosas desagradables, pero que no tenía elección. Tenía que seguir por el bien de la ciencia, de sus estudios. O a veces era por nuestro bien, para que pudiéramos comprender algo que trascendía el mundo físico.

Quizá yo no era lo bastante lista en aquel momento o no había leído lo suficiente para entender de qué estaba hablando. Ahora, en cambio, conozco algunas de las referencias que hacía en sus largas divagaciones: Nietzsche, Bataille, Foucault. Hablaba mucho de la libertad, una palabra que me hacía llorar cuando la pronunciaba, incluso los días en que me había jurado a mí misma que no derramaría una sola lágrima por más daño que me hiciera. «Yo soy más fuerte», me decía. La mayoría de los días no lo era. Pero, al final, creo que lo fui.

Con el tiempo tuve la sensación de que no era un impulso incontrolable lo que le movía. Sencillamente, le fascinaba la tortura. Se extasiaba con lo que nos hacía y con nuestra forma de reaccionar. Mientras nos retorcíamos ante sus ojos, estudiaba, sí, estudiaba cuánto tiempo éramos capaces de contener las lágrimas. Le interesaba saber por qué nos resistíamos con tanto empeño a que nos viera llorar. Nos interrogaba sobre ello. Nos sondeaba. Y aun así teníamos miedo de contarle la verdad sobre cualquier cosa.

Sabía que los cambios arbitrarios nos desarmaban y nos llenaban de terror. Y le gustaba ver nuestro miedo. Cambiaba de papel en un instante: de padre a confesor y de confesor a maníaco diabólico. A veces se reía a carcajadas, de pura alegría, cuando veía el miedo colarse en nuestra mirada.

Y era imposible ocultárselo todo constantemente. Descubrió enseguida cuánto sufría yo por Jennifer, sin saber qué estaría pasando por su cabeza metida tantos días en la caja. Quería preguntarle qué tal estaba, pero al mismo tiempo no quería que supiera cuánto me importaba, así que pasé meses sin decir nada. Él lo sabía, claro. Sabía que estábamos muy unidas, que no éramos dos desconocidas que habían compartido un taxi por casualidad. Tal vez había conseguido que Jennifer le contara algún detalle, o quizás ella me había pedido socorro a gritos estando en el potro.

Nunca lo sabría.

Pero él sabía lo suficiente para utilizarlo en mi contra. Me preguntaba, como si quisiera que tomara una decisión noble, si podía aguantar un poco más de dolor, un corte un poco más profundo, si de ese modo la ayudaba. Y yo lo hacía. Aguantaba todo lo que podía, cerrando los ojos con fuerza cada vez que la hoja se acercaba a mi piel apenas curada. Cuando por fin le suplicaba piedad, me miraba desilusionado, como si estuviera reconociendo que no quería suficiente a Jennifer, que no era capaz de protegerla de lo que, lamentablemente, tendría que hacerle.

Empecé a odiarme a mí misma por mi debilidad. Odiaba mi cuerpo por lo que no era capaz de aguantar. Me odiaba por suplicar y por rebajarme ante aquel hombre. Por las noches soñaba que le machacaba la cara, o que me alzaba como una furia, chillando histérica y llena de energía.

Pero luego, inevitablemente, cuando, después de matarme de hambre durante días, venía y me daba de comer pedacitos de comida de su mano, se los lamía de los dedos como un animal, ávida, agradecida y patética: suplicante otra vez.

Al final, volé a Portland por segunda vez en otras tantas semanas. Tracy había perdido de nuevo confianza en el proyecto, o puede que no tuviera valor. En todo caso, puso una excusa relacionada con su trabajo y regresó a Northampton esa misma noche. Puede que, a fin de cuentas, yo fuera la única con fuerzas suficientes para revivir esos recuerdos. Aquella idea casi me alegró, y cada día me sentía un poco más dispuesta para la tarea, un poco más resuelta, aunque estuviera tan lejos de la meta como al principio.

Había algo en aquella búsqueda que me hacía sentir que tenía un propósito en la vida, que, por primera vez en diez años, no estaba abandonando a Jennifer. Sabía que, si conseguía encontrar su cuerpo y enterrarla en aquel pequeño y lindo cementerio de Ohio con sus antepasados, toda aquella experiencia no me parecería tan espantosa. Era normal que muriera gente joven, sucedía constantemente. Casi me sentía capaz de asumir el simple hecho de su muerte. No aceptaba, en cambio, haberla perdido así. Y, de pronto, encontrarla me parecía el único modo de salir de verdad de aquel sótano de una vez por todas.

En Portland me alojé en el mismo hotel que la vez anterior. Me había impresionado su seguridad, y fueron muy amables cuando les pedí una habitación en el último piso. El conserje se acordaba de mí y sabía que no quería que nadie entrara a arreglarme la habitación durante mi estancia. Lo último que quería era que alguien llamara a mi puerta, entrara en mi habitación y toqueteara mis cosas.

A la mañana siguiente fui en coche a la universidad. Había hecho una búsqueda en Internet y sabía más o menos dónde encontrar a las personas a las que tenía que ver.

Ella se llamaba en realidad Adele Hinton. Estoy segura de que Christine se acordaba de su nombre con exactitud, aunque no estuviera dispuesta a reconocer que había seguido con tanta atención el juicio.

Aunque las dos estudiaban psicología, Adele entró en segundo curso cuando Christine tendría que haber estado en el último curso de la carrera, de modo que ya estaba en el sótano cuando Adele se matriculó. Adele acabó la carrera y fue durante dos años la ayudante de investigación de Jack Derber, hasta el día en que el FBI lo detuvo en medio de una clase con trescientos alumnos y se lo llevó esposado. Como era lógico, aquello dejó conmocionados a los estudiantes, y la universidad tuvo que dedicarse a acotar los daños ante la prensa y dentro del campus. Fue, entre otras cosas, un desastre publicitario.

Me acordaba de que, durante el juicio, los fiscales se mostraron sorprendidos y hasta un poco impresionados por que Adele no sólo hubiera seguido en el mismo puesto (las otras becarias del departamento pidieron el traslado inmediatamente), sino porque apenas faltara a sus otras clases durante los días que duró su testimonio.

Luego, varios años después, aceptó la misma cátedra que antaño había ocupado

Jack Derber y que permanecía vacante desde entonces. A mí me pareció un poco raro en su momento, pero por entonces tenía otras cosas de las que preocuparme. Ahora me preguntaba qué tenía aquella mujer que la hacía tan impermeable al horror de lo sucedido. En aquel entonces, según les había oído decir a los abogados, no parecía asustada. Daba la impresión de que no la había afectado su roce con la muerte, después de trabajar tan estrechamente con Jack y de quedarse hasta tarde en el laboratorio con él, como sin duda tenía que haber hecho.

Incluso ahora, su carrera parecía edificada sobre las mismas perversiones enfermizas con las que se había familiarizado gracias a Jack Derber. A través de la página web de la universidad descubrí que estaba especializada en trastornos del comportamiento. Estudiaba a personas con desviaciones de conducta, con un desarrollo mental atípico. Dicho de otra manera, a personas que les hacían cosas horribles a otras personas: ese era el segmento de población que le interesaba.

Mientras me dirigía al Departamento de Psicología, la vi salir del edificio al otro lado del patio, llevando un montoncito de libros. La reconocí por la página de su biografía, aunque en persona era más guapa. Alta, con el pelo largo y castaño cayéndole suelto por la espalda, seguía pareciendo más una alumna que una profesora. Se movía con enorme aplomo, balanceando las caderas enérgicamente y sacando un poco la barbilla, casi con aire desafiante. Caminaba tan deprisa que tuve que correr para alcanzarla.

—Perdone, ¿es usted Adele Hinton?

Siguió andando, pensando quizá que era una estudiante. Si así era, estaba claro que no le interesaba mantener una conversación allí, en el prado. Estaba muy ocupada.

—La profesora Hinton, sí.

Esta vez, yo llevaba preparada una excusa. Había estado un buen rato conectada a Internet en el hotel y me sentía preparada. Di un paso adelante y comencé.

—Me llamo Caroline Morrow y estoy haciendo el doctorado en el Departamento de Sociología —dije atropelladamente.

Sabía que mis palabras sonaban muy ensayadas y que ella podría comprobarlo más tarde si quería, pero seguí adelante con la esperanza de averiguar enseguida lo que necesitaba saber. Adele siguió caminando. Pero yo sabía cómo llamar su atención.

—Estoy haciendo mi tesis sobre Jack Derber.

Al oír aquello, se paró en seco y me miró con desconfianza.

—No tengo nada que decir sobre ese tema. ¿Quién es su director de tesis? Sea quien sea, debería saber que no tenía que mandarla a hablar conmigo de ese asunto.

Se irguió y esperó impaciente, como si todas las órdenes que diera fueran obedecidas al instante. Yo no me esperaba aquella respuesta, que el nombre de Jack Derber fuera una especie de tabú para ella teniendo en cuenta la fortaleza que había mostrado años antes.

Había confiado en no tener que decirle quién era. Quería escudarme emocionalmente en el anonimato. Eso por no hablar de que mi trágica historia era una distracción, un espectáculo en el que no quería participar por enésima vez. Pero Adele entornó los ojos llena de sospecha. O bien no se tragaba mi historia sobre el doctorado, o bien iba a irse derecha al despacho del rector para poner fin a mi inexistente tesis doctoral.

Me quedé paralizada. Ella esperaba una respuesta, pero yo no podía darle ninguna. En diez años, no le había dicho a nadie quién era de verdad. Odiaba ocultarme así, detrás de un nombre inventado, pero me sentía más segura.

Con Adele no iba a servirme de nada, sin embargo. En su caso, el nombre de Jack tocaba una fibra muy sensible. Por el bien de Jennifer, tenía que quitarme la máscara. Esta vez no tenía plan B.

Respiré hondo.

—La verdad es que no me llamo Caroline Morrow. Y tampoco estudio aquí. Soy Sarah Farber.

Me sorprendió lo agradable que fue decir esas palabras en voz alta, a pesar de las circunstancias.

Adele se quedó atónita. Evidentemente, había reconocido mi nombre de inmediato. Yo sólo podía imaginar los recuerdos que le evocaría. Pareció desconcertada por un instante, pero sólo por un instante. Luego dejó tranquilamente su montón de libros en el suelo y se inclinó hacia mí.

—Demuéstrelo —dijo, exasperada.

Yo sabía exactamente cómo demostrárselo. Me levanté la falda y me bajé un poco la cinturilla de las bragas para que viera la piel de encima de mi cadera izquierda. Allí estaba la marca del hierro, en la carne roja y cicatrizada.

Al verla, Adele tragó saliva con esfuerzo, se agachó y recogió rápidamente sus libros. Casi me pareció ver un destello de miedo en sus ojos cuando miró a izquierda y derecha. Como si yo arrastrara tras de mí, físicamente, ese pasado y Jack pudiera salir de repente de mi cabeza y materializarse como una especie de dios griego.

—Acompáñeme.

Eché a andar a toda prisa, con los ojos fijos hacia delante, y pasó un rato sin que dijera nada. Durante mis años de cautiverio, yo había perdido hasta cierto punto la capacidad de interpretar la expresividad humana y de pronto sentí agudamente esa carencia. Ni siquiera podía imaginar qué estaba pensando. Pero ¿o era culpa mía o había algo en aquella mujer que la hacía impenetrable? Su rostro podría haber estado labrado en piedra.

—¿Cómo... cómo está? —preguntó por fin, envarada y sin una sola nota de piedad o compasión, como si acabara de acordarse de que debía dar alguna muestra de humanidad, aunque fuera mínima.

Pese a su completa falta de calor, la pregunta me hizo sonreír aliviada. Preguntas como aquella me las sabía de memoria. Era lo único que me habían preguntado

durante años. Me sabía al dedillo todas las respuestas.

—¿Yo? Ah, bien. Después de diez años de terapia y de aislamiento elegido, todo se ha arreglado.

—¿De veras? —Se volvió a mirarme, interesada de pronto—. ¿No siente ansiedad? ¿Ni depresión? ¿No sufre regresiones ni tiene pesadillas?

Aparté la vista y aflojé el paso.

—No es por eso por lo que estoy aquí. No se preocupe, tengo una red de apoyo profesional. Sobreviviré. No como Jennifer.

Asintió con la cabeza sin quitarme la vista de encima. Es posible que comprendiera que no estaba bien en absoluto y que no quisiera insistir.

—Entonces, ¿a qué ha venido en realidad?

—Quiero encontrar el cuerpo de Jennifer. Quiero demostrar que Jack la mató para que no salga en libertad condicional.

—¿En libertad condicional? ¿Van a concederle la libertad condicional a Jack Derber?

Por un instante pareció sinceramente escandalizada. Luego, sin embargo, recuperó la compostura.

—Puede ser —contesté—. No lo sé. No quiero que sea así, pero supongo que técnicamente es posible.

Adele hizo un gesto afirmativo mientras miraba a lo lejos pensativa.

—Eso sería lo peor del mundo —dijo por fin—. La ayudaría si pudiera. Ese hombre se merece estar encerrado para siempre. Pero no tengo ninguna información sobre él. Ya le dije a la policía todo lo que sabía.

Habíamos llegado a la escalinata de la Facultad de Psicología. Se detuvo un momento y luego me indicó que la siguiera. Me pareció mi primera victoria real.

Recorrimos el pasillo hasta su despacho. No dijo una palabra y yo la seguí obedientemente.

Nos sentamos, ella detrás de la mesa y yo enfrente, en un pequeño y raído sofá.

—La verdad es —comencé— que no espero que se acuerde de nada más que tenga que ver con el pasado. Quería hablar con usted principalmente del trabajo académico de Jack Derber. Lo que estaba estudiando en aquella época, sus investigaciones... Tengo la convicción de que podría conducir a algún descubrimiento. Y sé que usted era su ayudante, y su trabajo actual me parece en cierto modo... relevante.

No estaba segura de cómo iba a tomarse aquello. Me estaba poniendo nerviosa. Se limitaba a mirarme fijamente. Tal vez estuviera pensando. O tal vez lamentaba haberme invitado a su despacho.

Miré a mi alrededor para no tener que mirarla a los ojos. El despacho estaba increíblemente limpio y ordenado. Los libros de las estanterías estaban colocados por orden alfabético y sus cuadernos, organizados en montones, etiquetados conforme a un código de colores. Era hipnótico, en cierto modo. Por fin dijo:

—¿Sus investigaciones? No creo que vaya a encontrar nada ahí. Su trabajo era extremadamente teórico y sus temas de estudio muy variados. Cubrían un amplio espectro, pero imagino que procuraba no estudiar materias que pudieran poner de manifiesto su lado oscuro. Cuando lo detuvieron, estaba planificando una investigación acerca de los trastornos del sueño. Yo colaboré con él en el último artículo que publicó, «Insomnio y envejecimiento».

»En realidad mi trabajo no está relacionado con el suyo en modo alguno, aunque podría decirse que, si ha seguido cierta trayectoria, es porque he intentado comprender a Jack Derber y a otros como él. Supongo que escapé por los pelos de algo y quiero comprender exactamente qué es ese algo.

Después de aquello guardamos silencio unos segundos, mientras yo pensaba qué más podía preguntarle y ella se frotaba la frente, absorta. Me sentía desilusionada. Había confiado en que las publicaciones de Jack fueran más reveladoras, en que, sin pretenderlo él, nos hubiera dejado alguna pista en ellas. Pero tal vez aquello fuera otro callejón sin salida.

Justo cuando empezaba a sentirme desanimada otra vez, Adele se levantó y, echando una rápida ojeada al pasillo, cerró la puerta del despacho. Cruzó los brazos casi en actitud defensiva, pensé, y empezó a hablar, esta vez indecisa y con la espalda apoyada en la puerta.

—Escuche, lo que acabo de decirle no es del todo cierto. Puede que sepa algo que quizá le sirva de ayuda. —Hizo una pausa. Pareció costarle un ímprobo esfuerzo seguir adelante—. En el curso de mis investigaciones académicas averigüé algo sobre Jack. Puede que le suene un poco raro, pero me pregunto cuánto cree que puede soportar.

—¿Soportar? ¿A qué se refiere?

Me daba miedo lo que podía querer decir. No me gustaba nada adónde conducía aquello.

—Quiero decir que si de verdad se ha recuperado y si de verdad quiere seguir con esto. Porque tengo una idea. Si es que puede ayudar a que siga encerrado, claro. Hay un sitio que puedo enseñarle.

»Verá, mis investigaciones son muy experimentales, se basan en la observación de sujetos en su entorno natural. Llevo varios años haciendo un estudio longitudinal y etnográfico en un lugar concreto. Y he descubierto accidentalmente que ese lugar tuvo relación hace tiempo con Jack Derber. Hay cosas... hay personas... No sé... Es una posibilidad remota. Pero, sabiendo lo que sé de Jack, sospecho que es eso precisamente lo que puede interesarle a usted.

—Exacto.

Me sentí esperanzada, pese a mis temores.

—Hoy es jueves. Por desgracia esta noche es la más indicada. Espero que no tenga planes. Si no, tendría que esperar una semana. —Sacó su Blackberry y sus pulgares volaron sobre el teclado—. Si le doy una dirección, ¿podemos vernos allí

esta noche a las doce? Está un poco... retirado. Y francamente... —Me miró desde detrás de sus densas pestañas, observándome mientras hablaba—. Va a cagarse de miedo. Puede que le recuerde un poco lo que le ocurrió. La ventaja es —dijo animadamente— que desde un punto de vista terapéutico quizá le venga bien.

—¿Qué es exactamente ese sitio?

Fuera lo que fuese, sabía que no iba a gustarme. Además, yo no iba a ningún sitio a medianoche. Y punto. Y mucho menos a un sitio en el que podía cagarme de miedo.

—Es un club, un club muy especial. Estoy estudiando las influencias psicológicas y los efectos de esa... subcultura en concreto. Él solía ir por allí.

Respiré hondo. Podía imaginar la clase de sitios que le gustaban a Jack. Y la clase de subcultura que estaría estudiando Adele Hinton, dadas sus tendencias intelectuales.

—Está bien. Un club especial. Me hago una idea. Pero no me parece buena idea, ni terapéuticamente ni de ningún otro modo.

Bajó su Blackberry, se apoyó en la mesa, me miró fijamente a los ojos y asintió con la cabeza. Luego habló despacio, con voz un poco más aguda de lo habitual, como si se estuviera dirigiendo a un niño.

—De acuerdo, no pasa nada. Puede que no esté preparada. Imagino que sería muy duro para usted ir allí. Lo entiendo perfectamente.

Puede que fueran imaginaciones mías, pero me pareció que había una nota de desafío en su voz. A fin de cuentas era profesora de psicología y, aunque no se dedicara a la psicología clínica, sin duda conocía algunos trucos del oficio. Sus colegas y ella siempre sabían qué tecla tocar.

Empezó a darme vueltas la cabeza. Fue como si visionara de nuevo una mala escena de mi otra vida. ¿Podía soportar un corte más profundo, un poco más de dolor, podía salvarla? La cara de Jack apareció delante de mis ojos un instante, como en un fogonazo. En aquel momento, a pesar de estar encerrado a muchos kilómetros de allí, estaba ganando otra vez. De nuevo yo no podía soportar el dolor, no podía aguantar el miedo. Me volví hacia Adele, la miré a los ojos y me armé de valor a pesar de que el corazón me latía frenéticamente.

—¿Qué ropa debo ponerme?

Sonrió, casi como si estuviera orgullosa de mí.

—Bien. Está claro que ha hecho muchos progresos. —Me miró de arriba abajo y sin duda advirtió el estado lamentable de mi vestimenta—. Yo le traeré algo. Es importante pasar desapercibido. No conviene destacar en medio de esa gente. Y le garantizo que no tiene nada adecuado que ponerse para ir a ese club.

Esa noche, sentada dentro de mi coche en el aparcamiento del hotel, me arrepentí de mi decisión de ir, más que de cualquier otra cosa en mi vida. Me puse a hablar sola en voz alta, intentando contener el ataque de ansiedad que empezaba a apoderarse de mí. Para empezar, por primera vez en muchos años iba a tener que conducir de noche. Adele se había ofrecido a llevarme, pero yo jamás me subía a un coche con una persona desconocida. Bajo ningún concepto.

Pero si el trayecto en coche no hubiera bastado para trastornarme, el destino «especial» de aquel viaje sin duda habría surtido el mismo efecto. Como mínimo, el local estaría a oscuras, atestado de gente y (daba la impresión) lleno del tipo de personas a las que yo procuraba evitar a toda costa.

Me agarré al volante con todas mis fuerzas y di unos cuantos cabezazos suaves contra él. No podía creer que Tracy no fuera a estar presente en algo así. Para este tipo de cosas era para las que la necesitaba, me dije. Allí estaría en su elemento. Seguramente iba a sitios como aquel por pura diversión.

Empecé a notar que la ira se agitaba dentro de mí. Me recordó a cómo me había sentido durante el periodo anterior a mi huida. En el sótano estaba tan concentrada en mi objetivo que no me había parado a analizarlo mucho. Ahora, en cambio, sentada a solas en mi coche alquilado, en un aparcamiento desierto, de pronto cobré conciencia de una cosa: Tracy siempre me había hecho sentir culpable por todo lo que hice allí. Pero en realidad todo el peso había recaído sobre mí. A pesar de que en el sótano siempre nos decía lo que teníamos que hacer, a pesar de su liderazgo, nunca había hecho nada concreto por sacarnos de allí. Y yo sí. Yo sí. Y sin embargo lo único que sentía al respecto era mala conciencia.

Heme allí teniendo una revelación, y la doctora Simmons no estaba por ninguna parte. Para hacerle justicia, yo sabía que había intentado hacérmelo comprender sutilmente durante años y que yo me había negado a darme por enterada. Y sin embargo allí estaba, enfrentándome a la que quizás era la situación más aterradora con la que me había encontrado desde mi huida, y al mismo tiempo haciendo un descubrimiento psicológico esencial. Quizás Adele tuviera razón: desde un punto de vista terapéutico, aquella experiencia iba a venirme bien.

Me erguí en el asiento y saqué de la cartera la foto de Jennifer que había llevado conmigo. Abrí la guantera, doblé un extremo de la foto y cerré la portezuela pillando su borde. Allí estaba Jennifer, delante de mí como un ángel para impulsarme a seguir adelante. Eché un vistazo al retrovisor y giré la llave de contacto. «Esto no va a poder conmigo, yo soy más fuerte», me dije. Eran las palabras que me habían sostenido durante mi huida y que también ahora me ayudarían a salir adelante.

Al mirar la cara de Jennifer, pensé en ella y en lo distinto que sería todo si conseguía enterrarla en paz. Tal vez así podría llevar una vida normal entre otros seres humanos. Fuera de mi apartamento. En el mundo real.

Estuve conduciendo casi una hora por sinuosas carreteras comarcales. Tiempo de sobra para repasar la lista de peligros que entrañaba la situación. Podía averiármese el coche antes de llegar a mi destino, o podía tener un accidente allí, en medio de la nada. Comprobé la cobertura de mi móvil no menos de cuatro veces. Todas las barras estaban allí, pero de todos modos no estaba segura de poder explicarle a alguien dónde me encontraba. Pensé en parar y mandarle un mensaje a Jim, pero no quería que supiera aún que iba tras la pista de algo, si es que había tal pista.

Llegué por fin. Vi una entrada para coches que desembocaba en la carretera, sin letreros ni indicadores de ningún tipo, salvo un postecillo metálico que a duras penas se veía y un reflector amarillo, tal y como había dicho Adele. Me desvié y conduje por espacio de un kilómetro y medio, más o menos, por una pista de tierra llena de surcos que subía por una ladera. Aquella actividad no cumplía mis estándares en lo que a precaución se refiere. ¿Y si era una trampa? ¿Y si allí no había nada más que bosques desiertos en los que podía suceder cualquier cosa? ¿Y si aquella tal Adele estaba de algún modo compinchada con Jack Derber? Se me pasó por la cabeza que sabía muy poco de ella y que me estaba apoyando en lo que pensaba que era nuestra historia común, una especie de vínculo que tal vez ella no sintiera en absoluto. Y aun así había permitido que me condujera por aquel camino.

Cuando por fin doblé el recodo de la carretera, vi con alivio una especie de club en el que ya había otros clientes. En un aparcamiento de grava al pie del bosque había quince o veinte coches. ¿Había alguna probabilidad de que estuvieran todos compinchados con Jack Derber? No, no muchas, concluí. Aparqué en el sitio más alejado de la puerta, incumpliendo una de mis normas habituales. Quería mantenerme algo apartada de aquel lugar unos minutos más. Tres sitios más allá, en un deportivo Mazda de color rojo, estaba esperándome Adele como había dicho que haría.

Al principio no se fijó en mí y pensé otra vez que todavía estaba a tiempo de marcharme. Me quedé sentada detrás del volante mientras un escalofrío gélido recorría mi cuerpo. Miré hacia la oscuridad a pesar de que, por lo general, cuando estaba en mi apartamento, cerraba del todo las gruesas cortinas de lino blanco para no ver su negrura. Ahora envolvía mi coche y parecía traspasar la luna del parabrisas para asfixiarme poco a poco. Estaba metida en la oscuridad, formaba parte de ella. No me dejaría marchar. Me costaba respirar cuando intenté detener el latido constante que resonaba dentro de mi cabeza. No sabía si era el palpito de mi corazón o la música del club que retumbaba en el suelo.

Justo entonces Adele me vio allí sentada. Abrió la puerta de su coche y se acercó a mi ventanilla. Me miró desconcertada y me hizo señas de que saliera, pero yo no pude moverme. Bajé la ventanilla un par de centímetros. El aire que entró ayudó a despejarme, y lentamente empecé a respirar otra vez.

—Vamos, salga —dijo mirándome con algo parecido a la preocupación.

Yo debía de tener muy mala cara.

—Le he traído algo para que se cambie.

Llevaba un mono ajustado de vinilo negro que le cubría todo el cuerpo y el pelo recogido en un moño bien prieto.

«Dominatrix —pensé—. Qué adecuado».

Al menos, su voz me hizo espabalarme. Se cernía sobre mí mirándome con expectación. Respiré hondo una última vez y abrí la puerta del coche, agarrando mi móvil al salir.

Me pasó una bolsa de la compra bastante pesada. Noté a través del plástico que no era ropa corriente y mis sospechas se vieron confirmadas cuando eché un vistazo a su interior y vi un montón de cuero negro acharolado. Aunque ya me lo esperaba, al verme enfrentada a la posibilidad real de entrar en una especie de bar fetichista, se me aceleró violentamente el corazón y se me aflojaron las rodillas.

Adele estaba observando mi cara.

—Miré, sé que está asustada y que, después de su experiencia, esto va a ser duro. Pero merece la pena. Voy a enseñarle algo que la policía no ha sabido nunca. — Respiró hondo y añadió—: He lamentado durante años no haberle contado a nadie la relación que tenía Jack con este sitio. En su momento me convencí a mí misma de que era irrelevante. La verdad es que no quise meterme en líos. No quería que mis padres supieran qué estaba investigando en la universidad, dado que eran ellos quienes pagaban las facturas. Y me decía a mí misma que de todos modos le había contado a la policía todo lo que necesitaba saber. Por lo menos, todo lo que me habían preguntado. A fin de cuentas, Jack estaba en la cárcel. Qué más daba ya, ¿no? Ahora, en cambio... En fin, usted no es de la policía, y no tengo que pagar la matrícula de la universidad y... Sé cuánto tiene que haber sufrido. Por lo de su amiga. Y si así él sigue en la cárcel...

Su voz se apagó. Lo que decía indicaba compasión, pero yo seguía sin ver ese sentimiento reflejado en sus ojos. Sin embargo, al menos a primera vista, parecía querer ayudarme. Imaginaba que, en el fondo, debía de darle casi tanto miedo como a mí que Jack Derber saliera en libertad. A fin de cuentas se había quedado con su despacho y su cátedra. Y tal vez a él no le hiciera ninguna gracia volver a casa y encontrarse ese panorama.

—Bien, hábleme de este lugar.

Apenas me había atrevido a mirarlo aún. Cuando por fin reuní valor para echarle una ojeada, su aspecto no me tranquilizó precisamente. Era un edificio bajo y sin ventanas, con paredes desnudas y ásperas de bloques de cemento y un techo plano de metal oxidado. No cumplía, desde luego, la normativa contra incendios. Encima de la puerta, en un letrero de neón naranja, se leía: «La Cúpula». Encantador.

—Bueno, para empezar —comenzó a decir Adele—, debería explicarle que esto es BDSM. ¿Sabe lo que significa?

—¿BD...?

—*Bondage*, disciplina y sadomasoquismo. No es tan terrible como parece. El verdadero BDSM tiene sus reglas. Unas reglas muy, muy estrictas. En primer lugar y

por encima de todo, se basa en el consentimiento. Esa parte nunca la entendió Jack. Él se saltaba constantemente las normas. Tanto que al final le prohibieron que viniera aquí. Sencillamente, no se excitaba cuando tenía permiso. Seguramente por eso... las secuestró a usted y a las demás.

—Lo que dice no me tranquiliza mucho.

—Pues debería. Lo que quiero que entienda es que en ese club no va a sucederle absolutamente nada sin su consentimiento. Nada. Nadie la tocará siquiera sin su permiso explícito. Yo llevo años viniendo aquí a investigar y nunca nadie me ha puesto la mano encima.

No pude evitar mirarla fijamente, con su traje de vinilo. Me pareció lógico que la dejaran en paz. Tenía un aspecto imponente.

—Está bien, pero, si echaron a Jack de aquí, ¿por qué tengo que entrar? ¿De qué me va a servir?

—Este es el único lugar donde puede encontrar a personas que conocían a Jack. Que lo conocían de verdad. Es el único modo de conocer esa faceta suya que la policía ignora. Los miembros de este club llevan muchos años viniendo aquí. Es el único de su especie en cientos de kilómetros a la redonda. Toda la gente que se interesa por estos temas pasa por aquí en un momento u otro.

—Supongo que eso es lo que me asusta. ¿Quién es esta gente? —dije con cierta repugnancia, pero me detuve al preguntarme si Adele no sería también uno de ellos.

¿Cuánto tiempo podía uno dedicarse a estudiar a aquellos tipos humanos, ir y venir entre ellos, vestirse como ellos, sumergirse en aquel mundo, sin participar de algún modo en él? Intenté encontrar los términos adecuados antes de formular mi siguiente pregunta:

—¿Qué sacan de este... estilo de vida?

Se apoyó contra el coche y suspiró.

—Mi tesis doctoral formulaba la misma pregunta. *Las parafilias y sus insatisfacciones*. Mire —comenzó otra vez, sería de repente—, estas personas buscan las mismas cosas que todo el mundo: la sensación de pertenencia a un grupo, un vínculo, un poco de ilusión, quizás. Algunas personas tienen una configuración distinta, tienen la sensibilidad embotada para las cosas corrientes. Algunos tratan de compensar una carencia, de arreglar, quizás, algo que está roto. Otros simplemente tienen un modo distinto de autoexpresarse.

Me quedé pensando un segundo y decidí atreverme a preguntar lo que de verdad quería saber.

—¿Y para usted es sólo un tema de estudio?

Al principio sonrió irónicamente, pero su sonrisa se borró casi tan rápido como había aparecido. Se mordió el labio (con fuerza, me pareció), se apartó de la cara un mechón de pelo suelto y, usando las dos manos, volvió a metérselo en el moño. Sus dedos se movían como los de un prestidigitador: con rapidez, sin dudar.

—Venga, vamos —dijo haciendo caso omiso de mi pregunta.

Se irguió y señaló con la cabeza la bolsa.

La miré, luego la miré a ella y comprendí que había llegado el momento de ponerse en marcha. Armándome de valor, abrí despacio la bolsa. Saqué la ropa y empecé a ponérmela, agachada detrás de la puerta abierta del coche. Un chaleco de cuero negro con encajes muy sofisticados. Unos pantalones de vinilo con pinchos a los lados. Dejé que me quedara con mis zapatos, unas playeras Keds negras. Estaba ridícula, pero Adele se limitó a señalar con la cabeza hacia el club. Nadie iba a fijarse en mí, me dijo. Una idea muy atrayente.

El portero era un tipo enorme con la cabeza afeitada y los brazos cubiertos hasta las muñecas de telarañas tatuadas. Saludó a Adele con una inclinación de cabeza. Estaba claro que venía lo suficiente para que la conociera. A mí me miró arqueando una ceja y meneó la cabeza. Pensé que parecía un poco divertido, pero se encogió de hombros y me dejó entrar detrás de Adele. Cuando crucé el umbral, cerré los ojos y procuré refrenar el terror que sentía.

Una vez dentro del edificio, sentí que una neblina de oscuridad y perversión envolvía mi cuerpo. Para mí aquel lugar era como una visión del infierno, todo rojo y negro, atiborrado de gente vestida con cuero tachonado, gente que (dejando aparte mis otros miedos) parecía completamente impredecible. La música era ensordecedora y, por encima de la barra, el aire estaba cargado de humo de tabaco. Los «esclavos» iban detrás de sus amos, acobardados y con la cabeza gacha. No tuve más remedio que preguntarme si estaban allí voluntariamente o si sus amos los sacaban por diversión.

A lo largo de la pared del fondo había un escenario en forma de «T», y una chica vestida con un mono de cuero enterizo y con una bola metida en la boca ejecutaba movimientos que (supuse) tendrían alguna relación remota con el baile, pero que parecían más bien poses sucesivas de dolor y de éxtasis.

Me di cuenta de que, por cómo seguía a Adele encorvada, debía de parecer su esclava. Por un instante mi mente se vio catapultada a la época en que de verdad era una esclava. Empecé a sentirme mareada, otro síntoma del ataque de ansiedad que sabía que se agitaba dentro de mí.

El local estaba lleno y, al menos desde mi punto de vista, todos los demás parecían sentirse como en casa en aquel mundo subterráneo. Parecían moverse a cámara lenta con la cara crispada de rabia, y algunos me siguieron con la mirada cuando pasé dócilmente a su lado. Miré las escenas de tortura cuidadosamente construidas que había a mi alrededor: por todas partes se veían máquinas e instrumentos de tortura con complejos sistemas de cuerdas y poleas, cadenas y pinchos, salientes y cables.

Me di cuenta de que contenía la respiración desde que había cruzado la puerta.

A un lado de la barra, más allá de aquellos instrumentos de tortura que me parecieron medievales, había una fila de reservados con mesas. Adele me condujo a una vacía abriéndose paso entre un mar de cuerpos oscuros. A medida que nos

adentrábamos en el local, su tufo rancio inundó mis sentidos: el olor a sudor se mezclaba con el de los lubricantes y con el de diversos fluidos corporales hasta sofocar el perfume del desinfectante comercial. Se me revolvió el estómago al imaginar que partículas microscópicas de aquellos elementos penetraban en mi cuerpo a través de mi nariz, mi piel y mi boca.

Cuando por fin llegamos a la mesa (una década después, me pareció), me dispuse a sentarme frente a ella, pero Adele me indicó que me sentara a su lado. Deduje que aquello formaba parte del ritual entre amo y esclavo y obedecí casi sin pensar, asumiendo ese papel con una perturbadora sensación de familiaridad.

La miré con fijeza. Todavía no me había explicado qué hacía que alguien se sintiera atraído por aquella forma concreta de perversidad, ya fuera como participante, ya como estudioso. ¿Estudiar aquel mundo no sería un tipo igual de retorcido de fetichismo que formar parte de él? ¿Era simplemente una variante de voyeurismo que, casualmente, contaba con el apoyo impasible de la universidad? ¿O acaso Adele sólo intentaba, como decía, comprender aquello de lo que había escapado por los pelos en su juventud, hundirse en aquellas extrañas profundidades para superar el miedo que le producía saber que había estado tan cerca de la aniquilación?

—¿Y bien? ¿Cómo se encuentra? —preguntó mirándome con curiosidad.

—Bien —conseguí mascullar, y desvié la mirada acordándome de que, en la vida real, era de mala educación mirar tan fijamente a los demás.

Entonces vi que se acercaba una pareja. Él era alto, con barba y bigote largos y la cabeza perfectamente calva y reluciente de sudor. Llevaba en la mano una correa de cuero negro al final de la cual iba una mujer delgada, vestida de pies a cabeza de cuero negro. Sus ojos nos miraban a través de una rendija de la ceñida capucha. Llevaba la boca tapada por una solapa cerrada con cremallera. Iba encorvada y caminaba arrastrando los pies con paso irregular, casi como si estuviera herida. Escudriñé la oscuridad intentando ver si de verdad le pasaba algo.

El hombre saludó a Adele amablemente. Ella le devolvió el saludo con idéntica cordialidad.

—Hola, Piker.

Se abrazaron y habría jurado que les vi besarse al aire. Me costaba trabajo ver aquel sitio siniestro como el punto de encuentro de una especie de comunidad, aunque fuera perversa.

Adele se inclinó hacia mí y me susurró:

—Perfecto. —Luego, dirigiéndose a él, añadió—: Siéntate.

Piker se acercó al otro banco y se sentó. La mujer esperó en silencio una orden suya. Él se acomodó en el asiento sin hacerle caso, dejándola allí, expectante. Adele ni siquiera pestañeó.

Piker se volvió tranquilamente hacia nosotras.

—¿A quién tenemos aquí?

Miró únicamente a Adele, sin cruzar la mirada conmigo en ningún momento. Deduje que, a no ser que ella me presentara como alguien con quien merecía la pena hablar, Piker me trataría como a un objeto.

—Esta es... Blue, por lo menos esta noche. —Adele sonrió—. Está haciendo un estudio sobre Jack Derber.

Una expresión de desprecio cruzó el rostro de Piker.

—Ah, ese. —Se volvió hacia mí y me miró a los ojos por primera vez como si se diera cuenta de que no era la esclava de Adele—. Espero que expliques cómo perjudicó a nuestro movimiento hace veinte años ese cabrón.

—¿Vuestro movimiento?

—El BDSM. Cuando estalló ese asunto, todo el mundo dio por sentado que Derber practicaba el BDSM. Nada más lejos de la realidad. Quiero decir que solía venir por aquí, pero lo echamos a patadas años antes de que secuestrara a esas chicas. Espero que cuentes la verdad sobre él. No era como el resto de nosotros. Nunca obedecía las reglas.

—¿Qué clase de reglas?

—Bueno, para empezar no respetaba los salvoconductos. Se los saltaba sin más. Nada de esto... —Movié los brazos en un gesto de orgullo que abarcó todo el local— funciona sin contraseñas de seguridad. De eso se trata. Y también de amor e intimidad, ¿comprendes? Derber nunca entendió lo importante que es la confianza. Es el único modo de alcanzar el ITP.

Adele se volvió hacia mí.

—Intercambio total de poder —me explicó, con bastante torpeza, pensé yo—. Has tenido suerte esta noche —agregó— en conocer a Piker y a Raven. Raven fue esclava de Jack hace años.

Piker hizo una mueca.

—Detesto pensar en lo que le hizo. Me rompe el corazón, en serio.

Vi que de veras se le saltaban las lágrimas. Se volvió hacia Raven, que estaba visiblemente alterada por la conversación, a pesar de que se mantenía muy quieta.

Luego, como si una especie de fuerza interior se abriera paso hasta la superficie, dejó escapar un gemido.

—¡Silencio! —gritó Piker violentamente.

Fue una orden tan súbita y ensordecedora que me sobresalté, pero Raven se quedó callada y agachó la cabeza dócilmente. A mí se me revolvió el estómago.

Me repugnaba tener que seguir hablando de aquel tema, pero tenía que preguntarlo:

—¿Qué le hizo?

Temía oír la respuesta porque sabía perfectamente de lo que era capaz Jack Derber. Allí estaba, a nuestro lado, aquella desconocida con la que me unía un vínculo espantoso. Quería decirle que lo entendía, explicarle que compartíamos algo único y terrible. Pero me quedé inmóvil, paralizada por el miedo, sobrecogida,

esperando a que hablara.

Piker se volvió hacia ella.

—Raven, puedes sentarte.

Ella se sentó de inmediato en el banco. Observó atentamente la cara de Piker aguardando su siguiente orden.

Él acercó la mano y recorrió la cremallera de la solapa que cubría su boca.

—Habla.

Noté por sus ojeras que tenía cuarenta años, como poco. Finas arrugas rodeaban su boca y uno de sus dientes estaba cubierto por una funda de plata. El otro estaba roto. Heridas de guerra, supuse.

Nos miró sucesivamente a mí y a Adele. Parecía inquieta, no supe si por que le hubieran dado permiso para hablar o por el tema de conversación. Pero cuando comenzó su relato, la respuesta se hizo evidente.

—Lo conocí aquí, en este club. Fue hace más de quince años. En aquel entonces no nos conocíamos por nuestros nombres reales. Como todo el mundo.

Se detuvo y se volvió hacia Piker. Él le indicó con una inclinación de cabeza que continuara. Quería que aquella historia se conociera. Jack Derber había perjudicado al «movimiento».

—El club sólo tenía un par de años y a los socios todavía les preocupaba la policía. Aunque nada de lo que hacíamos era ilegal en sentido estricto, sabíamos que encontrarían el modo de cerrarnos el local. Así que lo manteníamos muy en secreto.

Se giró hacia Adele al explicar:

—Fue antes de que Internet nos facilitara las cosas. En aquella época había algunos foros y algunas páginas web a través de los cuales podíamos comunicarnos, pero eran muy pocos.

Hizo una pausa, respiró hondo y miró otra vez a Piker, que levantó la mano con gesto impaciente indicándole que siguiera.

—Nos conocimos aquí, como decía. Él era muy simpático. Se hacía llamar Dark. Usábamos las habitaciones privadas que hay al fondo.

Señaló una puerta sin distintivos en la que no me había fijado hasta entonces.

—Con el tiempo, quiso llevar las cosas un poco más lejos. Me pidió que me encontrara con él en su casa de las montañas. Le dije que sí. Era joven y estúpida, pero hasta el momento él había seguido el protocolo, así que pensé que estaba todo bajo control. Y me lo estaba pasando bien, no me daba cuenta de hasta qué punto se lo tomaba en serio él. Así que le dije que sí, que podíamos vernos fuera del club. No le conté a nadie lo que estaba pasando. Casi nadie sabía que estábamos juntos.

Se quedó callada, miró hacia el techo y tamborileó con un dedo sobre la mesa, despacio y rítmicamente. Cuando volvió a bajar la mirada, juntó las manos con fuerza y las apoyó sobre su regazo. A partir de ese momento cambió el timbre de su voz. Habló rápidamente, en voz baja y monótona, recitando los hechos como había hecho yo durante mis sesiones más difíciles con la doctora Simmons. Deduje que todavía le

dolía aquel recuerdo.

—Fui a su casa un sábado por la noche, ya tarde. Mientras subía en el coche por aquel camino largo y lleno de curvas, pensé que parecía embrujado. Y eso me excitó. Me acerqué a la puerta y llamé, tímidamente, claro. Abrió y lo primero que vi fue un puño enorme y enguantado viniendo hacia mi cara. Me dio un puñetazo y me metió a rastras en la habitación. Yo empecé a patallar y a chillar, pero seguí pensando que aquello era simplemente una escena más extrema que las que solíamos practicar. Aun así estaba confusa porque no lo habíamos acordado previamente. Entonces empezó a golpearme sin parar, una y otra vez. Yo intenté decir mi contraseña, que en aquel entonces era «amarillo», pero no pude porque me desmayé de dolor.

Se detuvo un momento y cerró los ojos. Yo estaba sorprendida porque pensaba que aquello era lo que buscaban los masoquistas que practicaban el BDSM. Aquel mundo carecía de sentido para mí. Piker le frotó el brazo cariñosamente y le dijo que se tomara su tiempo.

—Cuando me desperté, estaba atada en medio de aquella gran biblioteca.

Al oír aquello tuve que cerrar los ojos. El recuerdo de aquella habitación daba vueltas dentro de mi cabeza. El color. La luz. Su olor me asaltó de pronto. Me agarré al borde de la mesa y me obligué a concentrarme.

—Estuve allí tres días. Nada de comida, muy poca agua. Y muchísimo dolor. Y él... él...

No pudo continuar.

Piker se inclinó hacia ella.

—No lo digas, cariño. Enséñaselo.

Raven se puso de pie junto a la mesa y se bajó la cinturilla del pantalón de cuero para que viéramos su cadera. Allí estaba, grabada en la carne retorcida. Una marca. Se parecía mucho a la mía, aunque costaba distinguirla en la oscuridad. Aparté la mirada parpadeando para refrenar las lágrimas.

En ese momento el maestro de ceremonias anunció una nueva actuación. Miré y vi que tres hombres encapuchados empujaban un enorme aparato. No di crédito a mis ojos cuando vi que era un potro y que lo llevaban lentamente y con cuidado hasta el centro del escenario. Era distinto al de la biblioteca de Jack, pero estaba claro que servía para lo mismo. Sentí una oleada de náuseas. Raven también vio el potro y se volvió hacia Piker con mirada suplicante.

Él se levantó.

—Salgamos de aquí. No me gusta este espectáculo.

Empecé a notar que se me cerraba la garganta. No podía respirar. La habitación me daba vueltas. Vi una puerta al fondo con el letrero «Salida» y, sin decir nada a Adele ni a los demás, me levanté y corrí hacia ella, y estuve a punto de tropezar con un hombre vestido con polainas de cuero que se arrastraba por el suelo detrás de su ama.

Abrí la puerta de un empujón, corrí a refugiarme detrás de un contenedor y me

apoyé contra la pared, jadeando. Allá arriba, el cielo estaba lleno de estrellas. Me pareció que giraban siniestramente, en torbellino. Intentando que el mundo se parara a mi alrededor, respiré hondo varias veces con las manos en las rodillas y me deslicé lentamente hacia el suelo con la espada pegada a la pared. Pensé en lo mucho que se parecía aquello a la huida de Tracy del club de Nueva Orleans, y me embargó una oleada de miedo. ¿Cómo me había metido en aquella situación? ¿Cómo había podido pensar que estaba preparada para algo así?

Me acurruqué en un pequeño entrante del edificio donde nadie podía verme. Ni hombres encapuchados, ni mujeres cubiertas de cremalleras, ni esbirros enfundados en cuero. Deseé poder hacerme invisible y quedarme allí escondida hasta que se hiciera de día. Podía estarme quieta. Podía permanecer callada.

Nadie tenía por qué saber que estaba allí.

Era una noche calurosa y todavía podía oír el golpeteo rítmico de la música a través de las paredes del club. Se abrió la puerta con un chirrido y Adele me llamó cuidándose de usar el apodo —Blue— que me había asignado para esa noche. Como no contesté, la puerta volvió a cerrarse.

No sé por qué no le contesté en ese momento. Sólo necesitaba un respiro para despejarme y procesar, aunque fuera mínimamente, lo que acababa de oír. Tenía pensado volver al club pasados unos minutos, pero las cosas no salieron así.

Detrás del edificio brillaron los faros de un coche en medio del bosque. Un motor se revolucionó y luego quedó al ralenti un poco más allá, cerca de otra puerta negra que había unos diez metros a mi izquierda.

Salieron dos hombres y me asomé a la esquina el tiempo justo para ver que se trataba de una furgoneta grande. Iban hablando en voz baja. No distinguí lo que decían, pero me pareció reconocer la voz, baja y retumbante, de uno de ellos. Salí unos centímetros de mi escondite con intención de volver a entrar, pero entonces vi pasar por delante de los faros de la furgoneta al más alto de los dos.

Casi tuve que frotarme los ojos de estupor. Parecía Noah Philben. Pero no podía ser. Tenía que acercarme, aunque sólo fuera para demostrarme a mí misma que estaba equivocada. Mi imaginación debía de estar desbocándose por culpa del miedo.

Unos metros más allá había un grupo de matorrales, y entre ellos y el lugar donde me encontraba se extendía un pequeño promontorio. Si conseguía llegar hasta allí, podría ver lo que estaba pasando y permanecer escondida entre la sombra oscura de la parte de atrás del edificio. Tenía el pulso acelerado, pero necesitaba saber si de verdad era Noah Philben o si mi mente me estaba jugando una mala pasada.

Respiré hondo y me obligué a actuar. «Tú eres más fuerte», pensé, deseando con todas mis fuerzas que fuera cierto. Lentamente, me tumbé boca abajo y avancé arrastrándome hasta los matorrales.

Las voces de los hombres se hicieron más fuertes. Se estaban riendo de algo. Oí abrirse la puerta de la furgoneta. Se oyó un suave arrastrar de algo y a continuación un golpe fuerte y sordo. Luego la puerta volvió a cerrarse.

Llegué a los matorrales, que eran espesos y espinosos. Me aparté un poco de ellos y miré entre las hojas. Ahora veía claramente a los dos hombres. El primero era de estatura media, grueso y con el pelo rubio rojizo, me pareció, y perilla. El otro era alto. Caminaba sin prisas, tranquilamente, junto a la furgoneta. Entonces los faros lo iluminaron el tiempo justo para que viera su cara. No había duda: era Noah Philben.

Me quedé helada. ¿Qué hacía un líder religioso rondando por un remoto club sadomasoquista en plena noche? Y el mismo club al que solía ir Jack Derber, nada menos. ¿Estaba buscando a Sylvia, el cordero extraviado de su rebaño? ¿O tenía algo que ver con su desaparición? Fuera lo que fuese, aquella podía ser la pista que yo estaba buscando.

Eran ya las dos y media de la madrugada. Hacía años que no estaba en pie a esas horas, pero tenía la sensación de que la noche aún sería muy larga.

Avancé con cautela por detrás del edificio, en dirección contraria a la furgoneta. Agachada, corrí hasta mi coche para esperarles. Abrí la puerta con todo el sigilo que pude y me senté detrás del volante. Estaba sudando, pero tenía la piel fría y se me había quedado la boca seca. Y no era solamente miedo a conducir de noche. Era puro terror.

La furgoneta dobló por fin la esquina del club hacia la salida del aparcamiento. En ese momento notaba las manos como si fueran de plomo sobre el volante.

Dentro de mi cabeza, me hallaba otra vez en el campo de batalla. Quería seguir adelante (ir tras la furgoneta), pero mi cuerpo se resistía y mis pensamientos se enmarañaban. Era como si estuviera oyendo a Jennifer con dieciséis años susurrándome al oído: «Aléjate, vete a casa, vuelve a tu fortaleza». Pero la parte de mi yo que estaba buscando, la que sabía que aquel era el único camino posible, replicó que la joven Jennifer no habría podido entender lo que estaba en juego allí. No habría comprendido hasta qué punto necesitaba encontrarla. Que, si quería superar el pasado alguna vez, debía dar descanso a su recuerdo, y a los míos también.

Armándome de valor, respiré hondo y puse en marcha el coche.

Mientras estaba allí sentada, dudando, dos hombres enfundados en látex salieron del club. Uno llamaba al otro «amo» mientras lo seguía dócilmente, atado a su correa. Esperé a que montaran en su coche. El amo conducía. El esclavo se había arrellanado en el asiento trasero. Luego maniobré con cuidado, situándome detrás de ellos, y me dirigí a la salida. La furgoneta iba delante cuando salimos a la carretera. Los seguí prudentemente, a unos cuatro coches de distancia.

«Tranquila, paso a paso —me dije—. Vas en un coche por una carretera pública. Las puertas están cerradas y con el seguro echado. Llevas el depósito casi lleno. Tienes el móvil y buena cobertura. Llevas en el bolso aerosol de pimienta y aerosol irritante. Puedes dar la vuelta y volver al hotel en cualquier momento. Tú controlas la situación».

Cuando llevaba recorridos unos quince kilómetros, el otro coche tomó un desvío. Detrás de mí venía un todoterreno. Dejé que me adelantara y que se situara entre la furgoneta y mi coche. Con una mano en el volante, hurgué en el bolso en busca de mi cuaderno y un bolígrafo, pero un par de segundos después me di por vencida y saqué el teléfono del bolsillo interior del chaleco de cuero. Marqué todos los dígitos del número de mi casa en Nueva York menos el último mientras escudriñaba la oscuridad delante de mí. Estaba demasiado lejos para leer el número de la matrícula, así que tiré el teléfono al asiento de al lado. Oí que erraba el tiro y que caía al suelo del coche.

—Maldita sea —mascullé.

Unos veinte minutos después, la furgoneta torció a la izquierda, hacia una pista de tierra que estaba escondida casi por completo detrás de unos árboles. Pasé de largo unos treinta metros, apagué las luces y di la vuelta saltándome las normas de

circulación.

Seguí a la furgoneta despacio monte arriba al mismo tiempo que estiraba el brazo intentando alcanzar el móvil. Mierda. Se le había salido la batería al caer al suelo. Busqué a tientas en la oscuridad, pero no sirvió de nada.

Paré el coche en medio del camino. Notaba que el aturdimiento de siempre empezaba a apoderarse de mi cabeza. Repasando todos los trucos de manual de la terapia cognitiva, visualicé el miedo imaginándomelo como una pelota que estaba fuera de mí, separada de mi cuerpo.

No funcionó. Sabía que, de hecho, en aquel momento mi angustia era muy real y estaba plenamente justificada. Por fin conseguí calmarme lo suficiente para no hiperventilar, pero empecé a notar calambres en las tripas. Saqué del bolso el aerosol de pimienta y el irritante y puse los dos botes con cuidado en el asiento, a mi lado. Miré la foto de Jennifer que había sujetado al salpicadero y extraje de ella todas las fuerzas que pude. Tenía que seguir adelante.

Avancé un poco más por la carretera hasta que llegué a un calvero en medio del bosque. Di gracias a mi buena estrella por que el coche fuera de color gris oscuro. No creía que pudieran verme, pero estaba lo bastante cerca como para distinguir a lo lejos, a unos cincuenta metros de mí, un pequeño almacén con una puerta de garaje y una entradita sin ventanas a la derecha. Un solo foco alumbraba la parte delantera del edificio.

Por precaución, di lentamente la vuelta al coche para poder salir a toda prisa de allí sin tener que recular. Me quedé muy quieta, con la respiración acelerada. Apagué el motor y me giré en el asiento para poder mirar. Después ya no me moví. Ni siquiera para buscar el teléfono.

Distinguí a duras penas la silueta de Noah Philben cuando se acercó a la parte de atrás del almacén y recogió lo que parecía una lona de buen tamaño. Su compañero lo siguió y juntos taparon la furgoneta y dieron media vuelta para entrar. De pronto Noah se detuvo, se acercó a un lado del edificio y, pulsando un interruptor, apagó el foco.

Me mantuve todo lo quieta que pude, conteniendo la respiración como si eso fuera a cambiar algo. Mantenía la llave en el contacto, lista para girarla si él daba un solo paso adelante. Esperé. Los segundos me parecieron horas. «Entra», le ordené mentalmente. Por fin, tras uno o dos minutos que se me hicieron eternos, dio media vuelta y entró lentamente en el almacén.

Yo quería saber qué había en aquella furgoneta. ¿Por qué la habían cubierto con una lona? ¿Qué estaban haciendo en aquel almacén? ¿Tenía alguna relación con su secta?

Lo único que sabía de las sectas religiosas era lo que veía en los titulares. Tal vez estuvieran celebrando algún rito místico. O planeando un suicidio colectivo. Tal vez fuera una boda con múltiples esposas menores de edad. O quizás era allí donde guardaban las armas que necesitarían si se presentaban los federales. Fuera lo que

fuese, era mi única conexión con Sylvia y sabía que, para hacer algún progreso, tenía que entender qué estaba pasando.

Esperé al menos media hora sin moverme, sin apenas respirar. Bajé la ventanilla unos centímetros para que entrara el aire fresco. Pensé un momento en salir del coche para echar un vistazo, para ver qué había debajo de la lona, pero la sola idea me puso enferma y de momento me quedé allí encerrada.

Por fin llegué a la conclusión de que no iba a suceder nada más. Quizá fueran a pasar la noche allí. Notaba un peso en el corazón cuando finalmente encendí el motor, consciente de que seguir esperando era absurdo, además de muy peligroso.

Mientras bajaba lentamente por el camino, me temblaban tanto las manos que apenas podía sujetar el volante. Sólo cuando me hube alejado varios kilómetros de aquel almacén pude volver a respirar con normalidad. Pero al seguir adelante las carreteras comarcales me parecieron de pronto una maraña, un laberinto ideado expresamente para atraparme.

Pulsé varias teclas del GPS para intentar encontrar la ruta de vuelta al club, pero sólo me dijo que estaba «recalculando». Maldiciendo, lo apagué.

Parecieron pasar horas hasta que por fin di por casualidad con la carretera principal, y para entonces no pensaba ir a ningún sitio más que al hotel. Adele tendría que esperar al día siguiente para que le diera una explicación.

Cuando estuve a salvo en mi habitación, decidí que había llegado el momento de llamar al agente Jim McCordy. Aquella búsqueda se había vuelto demasiado peligrosa para mí. Para seguir a furgonetas que salían de clubes sadomasoquistas, hacía falta alguien que no sufriera un trastorno por estrés postraumático.

Aun así, estaba muy orgullosa de mí misma. Un año antes, un mes antes incluso, habría tenido que llamar urgentemente a la doctora Simmons si se me hubiera pasado siquiera por la cabeza la idea de hacer algo así de aterrador. Ahora me sentía un poco más fuerte. Cada día que pasaba fuera de mi apartamento, estaba más decidida a seguir adelante. Era una sensación agradable. Sabía, además, que había dado con algo importante. Era demasiada coincidencia que Noah Philben estuviera allí, en el garito que antaño había frecuentado Jack Derber. «¿Qué probabilidades había?», como habría dicho Jennifer.

Eran las cuatro de la madrugada, las siete en la Costa Este. No era una hora intempestiva para llamar. Marqué el número de Jim. Contestó enseguida, como siempre.

—¿Sarah? ¿Dónde estás? La doctora Simmons me dijo que habías cancelado otra cita.

—Podría decirse así. Mira, Jim, necesito tu ayuda. Creo que he descubierto una pista muy rara. Puede que no sea nada, pero...

—¿Una pista? ¿Qué estás haciendo, Sarah? Deberías estar viendo a la doctora Simmons con regularidad para prepararte para ver a Jack en el juzgado. Así es como mejor puedes ayudarnos a que siga en prisión.

—Tienes razón. En teoría. Pero creo que he dado con algo. —Respiré hondo—. Jim, estoy en Oregón. —Pero antes de que pudiera contestar seguí adelante atropelladamente—: Luego hablaremos de eso. Hay algo más importante. Noah Philben. ¿Qué sabes de él?

—Sarah, yo...

—Lo sé, Jim. Sé lo que vas a decir. Por favor. ¿Qué sabes de Noah Philben?

Suspiró.

—¿El pastor? —Hizo una pausa mientras decidía, quizá, si debía seguirme la corriente. Por fin se dio por vencido—. Cuando Jack Derber se casó con Sylvia, hice algunas averiguaciones sobre él. No tiene antecedentes. Está totalmente limpio. Es un fanático religioso y dirige esa iglesia suya desde que tenía poco más de veinte años. Un tinglado de poca monta. He pedido a los de impuestos que lo vigilen, pero no parece que haya otras actividades sospechosas.

—¿En serio? Bueno, pues ahí está la cosa, Jim. He ido a un club sadomaso al que...

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Escúchame con atención. Ya te lo explicaré en otro momento. He ido a ese club

al que solía ir Jack y... Salí al exterior, a la parte trasera, a tomar el aire...

—Ya me lo imagino.

—Y vi una furgoneta. Me pareció que dos personas estaban negociando algo... Y una de ellas era Noah Philben.

—Sarah, no hay nada ilegal en ir a un club sadomaso y creo que, si algo demuestra la historia, es que no es nada insólito que los líderes de pequeñas organizaciones religiosas se mezclen en esa clase de cosas. Es un lugar común dentro del género, como diría Tracy.

Se rio de su propia broma.

—¿Tracy? ¿Te ha contado algo de esto?

—Me llamó ayer. Cree que estás yendo un poco demasiado lejos. Que crees que puedes encontrar el cuerpo de Jennifer.

—No hables con ella de mí, por favor. Siempre me va a odiar, y no quiero que te convenza de que estoy loca. No estoy loca. Bueno, vale, puede que lo esté un poco, pero lo que te estoy contando tiene sentido. Estoy abordando este asunto de la manera más metódica que es humanamente posible.

—Claro que sí, Sarah. Como siempre. Pero a fin de cuentas tú no eres detective, ¿recuerdas? Mira, sé que crees que te hemos fallado, pero interrogamos a todas las personas que tenían relación, aunque fuera remota, con Jack Derber y...

—¿Hablasteis con Piker y Raven?

—¿Con quién?

—No sé sus nombres reales, pero van a ese club. ¿Fuisteis al club?

—¿A qué club?

—Exacto. No fuisteis. Se llama La Cúpula. Y creo que tengo nuevas pistas sobre Jack Derber. Estoy convencida de que hay que seguirlas. ¿Puedes volver a informarte sobre Noah Philben?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Por fin dijo:

—Veré lo que puedo hacer.

Sonaba sincero.

Como parecía estar haciendo progresos, decidí presionar un poco más.

—Además, Sylvia ha desaparecido.

—Tracy me lo comentó. Pero un buzón lleno no es fundamento suficiente para denunciar la desaparición de una persona. Podría estar de vacaciones. Igual que tú.

—Si es así, quizá convenga que esperé aquí, en Oregón, a que regrese —repliqué.

—Escucha, Sarah, voy a serte sincero. Esta búsqueda tuya me preocupa tanto como tu reacción a la última carta. No quiero que te pongas en peligro, ni física ni mentalmente. Tracy me dijo que habías ido a Oregón, pero no esperábamos que llegaras a estos extremos. Lo que estás haciendo es peligroso. Por favor, vuelve, no te arriesgues.

Parecía un consejo sensato. De no ser porque equivalía a darme completamente por vencida.

Cuando colgué, después de hablar con Jim, me sentí desanimada. Quizá tuviera razón. Seguramente Sylvia estaba visitando a sus padres, y Noah Philben estaba implicado en un escándalo sexual y de evasión de impuestos, pero eso no iba a ayudarme a encontrar el cuerpo de Jennifer. Quizás estuviera perdiendo el tiempo. Un tiempo que debía invertir en la preparación de mi declaración como damnificada ante el tribunal.

Consulté mi billete de avión pensando que quizá debía marcharme de allí y dejar atrás el pasado de una vez por todas. Pero mi vuelo no salía hasta la tarde siguiente. Me encogí de hombros y me dije que, ya que estaba allí, podía seguir adelante. Pero si no encontraba algo concreto pronto, tendría que reconocer mi derrota.

A la mañana siguiente, temprano, volví en coche al campus para ver a Adele. Había dejado una nota diciendo que estaba en la biblioteca. La encontré sentada a una gran mesa de madera, al fondo de la segunda planta. Los techos eran muy altos y el polvo de los libros impregnaba el aire. Las bibliotecas aún me ponían nerviosa.

Rodeada de montones de libros y papeles, Adele tecleaba frenéticamente en su ordenador portátil. No levantó la vista hasta que estuve frente a ella. La llamé en voz baja y se sobresaltó ligeramente, cerrando de golpe el ordenador.

Varias hojas de papel sueltas, cubiertas de notas garabateadas, cayeron al suelo. Se inclinó rápidamente para recogerlas, antes incluso de mirarme. Mientras volvía a ordenarlas y las metía con cuidado dentro de un cuaderno, se giró hacia mí con calma. Noté que su mano derecha descansaba con ademán protector sobre una pila no muy alta de gruesos libros.

—Me has asustado —dijo en tono neutro, pero sus ojos reflejaban un fastidio evidente.

Mascullé una disculpa mientras miraba con disimulo los libros que había sobre la mesa. La mayoría tenía nombres científicos, pero, antes de que Adele pudiera ponerle algo encima, me fijé en uno con un título más sencillo: *Persuasión coercitiva*. Al verme observando los lomos, los volvió, sin mirar, hacia el fondo de la sala. Sólo entonces pareció relajarse y me indicó que me sentara a su lado.

—Este no es el mejor sitio para hablar —dijo en voz baja, pero sin susurrar, como si las normas de la biblioteca no fueran con ella—. Pero ¿qué te pasó anoche? Estaba preocupada.

—Ya sabes, necesitaba tomar un poco el aire. Ese sitio me pareció un poco agobiante.

Intenté reírme, sin éxito.

—Suena a ataque de ansiedad. ¿Tomas algo?

Su mirada me resultaba familiar, aunque hacía tiempo que no la veía: era una mezcla de curiosidad e interés profesional enmascarados como preocupación sincera.

Aquel primer año fuera del sótano intenté ser de ayuda a los psicólogos del

mismo modo que ellos, aparentemente, intentaban ayudarme a mí. Fue una larga y borrosa sucesión de sesiones, reuniones y exámenes. Conocía aquella mirada. Era la mirada de alguien que está redactando un artículo destinado al escrutinio de sus colegas de profesión. Allí estaba yo, otra vez convertida en la tesis de otra persona. Y no me gustaba ni pizca.

—Descuida, estoy bien. Gracias por llevarme allí. Fue duro, pero creo que me dio algunas... claves interesantes.

—No deberías conducir si notas que vas a tener un ataque de ansiedad. Podría haberte traído yo.

Hizo una pausa y me miró con esa misma mirada penetrante que tenía la doctora Simmons. Una mirada estudiada, ensayada, manipuladora. Yo sabía lo que significaba. Estaba a punto de entrar a matar.

—¿Qué estás haciendo de verdad, Sarah? No creerás que vas a encontrar un cadáver, ¿no? ¿Estás explorando tu pasado? ¿Intentando dar sentido a lo que te ocurrió?

Su tono era condescendiente, y sentí agitarse dentro de mí el impulso de resistirme, un impulso que conocía muy bien. Me lo imaginé como una pared que iba levantándose entre nosotras, creciendo ladrillo a ladrillo. Eso es lo que se consigue después de años de terapia cognitiva. Allí estábamos, batallando con las espadas desenfundadas en una lucha secular que enfrentaba al bien y al mal. Al sujeto y al objeto.

Se movió un poco, inclinándose hacia delante. Debió de pensar que yo no notaría su avidez. Pero quería ver adónde llevaba todo aquello, así que decidí seguirle la corriente.

—Mira —comenzó—, espero que no te suene muy raro, pero he estado dándole vueltas a una cosa. Quería saber si, ya que estás aquí, te importaría participar en un estudio. No te llevaría mucho tiempo. Y tampoco interrumpiría tu investigación. Serían sólo un par de entrevistas. Tu caso es muy raro, y hay muy pocos muestreos sobre personas que hayan sobrevivido a experiencias parecidas a la tuya. Hace unos años trabajé en el diseño de un estudio victimológico y...

—¿Victimológico?

—Sí, es como suena: el estudio de las víctimas. Para ayudarnos a comprender no sólo el proceso de recuperación, sino también si hay rasgos psicológicos concretos que puedan utilizarse para desarrollar una tipología de las víctimas de un crimen determinado.

—¿Una tipología de las víctimas? ¿Como si fuera el «tipo» de persona a la que era probable que secuestraran?

—No exactamente, pero, ya sabes, podemos estudiar pautas de comportamiento, actividades, ubicación espacial, esas cosas, para desarrollar modelos que sirvan para caracterizar a aquellos que pueden ser propensos a convertirse en víctimas, como suele decirse.

Yo oía su voz como un zumbido mientras seguía hablando y veía moverse sus labios claramente delante de mí, pero ya no distinguía lo que estaba diciendo. La expresión «propensos a convertirse en víctimas» seguía resonando en mi cerebro, y pensé que sin duda el calor que notaba en la cara se transparentaba como una rabia de color rojo intenso. La imagen de su rostro flotaba delante de mí. Estaba atónita, pero incluso en ese instante, cuando todo mi cuerpo se oponía a ella, intenté mantener una expresión neutra.

Así que a eso es a lo que se dedican en estas grandes universidades, pensé. Se sientan e intentan averiguar si, inadvertidamente, hiciste algo para propiciar la catástrofe y el desastre. No te culpan, naturalmente. Es sólo que, ya sabes, fuiste tan descuidada que dejaste que la maldad del mundo cayera con todo su peso sobre tu cabeza.

Adele Hinton no entendía lo que yo había hecho. Lo que habíamos hecho. No se daba cuenta de los extremos a los que habíamos llegado Jennifer y yo para protegernos de todo riesgo posible. Y aun así había ocurrido.

Pese a todo, mientras estaba allí, furiosa, se me ocurrió que, si quería utilizarme de alguna manera, tal vez hubiera un modo de que yo también la utilizara a ella. ¿Podía aprender algo más de Adele, después de todo?

Había estudiado a Jack, había trabajado a su lado durante dos años. Ya me había dicho que le había ocultado al FBI gran parte de la relación de Derber con el BDSM, quizá porque estaba metida en algo aún más siniestro. Tal vez hubiera estado compinchada con Jack en todo este asunto. Tal vez por eso había parecido tan imperturbable en aquella época. Se me revolvió el estómago al pensar que quizá nada de todo aquello la había sorprendido.

—Me lo pensaré —logré mascullar por fin.

—Bueno, avísame. —Sacó una tarjeta de un compartimento de su bolso y anotó algo en la parte de atrás—. Ten, ya tienes todos mis números. También puedes mandarme un mensaje. Avísame. Puedo hacerte un hueco si tienes poco tiempo ¿Cuánto vas a quedarte?

—No estoy segura. Quiero hablar con otras personas que conocían a Jack. Alguien me ha dicho que era amigo de otro profesor del campus. Un tal profesor Stiller.

Adele dio un respingo casi imperceptible al oír su nombre, pero enseguida recobró la compostura.

—Sí, David Stiller. Está aquí.

—¿También es del Departamento de Psicología?

—Sí. De hecho, su despacho está al lado del mío.

No parecía muy contenta al respecto.

—¿No sois amigos?

Se rio.

—No, más bien rivales, diría yo. Fuimos amigos hace mucho tiempo, pero ahora

yo diría que nuestros campos de estudio son demasiado similares y nuestras conclusiones demasiado divergentes. Creo que a la universidad le gusta bastante que así sea porque somos las estrellas del circuito de congresos y conferencias. Les gusta ponernos juntos en las mesas redondas para ver cómo nos peleamos. Así es el mundo académico. En fin, si hablas con él, yo no le mencionaría que has tenido relación conmigo.

—Vale, gracias. Como decías, seguramente no deberíamos molestar a los demás aquí, en la biblioteca. Te dejo con tu trabajo. —Levanté su tarjeta—. Voy a pensármelo, de verdad.

Sonrió y me tendió la mano como si estuviéramos a punto de hacer una especie de pacto. Mientras estaba así, con la mano extendida en el aire, me quedé mirándola unos segundos más de lo normal e intenté frenéticamente buscar una distracción.

—Espera, debería darte mis datos.

Metí la mano en mi bolso y saqué una hojita de papel. Tras anotar mi número de móvil, se la pasé procurando que nuestros dedos no se tocaran.

Miré hacia atrás mientras salía de la sala de lectura. Estaba perfectamente inmóvil viendo cómo me alejaba. Seguía mis pasos con la mirada, el rostro tan indescifrable como siempre.

Cuando atravesé de nuevo el campus y crucé las pesadas puertas del edificio neoclásico de la Facultad de Psicología, me acordé de mis tiempos en la universidad, de la época posterior a mi huida, cuando empecé de nuevo, esta vez en la Universidad de Nueva York, yo sola.

Visto en retrospectiva, daba la impresión de que no había levantado la mirada del suelo en todo el tiempo que estuve allí. Pasé tres años prácticamente aislada y conseguí licenciarme en tiempo récord gracias a que iba a clases extras por la noche y en verano.

Aquella segunda vez, no tuve el mismo deseo que antaño de llevar una vida universitaria normal. No quería ir a fiestas. No estudiaba en la biblioteca. De hecho, no quería que nadie supiera quién era. Nunca hablaba con mis compañeros de clase, jamás comía en la cafetería de la facultad ni acudía a ninguna convocatoria extracurricular. La facultad era lo bastante grande como para desaparecer en ella, y eso fue lo que intenté. Vaya si lo intente.

Fue allí también donde empecé a utilizar mi nuevo nombre, un nombre al que nunca me acostumbraría. Siempre tenía que pararme un segundo antes de firmar y hacer un esfuerzo por escribirlo. No me acordaba de levantar la cabeza cuando los profesores me llamaban así en clase. Estoy segura de que pensaban que era torpe. Hasta que hacía los exámenes, claro, y se daban cuenta de que tenía, al menos, un don.

Me licencié en matemáticas. Me consolaba la fiabilidad de una materia que sólo ofrecía soluciones. Me encantaba cómo se alineaban los números en pulcras hileras, que los problemas a veces ocuparan seis o siete páginas escritas con mi letra inclinada, número tras número, símbolo tras símbolo, seno tras coseno.

En mi habitación, guardaba todos mis cuadernos de clase al alcance de la mano, en la estantería que había al lado de la cama. Si por las noches no podía dormir, sacaba uno y paseaba lentamente los ojos por su ordenada magnificencia, admirando cómo aquellos problemas, al menos, daban una y otra vez el mismo resultado.

En cierto modo por lealtad a Jennifer, me especialicé en estadística. Acabé un máster en un año. Los profesores me rogaron que hiciera el doctorado, pero ya estaba harta de sentarme en clase con otros estudiantes. En aquel momento, la cantidad de gente con la que tenía que interactuar a diario empezaba a pasarme factura. Mis fobias empezaron a dispararse. Hasta las aulas más grandes me producían claustrofobia. Podía oír con claridad penetrante cada tos, cada susurro o cada lápiz que se caía al suelo, y me sobresaltaba cuando esos sonidos retumbaban en mi cabeza.

Y cuando acababan las clases, había demasiados cuerpos en movimiento, chocando innecesariamente unos contra otros mientras se ponían los abrigos y las bufandas. Siempre me quedaba muy quieta cuando todos se habían marchado ya, sola

en el auditorio, esperando a que los pasillos se despejaran lo suficiente para no tener que tropezarme con nadie. Para que mi cuerpo pudiera flotar atravesando el espacio y el tiempo, intangible, intacto.

Haciendo un esfuerzo por salir del pasado, miré el largo pasillo del Departamento de Psicología. Había estudiantes aquí y allá, reunidos en grupos o en parejas, con un par de elementos solitarios en los márgenes. Parecían tan despreocupados, tan vivos... Algunos charlaban mientras otros estaban ensimismados, pensando quizás en su trabajo de curso o en la cita de la noche anterior. Su felicidad no dejaba traslucir los traumas que sin duda acechaban detrás. Yo sabía que estadísticamente tenían que existir, pero nunca se sabe con sólo mirar.

Allí, con el sol entrando por las claraboyas de la parte reformada del edificio, daba la impresión de que ningún problema había rozado nunca a aquellos estudiantes de piel tersa y risa sonora. Allí estaban, casi al final del curso escolar, preparándose para hacer sus prácticas, para trabajar en verano, para hacer un máster... Nunca sabría qué era lo que habían tenido que superar. Quizá nadie lo sabría, y quizás así debía ser. Quizás era eso lo que hacía la gente bien adaptada: adaptarse de verdad. Y eso es lo que significa ser joven y estar preparado para la vida: dejar atrás el pasado, sea cual sea, y obligarte a ser libre.

Me sequé una lágrima y pasé junto a ellos. El guardia de seguridad del mostrador ni siquiera levantó la mirada de su periódico. Meneé la cabeza, pensando en todos los peligros que podía pasar por alto, y al mismo tiempo me alegré de que nadie reparara en mí. Esta vez me fijé en un letrero escrito con letra clara que indicaba el camino a los despachos de la facultad y lo seguí de vuelta al pasillo que había recorrido ya antes.

Pasé junto a la fila de vetustas puertas de roble. En la mitad superior de cada una había un panel de cristal esmerilado con un nombre en letras negras. Al lado del de Adele, tal y como me había dicho, encontré el del profesor David Stiller. Su puerta estaba entornada y, al empujarla suavemente, vi que no había nadie dentro.

Era un despacho grande, con ventanas altas que daban al patio. Un enorme escritorio de roble se alzaba delante de la ventana, y una librería llena a rebosar cubría por completo la pared de enfrente. Eché un vistazo a los volúmenes. Eran casi todos libros de psicología sobre distintos temas desconocidos para mí, pero había también unos cuantos manuales de estadística que reconocí.

Entonces me fijé por casualidad en una estantería baja colocada en el suelo, detrás del escritorio. Aquellas obras parecían distintas, como si no fueran libros de texto. Me incliné para verlas más de cerca y leí rápidamente los títulos: *Las 120 jornadas de Sodoma*, *Julieta*, *Historia del ojo*, *Nietzsche y el círculo vicioso*. Aquel era territorio de Tracy.

Justo cuando estaba sacando el cuaderno para anotar los títulos y enseñárselos, se abrió la puerta detrás de mí.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla? —preguntó una voz grave.

Me sobresalté, dejé caer el bolígrafo y lo vi rebotar en el suelo y rodar debajo del pesado escritorio. Me volví hacia David Stiller. Era alto, podría decirse que incluso era guapo, con el pelo castaño y los ojos tan negros que no se distinguían las pupilas, lo cual surtía un efecto desconcertante.

Me miró con impaciencia, esperando a que le explicara quién era y qué hacía allí. Sorprendida, me costó aclarar mis pensamientos, así que me puse de rodillas y estiré torpemente el brazo para recoger mi boli de debajo de la mesa.

—Ah, hola... —dije, intentando ganar tiempo—. Soy Caroline Morrow. Estoy haciendo una investigación y me preguntaba si tendría un momento para hablar conmigo.

Al final conseguí agarrar el boli con bastante facilidad, así que, para ganar tiempo, lo empujé un poco más allá, hacia la pared.

—Espere —dijo, con cierta irritación, me pareció—. Permítame.

Rodeó el escritorio, recogió ágilmente el boli del suelo y me lo devolvió con rapidez.

—¿Qué decía? —insistió.

—Sí, perdone. —Me alisé la falda y me aparté el pelo de la cara, intentando en lo posible recuperar la compostura—. Le decía que soy Caroline Morrow. —No le tendí la mano, ni él a mí—. Estoy en el Departamento de Sociología. —Señalé hacia el otro lado del campus como si él no supiera dónde se hallaba físicamente—. Estoy escribiendo mi tesis sobre Jack Derber y sé que usted empezaba a trabajar aquí como profesor ayudante cuando lo detuvieron.

Cuando mencioné a Jack Derber, su reacción fue muy distinta a la de Adele: David Stiller pareció interesado. Esbozó una sonrisa sardónica y se sentó, indicándome la silla que tenía enfrente.

—Siéntese, por favor. Por aquí ya nadie habla de Jack Derber. Tengo curiosidad por conocer su proyecto. Me sorprende que el departamento haya dado el visto bueno a su investigación, pero imagino que los tiempos cambian. ¿Cuál es su enfoque?

—¿Mi enfoque? No lo sé, pero creo que hay elementos de la historia que no se han investigado a fondo. Y pienso hacer una investigación original, desde una perspectiva puramente factual. Por eso elegí este tema: porque, ya sabe, ocurrió todo aquí mismo.

Improvisaba sobre la marcha. Estaba impresionada conmigo misma. Él asentía con la cabeza como dándome ánimos.

—Tengo entendido que era amigo suyo.

Al oír aquello, su sonrisa desapareció al instante.

—¿Amigo mío? No, no, no. No sé quién le habrá dicho eso. Éramos compañeros de trabajo, pero apenas lo conocía. Nuestro trabajo estaba en polos opuestos. Ni siquiera participamos nunca en una mesa redonda. Pero desde luego él era una estrella por derecho propio.

—¿Una estrella?

—Vamos, seguro que sabe ya que así es como funcionan las cosas en el mundo académico. Tienes que ser una estrella para llegar a algún sitio. Dar muchas charlas, publicar artículos, ir a simposios, ya sabe, hacer la ronda completa del circo de congresos. Del circuito, quiero decir. Se está preparando usted para una vida muy dura.

—¿Y qué me dice de Adele Hinton?

Al oír aquello se le oscureció el semblante.

—Ah, ella. Y luego hablan de Jack Derber.

Meneó la cabeza.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Bueno, digamos que, cuando pasó el escándalo, sus conferencias empezaron a llenarse de bote en bote. Más por su notoriedad que por sus aportaciones académicas, en mi opinión. Creo que todo el mundo esperaba que comentara algún dato jugoso sobre Jack Derber. No me cite, pero, francamente, Adele Hinton debe su carrera a ese caso.

—Entonces, ¿recibió mucha publicidad?

Se rio.

—Yo diría que sí. El *Portland Sun* hasta publicó un artículo sobre ella. Ridículamente halagador. Aunque a fin de cuentas es una mujer atractiva, así que no es de extrañar que el periodista quisiera pasar un buen rato con ella.

Se inclinó un poco más hacia mí y me miró entornando los ojos para asegurarse de que comprendía lo que estaba insinuando. Luego volvió a recostarse en su silla y giró ligeramente a izquierda y derecha, muy despacio, mientras añadía:

—¿Sabe?, si de verdad quiere hacer algo original hay otro enfoque que debería considerar. Jack trabajaba mucho. Investigaba sin parar. Viajaba constantemente. Su despacho estaba siempre lleno a rebosar de papeles. Carpetas, archivos... Y era increíblemente celoso de ellos. Solamente Adele tenía acceso a ellos. Sé que el FBI precintó todo ese trabajo en cuanto lo detuvieron. Pero estoy seguro de que Adele logró quedarse con algo. Lo sé.

Giró la silla hacia la ventana y miró hacia fuera un minuto, ensimismado.

Por fin dijo más para sí mismo que para mí:

—Pero, en fin, esta universidad nunca ha sido suficiente para ella, claro. Quiere ser profesora en una de las de renombre, ¿no es cierto? Es lo lógico. Tiene el listón muy alto. —Se volvió hacia mí—. Seguramente usted no lo sabe, pero su padre es uno de los cirujanos más importantes de Seattle. Tiene muchísimo éxito.

Sonrió y sacudió la cabeza echándose hacia delante en el asiento.

—Pero estoy desbarrando. Volviendo a su tesis, no puedo demostrarlo, pero estoy seguro de que Adele Hinton está utilizando las ideas y las investigaciones de Jack Derber. Es con ella con quien debería hablar. Tiene que haber unos cuantos datos ahí que no se han descubierto todavía. Con esa investigación sí que la ayudaría en un abrir y cerrar de ojos, si pudiera. Avíseme si puedo hacer algo.

Apenas se esforzaba por disimular sus celos y su desprecio (me pareció) por Adele.

Tras un par de intentos infructuosos de reconducir la conversación hacia Jack Derber, me levanté para marcharme y estuve a punto de caerme al retroceder y tropezar con la silla. Iba a salir con la misma elegancia con la que había entrado, pensé.

Llamé varias veces a Tracy ese mismo día, pero no contestó. Evidentemente estaba evitándome. Pero, como me parecía imposible extraer conclusiones de los datos que tenía sin su ayuda, decidí hacerle una visita sorpresa, como me la había hecho ella a mí.

Cambié mi vuelo de esa tarde y, en vez de regresar a Nueva York, fui a Boston. Fue un alivio volver a la Costa Este aunque fuera sólo por unos días. Mis verdaderos planes iban a llevarme mucho más lejos.

En Boston alquilé otro coche y tomé la ruta turística para ir a Northampton. Estaba impresionada conmigo misma por tanto conducir. Ya no se apoderaba de mí el pánico cada vez que me sentaba detrás del volante, sólo sentía un ligero malestar.

Fui derecha al apartamento de Tracy, cuya dirección había buscado en Internet esa misma mañana. Si ella podía presentarse en mi casa, yo también podía presentarme en la suya.

Vivía en una vieja casa con fachada de listones de madera, en un barrio tranquilo y bien cuidado que parecía increíblemente burgués para alguien como ella. Había dos timbres, cada uno con su nombre cuidadosamente escrito a máquina. El suyo era el de arriba. Noté que había rejas en la ventana de la puerta. Tal vez no se sentía tan segura como quería aparentar.

Me pregunté si tendría que esperarla en el estrecho porche delantero como ella me había esperado a mí, pero un minuto después oí pasos en el interior de la casa. Tracy me miró a través de la ventana y volvió a echar la cortina. No pareció precisamente contenta de verme, pero pasado un momento oí el chasquido de la cerradura. Una cerradura de primera calidad. Abrió la puerta enseguida, pero no del todo.

—¿Y ahora qué? —preguntó con la mano en la cadera.

No llevaba maquillaje y parecía cansada. De no conocerla tan bien, habría pensado que había estado llorando.

—Tengo que hablar contigo. He vuelto a Oregón y tengo más información.

—Vaya, pero si es la detective...

Se encogió de hombros y me invitó a pasar con aire resignado. La seguí escaleras arriba.

La planta baja de la casa era muy alegre, con las paredes pintadas de amarillo claro y un espejo antiguo con el marco de madera oscura en la entrada. Pero cuando subimos al apartamento de Tracy, el color de la pared cambió a un gris apagado y sombrío. En lo alto del descansillo me topé con una fotografía enmarcada de un hombre encadenado. Aquello me preparó un poco para lo que me esperaba al otro lado de la puerta.

Su apartamento era la antítesis del mío. Las paredes, que eran muy altas porque habían quitado el suelo de la buhardilla dejando a la vista las vigas del techo, estaban pintadas del mismo tono gris que la escalera y cubiertas de fotografías y grabados en

blanco y negro. Las imágenes, todas ellas, eran de las que me habrían producido pesadillas si las hubiera mirado mucho tiempo. Aquella oscuridad agobiante daba la impresión de que Tracy había intentado convertir su apartamento en la celda de una prisión. Y lo había conseguido. Me sentí atrapada.

De no ser por los acogedores signos de desorden y por el olor a café recién hecho, tal vez habría dado media vuelta y me habría marchado. Una de las paredes estaba llena de estanterías empotradas, atiborradas hasta arriba de libros. Los de tapa dura, más grandes, estaban embutidos horizontalmente; los de bolsillo, más pequeños, se amontonaban en doble fila. Eran tan numerosos que se desbordaban y ocupaban también el suelo, las mesas y las sillas. Algunos estaban abiertos y puestos boca abajo. Otros tenían la página marcada con lapiceros mordisqueados cuyas puntas rotas sobresalían entre las hojas.

El apartamento consistía en una sola habitación diáfana, bastante grande, con un altillo a un lado, donde Tracy tenía su dormitorio. Vi el extremo de la cama deshecha desde donde estaba, el edredón negro cayendo un poco por el saliente del altillo. Saltaba a la vista que había estado trabajando, porque en la esquina de enfrente su ordenador portátil zumbaba suavemente, rodeado por lo que parecían ser las páginas de un manuscrito.

—Ahora ya sabes por qué me sorprendió tanto tu apartamento. Siéntate —dijo.

Me señaló una silla junto a su escritorio. Había un montón de libros apoyados precariamente contra el respaldo. Se acercó, cogió los libros con un brazo y los lanzó al mullido sofá. Se deslizaron por el cojín de terciopelo y la mitad fue a parar al suelo. Tracy señaló otra vez la silla.

Me senté y me lancé a explicarle mis actividades en Oregón. Estaba nerviosa. Quería parecer lo más persuasiva posible, dado que a Jim no parecía haberle impresionado mucho. De pronto, reclutar a Tracy para mi causa me parecía lo más importante que había hecho en mi vida. Ignoraba si podría seguir adelante yo sola y, si ella también desdeñaba mis hallazgos, no sabía si tendría valor para poner en práctica el plan que había ideado en el avión.

Me escuchó en silencio, arqueó las cejas con sorpresa cuando le hablé del club sadomaso y puso unos ojos como platos cuando le expliqué que había seguido la furgoneta hasta el almacén, no sé si sorprendida por lo que había visto o por lo que había hecho. Seguramente por esto último. Finalmente, le hablé de los libros del despacho de David Stiller. Le quitó importancia encogiéndose de hombros.

—En la universidad todo el mundo lee esos libros. Es *de rigueur*. Foucault cambió para siempre la vida académica. Nos dio a todos una nueva perspectiva sobre la que escribir. Mira, yo tengo toda una sección de mi biblioteca dedicada a él. Es la huella indeleble de muchos años pasados en la universidad.

Señaló una zona en medio de la librería. Me acerqué.

—Y lo mismo Bataille. Porque escribe sobre el sexo y la muerte. Y eso es lo único que interesa a los estudiosos. Y a todo el mundo, en realidad.

—Pero ¿no está relacionado directamente con lo que nos hacía Jack?

—Estoy segura de que lo utilizaba para justificar sus actos como muchos otros hombres que quieren someter a las mujeres, dándole al mismo tiempo un giro intelectual. Me imagino perfectamente cómo le atraía la idea de tener una «experiencia-límite», de llevar una vida ajena a las normas sociales, etcétera. Foucault, Nietzsche, todos ellos. Excusas y nada más que excusas.

Yo me había levantado y estaba echando un vistazo a sus estanterías mientras hablaba. Encontré una llena de libros de Bataille. Su colección era aún más extensa que la de David Stiller. Saqué un par, pero me quedé helada al ver uno titulado *El lector de Bataille*.

No podía creerlo. Allí, en la portada, sobre un fondo blanco enmarcado por un reborde negro, había un dibujo de un hombre sin cabeza. En una mano sostenía lo que parecía ser un corazón en llamas. En la otra sujetaba un cuchillo corto. Tenía un esqueleto dibujado en la entrepierna y sus pezones eran estrellitas. Con manos temblorosas, se lo acerqué a Tracy.

—¿Esto no se parece a...? ¿No es...?

Me miró inquisitivamente. Estaba claro que no veía lo mismo que yo.

Por fin conseguí escupir las palabras:

—La marca. ¿No es la marca?

Me bajé la cinturilla de los pantalones y las bragas lo justo para que viera la marca de mi cadera. Miró la ilustración y luego mi carne cicatrizada. Costaba un poco distinguirla, sí, porque la cicatriz había crecido sobre la marca original, pero la silueta era indudablemente la misma.

Se quedó mirando un momento sin decir nada. Luego, por fin, me miró a los ojos.

—Creo que quizá tengas razón. Nunca me había fijado, quizá porque intento mirar esta maldita cosa lo menos posible. No es precisamente uno de mis recuerdos más queridos. Pero, además, mi marca está incompleta. Me giré bruscamente hacia la derecha cuando el hierro tocó mi piel, así que sólo tengo parte de la marca. Parece muy distinta.

Se levantó y me enseñó la suya. Estaba más o menos en el mismo lugar, aunque un poco más hacia la espalda. Vi a qué se refería: faltaban la mitad del torso y una de las piernas. Pero también noté que la suya era un poco más nítida que la mía por el lado superior derecho. Distinguí claramente el cuchillo que sostenía en la mano el hombre sin cabeza.

—¿Qué significa? —le pregunté.

Se sentó y yo hice lo mismo, aferrando entre las manos *El lector de Bataille*.

—Es una imagen creada para una publicación en la que participó Bataille, pero, si no recuerdo mal, también era el símbolo de una especie de sociedad secreta. Un grupo que formaron un hatajo de intelectuales en los años treinta, justo antes de la guerra. Buscaban una experiencia de éxtasis místico o algo por el estilo. No estoy segura, sólo di una asignatura sobre surrealismo, pero recuerdo vagamente que tenía

que ver con el sacrificio humano. Creo que se deshizo muy rápidamente. Tendremos que mirarlo.

—Puede que yo no esté muy puesta en el mundillo literario de los años treinta, Tracy, pero algo de matemáticas sí sé. Y «sociedad» equivale a más de uno. ¿Crees que esto significa que Jack creó una especie de sociedad secreta en la universidad, basada quizás en ese grupo? ¿Con David Stiller, tal vez?

Me puse a hojear el libro sobre Bataille parándome de vez en cuando para leer algún pasaje. No tenía ningún sentido para mí. Y me parecía aberrante.

Volví a mirar a Tracy.

—¿Qué le pasa a esta gente? «Horror», «deseo», «cadáveres», «mugre», «sacrificio»... Dios mío. ¿Jennifer fue sacrificada?

Dejé el libro lentamente y me agarré a los lados de la silla. Las imágenes de degradación y muerte de aquellas páginas giraban como un torbellino dentro de mi cabeza.

Tracy pareció alarmada, pero creo que era más por mi palidez que por nuestro descubrimiento.

—Espera, espera, me parece que te estás precipitando. Parece que Jack tenía cierta fijación por algunos filósofos muertos y su degenerado club social, pero la mayoría de los psicópatas tiene intereses extraños, por decirlo suavemente.

—Pero hay algo raro en esos tres. El veneno que desprende David Stiller contra Adele es muy palpable.

—Bienvenida al mundo académico. No tienes ni idea. Es todo un circo.

—¿Un circo? —Algo empezó a agitarse en mi cerebro—. David Stiller utilizó ese mismo término, y también Jack... en una carta.

—La verdad es que es una metáfora bastante genérica —dijo Tracy con sorna.

—Pero en el caso de David Stiller fue un lapsus. Dijo... —Pensé un momento—. Dijo «el circo de congresos», y luego se corrigió y dijo «circuitos».

—La verdad es que tiene gracia. Lo de los congresos es un circo.

—¿Qué quieres decir?

—Algunas personas lo ven como uno de los grandes alicientes de la vida académica. Ya sabes, la universidad te paga el viaje. Y los congresos suelen celebrarse en sitios bastante decentes. Hay algunas ponencias, algunas mesas redondas, y luego todo el mundo sale a comer y a beber como si fueran senadores del Imperio romano. Hay un montón de rollos amorosos. Y un montón de intrigas académicas. Se forman y se rompen alianzas, ese tipo de cosas. Es un poco como un circo ambulante, supongo. Un circo de intelectuales sesudos y sabelotodos.

Saqué de mi bolso las cartas de Jack y empecé a desdoblarlas cuidadosamente, extendiéndolas sobre el escritorio de Tracy. Suspiró y me hizo sitio. Eché un vistazo a las cartas y por fin lo vi en la tercera que me había mandado.

—Aquí —dije señalando triunfalmente con el dedo.

Tracy cogió la carta y la leyó en voz alta.

—«Y te conocí mientras iba en la caravana del circo. Dos entreactos. Más viajeros».

—«Te conocí»... Tracy, ¿crees que estaba en la ciudad asistiendo a una convención académica cuando nos secuestró a Jennifer y a mí? ¿Y a ti? ¿Lo sabrá Jim? Tenemos que llamarlo.

Tracy me miró fijamente, pensando. Por fin asintió con la cabeza, cogió su teléfono, puso el manos libres y marcó el número. De memoria, noté. Como siempre, Jim contestó a la primera.

—¿Jim? —dijo Tracy, tomando la iniciativa como de costumbre—. Estoy aquí con Sarah.

Se quedó callado un momento. Pensé que quizá no podía creer lo que estaba oyendo.

—Eso es... maravilloso —dijo por fin.

—Jim —dije yo—, en el momento de mi... secuestro, ¿estaba Jack en una convención académica?

Se quedó callado como hacía siempre antes de darnos algún dato nuevo sobre el caso. Yo no sabía si le preocupaba nuestro estado mental o quebrantar sus obligaciones de confidencialidad. Por fin dijo:

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Y cuando me secuestró a mí? —preguntó Tracy.

—De eso no estamos seguros. Hubo una convención en Tulane la semana anterior, pero no era de su campo de estudio. Y si asistió, no tenemos constancia de ello.

—¿De qué era la convención? —pregunté, y me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Miré a Tracy y vi que ella también.

—Era una convención sobre literatura.

—¿Recuerdas el tema? —preguntó Tracy.

Sabíamos ya que a Jack no sólo le interesaba la psicología.

—Espera un segundo. Voy a mirarlo.

Esperamos oyendo el clic de su teclado por la línea telefónica.

—Parece que... el título de la convención era *Magia y mito en la literatura surrealista*.

Tracy y yo exhalamos simultáneamente. Allí había algo, aunque Jim no lo supiera. Nos miramos y ella me indicó con un gesto que empezara yo.

—Jim, sé que tienes bases de datos enormes y subalternos que pueden revisar toda esa información. Quiero que nos hagas un favor. Sé que crees que lo que estoy haciendo es un disparate, pero si haces esto por mí te prometo que me presentaré en la vista y que lloraré como una magdalena delante de la junta penitenciaria.

—Primero tengo que saber de qué se trata, obviamente.

—¿Puedes hacer que alguien analice la asistencia de Jack Derber a convenciones

académicas a lo largo de toda su carrera? No sé cómo lo hacéis, pero sé que podéis hacerlo. Tal vez a través de los resguardos de su tarjeta de crédito, o a través de la universidad...

—Pídele a la universidad sus informes de gastos —continuó Tracy—. Puede que todavía los tengan archivados.

—Y luego —añadí yo, emocionada—, ¿puedes cotejar esa lista con las denuncias de personas desaparecidas de las mismas zonas y en el mismo momento?

Jim se quedó callado un rato. Por fin dijo:

—¿Creéis que hay otras? Chicas, no hay pruebas de que tuviera otras cautivas. Hemos registrado palmo a palmo esa casa utilizando todas las herramientas forenses disponibles: detectores, luces ultravioletas, luminol... Hemos hecho análisis serológicos exhaustivos y pruebas de ADN...

Yo no quería que Jim adivinara lo que estaba pensando, y quizá también lo que estaba pensando Tracy, porque sin duda pensaría que nos habíamos vuelto locas.

—Por favor, Jim. Por favor. ¿Puedes revisar el expediente?

—No podré dároslo, aunque lo haga. Lo sabéis, ¿verdad? Contrariamente a lo que pensáis, no sois agentes del FBI.

Tracy hizo amago de decir algo, pero levanté la mano. Reconocía un triunfo cuando lo veía.

—Está bien. ¿Vas a hacerlo, entonces?

—Veré qué puedo hacer. ¿Sabéis?, no es fácil conseguir personal últimamente. A nuestra división le han recortado aún más el presupuesto. Ahora todo el dinero va a parar a la brigada antiterrorista.

Saqué el as que guardaba en la manga.

—Nos lo debes, Jim, ¿no crees? Después de ese juicio...

Casi me sentí culpable por echárselo en cara, sabiendo que era una espina que aún llevaba clavada en el costado.

Se quedó callado un momento. Luego dijo en voz muy baja:

—Lo haré, sí. Ahora, ¿por qué no seguís haciendo las paces? Me alegra saber que os estáis viendo. Hace que uno se sienta bien.

Se rio cálidamente.

Tracy y yo desviamos la mirada al oírle. Mascullamos un «gracias» y nos despedimos a toda prisa. Sólo cuando colgamos pudimos mirarnos otra vez. Ninguna de las dos soportaba la idea de expresar sus sentimientos, así que cambié de tema y volví al motivo de mi visita.

—Tengo una propuesta que hacerte.

—¿Cuál?

—Todas estas cosas me superan: literatura sobre sexo y muerte, clubes sadomasoquistas, intrigas académicas... Necesito tu ayuda, Tracy. Tú sabes lo que significa cada una de esas cosas. ¿Puedes dejar la revista, tomarte un par de semanas libres y venir conmigo?

Me miró frunciendo el ceño.

—¿Crees que hay cosas que el FBI pasó por alto?

—Sé que parece una locura, pero sí. Quiero ir al sur, ver qué puedo descubrir sobre el pasado de Sylvia. Hablar con su familia. Creo que hay un montón de cosas más que tenemos que averiguar. Sobre Noah Philben, sobre Adele, sobre David Stiller... Pasaron muchas cosas en aquella época y el FBI ni siquiera arañó la superficie. Creo que hay respuestas a nuestros interrogantes, Tracy. Sólo tenemos que encontrarlas.

Cuando acabé mi discurso, respiré hondo y la miré expectante. Yo también me había sorprendido a mí misma. No había pedido ayuda a nadie desde mi huida, y desde luego no había querido que nadie se acercara a mí, ni en sentido literal ni en sentido figurado. Además, jamás habría pensado que tendría valor para pedirle ayuda a Tracy. Tal vez, en el fondo, sentía que si hacíamos aquello juntas por fin se daría cuenta de que yo no era una persona tan horrible como ella creía. O como creía yo.

Tan oportunamente como siempre, mi teléfono vibró cuando Tracy estaba a punto de darme una contestación. Lo cogí y vi que era un mensaje de la doctora Simmons, cómo no. Pulsé el botón de apagado.

—Nuestra psiquiatra —dije con una sonrisa un poco azorada.

Tracy se rio.

—Parece que es mejor psiquiatra de lo que creemos. Puede que también tenga poderes paranormales.

Sonreímos las dos.

—¿Qué me dices, Tracy?

Miró su ordenador, contempló los libros de su habitación y suspiró. Se acercó al escritorio y cerró con calma el portátil.

—Está bien. Iré contigo. Con una condición.

—¿Sí?

—Que nos desviemos un poco, a Nueva Orleans. Tengo que hacer una visita.

Como Tracy no podía marcharse hasta un par de días después, me registré en un hotel cercano. Ninguna de las dos mencionó la posibilidad de que me alojara en su casa. Después de haber pasado tantas noches juntas en el sótano, sabíamos que hallarnos tan cerca nos traería demasiados recuerdos.

Esa noche me costó conciliar el sueño. Cuando por fin me quedé dormida, tuve mi sueño recurrente, si es que puede llamársele «sueño». Era más un recuerdo angustioso que se manifestaba cuando dormía.

Estaba en la planta de arriba de la casa de Jack, y él me ponía a prueba. Por fin me daba la oportunidad que yo tanto ansiaba y que tanto me había esforzado por conseguir, cuidadosa y metódicamente.

Sin previo aviso y en completo silencio, me sacaba del potro y de la biblioteca y me conducía a la puerta delantera de la casa. Casi instintivamente, yo me volvía hacia atrás, miraba a través de la puerta de la biblioteca, echaba un último vistazo, casi apesadumbrado, al potro y confiaba en que el recuerdo del dolor me inspirara en esos momentos.

La madera parecía brillar, casi resplandecer. El sol ardiente que entraba por la ventana le daba un fulgor mágico. Yo giraba lentamente la cabeza hacia la puerta, hacia el exterior. Era la primera vez que la veía abierta. Mis pies tuvieron que moverse, pero en el sueño me deslizaba sobre el suelo, incapaz de detenerme, de controlar mis movimientos. Un fantasma, una quimera: era puro aire.

Jack señalaba hacia delante diciendo:

—Quieres verla, ¿no?

Me había dicho otras veces (para provocarme, pensaba yo) que algún día desenterraría el cadáver de Jennifer sólo para mí. Algún día, cuando por fin creyera que había alcanzado el nivel en que de veras podría confiar en mí. Confiar en mí para verlo. Para tocarlo si quería. Para tumbarme a su lado.

Yo no sabía si me estaba amenazando con matarme del mismo modo que la había matado a ella, por espantoso que fuera.

Miraba a través de la puerta, casi temerosa del espacio abierto que enmarcaba, después de tanto tiempo. Había pasado meses ganándome la confianza de Jack, haciéndole creer que estaba aceptando mi «sino», que jamás me escaparía. Había edificado aquella confianza a un precio muy alto, y no estaba dispuesta a malgastar todo mi trabajo.

Pero ¿era aquel el momento al que conducían todos mis esfuerzos? Un paso en falso y podía acabar muerta. Muerta o libre. No había más alternativas, y cabía la posibilidad de que fueran una misma cosa. En cualquier caso, después de aquello nada volvería a ser igual. Era un punto de inflexión. Notaba el corazón como si estuviera a punto de estallar.

La oportunidad se había presentado inesperadamente. No pensaba que fuera a

llegar tan pronto, así que, aunque había estado haciendo planes, no había llegado tan lejos. No sabía si era el momento adecuado. Hacía dos días que no comía, así que mi cerebro difícilmente podía hacer un cálculo de probabilidades, ni aunque hubiera tenido suficientes datos para calibrar la situación. Estaba, además, totalmente desnuda y seguía dolorida. Me sentía muy vulnerable, pero también completamente resuelta.

Creía que era fuerte mentalmente, pero en el fondo sabía que había dudado. Que a veces, durante esos últimos meses, había pensado que quizá debía ceder y aceptar que así sería el resto de mi vida. Que me quedaría allí, siendo la fiel servidora de Jack, hasta el día en que decidiera matarme. Que, si no me resistía, aunque fuera mentalmente, al menos se compadecería de mí en los castigos físicos. Entonces podría vivir feliz con el escaso alivio que me había ganado.

A través de la puerta abierta veía un pequeño porche y, más allá, un camino de tierra con un gran granero rojo al fondo. El granero era alto y destartalado, su pintura descascarillada dejaba ver las tablas desgastadas de debajo. La puerta estaba abierta unos sesenta centímetros, pero dentro yo sólo veía oscuridad.

No me fijaba enseguida en el cuerpo. Pero al final mis ojos, desacostumbrados a una profundidad de campo tan grande, se posaban en él. En el suelo, a la izquierda de la puerta abierta, había una lona azul con la que había envuelto con cuidado una figura humana.

Casi se me paraba el corazón al ver que la cosa descolorida e hinchada que sobresalía al final de la lona era un pie. Era casi irreconocible como parte de un cuerpo humano. Estaba sucio y tenía tierra reseca adherida alrededor del tobillo y los dedos hinchados. Estaba claro que Jack la había enterrado sin meterla en un ataúd.

Jack me empujaba por la puerta abierta y yo echaba a andar lentamente hacia el cuerpo. Aunque sabía desde hacía muchos meses que había matado a Jennifer, y creía haberla llorado, verla allí disparó de pronto mi pena y mi miedo, elevándolos a la décima potencia. Y, sin embargo, rechazando oleada tras oleada de dolor y arrepentimiento, conseguí concentrarme en mí misma. ¿Era aquel el momento adecuado? ¿Debía huir? ¿Debía mirarla? Mi dulce Jennifer.

Me desperté bañada en un sudor frío, como hacía siempre cuando llegaba a aquel punto del sueño, con la risa de Jack resonando en mi cabeza. Me incorporé en la cama, entré en el pequeño y aséptico baño de la habitación y bebí vaso tras vaso de agua fría. Volví a la cama y me senté sin encender la luz.

Por fin mis ojos se acostumbraron a la oscuridad de la habitación y pude distinguir vagamente las formas de los muebles. Miré fijamente el espejo que tenía delante, mi silueta era una sombra visible, pero oscura. Una amiga conocida, mi única amiga. Podía fingir que mi reflejo era el fantasma de Jennifer. A menudo hablaba con ella, aunque nunca contestaba, como durante aquellos años en la caja.

Esa noche me limité a mirarla largo rato, hasta que por fin me levanté y me acerqué al espejo, donde tracé su imagen con la yema del dedo. El único ser humano al que me atrevería a tocar. ¿Quién era la afortunada allí?, me preguntaba. Jennifer ya

no tenía que estar sola, mientras que yo estaba allí, encerrada en mi propia caja, una figura solitaria incapaz de abrirse a los demás. Sellada y tensa como un tambor, sin nada más que fobias y paranoias para servirme de guía. Rota. Imposible de arreglar. Atrapada.

Un par de días después, Tracy y yo volamos a Birmingham. Allí alquilamos un coche y condujimos durante horas por una autovía de cuatro carriles, hasta que salimos al corazón del Estados Unidos rural, con su mezcla incongruente de cooperativas agrícolas, centros comerciales medio desiertos y locales de la Asociación de Veteranos de Guerra. Tracy parecía relajada, contenta de estar de vuelta en el Sur, en su terruño.

Puede que fuera su buen humor lo que le permitió soportar mis muchas excentricidades: mi manera de sobresaltarme cuando cerraba de golpe el maletero del coche; la meticulosidad con que contaba mis bolsas, comprobaba mi teléfono, revisaba una y otra vez las tarjetas de crédito de mi cartera o me abrochaba el cinturón de seguridad y tiraba de él tres veces para asegurarme de que funcionaba adecuadamente; o mi manera de conducir, tan miedosa, mirando con nerviosismo a los demás conductores como si estuviéramos en una carrera y quisieran echarnos de la carretera.

Para mí fue un alivio que le hiciera gracia, porque podía imaginarme lo irritante que debía de ser viajar conmigo. Sabía, sin embargo, que si no me servía de todos esos mecanismos de contención, como los llamaba la doctora Simmons, mi ansiedad saldría disparada y luego buscaría un sitio donde aterrizar. Necesitaba tranquilizarme repasando mis listas. El horno está apagado, la puerta de la calle cerrada con llave, la alarma puesta.

El mes de junio en Alabama me dejó fuera de combate. Era húmedo y caluroso, claro. Eso me lo esperaba. Pero el peso de la humedad era tan agobiante que te daban ganas de meterte bajo tierra para escapar de él. Puse el aire acondicionado del coche a tope al mismo tiempo que Tracy subía el volumen de la radio, supuse que para no tener que hablar conmigo.

Nuestro plan consistía en ir directamente a casa de los padres de Sylvia. Vivían en el pueblecito de Cypress Junction, en la esquina sureste del estado, cerca de Selma.

Cuando por fin llegamos al pueblo, vimos enseguida que estaba agonizando. La calle mayor estaba flanqueada por coquetos edificios de ladrillo rojo descolorido, de la época de la Gran Depresión. En las ventanas sólo había carteles de «Se alquila». Había un banco en el centro del pueblo, y pasamos frente a la oficina de correos, el ayuntamiento y un solo supermercado. En ningún aparcamiento había más de dos coches. El letrero de un pequeño restaurante declaraba que el local estaba abierto, pero por las cristaleras se veían las sillas puestas del revés sobre las mesas y las luces apagadas.

—¿Cómo se gana la vida la gente aquí? —pregunté mientras miraba los edificios desiertos.

—Los más ambiciosos fabrican metanfetamina. Los demás, la toman. O puede que trabajen en los locales de comida rápida de la zona «nueva» de la ciudad.

Bienvenida al resto de Estados Unidos.

Doblamos una esquina y salimos a una gran carretera de circunvalación. Estaba desierta, pero Tracy me aseguró que los viernes se llenaría porque llevaba directamente a las playas de la Costa del Golfo.

Seguimos las indicaciones del GPS hasta que llegamos a un rancho de ladrillo en medio de campos ondulados, mezcla de algodón y pastos.

Tomamos el camino de entrada, que no era más que una pista de arena rojiza. Cuando salí del coche, el sol volvió a caer a plomo sobre mí y lamenté no haberme puesto algo todavía más ligero que mis pantalones de algodón grises y mi camisa de lino blanco.

Antes de que diera el primer paso, Tracy gritó:

—¡Cuidado!

Miré hacia abajo y vi un hormiguero siete veces mayor que todos los que había visto hasta entonces. Medía treinta centímetros de alto. Me incliné para observar a los insectos apelotonados, que pululaban frenéticamente, entusiasmados con su vida comunal, algunos llevando trocitos blancos, otros parándose a contactar con sus congéneres con un rápido toque antes de seguir adelante.

—Hormigas rojas —comentó Tracy.

Hice una mueca y esquivé con cuidado el promontorio.

No habíamos llamado previamente, así que no sabíamos si los padres de Sylvia estarían en casa. Sabíamos, sin embargo, que eran granjeros y, como decía Tracy, en el Sur los granjeros tienen que acabar de trabajar temprano por culpa del calor.

Eran ya las cuatro de la tarde, la hora más calurosa del día.

Llamamos a la puerta y oímos gritar a alguien en el interior. Un hombre de unos sesenta y pico años abrió la puerta, que (noté) no estaba cerrada con llave. De pie ante nosotras, descalzo, con vaqueros y camiseta blanca, parecía recién levantado de la siesta. Yo confiaba en que nos invitara a entrar. Notaba dentro el aire acondicionado, tan frío y refrescante que mi piel se sintió atraída hacia él involuntariamente.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó el hombre en tono educado y cordial, aunque no acogedor.

Debía de pensar que vendíamos algo, pero, a pesar de todo, no se puso desagradable, ni siquiera por asomo. Tampoco pareció reparar en la extraña apariencia de Tracy, aunque sus pírsines faciales destellaban al sol, o al menos no dio muestras de que le escandalizara.

Tracy tomó la iniciativa.

—Señor Dunham, estamos aquí por su hija.

Al instante, una expresión de miedo y aturdimiento cruzó su semblante. Me di cuenta de que debía de pensar que habíamos ido a decirle que estaba muerta, así que me apresuré a intervenir:

—Sylvia está bien, señor.

Su rostro se relajó inmediatamente.

—Bueno, al menos eso esperamos. La verdad es que no la conocemos, pero queremos ponernos en contacto con ella. Necesitamos hacerle unas preguntas.

—¿Tiene algún problema? —preguntó, visiblemente apenado.

A mí ya se me estaba rompiendo el corazón.

—No... No, señor, no que nosotras sepamos. Es sólo que puede que haya sido... testigo de algo.

—¿Algo que ha hecho ese marido suyo? —preguntó con hosquedad, y noté que los músculos de su cuello se tensaban.

Pensé que iba a llorar.

—Está relacionado con él —dije—, pero en estos momentos no estamos autorizadas a explicárselo con detalle.

Era casi la verdad.

—¿Son de la policía? —preguntó él mirando a Tracy con los ojos entornados.

—No, no exactamente —contestó ella—, pero están... al corriente de nuestra investigación.

Nos miró detenidamente, intentando calibrarnos. Me pareció que por fin se daba cuenta de que Tracy llevaba la cabeza parcialmente rapada, porque se inclinó un poco hacia delante para verla mejor. Aun así, dudó sólo un momento antes de invitarnos a entrar.

—Erline —gritó en su acento musical—, tenemos visita.

Nos sonrió calurosamente, a pesar de que debíamos de haber removido su dolor. Me cayó bien de manera instintiva. ¿Cómo era posible que la hija de aquel hombre hubiera acabado casada con Jack Derber?

Su mujer salió a la entrada a saludarnos, secándose las manos en el delantal mientras se acercaba. Nos presentamos, pero no utilizamos nuestros nombres verdaderos.

—¡Pero, bueno, Dan os tiene ahí fuera con este calor! ¡Pasad, chicas! Sentaos.

Entramos en el luminoso cuarto de estar y nos dejamos caer en el amplio sofá floreado. La moqueta que se extendía de pared a pared producía casi la sensación de hallarse dentro de un vientre materno, y la temperatura, perfectamente controlada, convertía la habitación en una pequeña biosfera. Estaba impecablemente limpia y olía un poco a la falsa frescura de los ambientadores en polvo.

Yo estaba atónita. Había dado por sentado que Sylvia procedía de una familia desestructurada o violenta. De un lugar donde habían hecho añicos su autoestima a edad temprana, volviéndola vulnerable para alguien como Jack, no de aquel pequeño y acogedor puesto de avanzadilla en medio del Estados Unidos profundo.

Dan Dunham se volvió a su mujer, que lo miraba expectante.

Deseé de repente no haber ido a molestar a aquella simpática pareja, que, obviamente, sufría por una hija a la que habían perdido, del mismo modo que mis padres me habían perdido a mí años atrás. Miré a Tracy. Noté que también estaba

afectada. Aquellas dos personas también eran víctimas de Jack Derber. De otra manera, pero víctimas al fin y al cabo.

Fue Dan quien comenzó:

—Erline, han venido por Sylvia. No le ha pasado nada —se apresuró a añadir—, pero quieren encontrarla para hacerle unas preguntas. Creen que a lo mejor ha sido testigo de algo.

—Vaya —dijo Erline, irguiéndose y mirando a lo lejos—, pues en eso no vamos a poder serles de mucha ayuda. No tenemos mucho contacto con Sylvia últimamente.

Dan continuó por ella:

—Hace más de siete años, en realidad, desde que se fue de aquí para unirse a ese grupo religioso. No sé por qué tuvo que irse tan lejos. Tenemos muchos de esos grupos por aquí. Esto es el Cinturón Bíblico, a fin de cuentas.

—¿Cómo... cómo contactó Sylvia con un grupo tan lejano?

Su padre suspiró.

—Es todo culpa de esos ordenadores. Nosotros no tenemos ordenador aquí, en casa, pero Sylvia se pasaba las horas muertas en la biblioteca del pueblo.

—¿Contactó con ese grupo a través de Internet? —pregunté sorprendida.

Asintió con la cabeza.

—Cuando a Sylvia se le metía algo en la cabeza, no había quien la parara. Tenía veinte años cuando se fue, así que difícilmente podíamos decirle lo que tenía que hacer. —Meneó la cabeza—. Aunque yo esperaba que por lo menos acabara primero los estudios.

—¿Qué estaba estudiando? —preguntó Tracy.

Erline suspiró:

—Religión. En aquel momento era lo único que le interesaba. Yo me daba cuenta de que se estaba obsesionando, y no me parecía sano para una chica de su edad. Pero, ya sabes, cada cual tiene que encontrar su camino. No se puede vivir la vida por los hijos.

—Pero aquello era demasiado —añadió Dan—. Rezando constantemente, yendo a encuentros religiosos, a vigilias en iglesias, todo eso. Al principio pensé que a lo mejor estaba enamorada del predicador de Sweetwater, que era joven. Un buen hombre, a pesar de su profesión. —Trató de reírse—. Pero luego fue y se casó con Sue Teneval, de Andalucía.

Dan y Erline miraron cada uno hacia un lado, pensando en su hija, supuse. Me pregunté qué habría encontrado exactamente Sylvia en los ordenadores de la biblioteca pública.

Entonces Erline salió de su ensimismamiento y dijo:

—Pero estoy siendo una maleducada. Debéis de haber hecho un viaje muy largo para llegar hasta aquí. ¿Puedo invitaros a cenar?

Tracy me miró inclinando la cabeza casi imperceptiblemente y yo di las gracias a Erline por su hospitalidad.

Mientras ella preparaba la cena, Dan nos enseñó la granja. Salimos al sol, que todavía quemaba, para explorar la tierra en la que se había criado Sylvia. Yo confiaba en cierto modo en poder identificarme con ella al ver los campos en los que había pasado su juventud, donde había soñado con su futuro.

Mientras Tracy y yo mirábamos las suaves lomas, Dan se sacó una navajita del bolsillo y cogió un palo. Empezó a tallarlo con la cabeza gacha, haciendo caso omiso del hermoso atardecer que empezaba a desplegarse en el horizonte. Por fin, dijo:

—Era una chica muy lista, nuestra Sylvia. En el colegio decían que nunca habían visto a una alumna con una nota tan alta en esos tests que les hacen. Y daba gusto estar con ella, era simpática y servicial, y muy cariñosa. Pero todo eso cambió cuando llegó a la adolescencia. La gente nos lo decía siempre. Pero nosotros no les creíamos. Pensábamos que se iría a alguna universidad de postín, o que a lo mejor hasta viviría en un sitio como Nueva York, o incluso en Europa. Eso podríamos haberlo soportado, aunque no pudiéramos verla casi nunca. Era lo que esperábamos. Pero no esperábamos que las cosas salieran como salieron.

—¿Cómo empezó todo, señor Dunham? —pregunté.

Se quedó callado un momento, sujetando el palo cerca de la cara mientras examinaba su labor.

—Lo de la religión empezó en su último año en el instituto. Al principio nos hablaba de ello. Quería que tuviéramos conversaciones profundas, filosóficas. La verdad es que no era lo mío, le dije. Pero me di cuenta de que, si no hablaba de eso con ella, me dejaría al margen para siempre. Así que fui a la biblioteca y saqué un montón de libros. Casi todas las noches me quedaba dormido intentando entenderlos.

»Empecé a preocuparme cuando se enganchó a Internet. Al poco tiempo empezó a hablarnos de su “guía espiritual”. Yo no sabía qué había en el fondo de ese asunto. ¿Era una especie de estafa? ¿Intentaban sacarle dinero? Pero Sylvia no tenía dinero, ni tampoco nosotros.

Arrojó a un lado el palo, con las puntas ahora afiladas, y cogió otro.

—Se fue alejando cada vez más de nosotros. Apenas hablaba en la cena, que siempre había sido el centro de nuestra vida familiar. Cuando se marchó físicamente, hacía ya bastante tiempo que nos había abandonado. Pero por fin hizo las maletas. Nos dijo que había quedado con su guía en la estación del pueblo y que no nos preocupáramos, que se mantendría en contacto. Intentamos ir con ella, pero no quiso. Parecía que le daba pánico la idea. Así que la dejamos marchar.

»Nos dejó sólo su dirección de correo electrónico. Abrí una cuenta ese mismo día con ayuda de la bibliotecaria. Y es verdad que nos escribió un par de correos, pero enseguida dejó de mandarlos.

—¿Les... les escribió cuando se casó? —pregunté indecisa, segura de que iba a tocar un punto delicado pero confiando en que supiera algo concreto.

Negó con la cabeza.

—Hace dos años que no sabemos nada de ella, y cuando nos enteramos de algo,

no fue por ella. Fue por el periódico. Decían que había estado escribiendo cartas a un tipo que estaba en la cárcel y que iba a casarse con él. Cuando hicimos averiguaciones y nos enteramos de quién era ese hombre, Erline se me derrumbó en los brazos. Lloró, y no me avergüenza decir que yo también. Yo también.

Levantó la cabeza y miró hacia las colinas.

—Es difícil de explicar. Imaginar que la niñita a la que criamos aquí, en la misma tierra que cultivaron sus abuelos y sus bisabuelos, había acabado en brazos de un loco, de un enfermo como ese... De un hombre que hacía daño a otras chicas. Casi cualquier cosa sería mejor que pensar que tu hija ha preferido esa vida a la vida que le ofrecíamos aquí.

Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas y tuve que darme la vuelta y alejarme unos pasos. No estaba preparada para tantas emociones, ni equipada para ver la misma angustia por la que había imaginado pasando a mis padres durante todas esas noches que estuve en la mazmorra. Durante todas esas noches en que deseé poder decirles que estaba bien. Bueno, no exactamente bien, pero sí viva y pensando en ellos.

Tracy mantuvo los ojos fijos en el suelo. Allí estaba aquel hombre, mostrando una efusión de cariño como ella no la había conocido nunca en un padre. Supuse que tenía que dolerle pensar que todo aquel amor se desperdiciara en una chica que se había marchado, que lo había dejado todo voluntariamente para arrojarse en brazos del diablo.

Pero Dan se irguió y se enjugó los ojos.

—En fin, ya no hay nada que pueda hacer al respecto, supongo. Es adulta y puede decidir por sí misma.

Di media vuelta y me acerqué a él.

—Señor Dunham, sé que quizás es una pregunta difícil, pero ¿por casualidad tienen esos correos electrónicos que les mandó hace años?

Dan se rehízo.

—Bueno, sé que los imprimimos en aquel entonces. Seguramente podremos encontrarlos, aunque no creo que vayan a servirles de mucho.

Tras cenar jamón asado y diversos tipos de verduras fritas, quitamos la mesa y Dan sacó su vieja caja de documentos. Casi al fondo había una carpeta gruesa con una sola palabra escrita en la tapa: «Sylvia». La sacó y la vida de Sylvia Dunham antes de los veinte años se vertió ante nosotras: su certificado de nacimiento, sus tarjetas de vacunación, sus boletines de notas, y sus fotografías de clase metidas en un sobrecito rosa.

Cogí una fotografía.

Era una chica guapa, con el pelo rubio claro, los ojos azules y una sonrisa franca. Parecía atractiva, segura de sí misma. Dan me dijo que era la foto de su primer curso de bachillerato.

En la siguiente tenía el mismo corte de pelo y era sólo un poco mayor, pero su

sonrisa parecía crispada y sus ojos fijos en algún lugar lejano. Dan no dijo nada, pero estuvo un rato mirando aquella foto antes de volver a guardarla en el sobre con un suspiro.

Erline no salió de la cocina mientras revolvíamos aquellos viejos recuerdos. Me la imaginé sola allí, delante de la ventana a oscuras, con expresión dolorida, restregando vigorosamente cazuela tras cazuela, con las manos enrojecidas y escaldadas por el agua de fregar, mientras nosotros contemplábamos la vida de su hija tal y como la reflejaban los registros oficiales.

Por fin, Dan hojeó las páginas del final de la carpeta, los correos impresos. Tracy y yo les echamos un vistazo, pero no encontramos nada significativo. Me recordaron a las cartas de Jack, poéticas pero absurdas. Sin embargo, también eran optimistas. Idealizaban su nueva vida con su guía espiritual.

El último correo no daba la impresión de ser el último. Parecía el de una niña de catorce años llena de entusiasmo que escribía a casa desde el campamento contando que por fin había conseguido cruzar el lago a nado. Hablaba de su ilusión por estar «envuelta en esta experiencia mística y divina», por que sus sueños «se hubieran hecho realidad gracias a un milagro viviente y auténtico».

Deseé que fuera una carta mandada desde un campamento de verano. Una carta con matasellos para que pudiéramos saber de dónde venía.

Tracy y yo declinamos la invitación de Dan y Erline de quedarnos a pasar la noche y condujimos más de una hora hasta que por fin llegamos a un motel muy iluminado, al lado de la autovía. Tracy me miró y yo negué con la cabeza. No podía alojarme allí. Siguió conduciendo, buscando un lugar más grande y seguro. Acabamos haciendo las dos horas de trayecto hasta Birmingham, donde encontramos el recio edificio de un hotel histórico en el centro de la ciudad. Con aparcacoches, nada menos.

Fue un alivio sentirme cobijada en aquella especie de fortín cuando dejé mis maletas sobre la suave moqueta de color crema. La habitación me pareció un santuario. Las sábanas de la cama eran tiesas y ásperas; el edredón, grueso. Y en la funda de papel de mi tarjeta llave figuraba la contraseña de la conexión *wifi* del hotel. Estaba en el paraíso.

Cogí el mando a distancia, conecté el televisor y abrí mi portátil. Hice una búsqueda sobre Sylvia Dunham y en cuestión de segundos descubrí que era un nombre bastante corriente. Los primeros enlaces que aparecían hacían referencia, sin embargo, a la Sylvia Dunham que nos interesaba: artículos de pequeños periódicos locales de Oregón y un par de páginas web de medios más grandes, todos ellos hablando de su boda con Jack Derber. Tenían casi todos el mismo enfoque: cómo aquella bestia malvada había encontrado el amor a través del correo. Habría sido una historia de interés humano si hubiera tratado de un auténtico ser humano.

Uno de los artículos estaba escrito con un sesgo humorístico, lleno de bromas burdas y estúpidas: llamaban a Jack «el Profesor Dolor» en el titular, como si no

fuera más que un villano de cómic. Después de leerlo, cerré con tanta fuerza el portátil que tuve que abrirlo otra vez para comprobar que la pantalla no se había roto. Agarré el mando a distancia y apagué el televisor. Me quedé sentada en silencio, mirando mi reflejo en su pantalla ennegrecida.

No sabía qué pensaba encontrar en aquellos artículos periodísticos. Supongo que quería ver una fotografía más reciente de Sylvia, comprobar cuál de sus caras me devolvía la mirada, si la del primer año de bachillerato o la del último. Pero, naturalmente, sólo había fotos de Jack, la estrella de la noticia, mirando fijamente al espectador con su espantosa media sonrisa.

¿De veras podía Sylvia haber encontrado aquella felicidad de su primer año de bachillerato al lado de un hombre como Jack?

Entendía, desde luego, el atractivo de Sylvia: aquella energía risueña que transmitía a raudales su fotografía, a pesar de la rigidez de su pose. Por lo que sabía de Jack, debía de haberle parecido irresistible conocer a alguien tan joven, tan vulnerable, tan lleno de vida. Podía imaginarme cómo habría mimado su entusiasmo, sus cándidos ideales. Y, sobre todo, cómo habría disfrutado apagando esa luz suya tan especial con una brutalidad que muy pocas personas podían entender tan bien como yo.

Al día siguiente Tracy y yo nos dirigimos a Nueva Orleans. Yo me sentía aún más ansiosa que de costumbre porque estaba deseando volver a Oregón a investigar. Los hilos de aquella historia estaban empezando a confluir, lo presentía, aunque aún no viera cuál sería el resultado. Pero aquel viaje era la única condición que había puesto Tracy, así que sabía que teníamos que ir. Tenía curiosidad por saber dónde iba a llevarme, pero no le pregunté nada por miedo a invadir su intimidad.

A última hora de la tarde llegamos por fin a Nueva Orleans. Me sentí extrañamente emocionada al ver la ciudad. Tenía aún muy fresco el recuerdo de las historias que nos había contado ella a lo largo de nuestros años en el sótano. Sonaba todo tan mágico...

El Barrio Francés era, en efecto, precioso, al mismo tiempo señorial y ruinoso. Tracy, sin embargo, me llevó arriba y abajo por las calles señalándome los mugrientos escenarios de su infancia: la esquina de una calle donde solía haber mendigos, una destartalada charcutería, un callejón siniestro.

—No parece precisamente sacado de un folleto turístico, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa mientras aparcaba delante de un sórdido restaurante.

Sólo cuando regresamos al coche después de tomar un bocado rápido me fijé en lo seria que se había puesto de repente.

—Está bien, vamos.

Yo no tenía ni idea de adónde íbamos, pero asentí con la cabeza. Con Tracy siempre estaba asintiendo, como hacía años atrás, cuando gobernaba mi vida en la misma medida que Jack Derber. Me daba cuenta de que ella siempre esperaba que cumpliera cada una de sus órdenes. Nunca me preguntaba lo que opinaba, como no me lo había preguntado nunca en aquel entonces. Sentí que una pequeña rebelión se agitaba dentro de mí, pero la sofoqué. Le debía al menos eso a Tracy, dado que se había unido a mí en aquel viaje disparatado.

Dio la vuelta con el coche y condujo en dirección contraria al centro de la ciudad. Miré por el retrovisor y vi que Nueva Orleans iba quedando cada vez más lejos.

—Tracy —dije casi con timidez—, ¿no vamos en dirección contraria?

—No exactamente —contestó—. No vamos a alejarnos mucho de la ciudad.

No dije nada más, ni siquiera cuando dejamos la carretera y nos metimos por una pista de tierra por la que daba la impresión de que no pasaba nadie desde hacía años. El suelo estaba blando y embarrado y los neumáticos del coche se hundían quizá demasiado, pensé, para que avanzáramos con toda seguridad. Tracy conducía enérgicamente, en primera y revolucionando el motor. De repente empecé a dudar de lo que estaba pasando. Su expresión decidida me asustaba un poco.

—Tracy —dije otra vez, casi en un susurro—, ¿adónde vamos?

Tragué saliva con esfuerzo. No sabía si quería conocer la respuesta. De pronto lo vi como un fogonazo: quizá seguía odiándome de verdad. Quizá por fin fuera a

cobrarse venganza. Quizás ese había sido el motivo de aquel viaje desde el principio. Y ahora estaba a su merced. Ella conocía aquellos caminos abandonados como la palma de su mano, y no había nadie por allí. Podía hacerme cualquier cosa. Cualquier cosa.

Sentí que el pánico me subía desde el estómago, penetraba en mi caja torácica y me inundaba el cráneo. Empecé a sentirme mareada. Los síntomas de siempre. ¿Cómo podía haber caído en una trampa tan obvia, después de tantas precauciones? Tracy me había dicho una vez, hacía años, en el sótano, que daba igual adónde fuera y lo que hiciera, que si alguna vez salíamos de allí me mataría. Yo en aquel momento no le había prestado atención, sabía que tenía que mantenerme concentrada en mi propósito. Ahora, en cambio, tenía que concentrarme en ella. Y estaba paralizada.

Traté frenéticamente de interpretar su mirada. Iba mucho más deprisa por aquel camino de tierra de lo que parecía capaz de soportar nuestro coche de alquiler de clase económica. Había pedido expresamente un coche con cambio de marchas manual, así que, aunque consiguiera reducirla de algún modo, me encontraría atrapada allí porque nunca había aprendido a manejar un embrague.

Miraba fijamente el camino. No me contestó. Parecía haberse transformado, como si ya no fuera la persona con la que había estado viajando, esa mujer que me mantenía a distancia y que, gracias a ello, hacía que me sintiera muy cómoda. Yo creía que su ira más profunda se había disipado, reemplazada por un vago pero omnipresente desdén. Evidentemente, me había equivocado.

El coche avanzaba zarandeándose tan fuerte por la carretera que pensé que iba a golpearme la cabeza con el techo.

—Tracy —balbucí—, Tracy, lo siento, de verdad. No...

—Cállate —dijo enérgicamente mientras daba un volantazo a la derecha para esquivar un gran bache—. Ahora no.

Cerré la boca. Agarré el tirador de la puerta y pensé en saltar del coche. Calculé lo rápido que podía correr y adónde podía dirigirme. No llegaría muy lejos, pero al menos tenía mi bolso, con toda mi documentación y mis tarjetas de crédito. Lo agarré y me di varias vueltas a la muñeca con la correa para que no se me cayera si por fin me armaba de valor y saltaba. Al lado de la carretera los matorrales eran muy altos, pero pensé que, si levantaba los brazos, no me haría mucho daño en la cara y podría rodar de espaldas hasta meterme entre la hierba.

Me daba miedo saltar, pero más miedo aún me daba la expresión de Tracy.

Por fin me obligué a tirar suavemente de la manilla metálica de la puerta, lo justo para desbloquearla. Cerré los ojos y empecé a contar. Uno, dos, tres...

No tuve valor para hacerlo la primera vez.

Eché una ojeada al cuentakilómetros. Daba la impresión de que íbamos a ciento treinta por hora, pero apenas rozábamos los setenta.

Miré el camino. Más adelante había una zona de hierba que parecía mullida. Era mi oportunidad. Abriría la puerta, saltaría y rodaría por el suelo.

A la de una, a la de dos, a la de... Respiré hondo y abrí la puerta, impulsándome hacia fuera todo lo que pude. Sentí como si el viento me azotara empujándome hacia atrás, pero sabía que sólo era una sensación producida por la trayectoria del coche al moverse hacia delante.

Oí gritar a Tracy «¡Por el amor de Dios!» al tiempo que daba un frenazo.

El coche siguió traqueteando un metro más y los frenos emitieron un horrendo chirrido cuando se detuvo. Tracy se bajó de un salto y oí que corría hacia mí.

Levantarme me costó más de lo que esperaba. No creía que estuviera herida, pero la caída me había desorientado. Me puse en pie lentamente y eché a correr con todas mis fuerzas por el camino de tierra. Tracy, sin embargo, era muy rápida. Mucho más que yo. Me alcanzó en cuatro o cinco zancadas.

Me oí chillar, pero me pareció que aquel sonido no tenía relación con mi cuerpo. Era como si procediera de otra persona completamente distinta. Seguía aferrada a mi bolso. Incluso estando aterrada, conservaba la suficiente lucidez para saber que lo necesitaría cuando llegara a la ciudad. Tracy me estaba gritando algo, pero el estruendo de mis propios gritos me impedía escuchar lo que decía. Jadeábamos las dos ruidosamente, casi en sincronía. Pasados un par de minutos, comprendí que no podía seguir corriendo mucho más, pero por suerte ella se desinfló incluso antes que yo. Seguí caminando todo lo rápido que podía mientras intentaba recobrar el aliento y pensar qué podía hacer a continuación.

«¿Qué cojones...? ¿Qué cojones...?», me di cuenta de que era lo único que decía Tracy una y otra vez.

—Por favor, no me hagas daño. No me hagas daño, por favor —dije.

Estaba casi delirando. Ella se acercó a mí. Sus dedos estaban a escasos centímetros de mis brazos cuando por fin conseguí fijar la mirada en ella. Grité de nuevo (esta vez fue más bien un alarido de miedo) y ella se estremeció y dio un paso atrás. Se quedó parada delante de mí, sin moverse ni un centímetro en una dirección o en otra.

—Sarah —dijo con calma—, Sarah, para. No voy a hacerte daño. No sé qué estás pensando, pero, sea lo que sea, te equivocas.

Yo lloraba más fuerte que nunca. Los mocos me salían por la nariz y me corrían por la cara. Sollozaba tan fuerte que casi no podía respirar.

Tracy siguió sin moverse. Se limitó a decir en tono tranquilizador:

—No voy a hacerte daño. Yo jamás haría eso, Sarah. Tranquilízate.

Vi el miedo reflejado en su cara. No entendía por qué de pronto era ella quien tenía miedo. Seguramente nunca me había visto así, por lo menos desde nuestros tiempos en el sótano. Quizás aquello la había hecho recordar de golpe.

No apartó sus ojos de los míos. Luego los cerró, preparándose para lo que iba a decir. Respiró hondo.

—Mira, sé que hace años dije muchas locuras. Seamos sinceras: todas estábamos enloquecidas en aquel momento. —Hizo una pausa. Parecía querer formular con

exactitud lo que estaba pensando—. Y sé que ahora también mis sentimientos hacia ti no son racionales al cien por cien. Puede que eso nunca cambie, pero quiero que sepas que no soy la misma de entonces. Entiendo, por lo menos hasta cierto punto, por qué hiciste lo que hiciste. Lo entiendo en su mayor parte. No estoy diciendo que podamos ser grandes amigas ni nada por el estilo, pero...

No supe qué decir. Hizo otra pausa y se protegió los ojos del sol para verme mejor mientras aguardaba una respuesta que yo no podía darle.

Estaba empezando a respirar con normalidad y me limpié la nariz con la manga. Me senté en el suelo, a un lado del camino, y me froté los ojos pensando en lo que había dicho Tracy. Se quedó apartada sin dejar de mirarme, manteniendo las distancias.

Yo quería decirle algo, pero no encontraba las palabras. Quería decirle que lo sentía, que yo también había cambiado. Pero no estaba segura de que fuera cierto. Me limité a asentir con la cabeza lentamente. De lo único de lo que de verdad estaba segura era de que Tracy no iba a matarme. De que me había dejado llevar por mis miedos y había vuelto a malinterpretar las señales de mi entorno. ¿Conseguiría ser normal alguna vez?

Sin decir nada más, echamos a andar por el camino de vuelta al coche, que seguía en marcha. Una vez dentro, Tracy metió primera y pisó el acelerador. Parecía más triste que nunca, absorta en sus pensamientos. Miré fijamente hacia delante, sorbiendo todavía por la nariz.

Conduje con cuidado al torcer hacia otro camino, una vereda en realidad, apenas lo bastante ancha para que cupiera el coche. Las ramas de los árboles arañaban el techo y los costados del vehículo mientras avanzábamos. El camino acababa por fin en una zona de hierba y entonces aparcó a un lado.

—Desde aquí hay que ir andando.

Apagó el motor y salió. La seguí sin dejar de agarrar mi bolso, con la correa todavía enrollada fuertemente a la muñeca. Tropecé al pisar la hierba. Luego avancé unos cincuenta metros.

Vi un destello de agua a lo lejos y me di cuenta de que estábamos en una especie de campamento abandonado. La hierba había crecido alrededor del hoyo de una vieja hoguera, y las zonas despejadas estaban salpicadas de basuras. Eché un vistazo a mi móvil y vi que se estaba haciendo tarde. Pronto se pondría el sol.

Miré a mi alrededor. Era precioso, si no se tenían en cuenta los desperdicios tirados aquí y allá. Los árboles eran frondosos y verdes como sólo lo son en el Sur profundo o en los trópicos. El ambiente no era agobiante, como en la ciudad. La brisa del lago disipaba el bochorno.

Estuvimos calladas un rato más, mirando la puesta de sol al otro lado del lago, y por fin tuve que preguntar:

—¿Tracy?

—¿Sí?

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Hubo un largo silencio antes de que respondiera.

—Aquí fue donde cambió mi vida.

Esperé pacientemente a que continuara. Sabía que, cuando contaba una historia, Tracy tenía que hacerlo a su ritmo. Finalmente me indicó que la siguiera y bajamos hasta el borde del agua. El cielo estaba pintado de naranja y rosa, colores que se reflejaban en el lago, chocando en el agua e iluminándonos con su resplandor.

—Fue allí mismo.

Señaló con el dedo.

Yo seguí esperando.

—Fue allí donde lo hizo. Donde ocurrió el Desastre. Donde murió Ben.

Claro. Me tapé la boca con la mano. Deseaba reconfortarla, pero, en mi aislamiento, no había conseguido desarrollar esa habilidad. Me di cuenta de que había dejado que mi incapacidad para recuperarme del pasado redujera mi mundo hasta el extremo de que ya sólo cabía yo en él. De golpe tomé conciencia de hasta qué punto estar jodida puede convertirse en una forma de narcisismo. Ya apenas me daba cuenta de que quizás otras personas necesitaran algo de mí.

Sabiendo que era un gesto completamente insuficiente, di un paso hacia ella, pero me apartó con un ademán.

—Se metió en el lago más o menos por allí. —Señaló una zona no muy grande, parecida a una playa, a unos seis metros de nosotras—. Encontraron pisadas en esta dirección. Su tienda estaba ahí detrás, entre esos árboles. Llevaba un tiempo viviendo aquí con un par de amigos nuestros que no tenían casa. Se quedaba aquí con ellos, bebiendo cerveza. Uno tenía una guitarra. Yo también solía venir, me quedaba un par de noches cada vez. Menuda fiesta montábamos...

»Luego, una noche, muy tarde, cuando los otros se fueron a dormir, o se quedaron inconscientes, más probablemente, se levantó y se metió en el lago. Simplemente se metió en el agua y siguió adelante. Uno de sus amigos oyó un chapoteo y salió corriendo por si podía salvarlo. Pero no tenía salvación. Se hundió y no volvió a salir. Al día siguiente dragaron el lago y encontraron su cuerpo. Se había lastrado con varias cadenas de hierro que había encontrado. No había duda: quería hacerlo.

»Vengo aquí cada dos años. Intento hablar con él. Preguntarle por qué lo hizo. Es duro, pero aquí me siento más cerca de él.

Se metió en el agua unos centímetros. Luego avanzó más adentro, poniendo lentamente un pie delante del otro. Pensé por un segundo que ella también iba a seguir adelante. Parecía derrotada: los hombros caídos, los ojos bajos, la boca floja.

—No debí dejarlo solo. Nunca debí dejarlo solo. En aquel momento estaba tan metida en el ambiente de los clubes, buscando una salida... Pero no sirvió de nada. No estaba aquí y perdí a Ben. La única persona a la que he querido.

No dije nada. Sabía por experiencia que en realidad no hay nada que los demás puedan decir para ayudarte a superar la pena. Tienes que dejar que el dolor te

embargue una y otra vez, hasta que, poco a poco, paulatinamente, va refluyendo la marea. Me quedé allí callada, mirando el lago Pontchartrain y el deslumbrante atardecer.

Sabía también sin necesidad de que Tracy me lo dijera que la serie de acontecimientos que había comenzado allí acababa, en su caso, en el sótano de Jack. Si el dolor no la hubiera empujado a volverse heroinómana, ¿habría acabado siendo víctima de Jack? Al verla ahora, me preguntaba qué era peor, si todo lo que él le había hecho, o aquello.

Estuvimos allí largo rato, hasta que se hizo tan tarde que empecé a ponerme nerviosa. Costaba ver claramente en la penumbra.

Entonces algo se removió allí cerca. No fue más que el chasquido de una rama, pero un hormigueo repentino se extendió por todas mis terminaciones nerviosas. Miré a Tracy, que seguía absorta, sentada en el suelo con las rodillas abrazadas.

Se oyó aquel ruido otra vez. Noté que ella también lo había oído. Me sorprendió lo familiares que me resultaban todos sus gestos. Como si todavía estuviéramos allí, en el sótano. Prestamos atención sin hacernos ninguna seña, aunque yo sabía que las dos estábamos pensando lo mismo. Era igual que cuando estábamos en el sótano y nuestros cuerpos se tensaban al oír acercarse el coche de Jack por el camino de entrada. La forma en que se crispaban los músculos de nuestra nuca y nuestras mandíbulas, casi imperceptiblemente, cuando entraba en la casa. Esperamos las dos, alerta, aguzando de nuevo el oído.

—Tracy —susurré—, ¿podemos irnos?

Miré mi teléfono, hice automáticamente mi comprobación de siempre. Ella asintió con la cabeza y se levantó con rapidez. En cuanto subimos al coche pulsó el botón que cerraba el seguro. Ni siquiera tuve que pedirselo. Encendió los faros y salimos del campamento, primero despacio, luego cada vez más deprisa.

Allí, delante de nosotras, en el camino, vimos la figura en sombras de un hombre. Tracy pisó el freno y las dos dejamos escapar un grito al mismo tiempo. Llevaba una camisa de cuadros sin abrochar y una camiseta blanca debajo. Tenía el pelo largo y perilla. Abrió los brazos de par en par, no sé si en señal de rendición o de ataque, y empezó a avanzar hacia el coche.

Comprobé que el seguro de las puertas estaba echado y miré rápidamente alrededor para cerciorarme de que no había nadie más por allí. Por el rabillo del ojo vi que algo se movía y comprobé con horror que otro hombre salía corriendo de entre las sombras. Vino derecho hacia la puerta de mi lado y tiró de la manilla.

Tracy y yo gritamos al unísono. Ella pisó a fondo el pedal del acelerador. El hombre de la camisa de cuadros se lanzó hacia los matorrales de la cuneta para evitar que lo arrolláramos. Tracy siguió acelerando, incluso mucho después de que dejáramos de ver a los dos hombres por el retrovisor. El coche rebotaba con fuerza al pasar por los baches del camino lleno de desniveles. Cerré los ojos y respiré hondo, metódicamente, mientras contaba para mis adentros.

Tracy no aflojó la marcha hasta que estuvimos dentro de los límites de la ciudad. Paramos a repostar bajo los focos cegadores de una gasolinera Chevron. Luego siguió conduciendo hasta que vimos una cafetería Waffle House. Ocupamos una mesa en el rincón, pedimos café y nos quedamos sentadas en silencio mientras esperábamos a que cesara el martilleo de nuestros corazones y nuestras cabezas se despejara.

Dos días después bajamos juntas del avión en Portland. Yo empezaba a sentirme como una viajera experimentada. Ya no tenía ataques de ansiedad. Había aprendido a contenerme. Había comprado una maletita con ruedas que no tenía que facturar, y llevaba una bolsa más pequeña colgada en bandolera. Guardaba las cosas más valiosas en su bolsillo interior, que se cerraba con cremallera y que yo revisaba puntualmente cada media hora. Al menos mis pertenencias iban a salvo conmigo.

Tracy y yo apenas hablábamos desde lo de Nueva Orleans, aunque yo no entendía por qué. Me preguntaba si le avergonzaba lo que me había dicho, si se arrepentía de ello ahora que estábamos lejos del escenario de su doloroso pasado. O quizás esperaba otra respuesta por mi parte: más comprensión, o más conmiseración, cosas que yo no sabía cómo mostrar. Y quizá, pese a lo que ella afirmaba, era tan incapaz como yo de desenmarañar pasado y presente.

En todo caso, me dije, no tenía ganas de mantener una relación más estrecha con ella. Pero mientras lo pensaba me di cuenta de que en realidad no lo creía. No podía seguir encerrada en mi burbuja y, curiosamente, tampoco quería hacerlo.

Aun así, era un poco surrealista estar con ella allí, en el mundo real, sin ninguna pared que nos encerrara. Y sin embargo allí estaba ella y allí estaba yo, y en Oregón. Jamás habríamos pensado que algo podría hacernos volver a aquella parte del mundo.

Saqué mi móvil para hacer mis comprobaciones y distraerme un poco. Vi que tenía otro mensaje de la doctora Simmons y pensé que un lugar público lleno de gente era tan bueno como otro cualquiera para llamarla.

Contestó al instante.

—Sarah, ¿dónde estás?

—Me estoy tomando unas vacaciones, doctora Simmons.

—Sarah, he hablado con Jim. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Escuche, ha sido usted de gran ayuda. De verdad. Pero hay un par de cosas que tengo que descubrir por mí misma. Más adelante podremos hablar de ellas. Largo y tendido. Con todo detalle.

—Entiendo. Sólo quería decirte que no todo depende de ti. Que no todo es responsabilidad tuya. Recuérдалo.

Me detuve. Las ruedas de mi maleta se pararon suavemente sobre el liso suelo del aeropuerto. La doctora Simmons siempre conseguía poner el dedo en la llaga.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Sólo eso. Que sé que te exiges mucho a ti misma. Y en este caso hay un montón de gente sobre la que recae el peso de mantener a Jack Derber en la cárcel. No depende todo de ti.

—Bueno, eso ya lo sé, por supuesto —dije, quizá con demasiada precipitación.

—Bien, entonces. Era lo único que quería decirte. Que tengas buen viaje. Llámame cuando vuelvas. O antes si me necesitas.

Colgué y me quedé mirando vagamente el anuncio luminoso de un restaurante de carnes a la brasa. La doctora Simmons tenía razón. No hacía falta que llevara yo sola toda aquella carga, pero no se trataba sólo de eso. Aunque no fuera responsable del sufrimiento de los demás, seguía teniendo un deber para con Jennifer. Seguía estando en deuda con ella.

Mis pensamientos vagaron de nuevo por el territorio conocido de nuestro secuestro. Si no la hubiera convencido para que me acompañara a aquella fiesta... Ella tenía que estudiar para un examen y yo me había empeñado en que saliera. Todavía la veía dudar y ceder por fin para hacerme un favor. Si no hubiera insistido... ¿Dónde estaríamos ahora?

Ya estaba otra vez, me dije sacudiendo la cabeza para despejarme.

Tracy me miró de reojo mientras iba derecha hacia la salida.

—¿La doctora Simmons?

—Sí.

—No sé por qué sigues viéndola. Es básicamente un instrumento del Estado.

—¿Lo dices porque colabora con Jim?

—Lo digo porque ¿acaso no sigue pagándole el Estado de Oregón? Y porque nos estuvo viendo a las tres al principio. Venga ya, Sarah. Nos están haciendo un seguimiento. Para asegurarse de que no acudimos otra vez a los tribunales para pedir una indemnización. Yo empecé a ir a un psiquiatra privado casi enseguida. Sólo veo a la doctora Simmons una vez al año para que Jim me deje tranquila. Un chequeo, le gusta decir a él. Y estoy segura de que así es. Estoy segura de que Jim está al tanto de todo. De que lo tienen todo controlado.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Sarah. Estoy segura de que la doctora Simmons se lo cuenta todo al FBI y de que nos han metido en alguna de esas bases de datos inmensas que tienen. Descuida, que algún día te llamarán para que seas una asesina a sueldo, en secreto, por supuesto. Probablemente nos insertaron algún tipo de microchip en el cerebro. Lo que no pudo conseguir Jack Derber, seguro que ellos sí.

No supe si era una muestra de humor negro o si de veras el mundo albergaba más horrores de los que yo creía. Tendría que pensarlo más adelante, decidí, y archivé aquella idea en algún rincón de mi cerebro.

Nuestra primera parada fue Keeler, el pueblo de Sylvia. Yo quería ver si había vuelto a casa, o al menos si había algo nuevo en su buzón.

Avanzamos despacio por la calle, pasando frente a su casa. Todo seguía igual. El buzón estaba lleno a reventar. El cartero había intentado cerrarlo, pero sólo lo consiguió a medias. Paramos cerca, bajé del coche y miré a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie mirando.

Saqué una hoja de papel de la parte de arriba. Una notificación avisando de que, de ahí en adelante, guardarían el correo de Sylvia en la oficina postal. Hurgué un poco más, pero sólo encontré publicidad. No había ninguna carta de Jack, lo que a mi

modo de ver sugería que tal vez él sabía dónde estaba. O al menos dónde no estaba.

—¡Vale, vámonos! —le dije casi gritando a Tracy cuando volví al coche.

—¿Otra vez nos persigue alguien? —preguntó.

No supe si estaba bromeando o no.

—No, pero necesito alejarme de aquí. Este sitio me pone los pelos de punta.

Tracy me hizo caso, pisó el acelerador y se alejó a toda velocidad. Desde allí, fuimos a visitar a Val y a Ray, al otro lado de la ciudad. Yo había quedado en que iríamos a cenar con ellos y, cuando paramos a la entrada de su pequeño bungalow, le dije a Tracy que mientras estuviéramos allí se llamaría Lily. Hizo una mueca al oír el nombre y preguntó si la próxima vez podía elegirlo ella.

Ray nos estaba esperando en la mecedora del porche delantero. Nos hizo señas de que pasáramos. Su casa, decorada con una gama de colores suaves y sedantes, era alegre y luminosa. En algún lugar debía de haber una cazuela de estofado puesta al fuego, porque su aroma delicioso nos recordó que no habíamos comido nada desde el patético almuerzo envasado que nos habían servido en el avión.

Le presenté a Tracy como Lily, y me alegré de que ella no me llevara la contraria. Ray comentó en broma cuánto debían de haberle dolido los pírsines y ella asintió y sonrió con indulgencia. Por lo menos se estaba portando bien, pensé cuando Val se reunió con nosotros.

—Qué alegría volver a saber de ti, Caroline —comenzó a decir Val.

Me sobresalté al oír aquel nombre que mi cuerpo seguía sin aceptar. Val le estrechó la mano a Tracy.

—¿Y cuánto tiempo llevas ayudando a Caroline en su investigación?

Cuando se aseguró de que no nos miraban, Tracy me miró con fastidio y masculló en voz baja «no demasiado».

—Me alegro mucho de que podáis quedaros a cenar —prosiguió Val sin apenas hacer una pausa—. Ray quiere enseñaros unas cosas después de la cena.

Cuando acabamos el postre, Ray se disculpó y volvió a los pocos minutos llevando en la mano un álbum grande de fotografías que depositó delante de nosotras con aire triunfal.

Val soltó una risilla.

—Hace tanto tiempo que se muere de ganas de enseñárselo a alguien... Yo no quiero saber nada de ese asunto. Normalmente no dejo que se lo enseñe a nadie por si acaso piensan que es un bicho raro. Pero hemos pensado que a vosotras podía interesaros.

Tracy cogió el álbum y lo abrió por la primera página. Pero, en vez de fotos, lo que había dentro eran recortes de periódico conservados con todo cuidado. Junto a cada uno había una tarjetita repleta con una letra muy fina e inclinada hacia la izquierda.

—Mis notas —explicó Ray al ver lo que había llamado nuestra atención—. Tomaba notas basadas en los reportajes de televisión y luego añadía mis propios

comentarios. Siempre he creído que había mucho más detrás de ese asunto. Ya sabéis, como la prensa averiguó tan poco...

Miré a Tracy. Estaba estupefacta. Yo había sabido en su momento que la prensa se había interesado por nuestra historia, pero no había visto ninguna noticia, sobre todo porque no se me permitía leer los periódicos ni ver la televisión. Estaba en casa, arropada por mis padres y a salvo del frenesí mediático. Lo único que recuerdo de esos días era cómo me había atiborrado hasta empacharme del sinfín de platos que me preparaba mi padre o que traían los vecinos en cazuelas todavía humeantes.

Al ver las cosas en retrospectiva, me di cuenta de que había estado casi prisionera en casa de mis padres. Me tumbaba en el sofá y así me pasaba horas y horas, pacientemente, mientras ellos me miraban con una mezcla de alegría y estupor y se ofrecían a traerme todo lo que quisiera. Unas zapatillas de andar por casa nuevas, una taza de té con jengibre y limón, todos y cada uno de los postres favoritos de mi infancia.

Pero mis postres favoritos ya no lo eran. Aquella experiencia había alterado hasta mis papilas gustativas. De hecho, estaba tan cambiada que empecé a preguntarme si mi madre no sospecharía que después de aquello ya no era su hija. Quería saber todo lo que nos había pasado, pero sólo le conté algunas cosas seleccionadas y muy expurgadas. Se las había administrado en pequeñas dosis con la esperanza de que nunca llegara a comprender el verdadero alcance de lo sucedido. Creía que sólo yo podía calibrar lo que podía asimilar mi madre, y que tenía que protegerla de lo que sería incapaz de afrontar.

Cuando regresé, todo me parecía nebuloso, radiante e irreal. Llevaba tanto tiempo encerrada en mí misma, de espaldas a todo, que me costaba estar presente. Así que, a pesar de los esfuerzos de mi madre, seguíamos estando separadas.

Era un abismo que nunca había descubierto cómo salvar. La mayor tristeza de mi madre era que yo apenas soportara que me acunara entre sus brazos, cuando lo único que quería era abrazarme. Pero yo tenía todos los circuitos cortados. Había perdido el contacto con todo el mundo, salvo con una chica muerta y enterrada en algún lugar de Oregón.

Mi madre, claro está, estaba triste por lo de Jennifer, pero su felicidad por tenerme de nuevo a su lado, viva, menguó la pena que sentía por la otra chica desaparecida. Yo pensaba (sabía) que Jennifer se merecía algo más. Se merecía una pena real, sólo suya, y sentía que yo era la única que podía proporcionársela.

Estábamos todavía en el instituto cuando por fin Jennifer dejó de hablarse con su padre, y él nunca hizo intento de retomar la relación con ella. Esa parte, como era de esperar, él la omitía cuando hablaba con la prensa sobre su profundo e inconsolable dolor. Yo lo miraba con recelo cuando venía a visitarme, y veía en sus ojos que en realidad sólo le interesaba que le prestaran atención. Para mí, sus lágrimas no contaban.

Así que allí estaba yo, en aquella cómoda cocina de Keeler, con el olor a café de

la sobremesa impregnando todavía el aire, mirando los recortes de prensa de una vida pasada. Los miraba, leía algún párrafo aquí y allá, me fijaba en el cambio de tono a medida que se desarrollaba la historia, día a día. Percibí en aquellas palabras el resabio ya conocido del interés profesional, esta vez procedente de los periodistas que iban cobrando conciencia del impacto emocional de nuestra historia.

Reparé entonces en que la mayoría de los artículos llevaba la misma firma: Scott Weber. Debía de ser el periodista del que me había hablado David Stiller, el que se había prendado de Adele. Le pregunté a Tracy si creía que debíamos hablar con él y contestó sin levantar la vista de los artículos:

—Ya lo creo que sí.

Le brillaban los ojos. Hasta para ella estaba siendo duro aquello. Hasta para ella.

—Ray, ¿por qué te interesó tanto este caso en particular? —preguntó.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, no sólo este caso en particular, aunque sin duda es uno de los más dramáticos. Y luego, cuando Sylvia vino a vivir a esta zona, se convirtió en una especie de obsesión.

Levanté la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, chicas, venid conmigo.

Lo seguimos por el pasillo, hasta una puerta al fondo de la casa. Yo me quedé atrás. De pronto me sentía encerrada, demasiado cerca de otros cuerpos. No me gustaba pasar por pasillos estrechos, ni siquiera en casas tan alegres como aquella.

Iba un par de pasos por detrás de ellos cuando entramos en el despachito de Ray, y me quedé boquiabierta al doblar la esquina. Las paredes estaban cubiertas de hojas de periódico, llenas de titulares y fotografías de los crímenes más espantosos. Sobre la mesa, apoyadas contra la pared, había copias enmarcadas de documentos históricos, todos ellos relativos a asesinatos famosos. Saltaba a la vista que se había tomado muchas molestias para crear aquella galería de horrores tan compleja y macabra. Que había hurgado en el pasado para reunir en un archivo las mil maneras de hacer sufrir a sus congéneres que tienen los seres humanos.

Una estantería larga, sujeta a la pared, estaba llena de álbumes de fotos casi idénticos al que nos había enseñado, cada uno con su etiqueta y un nombre propio. Yo no sabía si eran los nombres de las víctimas o los de los culpables, aunque normalmente, pensé con amargura, solía ser el nombre del culpable el que recordaba todo el mundo.

Miré a Ray y vi que sonreía rebotante de orgullo. No le avergonzaba aquella obsesión. ¿Y por qué iba a avergonzarse? Para él no eran más que historias. ¿Pensaba alguna vez en las víctimas como personas de carne y hueso? ¿Comprendía su tragedia, el horror que contenían esos volúmenes? Vidas destruidas para siempre. Y sin embargo aquel era su *hobby*. Como coleccionar sellos.

Noté sin necesidad de mirarla que Tracy estaba también horrorizada. Nos

habíamos quedado las dos sin habla. Yo era incapaz de comprender por qué alguien podía sentirse tan atraído por cosas que, por mi parte, intentaba olvidar a toda costa. Al ver nuestras caras de perplejidad, Ray intentó explicarse.

—Sé lo que estáis pensando. Que es, en fin, un poco raro. Por favor, no me entendáis mal. Durante mucho tiempo dudé de si me pasaba algo raro. Pero creo... creo... que sólo quiero comprender. Quiero comprender por qué hay gente que hace estas cosas, qué es lo que pasa.

»Muchas veces la gente se deja llevar por sus pasiones, hace cosas que no creía que haría nunca, y su vida entera cambia en un abrir y cerrar de ojos. A veces es gente que está sencillamente loca, que tiene una enfermedad mental, y entonces no es culpa suya. Pero de vez en cuando, sólo de vez en cuando, parece intervenir la maldad. La verdadera maldad. Como en el caso de Jack Derber.

—¿No crees que lo suyo sea una enfermedad mental, Ray? —preguntó Tracy, más animada.

De pronto parecía interesada en la conversación. Se me ocurrió pensar por primera vez que seguía buscando respuestas. Yo creía que lo había analizado todo cuidadosamente y que luego había pasado página. Siempre parecía saberlo todo, pero quizá todavía tuviera sus dudas, sus interrogantes. Igual que yo.

—No, no creo que esté enfermo. Era tan... tan calculador. Todo lo que hacía requería una planificación cuidadosa, una ejecución pensada al milímetro. Le pregunté a Sylvia por él.

Hizo una pausa. Pensé que no iba a continuar. Desvió la mirada.

—Sigue, por favor —dije—. Nos... nos ayudaría a comprender.

—Bueno, sólo habló de él esa vez, cuando le pregunté. Y después me suplicó, me suplicó, en serio, que no le dijera a nadie que había hablado de él. No puedo traicionar a esa pobre chica. No puedo permitir que vea sus palabras publicadas en un libro.

Se pellizcó el puente de la nariz y cerró los párpados, seguramente para contener las lágrimas.

—Te prometo que no... que no diré nada en el libro. Pero quizá nos ayude a encontrarla.

—Sí, Ray —terció Tracy—. Puede que, sin darte cuenta, sepas algo que pueda cambiar las cosas.

—¿De veras? ¿Creéis que algo que dijo hace tanto tiempo podría ser útil? Me preocupa dónde puede estar.

—Por favor, Ray. Nosotras sólo queremos ayudarla, igual que tú.

Miró pensativamente por la ventana y se sentó en el sillón reclinable del rincón. Tracy y yo nos sentamos en el pequeño sofá que había junto a la pared de enfrente, apartando un montón de recortes de periódico sobre otra chica desaparecida.

—Sylvia me dijo que Jack era un genio. Que por eso se había casado con él. Porque, según ella, tenía una visión para hacer del mundo un lugar raro y especial.

Era algo que sólo unos pocos podían entender, los que se permitían abrirse a las verdaderas posibilidades de la experiencia. Pero, más que lo que dijo, fue su expresión, parecía al mismo tiempo llena de alegría y aterrorizada. Yo nunca había visto una expresión como esa. Su cara parecía... iluminada.

Miré a Tracy tratando de adivinar qué estaba pensando. Al verla reconcentrada, me pregunté si, al igual que yo, pensaba que aquello no sonaba a alguien que de verdad se hubiera reformado. A alguien que sólo quería salir de la cárcel y llevar una vida tranquila y corriente en una calle tranquila y corriente. Sonaba más bien a alguien que se creía destinado a cumplir una misión. Una misión espantosa.

Esa noche mientras volvíamos al hotel, Tracy, que iba conduciendo, apagó la radio (su escudo emocional) y nos quedamos calladas un momento.

—Bueno, ¿qué opinas, señorita Mente Racional? —preguntó por fin.

—¿Sobre qué? Hay un montón de cosas que digerir.

—Sobre la gran pregunta, supongo. ¿Jack es un enfermo mental? ¿O es malvado?

—¿Qué enfermedad mental podría tener?

—Bueno, como mínimo el manual de enfermedades mentales te diría que es un «sociópata con un trastorno narcisista de la personalidad». Aunque no sé qué significa eso en términos de responsabilidad moral. ¿Está enfermo? ¿Es una persona a la que hay que tener lástima, no miedo? Creo que hay una gran diferencia. Una diferencia esencial. En cuanto a, ya sabes, «pasar página», como suele decirse.

—¿Pasar página?

Ni siquiera sabía qué significaban esas palabras. Y no me sentía preparada para explicarle a Tracy que el único propósito de aquel viaje era averiguarlo.

—Sí, pasar página. Dejar de tener esos sentimientos. Dejar de sentirnos programadas por culpa de lo que nos hizo. Llevar una vida normal. A eso me refiero con «pasar página».

Se quedó callada un momento y me miró rápidamente. Después volvió a fijar la mirada en la carretera. Estuvimos en silencio unos segundos más.

Luego empezó de nuevo, más indecisa esta vez:

—¿No sientes como si... como si casi tuviéramos la obligación de... de entender esto? ¿De desenmarañarlo? Si no lo hacemos, él seguirá aquí, ¿sabes? Seguirá con nosotras. Seguirá teniendo el control.

La conversación estaba acercándose demasiado a terreno peligroso. Sentí que me cerraba en banda, como hacía con la doctora Simmons. No quería hablar de eso.

—Imagino que no tengo muchas expectativas a ese respecto. Y la verdad es que no veo cómo lo que yo opine de Jack puede ser un factor importante en esa ecuación.

Tracy meneó la cabeza.

—En realidad ni siquiera has salido por la puerta.

Pisó con fuerza el acelerador y, mientras el coche se lanzaba a toda velocidad por la carretera desierta, encendió de nuevo la radio y estuvo girando el dial hasta que encontró una música estruendosa, rápida, brutal. Hicimos el resto del camino así. El

silencio que había entre nosotras era más ensordecedor que el *punk rock* que sonaba a través de los altavoces.

Al día siguiente decidí presentarme en las oficinas del *Portland Sun* en busca de Scott Weber. Había puesto a Tracy en contacto con Adele y habían quedado en verse ese mismo día, más tarde. Yo confiaba en que hablaran el mismo lenguaje, o al menos en que fueran capaces de traducir la jerga académica que empleaba cada una y Tracy pudiera averiguar algo que yo había pasado por alto.

Cuando llegué a las oficinas del periódico, un chico jovial, de poco más de veinte años, me paró en el control de seguridad.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó alegremente, pero con la suficiente intención como para dejar claro que no iba a cruzar aquella puerta sin que alguien lo autorizara previamente.

—Me gustaría ver a Scott Weber.

—¿Tiene cita?

—No exactamente. Pero... tengo una información que podría interesarle —dije en un repentino golpe de inspiración.

—¿En serio? Umm... Pues lo lamento, pero no está aquí. —Luego me guiñó un ojo—. Pero le diré que ha salido del edificio hace unos tres segundos.

Imagino que parecía bastante inofensiva.

Salí prácticamente corriendo del edificio y, en efecto, vi que un hombre de pelo castaño claro y tez rubicunda estaba cruzando el aparcamiento. Parecía tener la edad adecuada y tenía un aspecto desaliñado, como si hubiera estado en vela toda la noche acabando un trabajo.

Lo seguí.

—Disculpe, ¿el señor Weber?

Se volvió al oír su nombre. Nos encontramos en medio del aparcamiento.

—Sí, soy yo. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Hola, me llamo Caroline Morrow.

De nuevo aquel nombre, aunque esta vez conseguí decirlo sin hacer una mueca. Estaba mejorando. Me miró expectante.

—Pertenezco al Departamento de Sociología de la Universidad de Oregón y estoy haciendo mi tesis sobre Jack Derber. He pensado que usted podría ser una fuente estupenda para...

Scott echó a andar de nuevo, levantando la mano como para mantenerme a raya.

—Lo siento, pero no puedo ayudarla con eso.

Me saqué de la manga lo que esperaba fuera un triunfo. Una mentirijilla sin importancia que podía ayudarme a captar su atención.

—Me envía una de mis profesoras, Adele Hinton. Me dijo que se conocían.

Se paró en seco, pero no se volvió. Me pregunté hasta dónde iba a llevarme el nombre de Adele, o si había sido un error sacarlo a relucir. Esperé para ver si se daba la vuelta mientras contaba para mis adentros: uno, dos, tres...

Al llegar a siete, se volvió.

—¿Adele Hinton? —Parecía sorprendido—. ¿Adele Hinton la ha mandado a verme?

—Sí, ¿se acuerda de ella? Era la ayudante de investigación de Derber. Usted escribió un artículo sobre ella.

Se quedó callado con expresión perpleja.

—Sí, sí, claro que me acuerdo de ella. Adele. —Consultó su reloj—. ¿Qué le parece si damos un paseo?

Señaló hacia un parque que había al otro lado de la calle y sacó su teléfono móvil. Levantó un dedo para indicarme que esperara, se alejó unos pasos e hizo una llamada. Oí a duras penas que estaba cambiando la hora de una reunión. Adele tenía más tirón del que yo esperaba. Debía de haber estado loco por ella.

Echamos a andar por un sendero bien cuidado que cruzaba una zona de *picnic* con media docena de mesas. Scott se sentó en una, enfrente de mí. Parecía nervioso.

—De modo que Adele. ¿Cómo está? Hace mucho tiempo que no sé nada de ella.

—Pues está genial. Genial. Sabe que consiguió un puesto fijo en la universidad, ¿verdad?

—Sí, ya me enteré. —Se sonrojó al reconocerlo. Así pues, le había seguido la pista—. Imagino que ha cambiado de opinión.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a lo de Jack Derber. Al principio pareció gustarle la atención mediática, pero luego se convirtió más o menos en territorio prohibido. Pero de eso hace mucho tiempo. Imagino que a estas alturas ya será agua pasada.

Aquello era interesante.

—¿Al principio? Entonces, ¿en aquella época tenían más relación?

Se sonrojó otra vez y pareció agitado.

—¿No se lo ha dicho?

—No.

Pareció decepcionado.

—Sí, eh, salimos una temporada. Después de ese artículo que escribí. Sólo un par de meses, pero, en fin, Adele es una mujer extraordinaria.

Sí, extraordinaria, sin duda, pensé yo, y me pregunté si Adele se habría embarcado en aquella relación por interés. Esa mujer me parecía más fascinante con cada minuto que pasaba.

—Debió de ser una situación extraña. Usted escribiendo sobre ese asunto, y ella, que formaba parte de la historia.

Negó con la cabeza.

—¿Qué puedo decir? Era mi especialidad. Cuando lo condenaron, empezamos a publicar artículos sobre su pasado. Ya sabe, material adicional para mantener viva la historia, traído un poco por los pelos. Entrevistamos a sus profesores del instituto, hicimos una semblanza del arquitecto que diseñó su casa, consultamos sus ponencias,

esa clase de cosas. Sólo para mantener la historia a flote. Reportajes del tipo «retrato del villano».

—¿Sus ponencias?

—Sí, el último artículo en el que trabajé era sobre sus investigaciones académicas.

Hizo una pausa, visiblemente incómodo.

—No me acuerdo de ese. ¿Llegó a publicarse? —insistí, convencida de que ocultaba algo.

—No. Pero no era gran cosa. No habría salido en primera página, ni nada por el estilo.

—¿Le causó problemas con Adele, quizá?

Se encogió de hombros.

—Entiendo.

Así pues, al parecer Adele pensaba que las investigaciones de Jack eran importantes. Lo bastante importantes como para mantener a los demás apartados de ellas.

—De todos modos —prosiguió—, es una lástima que no funcionara. Pero ella estaba muy liada, sobre todo con ese grupo en el que estaba.

Era evidente que intentaba cambiar de tema.

—¿Qué grupo?

De pronto estaba interesada de verdad. ¿Un grupo, me dije, o una sociedad secreta?

—La verdad es que no lo sé. Un asunto de la facultad, muy del estilo capa y espada. Misterioso, pero así era ella. Tal vez ese fuera su atractivo. El reto.

Pareció enfrascarse en aquel momento de autorrevelación y se quedó con la mirada perdida, los ojos fijos detrás de mí, a lo lejos.

—¿Qué quiere decir? —pregunté alzando la voz para que me prestara atención.

Volvió bruscamente al presente. Me miró como si intentara decidir si debía continuar, comprendiendo quizá que confiar en mí tal vez no fuera el mejor modo de recuperar el corazón de Adele.

Por fin se encogió de hombros y añadió:

—Quiero decir que le preguntaba por su familia, por su pasado, incluso cosas sencillas como dónde había crecido o a qué colegio había ido, y siempre se las arreglaba para salirse por la tangente.

Se removió en su asiento y se sonrojó como sólo puede hacerlo alguien de tez rubicunda. Me pregunté qué estaría recordando exactamente de Adele Hinton, sobre todo porque sin duda había mucho que recordar.

—¿Tiene idea de quién más había en ese grupo?

—No sé. Lo único que sé es que se reunían a horas muy raras. En plena noche, y a veces con mucha urgencia. Ella se lo tomaba muy en serio y, si tenía una reunión del club, no había forma de impedir que fuera. Era su prioridad absoluta.

Le di las gracias y me levanté para marcharme. Otra vez pareció confuso.

—Pero, espere, sólo hemos hablado de Adele. ¿No quiere hablar más de Jack Derber? ¿Para su tesis?

Yo ya tenía lo que quería de él.

—Lo llamaré. Ahora mismo llego tarde a una clase, pero se lo agradezco muchísimo —dije torpemente mientras me alejaba caminando hacia atrás y saludándolo con la mano.

—Ah, vale. Bueno, salude a Adele de mi parte. Y, ya sabe, si quiere que nos veamos..., podríamos hablar de su tesis y eso. Seguramente puedo desenterrar algunas notas de aquella época...

—Sí, desde luego —contesté levantando la voz sin dejar de caminar rápidamente hacia el coche.

De pronto estaba segura de una cosa: Adele era una pieza crucial del rompecabezas. Formaba parte de él. Y sabía más de lo que quería hacernos creer.

Yo llevaba cerca de mil días en el sótano cuando Jennifer subió a la planta de arriba por última vez.

Cada día que estuvo en el sótano, me pasé horas mirando fijamente la caja, intentando imaginar por lo que estaría pasando. A pesar de que no siempre estaba amordazada, mantuvo su absoluto silencio hasta el final, incluso cuando Jack no estaba por allí. El control que ejercía sobre ella era total y absoluto. La tenía completamente aterrorizada.

Al principio presté atención, pensando que al final intentaría comunicarse conmigo otra vez en secreto, como aquellos primeros días. Pensaba que de alguna manera conseguiría liberarse de su control lo suficiente para intentarlo otra vez, aunque sólo fuera para no volverse loca.

Cuando la escuchaba arañar dentro de la caja como un animal atrapado, aguzaba el oído por si descubría alguna pauta, algo que sonara remotamente como una clave. Me volvía loca preguntándome por qué no conseguía entender los ruidos azarosos que de vez en cuando salían de allí dentro.

Seguí escuchando mucho tiempo. A veces, si las demás estábamos en silencio, la oía masticar su comida, saboreando despacio las migajas que él le hubiera dejado ese día. Hasta me despertaba por las noches si de pronto se movía en sueños. Una vez creí oírla suspirar, y después estuve una hora entera sentada, inmóvil como una piedra, esperando a que lo hiciera de nuevo.

Pero no volvió a suspirar.

En cierto modo quizás estuviera mejor pertrechada que la mayoría para soportar aquella soledad, aquel ensimismamiento. Siempre había sido reflexiva, reservada, inescrutable. Siempre pensando y soñando despierta, sin concentrarse nunca. En el instituto casi nunca prestaba atención, se le iban los ojos mirando las nubes por la ventana y su mente flotaba allá arriba, con ellas, pensando en Dios sabe qué. Pero a pesar de todo conseguíamos superar las clases juntas, como habíamos superado todo lo demás. Al final de cada día ella copiaba mis apuntes de clase con su letra increíblemente pulcra y ordenada, y usábamos su versión para estudiar.

Yo añoraba aquellos tiempos, cuando no nos separaban tres metros de frío sótano, un cajón de madera y la fuerza psicológica impenetrable que Jack ejercía sobre ella. Ahora me preguntaba si allí le quedaban suficientes buenos recuerdos para sostenerse o si, al igual que la mía, su imaginación había quedado invadida por los horrores que padecíamos y su mente ya sólo producía pesadillas. Me preguntaba si a veces deseaba haber muerto en el accidente de coche, junto con su madre, hacía tantos años. Yo, por mi parte, lo deseaba a menudo.

Debió de ser aquel mismo día (al menos así lo recuerdo) cuando Jack llevó a Tracy al sótano por la mañana temprano, después de haberla tenido toda la noche arriba. Parecía estar inconsciente cuando bajó su cuerpo flojo por las escaleras, medio

a rastras. La apoyó contra la pared. Ella arrugó el ceño y abrió los ojos un momento, el tiempo justo para que yo los viera ponerse en blanco.

Al menos no estaba muerta.

Jack se inclinó y la encadenó, comprobó dos veces el cierre y luego se giró hacia Christine y hacia mí.

Sé que Christine hizo lo mismo que yo. Intentamos no apartar la mirada, no acobardarnos como nos pedía el cuerpo. Jack odiaba eso. Pero al mismo tiempo las dos conseguíamos encoger nuestros cuerpos esqueléticos hasta que ocupaban el menor espacio posible, con la esperanza de que no nos escogiera. Se cernió sobre nosotras, riendo en voz baja mientras nos contemplaba con delectación, recreándose en su zoológico privado.

El sótano estaba en completo silencio. Nosotras lo observábamos con el corazón atenazado por el miedo. Yo deseaba con toda mi alma que se apartara de mí. «Yo no, yo no, yo no, por favor».

Por fin se volvió lentamente y subió las escaleras con paso enérgico. Cuando llegó arriba, iba silbando.

Esta vez, sólo había querido jugar con nosotras.

Cuando se marchó, conté sus pasos en silencio. Los crujidos resonaban en el espacio incoloro. Christine gimió, aliviada. Yo solté un profundo suspiro, lentamente. Lo oímos moverse por la cocina tranquilamente, como si estuviera atareado en sus quehaceres cotidianos. Como si acabara de bajar al sótano a comprobar que no había entrado agua después de una tormenta.

Tracy se pasó casi todo el día durmiendo, hecha una bola. Parecía un cadáver, tanto que yo tenía que fijarme mucho para ver si su pecho seguía subiendo y bajando.

A primera hora de la tarde (sabíamos qué momento del día era porque nuestra preciosa rendija de luz se iba apagando), se despertó sobresaltada. Sin mirarme siquiera, fue arrastrándose hasta el baño (su cadena apenas alcanzaba) y la oí vomitar violentamente en el váter.

Después pasó mucho rato allí metida. Yo agucé el oído todo lo que pude y me pareció oír un sollozo ahogado. Asentí para mí misma con énfasis. Tracy jamás nos permitiría verla llorar. Debía de estar esperando allí dentro a dejar de hacerlo.

Seguí vigilándola, torturada como siempre por el lento paso del tiempo, a la espera de ver qué hacía a continuación.

Cuando echo la vista atrás, me avergüenza pensar que en aquel momento no sentí nada por ella. Ni piedad, ni preocupación. Me lo habían arrancado todo. En aquella época, sólo me preocupaba que algo me causara dolor físico o que aliviara el aburrimiento aplastante de mi existencia cotidiana; esas eran las únicas variables que me hacían reaccionar. A eso se había reducido mi espectro emocional.

Tracy volvió por fin a su colchón y se tumbó de cara a la pared. Al principio pensé que no iba a decir nada, que ni siquiera era consciente de mi presencia a pocos pasos de distancia.

Christine estaba durmiendo otra vez.

—Deja de mirarme —dijo por fin Tracy con voz más fuerte de lo que yo esperaba, teniendo en cuenta lo débil que estaba.

Aparté la mirada. Finalmente se dio la vuelta. Me senté en mi colchón, apoyada contra la pared, y miré con terquedad en dirección contraria. Pero, a pesar del miedo que le tenía, pasados unos minutos no pude evitar que mis ojos volaran hacia ella para ver qué hacía. Sentía demasiada curiosidad.

Ella lo notó, claro, y me dedicó una mueca tan feroz como la de un perro rabioso. Me encogí instintivamente, haciendo resonar mi cadena.

Christine se rebulló, abrió un ojo un segundo y volvió a dormirse.

A mí siempre me asombraba su capacidad para dormir. En cierto modo era el ejemplo perfecto del poder de adaptación del ser humano. Era capaz de bloquear aquella experiencia como no podíamos hacerlo ni Tracy ni yo, y al final puede que fuera eso lo que la salvó. Quizás esa fuera la clave. Dormir.

Pero yo, por más que lo intentaba sólo conseguía dormir diez horas de un tirón, como máximo. Y eso cuando tenía suerte. Por desgracia, mi régimen de inactividad física casi total tenía como resultado periodos de insomnio durante los cuales tenía que pasarme horas absorta en mi imaginación o intentando persuadir a las demás para que hablaran conmigo. Cualquiera de las dos opciones resultaba dolorosa.

Pero había veces en que hablar ayudaba, indudablemente. Cuando todas nos llevábamos bien, por decirlo así. Cuando hasta Christine salía de su oscuro rincón privado y hablábamos casi como si fuéramos personas normales. Momentos en los que yo suponía que las demás estaban tan aburridas como yo, tan cansadas de luchar contra sus tormentos interiores, y podíamos dejar a un lado nuestros problemas y mantener nuestras mentes en funcionamiento, aunque fuera mínimamente.

Nos contábamos historias, anécdotas de nuestro pasado, reales o adornadas, cualquier cosa que hiciera avanzar el tiempo, aunque ninguna de nosotras supiera hacia dónde nos llevaba.

Eso era lo más chocante de todo. Que estábamos siempre esperando. Siempre esperando. Como si quisiéramos que ocurriera algo nuevo. Y a menudo lo deseábamos, porque el aburrimiento te desquiciaba aún más. Pero, cuando de verdad pasaba algo nuevo, normalmente era algo doloroso y acabábamos arrepintiéndonos de haberlo deseado.

Ese día, sin embargo, estaba claro que Tracy no quería hablar. Estaba pálida y sudorosa, a pesar del frío que hacía en el sótano. Cerró los ojos otra vez. Normalmente no dormía tanto. Algo iba mal.

Esperé hasta que su respiración se hizo pausada y regular y entonces, convencida de que se había dormido de verdad, me acerqué a ella. Debí de tardar quince minutos en llegar sin que me delataran mis cadenas. Llevaba en alto todo el tramo de cadena que podía e iba colocando a cada paso unos cuantos eslabones en el frío cemento, un poco por delante de mí, para que no arañaran el suelo al arrastrarse. Cuando por fin

llegué adonde dormía, la miré de arriba abajo, escudriñando su piel en busca de algún signo de vida.

Y entonces las vi.

Allí, en el brazo, leves pero nítidas, había varias marcas de pinchazos. Siete puntitos formando una fila perfectamente regular sobre su piel pálida. Vi por dónde había entrado la aguja y hasta pude identificar la marca de ese día, todavía fresca, por su borde ligeramente enrojecido.

Jack le estaba dando heroína. No por piedad. Ni como vía de escape. No, la estaba castigando. Convirtiéndola en una adicta para ejercer sobre ella más control aún.

No habría elegido al azar aquella forma de tortura. Su locura era siempre metódica. De algún modo debía de haber descubierto lo que aquella droga representaba para ella, la importancia que tenía en su vida. Debía de saber que para Tracy no habría casi nada más doloroso que el placer y la evasión que ofrecía aquel veneno.

Pero ¿cómo lo había descubierto? Tracy estaba absolutamente decidida a ocultarle sus recuerdos, a impedir que invadiera su mente. Jack tenía que haberle apretado mucho las tuercas. ¿Había tenido ella un momento de debilidad y le había hablado de su madre, de aquella noche en el club?

Después de ver las marcas, volví a mi sitio tan rápido como pude sin hacer ruido y esperé a que se despertara.

Pasaron varias horas hasta que por fin se levantó y volvió lentamente al baño. La oí vomitar otra vez, y luego la vi arrastrarse hasta su colchón, tambaleándose. Parecía sentirse un poco mejor. Lo suficiente, al menos, para mirarme con rabia y decirme que la dejara en paz de una puta vez. No dije nada. Sabía que era mejor esperar y ver qué hacía.

Se quedó sentada mirando la caja, sumida en su aflicción, y me pregunté si se estaba diciendo que podía ser peor.

Conseguí no mirarla durante diez minutos largos, pero después ya no pude evitarlo. Tenía que ver otra vez su brazo. Me sorprendió mirándola y nuestros ojos se encontraron. Enseguida apartó el brazo y tapó las marcas con la mano.

Sentí con sorpresa que mis ojos se llenaban de lágrimas por primera vez desde hacía meses. A pesar de que en ese momento, como me sucedía siempre desde que estaba allí, me sentía abrumada por la rutina insoportable de nuestra existencia, mientras me limpiaba las lágrimas sentí alivio.

Porque estaba llorando por Tracy.

Aquellas lágrimas eran la prueba de que mis emociones aún podían traspasar la dura coraza que había desarrollado allí dentro. Creía que habían desaparecido para siempre. Pero quizá todavía no fuera un animal. En el fondo, después de todo, seguía siendo humana.

A la mañana siguiente de hablar con Scott Weber, Tracy y yo nos reunimos en el restaurante del hotel. Era un día de junio precioso y, mientras comíamos unos huevos revueltos y cambiábamos impresiones, casi parecía posible olvidar por qué estábamos allí.

—Bueno, respecto a Adele Hinton —comenzó a decir Tracy—, tengo listo mi análisis. ¿Quieres oírlo?

Asentí con un gesto.

—La típica profesora frustrada. En el instituto siempre era la mejor de la clase, creía que iba a comerse el mundo. Se cree un genio con ge mayúscula. Y sin embargo aquí está, varada en esta facultad de mierda, en medio de ninguna parte.

—No es mala facultad, ¿no?

Tracy negó con la cabeza.

—Son palabras tuyas. El caso es que se le escapó que está trabajando en un gran proyecto para un congreso que va a celebrarse dentro de un año. No suelta prenda al respecto, pero eso es lo normal en el mundillo académico. Sea lo que sea, está claro que piensa que es su billete hacia un puesto mejor. Ya sabes, parece muy segura de sí misma, pero creo que en el fondo siente que, mientras esté aquí, será una fracasada.

—Umm... Tiene sentido —mascullé después de tragar un poco de huevo—. ¿Y qué opinas sobre lo del sadomasoquismo?

—¿Quién sabe? Puede que, como te dije a ti, sólo quiera comprender a Jack. Pero sospecho que es su forma de mostrarse subversiva, de llamar la atención en los círculos académicos haciéndose la radical.

Iba a continuar cuando sonó mi teléfono. Levanté un dedo y contesté:

—¿Diga?

Reconocí el número de Jim, pero cuando contesté no habló enseguida.

—¿Jim? ¿Estás ahí?

Tracy me miró, curiosa, pero siguió untando su tostada con mantequilla.

—Sí, estoy aquí. Escucha, tengo algo para ti.

—¿Has acabado los deberes que te pusimos?

Sonreí un poco, a mi pesar.

—Sarah... La verdad es que es difícil saberlo, pero hay... Parece haber una pauta. Hemos revisado los archivos de la universidad y las finanzas personales de Jack, sus informes de gastos, esas cosas. Y creemos saber con bastante exactitud dónde estuvo durante un periodo de tiempo bastante largo, durante vuestro cautiverio y también antes. Y parece haber una correspondencia. Por lo visto, hubo chicas desaparecidas en todas las ciudades a las que fue a una convención académica. Tengo una lista.

—¿De cuántos nombres?

Un silencio. Lo intenté de nuevo, esta vez con voz más suave.

—Quiero saber cuántos nombres.

Tracy se quedó mirándome con el cuchillo suspendido en el aire. Sus ojos estaban llenos de tensión.

—Jim, merecemos saberlo. Necesitamos saberlo.

Suspiró.

—Cincuenta y ocho. Incluidas vosotras cuatro.

Tracy vio mi expresión y empezó a untar furiosamente su tostada. Cuando estuvo chorreando, la dejó, tragó saliva y se quedó mirando a lo lejos.

Yo respiré hondo.

—Quiero esa lista, Jim.

Mientras lo decía, casi pude imaginármelo tapándose la cara con la mano.

—Sarah, tú sabes que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Técnicamente, es información confidencial. Pero, lo que es más importante, seguramente no es buena idea que la veáis aún. Deja que investigue un poco más. Quiero ver qué conexiones podemos establecer.

—¿Ha aparecido alguien más de esa lista? ¿Se ha identificado algún cuerpo?

Otro silencio.

—Sólo vosotras tres.

—¿Y todos esos casos están abiertos? ¿Se sigue buscando a esas chicas?

—Sarah, debes tener presente que en Estados Unidos desaparecen más de ochocientas mil personas cada año. Los casos de este tipo se enfrían enseguida. Y algunos tienen ya más de quince años.

—Ya, entonces, si algunas de esas chicas viven todavía, serán sólo un poco mayores que yo. Yo todavía querría que me encontraran, Jim.

—Las probabilidades son...

—Sé perfectamente cuáles son las probabilidades.

Se quedó callado.

—¿Dónde estás, Sarah? Podemos empezar por allí. Iré a verte.

—Son un montón de familias que todavía están esperando a sus hijas, Jim. Quiero ver sus nombres.

—¿Dónde estás? —insistió.

Yo dudé.

—Sigo en Portland. Con Tracy. Trae la lista.

Colgué y miré a Tracy.

Seguía con la mirada perdida.

—¿Cuántas son?

—Cincuenta y ocho. Incluidas nosotras.

Se quedó boquiabierta.

—Tengo que decírselo a Christine —dijo, dejando su tenedor e inclinándose hacia delante—. Tiene que entender el alcance de esto. No se trata sólo de encontrar a Jennifer.

—Y puede que tampoco se trate sólo de Jack.

—¿Qué quieres decir?

—Cincuenta y ocho chicas. ¿De veras crees que Jack podía actuar solo? Si existía esa especie de sociedad secreta, un grupo que preconizaba el sacrificio humano, como el de Bataille... Por el amor de Dios... ¿No podría tener algo que ver con esto?

Ella seguía con la mirada perdida.

—El almacén. Tenemos que volver allí. Tenemos que ver para qué se usaba, o para qué se usa todavía —dijo.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Por qué no esperamos a que llegue Jim? Que él se encargue de inspeccionar almacenes viejos y sórdidos que quizá sean templos donde se practica el sacrificio humano —sugerí esperanzada.

—Sarah, el FBI no quiere reabrir esos casos, aunque Jim esté dispuesto. No hay ninguna presión. No está la prensa de por medio. Hay que agitar las cosas, así es como funciona. Créeme, me dedico a eso. Tenemos que darles algo más con lo que seguir adelante, algo que les obligue a continuar investigando y a hacerlo ya.

—Pero Jim dice que sólo necesita un poco más de tiempo —repuse en tono suplicante.

—Han tenido años para investigar esto. Estoy empezando a creer que tienes razón y, si es así, tenemos que actuar ahora. No podemos esperar a que un organismo gubernamental se ponga las pilas. Tiene que haber alguna relación entre Noah Philben y Jack. Hay algo raro en que Sylvia se uniera a su Iglesia y luego se liara con Jack. Además, está el hecho de que Noah Philben se presentara en ese club sadomaso. El almacén es suyo. Tenemos que averiguar qué hay dentro.

—No puedo hacerlo —le dije a Tracy una hora después, cuando me abrió la puerta de su habitación en el hotel.

Me indicó que pasara. La habitación era un desastre: su ropa oscura y su bisutería estaba desperdigada por todas partes, como después de un extraño festival gótico. Aparté unas cuantas cosas de la silla que había junto a la ventana y me senté con la espalda recta y la barbilla levantada, decidida a soltarle el discurso que había estado ensayando en mi habitación desde que se le había ocurrido aquella idea disparatada.

Se sentó en el borde de la cama con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las rodillas y las manos unidas. Esperó impaciente, como si hubiera sabido que aquello tenía que ocurrir.

—Lo he estado pensando y no creo que pueda hacerlo —dije.

—¿Quieres decir que no puedes encontrar a Jennifer?

—Quiero decir que no puedo ir a un almacén en plena noche. Sin la policía.

—¿La policía? Disculpa, pero ¿te parece que hay algo que justifique su intervención? Ellos no creen que se haya cometido ningún delito. Y puede que así sea, además. Lo que vamos a hacer es lisa y llanamente invadir una propiedad privada. Y quizá, si nos armamos de valor, cometer un allanamiento de morada.

—Razón de más para que no lo hagamos —repliqué.

—¿Se te ocurre alguna otra idea para conseguir pistas?

No contesté.

—Sí, eso me parecía. Así que ¿qué hacemos? ¿Quieres darte por vencida? ¿Qué es peor, mirar por las ventanas de un almacén o que Jack Derber ande suelto y se presente en tu casa?

Me estremecí.

—Evidentemente, no quiero que eso pase.

—Mira, yo tampoco me siento preparada para esto. Pero no puedo quitarme de la cabeza a esas chicas. A las otras cincuenta y cuatro. Si hay una posibilidad de que encontremos aunque sólo sea a una...

—¿No podemos al menos hacerlo de día?

—¿Cuando pueda vernos cualquiera, quieres decir? Venga ya, no creo que tenga que decirte que sería mucho más peligroso. Tenemos que actuar en la oscuridad.

Sentí que empezaban a temblarme los hombros, pero contuve las lágrimas. No quería que me viera llorar otra vez. Pero tampoco soportaba la idea de volver allí.

Necesitaba tomar el aire. Las ventanas del hotel no se abrían, así que cogí la carta plastificada del servicio de habitaciones y empecé a abanicarme con ella. Tracy me observaba, pero yo ya había renunciado a intentar adivinar lo que sentía y no me molesté en mirarla.

—Vamos, Sarah —dijo por fin—. Tienes que ir. Mira lo lejos que has llegado ya. Hace un mes no podías ni ir a la lavandería. Sé que esto no es fácil para ti. Para mí

tampoco lo es. Pero recuerda que esta vez no irás sola.

Entró en el cuarto de baño y salió con un rebujo de papel higiénico.

—Ten —dijo dándomelo sin ceremonias—. Adelante, llora. Te sentirás mejor. Luego te arreglas y echamos un vistazo a Google Earth. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y si de verdad no puedes, no pasa nada. Voy yo sola.

Me quedé boquiabierta.

—¡No puedes!

—Claro que puedo, y voy a hacerlo. Ya conoces mi teoría: lanzarse de cabeza, encarar el miedo de frente. Mantenerse a la ofensiva.

Justo lo que me hacía falta, pensé. Otro cadáver sobre mi conciencia. Era yo quien la había llevado allí, quien la había arrastrado a aquellos recuerdos de pesadilla. No podía dejar que fuera sola. Si le sucedía algo, la culpa me hundiría para siempre. Tenía que armarme de valor e ir. Me quedé allí sentada, odiando a Tracy y odiándome aún más a mí misma por haberme metido en aquel lío. Si no me hubiera empeñado, seguiría sentada en mi apacible refugio blanco, once pisos por encima de la calle, pidiendo comida tailandesa y viendo yo sola películas en Turner Classic Movies que ya había visto cien veces.

Maldita sea, tenía que hacerlo.

Esa noche, a las diez, salimos del aparcamiento del hotel vestidas de negro y calzadas con nuestros zapatos más cómodos. Yo tenía ciertas esperanzas de no encontrar otra vez el almacén. De que, sin saber cómo, se lo hubiera tragado la tierra junto con todos los rituales siniestros que tuvieran lugar en él.

Tracy me contó por el camino que había hablado con Christine esa mañana, después de convencer a Jim de que le diera su número.

—¿Y qué tal? —pregunté.

—Fue un milagro que no me colgara enseguida, claro, pero me escuchó, aunque no dijo gran cosa. De hecho, estuvo tanto rato sin decir nada que pensé que se había cortado la llamada. Pero luego me dio las gracias con mucha tranquilidad por la «actualización», dijo. La «actualización». Y eso fue todo. Dijo que tenía que coger un avión y colgó.

Noté que estaba molesta por la indiferencia de Christine y que no quería que me diera cuenta. Yo, por mi parte, no esperaba gran cosa al respecto, así que me encogí de hombros en la penumbra del asiento del copiloto mientras me ajustaba los guantes negros y la gorra.

Después de un par de intentos en falso, encontramos el camino que llevaba a La Cúpula, aunque para constatarlo tuvimos que llegar hasta la entrada. Paramos en el aparcamiento y apagamos las luces. A fin de cuentas, teníamos que tomarnos las cosas con mucha calma. En medio de la oscuridad, Tracy observó a un hombre que, de pie junto a su coche, se estaba echando una chaqueta de cuero negro con flecos sobre los hombros bien musculados.

—Este sitio es de los tuyos, ¿eh, Tracy? —dije por fin.

Se rio en voz baja.

—¿No te... no te recuerda...?

Dejé la frase sin terminar.

Se quedó mirando fijamente la entrada el club.

—Sí. Sí, me lo recuerda. Pero también hace que sienta que lo controlo yo.

Estuvimos unos minutos más sentadas a oscuras en el coche y luego volvimos a la carretera. Mientras Tracy se concentraba en las curvas del camino, yo miraba los árboles, observando cada pista de tierra a la izquierda por si veía el desvío. Aquella otra noche había estado tan asustada que no recordaba si había conducido veinte minutos o cuarenta y cinco.

Por fin lo vi. Enseguida me convencí de que era ese desvío, aunque sólo fuera por cómo se me erizó la piel al verlo. Pasamos de largo unos doscientos metros, buscando un sitio donde ocultar el coche. Encontramos un caminito cubierto de hierbajos y Tracy avanzó por él todo lo que pudo, lentamente y marcha atrás, por si teníamos que salir de allí a toda prisa. Le pedí que comprobara dos veces que no íbamos a quedarnos atascadas en el barro y que la hierba no era lo bastante alta para impedirnos salir de allí. Quería estar preparada para largarnos a toda pastilla.

Esta vez, por lo menos, iba completamente equipada. Llevaba el teléfono móvil sujeto a la cintura, además de un teléfono de prepago, por si acaso. Uno a cada lado. Tracy meneó la cabeza, pero noté que también estaba asustada y que, por tanto, en el fondo se alegraba de que llevara los teléfonos. Cada una tenía una linterna, y yo había llevado además una cámara pequeña y un bote de aerosol antiagresiones. Me había metido la foto de Jennifer en el bolsillo para darme valor.

Nos paramos la una frente a la otra, mirándonos, cuadramos los hombros y respiramos hondo, largamente. Y luego, sin decir palabra, echamos a andar. Casi tan pronto como salimos a la carretera oímos el motor de un coche y saltamos a la zanja de la cuneta para esperar a que pasara.

—¿Por qué me siento como si la delincuente fuera yo? —preguntó Tracy.

Seguimos avanzando despacio hasta que llegamos al camino. Luego nos metimos en el bosque y seguimos adelante sin hacer ruido. Al llegar a lo alto de la loma vimos claramente, allá abajo, el almacén. Parecía completamente desierto. No había furgonetas, ni coches, ni gente. Nada.

Exhalé un ligero suspiro de alivio mientras nos acercábamos. Quizás estuviera abandonado. Quizá nuestras actividades detectivescas de aficionadas no dieran ningún resultado, a fin de cuentas. Era una idea tranquilizadora, y me aferré a ella.

A un lado del almacén, una bombilla formaba un gran semicírculo de luz en el suelo, delante de la puerta. Con una ligera sacudida del cuerpo, Tracy me indicó que la siguiera. Yo me pegué a su espalda y juntas rodeamos el edificio, procurando mantenernos ocultas entre las sombras.

En el bosque reinaba un silencio sepulcral, salvo por el rumor difuso de las hojas que la brisa veraniega agitaba con delicadeza. Había un leve frescor en el aire. En

casa, en mi apartamento, tal vez incluso habría abierto un poco una ventana en una noche como aquella.

Tras recorrer todo el perímetro del edificio para asegurarnos de que no había ningún vehículo aparcado fuera, nos acercamos a las ventanas de la puerta del garaje y miramos dentro, pero estaba demasiado oscuro. No veíamos nada. Tracy señaló con la cabeza hacia la puerta del almacén y, antes de que pudiera detenerla, giró el pomo. Estaba cerrada con llave.

Regresó entonces a la puerta del garaje para probar otra cosa, se agachó y tiró del asa. Le susurré que parara. Vi con alivio que la puerta no se movía, pero Tracy me dijo en voz baja que creía que, si tirábamos con suficiente fuerza, cedería. Me indicó que agarrara el asa del otro extremo de la puerta. Negué con la cabeza vigorosamente.

—Ni pensarlo —susurré.

Se quedó quieta, mirándome a los ojos en la oscuridad.

—Es por Jennifer —dijo.

Miré a nuestro alrededor, aquel paraje desolado. Respiré hondo y me di por vencida. Me coloqué al otro lado de la puerta y agarré el asa. Tracy levantó el puño y contó con los dedos: una, dos, tres. Tiramos con todas nuestras fuerzas. Sentí que la puerta cedía un poco, nos inclinamos otra vez y tiramos con más fuerza. Estaba atascada, pero pudimos levantarla unos cuarenta centímetros. Entonces Tracy se tumbó boca abajo y comenzó a deslizarse por debajo.

—¿Qué haces? —dije casi en voz alta.

—¿Cómo vamos a averiguar qué está pasando, si no?

Empecé a respirar más aprisa y se me aceleró el pulso.

—Yo te espero aquí —dije al tiempo que me preguntaba si de verdad iba a sentirme más segura así.

—Como quieras.

La vi pasar por debajo de la puerta y desaparecer de mi vista y empecé a pasearme de un lado a otro, contando los pasos que había hasta el bosque y calculando cuánto tardaría Tracy en salir y cuánto nos llevaría escondernos otra vez en la espesa arboleda. Entonces oí un estruendo y me volví bruscamente. La puerta del garaje se había cerrado. Si había alguien por allí, sin duda ya se habría enterado de nuestra presencia.

Me acerqué atemorizada a las ventanas y miré adentro, medio aturdida. La luz estaba encendida. Una cara me miraba a través del cristal, a pocos centímetros de la mía. Grité y di un salto hacia atrás antes de darme cuenta de que era Tracy. Sonrió y me señaló la puerta. Se acercó a ella y me dejó entrar.

—¿Lo ves?, no pasa nada. No hay nadie.

El almacén parecía mucho más grande por dentro, casi como una caverna. Y aun así tuve la impresión de que las paredes me oprimían cerrándose sobre mí. Miré la puerta con nerviosismo para asegurarme de que la habíamos dejado entornada.

El edificio estaba vacío, a excepción de una hilera de compartimentos de acero

inoxidable que bordeaban las paredes, cada uno de un metro veinte de ancho, aproximadamente, quizá para guardar ganado, me dije. Al final de cada compartimento había un soporte metálico atornillado al suelo, con un portafolios lleno de hojas en blanco y un bolígrafo colgando de una cadenita.

En cada hueco colgaban del techo mangueras de goma con un aspersor y había unos ganchos no muy grandes sujetos a la pared de atrás, en cuatro sitios distintos. Las bombillas que colgaban en fila del techo, sujetas a cables, se mecían suavemente proyectando sombras movedizas.

Tracy se detuvo en uno de los compartimentos y se agachó sobre el desagüe que había en medio del suelo. Se puso de rodillas y miró algo muy pequeño. Yo me agaché a su lado. Alargó la mano enguantada, cogió el objeto entre los dedos y lo levantó hacia la luz mortecina. Me encogí de repugnancia: era una uña humana arrancada de cuajo, con una hilacha de carne seca colgando. Tracy la miró muy seria. Luego volvió a dejarla con todo cuidado en el suelo, donde la había encontrado. Estábamos las dos horrorizadas, sentadas en cuclillas, intentando discernir qué podía significar aquel despojo humano.

Yo estaba de espaldas a la puerta, por eso Tracy vio las luces primero. Vi el miedo reflejado en sus ojos antes de darme cuenta de lo que estaba pasando. Demasiado tarde ya, oía fuera el chirrido del motor de un coche y a continuación una puerta que se cerraba de golpe mientras el motor seguía funcionando al ralentí. Ya no estábamos solas.

No hubo tiempo de apagar la luz. El ruido provenía de la puerta de entrada, de modo que echamos a correr hacia la puerta del garaje y agarramos las asas para levantarla. Pero se había atrancado del todo al caer y no hubo manera de moverla.

Sentí que un intenso escalofrío recorría mi cuerpo. No había salida, como no fuera a través de la puerta principal. Oímos pasos que se acercaban y, aterrorizadas, corrimos hacia el compartimento más alejado. Nos pegamos a la pared, escondiendo los pies detrás de un cubo grande de plástico que por suerte había en un rincón.

Yo empecé a maldecirme por la luz. Había sido culpa mía. Tracy la había encendido para que me sintiera más segura. Si hubiéramos usado las linternas, habríamos tenido una oportunidad de escapar.

Cuando nos estábamos metiendo en el compartimento oímos los pasos de dos o tres hombres que se acercaban. Una voz resonó en la habitación mal iluminada.

—Tranquilas, tranquilas, venimos en son de paz.

Los otros dos soltaron una áspera carcajada.

Tracy y yo nos apretamos contra el rincón, a pesar de que sabíamos que no iba a servirnos de nada. Sólo era cuestión de tiempo que nos encontraran. Desenganché con cuidado mi móvil del cinturón y lo sostuve a mi lado. Veía cada uno de mis movimientos, por ligeros que fuesen, reflejado en la sombra, de modo que sabía que, sí movía la mano, nos descubrirían. Tracy también lo notó y, como no podía moverse para detenerme ni hablar, me miró con expresión implorante. Yo no había visto una

mirada así desde los tiempos del sótano.

Me hallaba en un dilema terrible. No podía llevarme el teléfono a la oreja sin descubrir nuestra posición, pero si no hacía una llamada, si no conseguía contactar con alguien más allá de las paredes del almacén, podía pasarnos cualquier cosa. Elegí el nombre de Jim entre mis contactos y empecé a escribir un mensaje con una sola mano. Pero ¿qué podía decirle? ¿Estoy en un almacén, en Oregón, no sé dónde exactamente? Sería inútil. Pero, como había reconocido aquella voz, escribí lentamente, impedida por mi inmovilidad forzosa, sólo dos palabras: *Noah Philben*. Era la única pista.

Nada más acabar de escribir la última letra y enviar el mensaje, los hombres, que se habían hecho una seña, se lanzaron derechos hacia nuestro rincón. Tracy dejó escapar un grito. Yo estaba tan paralizada por el miedo que no podría haber emitido ningún sonido.

Antes de que me diera tiempo a procesar lo que estaba pasando, uno de ellos me agarró, me sujetó con fuerza los brazos a la espalda con una mano y con la otra me quitó hábilmente el cinturón. Todos mis dispositivos resonaron en el suelo. El otro sujetó a Tracy con la misma firmeza y Noah Philben se acercó a mí con calma y se agachó para recoger mis teléfonos.

—Bienvenida a la sacristía, Sarah. Ah, perdona, ¿cómo dijiste que te llamabas? La verdad es que no me acuerdo. Pero de «Sarah» sí me acuerdo.

Me rozó la barbilla con la mano y me pasó lentamente un dedo por debajo. Me aparté de él casi involuntariamente. Cualquier contacto humano me repelía, pero el suyo en particular, sibilino, me resultaba insoportable. Sentía que un sudor frío empezaba a brotarme por todo el cuerpo. Cuando intenté recular, el hombre que me sujetaba me agarró con más fuerza y me empujó hacia Noah Philben.

—¿Te sorprende que sepa tu nombre, Sarah? —Se rio otra vez y se detuvo para sacar un cigarrillo—. ¿Te importa si fumo? Eso me parecía.

Encendió el cigarrillo y le dio una calada larga y parsimoniosa, luego, como era de esperar, me echó el humo directamente a la cara. Tosí, pero intenté no demostrar ninguna emoción.

—Sabía quién eras desde el principio, cariño mío. El primer día que viniste a mi oficina. ¡A mi misma puerta! No podía creer la buena suerte que había tenido. Así que, ya sabes, te hice seguir. Te hemos seguido cada paso del camino. ¿Quién creéis que eran esos tipos, los de vuestra pequeña excursión al lago?

Miré a Tracy. Parecía asustada. Yo no sabía si había algo que pudiéramos decir para salvarnos. Si hubiera creído que suplicar piedad serviría de algo, lo habría hecho. Pero notaba en los ojos de Noah Philben que no me serviría de nada, salvo para que se carcajeara. Le encantaría verme arrastrarme, pero eso no cambiaría sus planes.

—¿Queríais saber qué hacemos aquí, en este bonito almacén? Pues aquí es donde celebramos nuestros oficios, claro está. Sermones varios días por semana, ¿verdad

que sí, chicos?

Los otros dos se rieron torvamente, y el que me sujetaba aflojó un poco las manos. Miré hacia la puerta por la que habían entrado. Estaba abierta. Vi la furgoneta blanca aparcada fuera. Su silueta se recortaba contra el cielo negro. Me pareció que no había nadie más fuera, pero oí zumbiar el motor y una leve esperanza prendió dentro de mí.

Miré a Tracy para ver si ella también se había percatado de que tal vez tuviéramos una oportunidad, pero tenía la mirada perdida por el miedo y no pudo, o no quiso, mirarme. Otra vez tendría que escapar yo sola. Dudé un instante, y resultó ser un instante fatal, porque antes de que pudiera ponerme en movimiento, Noah indicó con la cabeza hacia la puerta y los hombres nos agarraron con más fuerza y nos arrastraron hacia allí.

Me resistí, pataleando y chillando con todas mis fuerzas. Mi estallido pareció sacar por fin a Tracy de su trance y ella también comenzó a gritar. Yo sabía, por las advertencias que nos habían hecho de pequeñas y por mi experiencia posterior, incluida la más devastadora, que no podía permitir que nos metieran en la furgoneta. Si no, todo estaría perdido. *Nunca te subas al coche*. Lo había aprendido por las malas.

Reuní todas las fuerzas que tenía, pero mi captor me apretó los brazos con tanta violencia que pensé que iba a arrancarme la carne de los huesos. Sentía una quemazón que conocía muy bien, y el dolor me espoleó. Me revolví violentamente, me detuve, exhausta, y luego volví a tensarme y forcejeé con todas mis fuerzas. Pero Noah no se hacía acompañar por aquellos tipos por su ingeniosa conversación. Eran fuertes como demonios. Y nos tenían atrapadas.

Sin que nos diera tiempo a analizar lo que estaba sucediendo, se abrió el portón trasero de la furgoneta y vi a siete u ocho chicas, todas más jóvenes que nosotras, macilentas y de ojos tristes, vestidas con túnicas idénticas, finas y de color blanco. Nos miraron sin emoción ni sorpresa cuando fuimos arrojadas sin ceremonias al interior de la furgoneta y aterrizamos casi encima de ellas. Ni siquiera se movieron. De hecho, apenas se dieron por enteradas de nuestra presencia. Al parecer, la llegada de chicas nuevas era cosa normal para ellas.

Logré ver cómo se cerraban las puertas traseras de la furgoneta. Oí que las de delante se abrían y volvían a cerrarse, y el ruido del motor al revolucionarse. Una mampara de metal macizo nos separaba de los conductores: ni nosotras podíamos verlos, ni ellos a nosotras. A los lados de la parte trasera había sendas ventanas estrechas y rectangulares. No las veía bien a oscuras, pero deduje que estarían tintadas de un tono de negro impenetrable. Era la furgoneta de la parroquia.

Aporreé las puertas frenéticamente hasta que Tracy me apartó y me empujó a un asiento vacío, en la parte delantera del vehículo. Noté que había cinturones de seguridad, pero que ninguna de las chicas lo llevaba abrochado. Tracy y yo nos sentamos la una al lado de la otra y yo me pasé el cinturón por delante y lo abroché con dedos temblorosos. A pesar de la situación desesperada en que nos encontrábamos, Tracy me miró enarcando las cejas. Después, sin embargo, se abrochó el suyo. No queríamos morir en un accidente de tráfico, aunque quizá para aquellas chicas fuera un destino preferible al que estaban sufriendo.

Estaba oscuro allí dentro, pero había una lucecita encendida en el techo y pude ver con bastante claridad las caras de las chicas sentadas a nuestro lado. De cerca parecían aún más jóvenes. Algunas eran guapas, o lo habían sido antes de que les chuparan la vida. Otras no lo eran, pero todas parecían medio muertas de hambre, igual que nosotras años atrás.

Reconocí la expresión de autodefensa de sus caras, como si volvieran el rostro hacia dentro, hacia cualquier pequeño puerto de abrigo que quedara dentro de sus mentes. Hacia ese rincón interior que nadie podía tocar, donde ni siquiera alcanzaba el dolor físico. Conocía ese lugar. Llevaba ya trece años viviendo en él.

La chica sentada enfrente de nosotras debía de haber llevado en tiempos un corte de pelo moderno, pero su cabello parecía ahora tan desastrado como toda su persona. Nos miró con ojos algo más humanos, menos animales, que las demás.

—¿Quiénes son estos tipos? —le susurré en la oscuridad—. ¿Adónde nos llevan?

Casi me sorprendió oír que no me temblaba la voz. La impresión había dominado mi terror, al menos temporalmente. Por el momento, estaba completamente concentrada.

En su cara se dibujó una media sonrisa que desapareció enseguida. Pensé que no iba a contestar. Cuando por fin lo hizo, noté que le faltaban un par de dientes.

—¿De verdad queréis saberlo? —preguntó.

—Sí —respondió Tracy inclinándose hacia delante en la oscuridad—. Sí, de verdad queremos saberlo. Tenemos que averiguar cómo salir de aquí.

Sentí el miedo en su voz temblorosa, a pesar de que intentaba disimularlo.

—Sí, ya, pues os deseo buena suerte —resopló la chica, y enseguida añadió—: Si lo descubris, avisadme, que me apunto. A lo que sea. Aunque dudo que lo descubráis. No sabéis lo que os espera.

—Entonces dínoslo —insistí yo.

—Hemos visto cosas horribles. Te sorprendería cuántas —añadió Tracy.

La chica nos miró de frente.

—No, no me sorprendería.

Desvió los ojos y fijó una mirada mortecina en las ventanas tintadas.

—Bueno, ¿qué creéis vosotras que es? —dijo por fin en voz baja sin desviar la mirada.

Yo no quería pensar.

Entonces me miró fijamente.

—Pues lo que sea que penséis, es peor aún.

Me dije a mí misma que aquella chica no sabía lo siniestra que podía ser mi imaginación y procuré concentrarme en algo más productivo. Como intentar escapar.

—¿Crees que conducirán toda la noche?

—Depende.

—¿De qué? —masculló Tracy sin apenas disimular su irritación.

No le gustaba jugar a las adivinanzas.

—Del pedido.

—¿Del pedido?

Yo también quería que fuera al grano. Quería saber a qué atenerme.

—Ya sabéis... —Hizo como si tecleara con los dedos—. De lo que pida el cliente por Internet. ¿Queréis un consejo? Haced exactamente lo que os digan, así duele mucho menos, en general.

Miré por las ventanillas tintadas y, mientras veía pasar la carretera por detrás de la furgoneta, intenté no imaginarme lo que estaba dando a entender aquella chica.

Tracy se inclinó y levantó la floja muñeca de la chica que estaba a su lado, que ni siquiera pareció notarlo.

—No vais atadas.

—En la furgoneta no —contestó la chica—. Tienen que tener preparada una excusa por si nos para la policía. Nosotras ya nos la sabemos. Formamos parte de una orden religiosa. —Levantó las mangas de su túnica blanca para demostrárnoslo. Luego señaló con la cabeza hacia las puertas traseras de la furgoneta—. Parece una furgoneta normal y corriente, pero han trucado el tirador por dentro, podéis creerme. No está conectado con nada.

Así que era eso. La organización religiosa de Noah Philben era una tapadera.

¿Había sido Sylvia una de esas chicas, tan ansiosa de escapar que había accedido a casarse con Jack Derber?

Meneé la cabeza, intentando alejar de mí esos pensamientos. Era absurdo pensar en eso. Nada de todo aquello importaba si no conseguíamos salir vivas de aquel aprieto. En aquel momento tenía la mente completamente despejada. A pesar del miedo, me sentía llena de energía. Igual que durante mi huida.

Era como si sólo pudiera serenarme cuando por fin pasaba lo peor. Ahora podía concentrarme. Estaba preparada para aquello. Sólo tenía que pensar. Sólo pensando podríamos salvarnos.

—¿Qué ocurre cuando llegáis a un sitio nuevo? Cuéntamelo exactamente —dije.

La chica sonrió con sorna y meneó la cabeza, tapándose la boca con la mano.

—Eso depende. A veces nos dan instrucciones especiales. A veces, ya sabes, primero tenemos que... vestarnos en algún sitio.

Señaló con la cabeza hacia un rincón de la furgoneta en el que había un gran baúl de madera cerrado con dos gruesos candados.

—Si no tenemos cita, nos llevan a uno de sus edificios y nos encierran para pasar la noche. Por lo visto tienen un montón de... instalaciones, digamos.

—¿Alguna vez os dejan solas? —preguntó Tracy en tono desesperado.

—Sólo cuando están convencidos de que por fin te han lavado el cerebro y te has sometido por completo. Cuando saben que tienes tanto miedo que no te atreverías a dar un paso. Cuando te crees las historias que te cuentan.

—¿Qué historias? —pregunté, a pesar de que temía la respuesta.

—Sobre la red de trata de blancas. Que hay una organización enorme que te perseguirá y te matará si intentas escapar. Y que también matarán a tu familia. Si tienes.

El motor de la furgoneta se revolucionó y giramos bruscamente a la derecha.

—¿Cómo acabaste tú aquí? —preguntó Tracy tras unos minutos de silencio durante los cuales digerimos las palabras de la chica, intentando asimilar lo imposible.

—Fue una idiotez, la verdad. Fui yo quien se metió en este lío. Me escapé con mi novio cuando tenía catorce años y nos fuimos a Portland haciendo autoestop. Queríamos escapar de los malos rollos que había en casa. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Fue una tontería —añadió—, pero cuando eres joven te crees que te vas a comer el mundo. En fin, ya sabéis, éramos unos críos.

Refrené mi lengua, pensando que seguía siendo una cría.

Tracy se inclinó hacia ella.

—Déjame adivinar. Drogas. ¿Qué fue? ¿Heroína? ¿Éxtasis? ¿Ketamina?

La chica la miró inexpresivamente al principio, pero luego asintió con la cabeza.

—Heroína. Era lo que le iba a Sammy. Total que... ya sabéis la historia: tenía que pagar la droga, y para eso tenía que venderla. No tenía un máster en administración de empresas, que digamos, así que la pasta escaseaba. Sobre todo porque acabó

metiéndose la mitad de la mierda que tenía.

Sacudió la cabeza, más enfadada por la falta de pericia de Sammy para los negocios que por el hecho de que fuera un camello y un adicto a la heroína.

—Así que se metió en tratos con estos señores que nos llevan. Tenía que pagar sus deudas de alguna manera.

Se encogió de hombros.

—¿Con... contigo? —pregunté, asqueada.

—Bueno... Debí imaginarme que se traía algo entre manos. Me suplicó que fuera con él a una recogida. Se puso de rodillas, lloró y me dijo que no podía hacerlo sin mí. Estuvo muy convincente. Imagino que cualquiera puede convertirse en un actor cojonudo cuando su vida depende de ello.

Se quedó callada y miró el techo. Yo no pude interpretar su expresión.

—Mirad, yo sé que me quería. Y sé que le hizo polvo tener que hacerlo, pero, ya sabéis, era él o yo. En aquel momento, sólo iba a sobrevivir uno de los dos. Y decidió que sería él. —Frunció los labios—. Es natural.

»Veréis, me llevó a un almacén en medio de la puta nada. He repasado la escena en mi cabeza como un millón de veces. Evidentemente, era mala idea. Evidentemente, no podía acabar bien. ¿Quién sabe? Puede que entrar en aquel sitio fuera una especie de suicidio. El caso es que entramos. Entramos, dos críos que llevaban una vida de mierda. Y allí estaban estos tres tíos. —Señaló con el pulgar hacia los conductores de la furgoneta—. Sentados delante de una mesita plegable diminuta, en medio de la habitación. Era muy cómico, la verdad. Porque eran... enormes, ¿sabéis? —Levantó las manos, separándolas—. Y la mesa... —Se rio—. La mesa que tenían delante era tan pequeñita...

Juntó las manos para mostrarnos las proporciones.

Se reía tanto que no pudo continuar. Esperamos en silencio. La verdad era que no le veíamos la gracia por ningún sitio.

Por fin añadió:

—Yo no sospeché nada al principio, aunque me acojoné al ver sus caras, sonriendo de oreja a oreja. Pensándolo bien, imagino que se dieron cuenta enseguida de que era pan comido. En aquel momento me dio miedo que fueran a violarme. ¡Ja! —Miró a lo lejos y tragó saliva con dificultad, pero no lloró—. Qué ingenua. Pensaba que una violación en grupo era lo peor del mundo.

Se rio, pero sin ganas esta vez. Se apartó un mechón de pelo castaño de los ojos y se lo puso detrás de la oreja.

Nos removimos las tres, inquietas, mirándonos las rodillas como si fuéramos incapaces de mirarnos y ver nuestra vergüenza compartida reflejada en los ojos de las demás. Miré a la fila de chicas sentadas a nuestro lado. Si nos estaban escuchando, lo disimulaban muy bien. Parecían absortas en sus pensamientos, o en la ausencia de ellos. Al final, la chica comenzó a hablar otra vez:

—El caso es que me agarraron y me llevaron a rastras. Sammy se puso a llorar y a

gritarme cuánto me quería. Pero vi esa expresión hipócrita en su cara y me di cuenta de que estaba en el ajo. Lloraba, claro, pero lloraba por sí mismo. Pobre Sammy, perder a su novia de este modo. Cuando le dijeron que se largara, dio media vuelta y salió corriendo por la puerta a toda pastilla. Fue listo, supongo. Me tendió una trampa y luego se largó cagando leches. Pero sé que le hizo polvo. Bueno, puede que incluso dejara las drogas por eso. Eso espero, por lo menos.

Suspiró.

A mí me asombró la capacidad que demostraba para el perdón.

—¿No estás...? ¿No lo odias?

—¿Por qué? —Suspiró de nuevo, más profundamente, y levantó la vista hacia la luz tenue del techo—. En realidad, sólo estaba siguiendo su destino. No tiene sentido agotar mis energías odiando a Sammy. Las cosas son como son. Es lo que me ha tocado en suerte. Es absurdo lamentarse, además de pasar dolor. Ahora mismo lo que tengo que hacer cada mañana es descubrir si voy a superar ese día y cómo. Y no me refiero a superarlo psicológicamente. Lo digo en sentido literal. ¿Voy-a-so-bre-vi-vir? Algunas chicas no vuelven.

—Puede que escapen —dije animosamente.

—Qué va. Lo que os decía. Mirad a estas chicas. —Sin volverse para mirarlas, hizo un gesto amplio que abarcó a las chicas de la furgoneta—. ¿Tienen pinta de estar tramando una huida? Todas creen en la red, ¿verdad que sí, chicas? —Mantuvo los ojos fijos en nosotras mientras lo decía—. Y puede que tengan razón, ¿sabéis? A fin de cuentas, estamos marcadas.

Tracy se irguió al oír aquello.

—¿Marcadas? ¿Cómo?

—Nos marcan ellos.

Se inclinó hacia delante y casi escupió las palabras. Luego se echó hacia atrás con petulancia, observando nuestra reacción.

Ninguna de las dos movió una pestaña.

—Explícate. Con detalle —ordenó Tracy enérgicamente.

La chica se señaló la cadera.

—Una marca. Justo aquí. Dicen que todos los de la «red», en el mundillo de la delincuencia, supongo que podría decirse, conoce su marca. Como si fueran ganaderos. Y que si alguien nos coge por ahí, nos devolverá a nuestros legítimos propietarios.

—¿Cómo es la marca? —pregunté aterrorizada, porque creía saber la respuesta.

—Es difícil saberlo. A mí no me gusta mirarla demasiado. No suelen curar bien, así que en algunas chicas parece simplemente un bultito de carne retorcida. Imagino que los de la red tienen habilidades especiales para ver cicatrices. Supongo que podría decirse que parece una cabeza de toro, quizás, aunque los cuernos van rectos hacia fuera y luego suben.

Para demostrárnoslo, levantó las manos por encima de la cabeza con los índices

apuntando hacia fuera.

—¿Podría ser...? ¿Es posible que sea un hombre sin cabeza con los brazos extendidos? Ya sabes, como ese dibujo de Leonardo da Vinci.

Se encogió de hombros, no sé si por lo del hombre sin cabeza o por la referencia a Da Vinci.

—No sé. Puede ser.

Me incorporé a medias, casi dando con la cabeza en el techo de la furgoneta. Me puse de lado, me desabroché los pantalones y me los bajé un poco por debajo de la cadera. Señalé mi marca, mi bultito de carne retorcida.

—¿Se parece a esta? —dije casi gritando, con un nudo en la garganta.

Se llevó los dedos a los labios y me susurró con enfado:

—¡Calla! No querrás que se paren para ver qué pasa.

Se inclinó hacia mí y eché la cadera hacia delante para que le diera la luz. Observó la marca con atención y volvió a encogerse de hombros.

—Sí, puede ser. Lo que os decía, es difícil saberlo. —Tragó saliva y de pronto pareció asustada—. Esperad un momento. ¿Significa eso que estuvisteis en la red cuando erais jóvenes y que escapasteis y os han... os han traído otra vez? ¿Que no es un farol? ¿Y que por eso sois tan, bueno, tan mayores?

Sentí que Tracy se estremecía a mi lado. ¿Tenía razón? Las dos estábamos pensando lo mismo. ¿Habían vuelto a atraparnos en su red después de tanto tiempo para devolvernos a nuestros «legítimos dueños»? ¿Aquellos diez últimos años habían sido una fantasía y de pronto habíamos vuelto a la realidad?

—Entonces —continuó, recostándose en el asiento y mirándonos fijamente—, entonces no hace falta que os diga lo que os espera, ¿no? ¿Ya lo sabéis?

Tracy se inclinó hacia ella. Sus caras casi se tocaban en la semioscuridad, bajo el resplandor tenue de la luz del techo.

—Escucha, nosotras pasamos por algo mucho peor. A mí, un puñetero psicópata me tuvo encerrada cinco años en un sótano asqueroso, encadenada a la pared, y sólo me llevaba arriba para torturarme.

Se echó hacia atrás, esperando que el rostro de la chica reflejara su impresión. Pero ella se encogió de hombros.

—Pues lo tuyo parece mucho más fácil. Me suena a que sólo tenías que soportar a un tío. Si es un solo tío, por muy tarado que esté, puedes calarle más o menos. Comprender su manera de actuar. Hacer planes. Manipularlo. No mucho, pero sí lo justo para que duela un poco menos. Pero cuando son tíos nuevos cada vez, ¿cómo narices vas a saberlo?

—No tienes ni idea de lo que dices —repuso Tracy—. Por lo menos vosotras estáis fuera, en el mundo.

—¿En el mundo? —preguntó la chica desdeñosamente—. ¿Eso te crees que es esto? A no ser que creas que los sótanos, las habitaciones acolchadas y las celdas construidas expresamente para eso y...

Se calló de improviso, se mordió el labio y desvió la mirada.

Cuando se volvió hacia nosotras, tenía los ojos velados y oscurecidos. Su pose de chica dura desapareció una fracción de segundo, y vi en su cara, únicamente, miedo y dolor.

No me gustaron las imágenes que inundaron de pronto mi cabeza. No quería saber qué había causado el dolor que veía en su semblante.

—¿Por qué no nos centramos en lo que estamos haciendo aquí? Da igual quién haya sufrido más hasta ahora. Vamos a centrarnos en cómo impedir que suframos todas a partir de ahora. —Me volví hacia las caras zombificadas que había a mi lado, en la furgoneta—. Chicas, somos más que ellos.

La chica de pelo corto se volvió hacia mí. Esta vez había un destello de ira en su mirada.

—¡Cállate! —siseó ferozmente, con un temblor en los labios—. Si intentas provocar un motín, se chivarán de ti en menos de seis segundos. Se mueren de ganas de informar. Luego les dan un día libre. Un día entero sin que nadie las toque. Así que cállate la puta boca.

La miré con incredulidad y luego miré a Tracy con la esperanza de que entendiera la situación. Yo nunca había hecho algo tan malo. Quería que lo comprendiera: eran los estragos del sufrimiento. Pero su cara parecía tan impasible como la de una estatua.

La chica dejó de hablar de repente.

En medio del silencio, mientras la furgoneta seguía avanzando a través de la noche con un suave murmullo, pensé en lo que nos había dicho y mi calma comenzó a disiparse. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a salirse del cuerpo.

Pasadas un par de horas, cuando empezaba a amanecer, la furgoneta torció bruscamente y avanzó zarandeándose por lo que parecía una pista de tierra. Chirriaba ruidosamente, hasta que poco a poco nos fuimos deteniendo. Tracy y yo nos pusimos alerta, y ella tocó a la chica en la pierna para despertarla. Sacudió la cabeza despacio para despejarse. Al principio pareció confusa. Luego, al reconocernos, asintió con un gesto.

Tracy se inclinó hacia ella y susurró:

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—¿Qué? —masculló, todavía confusa.

Me pregunté si habría olvidado su nombre en medio de todo aquello.

—¿Cómo te llamas? —repitió Tracy.

—Ah, sí, eso. —Nos sonrió con sus dientes mellados—. Hace mucho que nadie me lo pregunta. Me llamo Jenny.

Jenny. Al oír aquel nombre sentí una sacudida de valentía. Miré a Tracy y vi mi propia determinación reflejada en su semblante. Nos preparamos para el momento en que se abriera la puerta.

Estuvimos largo rato allí sentadas, con la furgoneta al ralenti y los asientos vibrando ligeramente bajo nosotras. El motor se apagó. Se abrieron las puertas delanteras y volvieron a cerrarse de golpe. Luego se hizo el silencio. Un denso silencio. Pasaron cinco minutos. Diez.

Con los brazos tensos, nos aferramos al frío vinilo de los asientos y esperamos. En cierto momento alguien levantó el tirador exterior del portón trasero, pero no sucedió nada. Luego la puerta del conductor se abrió chirriando con enloquecedora lentitud, centímetro a centímetro. Era como si quisieran ponernos nerviosas. Nos quedamos muy quietas, escuchando. Entonces, se oyó el sonido, sordo y repentino, de la cerradura. Venían a por nosotras.

—No sé quién es —susurró Jenny—. Conozco todos sus movimientos. Debe de ser uno nuevo.

—Mejor, ¿no? —dijo Tracy con optimismo, aunque su voz delataba el miedo que tenía—. Seguro que no conoce la rutina. Podemos pillarlo por sorpresa.

Jenny se incorporó a medias y se acercó a las puertas. La seguimos, pasando a empujones entre las rodillas y los pies de las otras chicas, que seguían intentando dormir mientras todavía podían.

Entonces, súbitamente, se abrieron las puertas. En lugar de saltar, lista para arrollar a quien se me pusiera por delante, me quedé paralizada, clavada en el sitio, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Una fracción de segundo después oí la voz temblorosa de Tracy detrás de mí.

—¡¡Christine!!!

En aquel momento no entendí cómo era posible, pero, en efecto, allí estaba Christine, en todo su esplendor de Park Avenue, vestida con el uniforme típico de Nueva York, toda de negro, perfectamente peinada y arreglada para hacer una excursión durante la temporada del cambio de hoja otoñal. Abrió de par en par las puertas de la furgoneta y miró con horror su cargamento humano. Luego se puso en acción.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Vamos! —susurró en tono enérgico, como una mamá de los suburbios ordenando al equipo de *lacrosse* del instituto bajar del coche.

Salimos atropelladamente de la furgoneta y las chicas del fondo se sacudieron bruscamente el sopor. Tracy las sujetó de los brazos y las hizo bajar. Algunas estaban atontadas y no entendían lo que estaba pasando. Ni siquiera yo lo entendía. ¿Qué hacía Christine allí?

Pero no había tiempo para preguntas.

Una vez que estuvimos todas fuera, Tracy bajó de un salto y miró a las chicas, que seguían aturcidas.

—Chicas, no seáis idiotas. ¡Corred!

Miré rápidamente a mi alrededor. La furgoneta estaba aparcada detrás de un

establo medio derruido, en medio de un frondoso campo de centeno y enfrente de una casa de labor igualmente decrepita y envuelta en oscuridad, salvo por una ventana iluminada. No perdí el tiempo en Christine y eché correr colina abajo, alejándome de la casa para adentrarme en el bosque. Corrí como alma que lleva el diablo.

En cierto modo tuvo que ser una imagen bella y etérea: todas esas chicas descalzas y con sus vaporosas túnicas blancas corriendo cuesta abajo a toda velocidad entre los árboles de un agreste paraíso rural. Como ninfas. Como serafines.

El tiempo transcurría a cámara lenta, como en un sueño fluido y extremadamente vívido. Los rostros de las chicas reflejaban su estupor, su pánico, su desorientación absoluta. Vislumbraba túnicas blancas como destellos entre las ramas. Tracy, Christine y yo nos distinguíamos sin dificultad mientras el grupo se abría en abanico: éramos los únicos puntos negros en medio del blanco torrente que corría colina abajo.

De pronto me sentí eufórica. Me reí a carcajadas. A carcajadas, entre la luz del alba que brillaba a través del verdor de los árboles. Miré a Tracy y a Christine. Me oyeron y de algún modo mi alegría, mi alegría por estar libre, por habernos librado por los pelos, porque Christine hubiera aparecido para rescatarnos al despuntar el día, elevó mi espíritu y no pude parar de reír. Se unieron a mí y al poco rato corríamos las tres tropezando y tambaleándonos, riéndonos histéricas, enloquecidas, frenéticas, sin dejar de avanzar por el bosque.

Al cabo de un rato llegamos a un claro. Christine aflojó el paso para mirar su teléfono. Luego se paró y se puso a escribir un mensaje como una loca. Varias chicas habían dejado de correr por puro agotamiento, y muchas se agarraban el costado intentando aliviar los calambres. Nos congregamos en el claro e intentamos recuperar el aliento sin dejar de aguzar el oído por si alguien nos perseguía. El bosque estaba completamente en silencio. No se oían perros, ni hombres, ni disparos. Reinaba una quietud fantasmal.

Christine se reía entre lágrimas. Justo cuando iba a preguntarle qué debíamos hacer, oí el ruido de los helicópteros. Debían de ser cuatro o cinco: el estruendo de sus aspas girando se mezclaba en mis oídos formando un solo rugido. Christine se acercó corriendo a nosotras con los brazos abiertos de par en par, indicándonos que nos agachásemos. Las chicas de blanco levantaron la mirada estupefactas cuando uno de los helicópteros descendió sobre el claro.

Cuando aterrizó el primero, un hombre alto, con un chaleco antibalas negro y mono negro de aviador, se apeó de un salto y echó a andar hacia nosotras al tiempo que hablaba por un micrófono sujeto a su hombro.

—¡Jim! —grité.

Estuve a punto de echar a correr hacia él, pero me refrené al ver que Tracy y Christine venían a mi lado.

Nos miró meneando la cabeza. Luego sonrió.

—Sarah, ¿recuerdas que sólo te pedía que testificaras en la vista? Y mira en lo que te has metido.

Hizo amago de abrazarme, pero se contuvo en el último segundo como si recordara cuál era la situación. Tracy, en cambio, se lanzó en sus brazos, igual que Christine un momento después. Estaban locas de alegría, dándole las gracias una y otra vez por venir.

Jim me miró mientras lo abrazaban. Sólo pude sonreírle débilmente. Me devolvió la sonrisa sosteniéndome la mirada con ojos llenos de piedad y de una ternura que me pilló por sorpresa. Es humano, me dije al apartar la mirada, emocionada de pronto. Sobre todo para ser un agente del FBI.

Poco a poco nos hicieron subir a los helicópteros y aproximadamente una hora después aterrizamos en el aparcamiento de una comisaría que, según descubrí poco después, era la de un pueblecito de las afueras de Portland. Era un achaparrado edificio de ladrillo construido en los años cincuenta y daba la impresión de no haber sufrido ninguna reforma desde entonces. Dentro, las baldosas de linóleo del suelo estaban levantadas por las esquinas y la pintura de las paredes descolorida y descascarillada, manchada con esa pátina negra y mate que surge inevitablemente del roce con la carne humana durante décadas y décadas.

Todos los agentes de policía del condado parecían haberse reunido allí, y todos los periodistas y cámaras del estado parecían haber acampado fuera. Tres ambulancias con las sirenas encendidas aguardaban nuestra llegada, y el personal médico corrió a atendernos en cuanto entramos en el edificio.

Unos minutos después me senté ante la mesa de un agente, envuelta en una manta, mientras el policía permanecía de pie a un lado, boquiabierto. Alguien me dio una taza de café y tomé un sorbo. Christine y Tracy estaban sentadas en sendas sillas de oficina con ruedas, flanqueándome, y Christine movía ligeramente la suya adelante y atrás con ritmo nervioso.

Aquella escena me retrotrajo a otra parecida sucedida diez años atrás, sólo que ahora estaba rodeada de chicas cubiertas con túnicas hasta los pies, algunas hablando con agentes de policía, otras bebiendo café y mirando al frente, todas ellas intentando dar sentido a aquel nuevo acontecimiento. Yo sabía lo confusas que debían de sentirse. Para mí, en cambio, era una especie de regreso a casa.

—Algún día vais a tener que explicarme qué ha pasado, pero ahora mismo me conformo con estar sentada en esta mesa, en esta comisaría tan pequeña y graciosa, bebiendo este café que parece alquitrán —dije.

En ese momento me sentía casi verdaderamente feliz. En lugar de revivir mi trauma, me sentía llena de energía. Aquella situación me parecía el discurrir normal de la vida. A aquello sí podía enfrentarme. Era más fácil que esperar lo que pudiera ocurrir.

—Bueno, la verdad es que es muy sencillo —dijo Christine—. Ayer por la mañana, cuando me llamó Tracy para contarme lo de la lista...

—¿Qué lista? —pregunté con la mente en blanco por el *shock*.

—Sí, ya sabes, la lista de Jim de las chicas desaparecidas durante los congresos

académicos de Jack Derber.

Asentí con la cabeza y continuó:

—Cuando me lo dijo, fue como si algo se rompiera dentro de mí y comprendí que tenía que ayudar a impedir que Jack salga de prisión. A fin de cuentas, como me dijisteis, tengo hijas. Pero no fue sólo eso. Desde que os vi no he parado de pensar en vuestra búsqueda. Todos estos años he intentado olvidar nuestro pasado. Me daba miedo acercarme a ese borde por si me caía por el precipicio. Pero si todas esas chicas están por ahí, en alguna parte... Tenía que hacerlo.

Respiró hondo.

—Así que le dije a mi marido que mi prima estaba enferma y que tenía que coger un avión ese mismo día. Llevó a las niñas a Connecticut, a casa de sus padres, porque, ya sabéis, la semana que viene tiene una «semana de locos».

Sonreímos las tres al oírlo.

—El caso es que saqué un billete para el vuelo siguiente y llamé a Jim desde el aeropuerto. Me dijo dónde os alojabais.

Tracy hizo un gesto afirmativo.

—Ese era el avión que tenías que coger.

—¿Y Jim cómo se...? —empecé a decir, pero se encogió de hombros antes de que me diera tiempo a acabar la pregunta.

Evidentemente, Jim había estado vigilándonos más de lo que decía.

—Llegué al aparcamiento del hotel anoche, a última hora —prosiguió Christine— y me quedé dentro del coche que había alquilado, una hora, quizá, pensando si de verdad podía seguir adelante. Cuando por fin me convencí de que sí y abrí la puerta del coche, os vi pasar detrás de mí y salir a toda pastilla del aparcamiento. Os seguí, intentando mantenerme lo bastante cerca para que os fijarais en mí. Pero ibais muy despistadas y ahora entiendo por qué, teniendo en cuenta dónde ibais.

»Os perdí un rato y retrocedí, hasta que vi vuestro coche aparcado cerca de la carretera. Tracy me había hablado del almacén, así que enseguida me di cuenta de lo que pasaba. Me metí por el camino más cercano a vuestro coche, porque ni en sueños pensaba ir a pie, y cuando llegué a lo alto de la cuesta, vi delante de mí las luces traseras de un coche.

»Me asusté y apagué las luces y el motor, sin saber qué hacer. Un minuto después vi que esos hombres os metían a empujones en la parte de atrás de la furgoneta. Me entró el pánico y llamé enseguida a Jim. Me dijo que volviera al hotel, que él se encargaba de todo. Pero ¿cómo iba a encontrar la furgoneta en aquellos caminos, en medio de la nada? Además, tenía la horrible sensación de que iban a llevaros a algún sitio para mataros.

»Jim refunfuñó, pero seguimos hablando por teléfono mientras os seguía desde lejos. Dijo que podía localizar mi ubicación por el móvil, aunque tardaría un poco en resolverlo a través de la compañía telefónica. Pero no había tiempo. Entonces me acordé de la aplicación de seguimiento de mi iPhone, la que uso con mi niñera.

Advirtió mi expresión de desconcierto.

—Con esa aplicación —explicó—, puedes informar a otros de tu locación de GPS en tiempo real. Jim la utilizó para tenerme localizada mientras yo seguía a la furgoneta.

Asentí con la cabeza, admirada. Como era de esperar, Christine tenía los últimos avances tecnológicos.

—¿Cómo es que fuiste tú quien nos sacó de la furgoneta, entonces? —preguntó Tracy.

—Cuando llegamos a la granja, los hombres entraron en la casa. Habían escondido la furgoneta detrás del establo, así que pensé que podría llegar hasta ella sin que me vieran. Jim estaba todavía a unos minutos de distancia, y yo no quería que esos tipos volvieran y os mataran a tiros antes de que llegara. Así que me lancé. Pero, como no se abrían las puertas de la parte de atrás, subí a la cabina. Al principio no sabía cómo funcionaban los cierres. No era precisamente un Lexus —añadió.

Tracy puso los ojos en blanco, pero Christine se limitó a sonreírle.

—Al final encontré la palanca —añadió— y oí que se abrían las puertas.

—Dios mío, Christine —dije asombrada—, no puedo creer que hayas hecho eso. No sé qué decir.

Sonrió, radiante. Yo, que me acordaba de sus tiempos en el sótano, no me esperaba aquello. Quizá fuera cierto lo que le había dicho a Jim, que se había recuperado por completo. ¿Y si, de hecho, nuestro espantoso pasado la había hecho más fuerte? Me dio envidia.

Jim me miró a los ojos desde el otro lado de la sala y lo saludé con la mano. Se acercó primero a Christine.

—Entiendes el peligro que has corrido, ¿verdad? ¿Sabes lo que podría haberte pasado?

Parecía sinceramente disgustado.

Ella respondió tranquilamente con su marcado acento del Upper East Side:

—Sí, sé perfectamente lo que podría haber pasado, Jim. Por eso sabía que no podía quedarme esperando a que pasara lo peor.

Él asintió despacio con la cabeza, dándole la razón, y luego se volvió hacia mí y me pasó mi teléfono. Debían de haberlo recuperado en el almacén.

—Por lo visto te dejaste esto. —Sonrió con amabilidad—. ¿Cómo estás, Sarah?

—Sobreviviré. Otra vez. —Le sonreí—. ¿Lo habéis atrapado?

Pareció avergonzado un instante. Luego se repuso y adoptó su pose más profesional.

—No, pero en estos momentos estamos vigilando su complejo, en Keeler. —Se acercó un poco y me miró muy serio—. Sarah, siento que pareciera que no me estaba tomando muy en serio lo que habías descubierto. Pero la verdad es que yo también he hecho mis deberes. Después de hablar contigo, estuve haciendo averiguaciones. Nos informamos sobre La Cúpula. Según el registro de la propiedad, su titularidad es muy

compleja: un montón de empresas fantasma que a su vez son propietarias de otras empresas fantasma. Pero nuestros expertos en investigación financiera descubrieron que los dueños del club estaban asociados con una de las empresas de Noah Philben. Creemos que estaban utilizándolo como centro de distribución y que gestionaban gran parte de sus operaciones económicas desde allí.

—¿Qué hay de la marca, del hombre sin cabeza? Todas estas chicas están marcadas. Y Noah Philben sabía quién soy. Mi verdadero nombre. Tiene que haber alguna relación con Jack Derber. Si podemos demostrar que Jack Derber está metido en esa red de tráfico de personas, seguirá en la cárcel el resto de su vida, ¿verdad?

Jim vaciló.

—Si te digo la verdad, Sarah, tengo la teoría de que quizá Jack esté al frente de toda la operación. Y que está utilizando a Sylvia como mensajera. Todavía no tengo pruebas sólidas, pero estoy en ello.

Me quedé mirándolo. ¿De veras podía Jack Derber seguir controlando tantas vidas, incluso estando encerrado? La idea me puso enferma, pero antes de que pudiera responder uno de los colegas de Jim se lo llevó para que echara un vistazo a una pantalla de ordenador, unas mesas más allá.

Al volverme, vi que Jenny rodeaba lentamente las mesas y las sillas de la sala para acercarse a nosotras.

—Sólo quería... daros las gracias. Estoy aquí, fuera, así que... Bueno, gracias.

—¿Te vas? ¿No tienen que tomarte declaración? ¿Para asegurarse de que tienen todas las pruebas que necesitan?

Jenny miró a las otras chicas de la sala, algunas sentadas frente a las mesas, otras de pie en los rincones, todas ellas aturdidas.

—Tienen declaraciones de sobra para seguir adelante. Yo necesito salir de aquí. Este sitio hace que me sienta como si fuera yo la que ha hecho algo malo. Quién sabe, puede que en cualquier momento cambien las tornas y nos acusen de prostitución. Así funcionan las cosas. En todo caso, a mí nadie va a volver a encerrarme.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. ¿A una casa de acogida para pasar la noche? Algo así. Da igual. Ahora soy libre y pienso seguir siéndolo.

Sin decir nada más, se escabulló por la puerta sin mirar atrás.

A Jim lo había llamado otro agente y estaban hablando los dos con una de las chicas de la furgoneta. La chica tenía la cara oculta por el pelo largo y apelmazado, pero noté por cómo le temblaban los hombros que lloraba con fuerza mientras contaba su historia.

Jim y el otro policía palidieron al escucharla. Cuando concluyó, se sentó y apoyó la cabeza en la mesa, sin hacer caso de los papeles, las carpetas y el perforador de tres agujeros que había encima de ella. Jim no perdió ni un segundo: volviéndose hacia el otro agente, comenzó a repartir órdenes al tiempo que sacaba su móvil y marcaba un número. El otro agente, más joven que él, tomó nota escribiendo a toda

prisa, mirando a Jim cada pocos segundos y haciendo gestos afirmativos con la cabeza.

Jim se acercó a nosotras en dos zancadas mientras daba indicaciones por teléfono. Colgó al llegar a nuestro lado.

—Escuchad, estas mujeres nos están contando historias muy preocupantes. No he visto nada parecido en los veintitrés años que llevo en el FBI. No se trata de una red de prostitución corriente. —Hizo una pausa, pensando quizá que no estábamos preparadas para escuchar lo más terrible—. Vendían a esas chicas para torturarlas. Como esclavas. Me voy al complejo de Noah Philben ahora mismo. Vamos a entrar.

Me puse enferma. Aquello parecía llevar la impronta de Jack Derber.

Jim nos dio la espalda para hacer otra llamada, tapándose el otro oído con dos dedos para aislarse del ruido. Después volvió a nuestro lado mientras los agentes de policía pasaban a toda prisa por la sala y fuera bramaban las sirenas.

—Estoy organizando las cosas para que vayáis a otro hotel. Vamos a mandar a alguien a que recoja vuestras cosas. Y os he asignado una escolta de seguridad. Vamos a conseguir un coche de alquiler porque hemos requisado el otro como prueba y el agente Grunnell va a acompañaros. Quedaos en vuestras habitaciones hasta nuevo aviso.

Asentimos obedientemente, desorientadas por la actividad frenética que se desarrollaba a nuestro alrededor y vimos salir a Jim.

Pero, a pesar de todo, una pequeña parte de mí tenía la sensación de que nuestra labor allí no había terminado. Me volví a Tracy y a Christine.

—Bueno, ¿qué decís? ¿Esperamos en el hotel como víctimas obedientes?

—Ni pensarlo —resopló Tracy—. Bastantes años hemos perdido ya haciendo ese papel, en mi opinión. —Se giró hacia mí—. ¿Qué hacemos ahora?

Pensé un momento, contenta de que estuviera de acuerdo conmigo.

—Es hora de que también nosotras regresemos a Keeler. Me parece que tenéis que conocer a la ex de Noah.

Por suerte, el agente Grunnell estaba desbordado y no se resistió mucho cuando le dijimos que podíamos irnos solas al hotel. Nos anotó la dirección en el dorso de su tarjeta y dijo que nos veríamos allí una hora después, más o menos. Asentimos solemnemente y le dijimos adiós con la mano al subir a nuestro nuevo coche de alquiler. Confié en que no se metiera en un lío muy gordo cuando Jim descubriera que nos había dejado marchar así como así.

Empezaba a notarse que no habíamos pegado ojo en toda la noche y que era la adrenalina lo único que nos mantenía en pie. Estábamos hechas polvo. Aun así, yo estaba decidida a hablar con Helen Watson, la exmujer de Noah, antes de que se enterara por otros de lo ocurrido. Esperaba que, con la impresión de la noticia, se animara a revelarnos algo más, algo que tal vez no querría contarle a nadie.

Quizá fuera por el agotamiento, pero Tracy condujo más deprisa que de costumbre. Mucho más deprisa, desde luego, de lo que a mí me parecía estrictamente necesario. Cada vez que tomaba una curva yo clavaba el pie en el suelo del coche, pisando el freno imaginario del lado del copiloto. Ella me sonreía y me decía que me relajara, pero seguía acelerando.

Intenté olvidarme de las estadísticas de accidentes de tráfico que sentía el impulso de recitar de memoria y me puse a contarle a Christine lo que habíamos descubierto hasta el momento. Noté que daba vueltas a las cosas que le decía y que le afectaban tanto como a nosotras. Ahora estábamos las tres en el mismo barco. Llamó a su marido para decirle que su prima estaba peor de lo que pensaba y que tendría que quedarse unos días más para echar una mano.

Cuando colgó, me vibró el teléfono en el bolsillo. No reconocí el número, pero era de aquella zona. Adele. Y parecía más alterada de lo que yo la había visto nunca antes. Casi temblorosa.

—¿Has visto las noticias? —preguntó con voz trémula.

—No —contesté—, pero me lo puedo imaginar.

—¿Imaginártelo? ¿Has estado metida en eso? ¿Tiene que ver con tu búsqueda de Sylvia?

—Podría decirse así. ¿Qué han dicho las noticias?

—Que el FBI está buscando a ese tal Noah Philben, el pastor de la Iglesia de Sylvia. No han dicho por qué exactamente, pero tienen rodeada su sede. Lo están transmitiendo en directo en el Canal Diez. ¿Estás allí?

—Eh, no. Vamos... vamos al hotel a esperar novedades.

—¿Quieres que nos veamos? ¿En qué hotel estás?

—Vamos a tardar un rato en llegar. Es el Hermitage, en...

—Sí, lo conozco. ¿A las nueve de la noche, digamos? En el bar del vestíbulo.

Nada más colgar entramos en el aparcamiento de la iglesia y nos miramos consternadas. Estaba casi lleno. Habíamos perdido la noción del tiempo y

acabábamos de darnos cuenta de que era domingo por la mañana, el momento menos propicio para nuestra visita. Aun así, sabíamos que no podíamos dejarlo para más adelante. Aparcamos en el último hueco libre y, al salir del coche, nos miramos las unas a las otras, fijándonos en nuestra ropa negra, sucia de la noche anterior.

—¿Creéis que nos dejarán entrar? —preguntó Tracy, mirando sus Converse negras cubiertas de barro.

—Claro —contesté a pesar de que estaba acordándome de lo poco cordial que se había mostrado Helen Watson la vez anterior—. No creo que puedan echarme de un oficio religioso. Me parece que son las normas. Nos sentaremos al fondo.

Abrimos con esfuerzo las enormes puertas de madera de la iglesia. Las graves notas de un órgano llegaron hasta nosotras mientras cruzábamos despacio el vestíbulo hacia la nave principal, donde encontramos filas y filas de familias de aspecto honrado y normal, escuchando con atención el oficio.

Al acabar el último himno, los fieles se sentaron y el ministro dio la bendición final. Cuando la gente empezó a salir sonriendo y saludando a sus amigos y vecinos (y hasta a nosotras), me sorprendió la sensación general de bienestar que emanaba de la multitud, como si todas aquellas personas formaran una auténtica comunidad.

Miré las altas ventanas de la iglesia y, mientras admiraba los largos haces de luz que pasaban beatíficamente por ellas, me acordé de mi primera visita. Convencida de que la bienvenida de Helen Watson no sería, ni mucho menos, tan calurosa, me armé de valor.

La iglesia quedó por fin vacía, con excepción del ministro, que estaba guardando el breviario en el altar. Nos acercamos a él un poco avergonzadas, conscientes de que no íbamos precisamente vestidas de domingo. Se detuvo, volvió despacio los ojos hacia nosotras y nos observó detenidamente.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó, me pareció que sin mucho entusiasmo.

—Estamos buscando a Helen Watson. ¿Está por aquí?

—Ah, sí —dijo, visiblemente aliviado por poder librarse de nosotras con tanta facilidad—. Está en la sala de recepción, sirviendo el café y los dulces. Por esa puerta.

Seguimos sus indicaciones y nos encontramos en la entrada de una sala atestada de gente en la que Helen Watson daba la bienvenida a cada familia que llegaba. Cuando el último feligrés hubo cruzado la puerta, nos acercamos a ella. Pero en cuanto me vio frunció el entrecejo, cerró rápidamente la puerta de la sala a su espalda sin hacer ruido y nos indicó que la siguiéramos por el pasillo.

Nos condujo a una capillita lateral que parecía diseñada para el recogimiento y la oración. Cerró la puerta y, cruzando los brazos, esperó a que nos sentáramos.

Empezó a hablar despacio, escogiendo bien sus palabras:

—No sé quién es usted en realidad ni por qué ha vuelto a mi iglesia, pero ya le he dicho que no puedo ayudarla a encontrar a Sylvia Dunham. No la conozco. Nunca he coincidido con ella. No tengo nada que decir. Pero si es imprescindible que hable

conmigo, le agradecería que primero concertara una cita. En otro momento. Y en otro lugar —añadió mirando el crucifijo de la pared.

—Discúlpeme, señora Watson. Le pido perdón por molestarla aquí, pero se trata de un asunto muy urgente y no sabíamos en qué otro sitio podíamos encontrarla —dije yo.

No contestó, se limitó a esperar a que continuara. Decidí ir al grano.

—Señora Watson, pronto leerá en los periódicos que el FBI está buscando a Noah Philben.

Me pareció detectar un destello de horror bajo su apariencia glacial, pero aun así consiguió disimular sus emociones.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Nada, salvo que su nombre saldrá a relucir en algún momento, cuando la policía descubra que estuvo vinculada con él en el pasado. No tardarán mucho en averiguarlo.

Enarcó las cejas sin dejar traslucir nada.

—En estos momentos están registrando su sede.

Noté que, al oír aquellas palabras, bajaba un poquito los hombros y respiraba hondo bruscamente. Aunque intentara ocultarlo, la noticia la había afectado visiblemente. Tracy también se dio cuenta.

—¿Se alegra de ello? —preguntó.

Helen Watson se quedó callada un momento. Luego contestó con cierta reticencia:

—Pues sí, me alegro. Nunca me ha... nunca me ha dado buena sensación esa... organización.

—¿Por qué? —preguntó Christine inclinándose hacia delante.

—Por decirlo sencillamente, me parecía una secta. Y no soy la única que lo piensa. Claro que yo no sé nada sobre esa organización. Y lo último que quiero es que me involucren en esto —añadió precipitadamente.

—Señora Watson, sé que cuando era joven se marchó usted con Noah. No se supo nada de usted durante dos años. ¿Qué ocurrió?

Se irguió, al mismo tiempo sorprendida y ofendida de que le mencionáramos aquellos hechos. Supuse que era una de esas cosas de las que la gente hablaba en voz baja en el aparcamiento de la iglesia, sin decírselo nunca a la cara. Nos miró con atención y por fin se sentó en una silla. Saltaba a la vista que nos estaba tomando en serio.

—Es cierto. ¿Y a quién tengo que agradecerle que haya difundido esa información? Fue una época muy dura de mi vida y no quiero revivirla.

—¿Qué ocurrió, Helen? —Ahora fui yo quien se inclinó hacia delante—. Díganoslo, por favor. Mire, si le cuento nuestro secreto, tal vez comprenda por qué necesitamos saberlo.

Miré a Tracy y a Christine pidiéndoles permiso para continuar y ambas asintieron

con un gesto.

—Sé que le dije que me llamo Caroline Morrow. Pero no es cierto. En realidad me llamo Sarah Farber, y esta es Tracy Lewes, y esta Christine McMasters. ¿Reconoce nuestros nombres, señora Watson?

Nos miró con incredulidad. No era agradable ser tan famosa.

—¿Son las chicas... las chicas a las que Jack Derber tuvo tantos años encerradas en el sótano?

—Yo no diría que era un sótano, exactamente, pero sí. Somos nosotras.

Se le saltaron las lágrimas.

—Siento muchísimo esas cosas terribles que les pasaron, pero ¿qué tiene eso que ver con Noah? Quiero decir que él tenía sus problemas, claro. —Estaba escogiendo con cautela sus palabras. Resultaba evidente que temía a Noah Philben—. Pero no tenía ninguna relación con Jack Derber.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar, señora Watson. ¿Tenía algo que ver con Jack Derber? Creemos que hay algún vínculo —afirmé.

—Y creemos que, cuando sepa lo que ha hecho Noah, comprenderá por qué es tan importante para nosotras averiguarlo —añadió Tracy.

Al oír aquello se alarmó de pronto.

—¿Qué es...? ¿Qué ha hecho?

—Traficar con personas, señora Watson. Se dedicaba a vender chicas. Su organización religiosa, o como se la quiera llamar, era sólo una tapadera. Y creemos que Jack Derber está en medio de todo eso.

Vimos con sorpresa que su envaramiento se desintegraba al oír esas palabras y que comenzaba a llorar en voz baja. Sacó un pañuelo para enjugarse los ojos, pero, cuanto más intentaba contener las lágrimas, más fuerte sollozaba. Tracy y yo nos miramos a través de la habitación. Sabía algo. Detrás de una emoción tan intensa tenía que esconderse algún tipo de culpa. Le dimos un minuto antes de continuar. Ninguna de nosotras estaba muy segura de cómo proceder.

—Señora Watson —comencé yo—, sé que para usted debe de ser muy duro saber que alguien a quien... quiso una vez... y a quien conoce desde la infancia...

Meneó la cabeza y se irguió en la silla, tapándose la boca con la mano. Miró por la ventana pensativa y respiró hondo.

—Desde la infancia no. Vine a vivir aquí siendo adolescente. Empezamos a salir cuando yo tenía dieciséis años, pero estábamos... Discúlpeme. —Se tapó la cara con las manos y cuando las retiró parecía más calmada—. Estábamos tan... unidos que pensaba que... Quiero decir que me preocupaba lo de la organización religiosa, pero pensé... pensé que era sólo por dinero. Ya saben que las sectas hacen que la gente les entregue su dinero y todo eso. Aun así, rezaba mucho por Noah. Rezaba por él todos los días. Confiaba en que encontrara alivio a esos sentimientos suyos tan problemáticos.

—¿Qué sentimientos problemáticos? —preguntó Christine con delicadeza.

La señora Watson se enderezó, intentando aún recuperar la compostura. Se enjugó los ojos otra vez y suspiró.

—Era... Cada cual tiene su cruz. Ya saben, tentaciones que resistir. Noah llevaba dentro mucha ira. Su padre era un hombre maravilloso, el ministro de mi parroquia. Así fue como conocí a Noah. Pero al ir conociéndolo mejor, me di cuenta de que odiaba a su padre. Yo no podía entenderlo. Quizá fuera porque su padre tenía mucha influencia sobre la parroquia y aun así no se aprovechaba de su papel... ni para obtener beneficios económicos, ni favores personales, ni nada de lo que valoraba Noah. Si les digo la verdad, ni siquiera sé qué quería sacar Noah de ahí.

»Advertí muy pronto esos sentimientos suyos, pero no hice caso. Era joven. Él también. Me resistía a creer que el chico al que quería llevara eso dentro. Además, al principio conmigo era todo dulzura. Como si manara miel de su boca. Estaba obnubilada. Así que nos escapamos y nos fuimos a vivir a Tollen. Allí estábamos, en un pueblo nuevo en el que no conocía a nadie. Él me mantenía completamente aislada. Fue... fue muy duro.

De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas al retrotraerse a aquella época. Estaba claro que no había hablado de aquellos hechos desde que sucedieron. Al parecer, se había guardado dentro aquella historia y, al empezar a contarla, sintió la necesidad de desahogarse por completo. Le gustara o no.

—¿La maltrató, señora Watson? ¿Qué la impulsó a marcharse? —preguntó Tracy con suavidad.

—Yo...

Se tapó la cara con las manos y se quedó quieta un minuto largo. Esperamos. Cuando por fin bajó las manos, había logrado recomponer nuevamente aquella severa expresión de esposa del predicador que yo había visto antes.

—La verdad es que no quiero hablar de ello.

Se secó una lágrima suelta.

Me levanté y me acerqué a la ventana para mirar la pintoresca plaza.

—Señora Watson —dije sin apartar los ojos de la ventana—, esas chicas en túnica blanca que iban en la furgoneta por el pueblo no estaban ahí por voluntad propia. Eran esclavas. Algunas habían sido secuestradas, a otras las habían vendido sus parejas o sus familias, y a otras las habían engañado. Pero todas eran esclavas. Obligadas a hacer cosas inenarrables contra su voluntad. Verá, señora Watson, no se trataba de prostitución corriente, por espantosa que sea. A esas chicas las torturaban. ¿Hay un destino peor? ¿No puede ayudarnos a comprender lo que ha pasado?

Me volví hacia ella, esta vez con lágrimas en los ojos.

Nos miró sucesivamente a las tres, visiblemente conmovida por mis palabras, pero sin saber si quería dar el paso siguiente y confiar en nosotras.

Yo repetí la pregunta de Tracy con más firmeza:

—¿Por qué se marchó?

Guardó silencio mientras toda clase de emociones surcaban su semblante. Ya no

lloraba, pero advertí un cambio en su respiración, más rápida y ansiosa. Conocía bien aquella pauta. Estaba a punto de derrumbarse.

—Me marché porque... —Su voz se convirtió en un susurro—. Porque me dijo que hiciera eso.

—¿Que hiciera qué? —insistió Christine en voz baja.

—Quería que... —Cerró los ojos—. Que me vendiera.

Abrió los ojos otra vez y nos miró por turnos, como si calibrara nuestra reacción. Como no demostramos sorpresa, sólo empatía, añadió atropelladamente:

—Nos habíamos quedado sin dinero. Él intentó fundar una Iglesia, pero teníamos muy pocos feligreses, en un local pequeño y destartado que alquiló con los pocos ahorros que le quedaban. Así que me... me pidió que hiciera algo por él, por los dos. Le dije que no. Y cuando me negué, me... me dio una paliza y me encerró en el dormitorio.

»Esa noche salió y yo encontré una horquilla en mi joyero. Abrí la cerradura. Tardé horas, Dios mío. Pero lo conseguí.

Vi que revivía aquel instante, la euforia cuando por fin cedió la cerradura.

—Y cuando salí, eché a correr. Estaba demasiado asustada para hacer autoestop, en aquel entonces se hacía mucho, pero en aquel momento no quería arriesgarme a estar a solas con un hombre, y mucho menos con un desconocido. Corrí, dormí en el bosque. Tardé cuatro días en llegar a casa de mis padres. Mi madre estuvo maravillosa. Sólo lloró, no me preguntó qué había pasado. Me llevó al juzgado para que anularan el matrimonio y luego, cuando...

Pareció confusa, como si ya no estuviéramos en la habitación. Sus ojos empañados se movían por la habitación sin rumbo fijo, aterrorizados. Meneando la cabeza, miró por la ventana hacia el cielo, más allá del pueblo. Por fin, sus emociones alcanzaron su punto álgido y rompió de nuevo a llorar. Se le quebraba tanto la voz que nos costó entender lo que dijo a continuación.

—Y luego, cuando me enteré de que estaba embarazada, me llevó a un sitio para que se ocuparan de eso también. Naturalmente, después de aquello no me merecía tener hijos. No me lo merezco. Pero no podía... no podía tener un hijo de esa bestia.

Comenzó a llorar aún más fuerte.

Tracy se inclinó hacia ella y le palmeó suavemente el hombro.

—Llevo años guardando dentro esa culpa. Esa culpa que no cesa. Y he intentado hacer todo lo posible por redimirme. Me he dejado la piel trabajando para esta iglesia y esta comunidad. Y cada vez que veía esas furgonetas pasar por...

Se interrumpió, incapaz de continuar.

Fue entonces cuando me di cuenta. La señora Watson lo sabía. Quizá no todo, pero sí lo suficiente para tener miedo. Miedo de Noah Philben. A fin de cuentas, había vuelto a su pueblo y fundado otra Iglesia allí, delante de sus narices. Por despecho quizá. Para castigarla. Y ella había guardado silencio. Seguía guardando silencio.

Nos quedamos todas calladas, escuchando los suaves sollozos de la señora Watson. Luego empezó a divagar.

—No sé por qué es así Noah. No entiendo qué creó a esa bestia. Sinceramente, no lo sé. Su familia era tan cariñosa... Tan amable. Solían hacer cosas como... Ya saben, trabajaban en comedores sociales, llevaban comida donde hacía falta, acogían huérfanos, por el amor de Dios...

Me puse en alerta al escuchar aquello.

—¿Huérfanos?

—Sí, ya sabe, acogían niños de todas partes del estado.

—¿Alguna vez le habló Noah de alguno de esos niños de acogida?

Sólo tuvo que pensárselo un segundo antes de asentir reflexivamente.

—Bueno, había uno con el que creo que tuvo una relación muy estrecha. Aunque habían pasado años se refería a él como a su hermano, aunque naturalmente no eran parientes. Creo que se mantuvieron en contacto después de que al chico lo adoptara legalmente otra familia. Sé que se estuvieron escribiendo durante años. Cuando Noah recibía una de esas cartas, se iba solo al campo a meditar, decía él. Siempre volvía diciendo que se sentía reforzado en su propósito, que iba por el buen camino y que ya no podía parar. Que era algo más poderoso que él. Más importante que nosotros.

Intenté atraer la mirada de Tracy, pero miraba fijamente hacia delante, sin verme.

Helen prosiguió:

—Creo... Bueno, sé, que tengo algo de aquella época. Cuando estaba recogiendo mis cosas, tenía un cajón con fotografías y cartas mías y lo metí todo en el bolso. Entremedias había algunas cosas que no eran mías, una fotografía y parte de un sobre con una dirección. Las... las guardé de todos modos. La verdad es que no sé por qué. A lo mejor pensé que algún día me servirían para demostrar algo.

—¿Dónde están?

—Las guardo aquí. En el despacho. Quería tenerlas a buen recaudo, y este es el único sitio seguro que tengo —explicó.

—¿Podemos verlas?

Se levantó despacio y se enjugó los ojos. Nos llevó por el pasillo, hasta un despachito pulcro y ordenado que había en el rincón y abrió un armario. Oímos el suave chasquido de una cerradura y un instante después salió con un sobre y una fotografía en la mano.

—No estoy segura de que signifique gran cosa, pero es lo único que tengo.

Puso las cosas sobre la mesa. Tracy, Christine y yo casi chocamos cuando nos inclinamos para mirar la fotografía. A la derecha se veía a Noah Philben mucho más joven, con unos catorce años. Se reía de algo que decía el otro chico de la fotografía mirando hacia el cielo. El otro estaba volviendo la cabeza cuando se había tomado la foto y su imagen estaba borrosa.

—¿Qué os parece? —pregunté a Tracy y a Christine.

—Podría ser —dijo Christine—, aunque no está claro.

—Sí. El pelo es mucho más claro, desde luego, pero puede que sea por la edad.
—Tracy se inclinó aún más hacia la foto—. La nariz me hace dudar.

Dimos la vuelta al sobre. Iba dirigido a un apartado de correos de River Bend, a nombre de un tal Tom Philben. Muy bien podía ser un seudónimo. Teníamos que averiguar a quién pertenecía aquel apartado de correos, pero ese era territorio de Jim.

—¿Podemos quedarnos estas cosas? Sólo temporalmente. Se las devolveremos. Es muy importante, señora Watson.

Dudó, pero finalmente accedió. Nos despedimos de ella dándole las gracias una y otra vez y salimos al coche. Yo eché un último vistazo a aquella mujer abatida que por fin se había liberado de su secreto, sentada sola en aquel cuartito, menuda e indefensa frente a la pared cubierta de paneles de madera, bajo el crucifijo.

Subimos al coche y nos quedamos unos minutos allí sentadas, en el aparcamiento, sin decir nada.

—Está mintiendo —afirmó Tracy finalmente.

—¿Qué? —preguntó Christine—. ¿Sobre qué?

—Tracy tiene razón —agregué—. Está mintiendo. Ha trastocado las cosas, no hay duda. No sabía de quién era ese bebé.

—¿Por qué lo dices? ¿Es que lo que nos ha contado no es ya lo bastante malo?

Christine parecía sinceramente escandalizada.

—Sí, pero tiene que haber un motivo para que haya mantenido la boca cerrada todos estos años, aunque obviamente tenía la sensación de que esas chicas de las furgonetas no iban simplemente a rezar al bosque. ¿Por qué, si no, guardaba esas cosas en una caja fuerte? Porque lo sabía. Y no hacía nada. Y llevaba toda esa culpa dentro. Por un único motivo: porque Noah Philben sabía que se había prostituido, que se quedó embarazada de cualquier tío y que abortó. Debía de tener alguna prueba con la que la ha tenido amenazada todos estos años.

Tracy asintió con un gesto.

—Tienes razón, pero vámonos de aquí. Eso ya no importa.

—Sí que importa —dije yo en voz baja—. ¿Y si hubiera dicho algo hace años y eso pudiera haber impedido lo que nos pasó? ¿Y si hubiera revelado alguna relación delictiva que tuvieran Jack y Noah hace quince años? Algo que pudiera haberles llevado a la cárcel antes de que Jack tuviera ocasión de secuestrarnos. Entonces, ¿qué?

—Venga, Sarah, eso no es justo. No es justo culparla a ella. Fue Jack quien nos hizo esas cosas. El responsable es él. El culpable es él, no ella. —Christine se recostó en el asiento y se quedó mirando el techo del coche pensativa—. Porque, si no, puedes seguir el rastro de la culpa hasta el final de la cadena. ¿Qué me dices de la madre de Jack? ¿La que lo adoptó? Seguramente tuvo que ver en su hijo algún indicio de que estaba un poco tarado. Seguro que era uno de esos niños que quemaban animalitos. Pero ella tampoco es responsable de lo que ha pasado.

—Eso es distinto. Y Helen Watson sabía, como mínimo, que había algunas

personas sufriendo a manos de Noah. Puede que no supiera lo nuestro, pero veía a esas chicas pasar por el pueblo constantemente. Vivía con eso delante de sus narices. Y seguramente era la única que sabía lo que estaba pasando. La única persona, aparte de los culpables y de sus clientes. Y no ha hecho nada. Sólo para guardar su oscuro secretillo.

Tracy puso en marcha el coche y salió del aparcamiento.

—Vamos a dormir un poco. Luego averiguaremos de quién era ese apartado de correos.

Pasamos el resto de la mañana durmiendo en nuestro nuevo hotel, ajenas al frenesí mediático que se había creado en torno a Noah Philben.

Esa tarde, cuando me desperté, me sentía inquieta. Recorrí la habitación con la mirada, pero no vi nada fuera de lo normal: el aire acondicionado del hotel zumbaba suavemente y mi ropa doblada reposaba sobre la cómoda, en montoncitos pulcros y ordenados.

Cuando fui al cuarto de baño, vi un sobre que alguien había metido por debajo de la puerta. Supuse que era una nota de recepción, aunque me extrañó que no hubieran usado el mismo papel de color crema con el logotipo del hotel que había en la mesilla de noche. Me incliné para recogerlo antes de fijarme en la letra. Al ver aquella caligrafía que me era tan familiar, algo se derrumbó dentro de mí. No abrí el sobre. No me atrevía a echar un vistazo a su contenido estando sola, así que corrí a la habitación de Tracy, al fondo del pasillo. Tuve que llamar varias veces para despertarla, pero por fin abrió la puerta.

—¿Tú también has recibido una?

—¿Qué? —preguntó adormilada.

—Una carta. De Jack. Aquí, en el hotel. —Se me quebró la voz. Me sentía frenética. La angustia de siempre había vuelto y se agitaba dentro de mí—. Sabe dónde estamos. ¿Cómo puede ser? Los hombres de Noah Philben deben de habernos seguido y están haciendo de mensajeros para Jack.

Señalé el suelo, justo al lado de la puerta. Allí estaba. La carta de Tracy. Su rostro pareció volverse más pálido que nunca mientras miraba el sobre, inmóvil.

—Larguémonos de aquí. Coge tus bolsas. Voy a buscar a Christine.

Volví a toda prisa a mi habitación y metí atropelladamente mis cosas en la maleta. Le dije a nuestro escolta que habíamos decidido regresar a Nueva York y que teníamos que darnos prisa para coger un vuelo. Pareció desconcertado y llamó por teléfono. Evidentemente, la persona que estaba al otro lado de la línea necesitaba que se ocupara de otras labores, porque enseguida nos dio luz verde.

Me reuní con Tracy y Christine en el vestíbulo. A pesar de lo alteradas que estábamos, conseguimos pagar la cuenta y corrimos al coche. Tracy se sentó al volante. Los neumáticos patinaron cuando salimos del aparcamiento.

En el asiento de atrás, Christine empezaba a mostrar los primeros síntomas de nerviosismo.

—¿Creéis que nos están siguiendo? ¿Adónde vamos? ¿A otro hotel? Dios mío, ¿por qué he vuelto a meterme en esto?

Pasó las manos por el interior de la puerta del coche. Mientras ganábamos velocidad, me la imaginé abriendo la puerta y saltando del coche para coger un taxi con destino a Park Avenue.

—Christine —dijo Tracy en tono sereno y enérgico—, cállate a no ser que tengas

algo productivo que decir. En estos momentos no puedo enfrentarme a un ataque de pánico. Leedme las cartas.

Tracy estaba pensando, y parecía asustada. Yo abrí primero mi carta, la sujeté por los bordes para no tocarla demasiado y leí:

—«La familia se ha reunido por fin. Estoy tan emocionado... Venid a casa y encontraréis las respuestas».

Arrojé la carta al asiento de atrás y abrí la de Christine.

—«Chicas, vamos a hacernos una foto de familia. Un *tableau vivant*. Tengo tantas cosas que enseñaros...».

—Vale, ahora la mía.

Tracy conducía como una demente.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A ver a Adele.

Noté un nudo en la garganta.

—¿No creerás...?

Casi no pude acabar de formular aquella idea. De pronto me di cuenta de que Adele era la única persona que sabía dónde nos alojábamos, aparte de la policía y el FBI.

—¿Que ha sido ella quien ha entregado las cartas de Jack? —concluyó Tracy en mi lugar—. No sé, pero en todo caso tengo la corazonada de que, lo mismo que Helen, sabe más de lo que aparenta, y va siendo hora de obligarla a contárnoslo antes de que sigamos adelante.

Asentí y abrí despacio la carta de Tracy, haciendo un esfuerzo para no tirarla por la ventana.

—«Has estudiado mucho estos años, Tracy. Tantísimos libros. He escrito uno sólo para ti. En nuestra habitación especial».

Le di la carta a Christine, asombrada de que no le importara tocarlas, y vi cómo las colocaba cuidadosamente una sobre otra.

—¿Cómo ha conseguido sacar esas cartas de la cárcel sin que pasaran por las manos de Jim? —preguntó—. Creía que la cárcel estaba muy pendiente de todo esto y que vigilaban cada cosa que entra y sale de allí. Las demás cartas han llegado a través de Jim. Tenemos que llamarlo.

Estuve de acuerdo, saqué mi teléfono y marqué. Jim contestó como si acabara de despertarlo.

—¿Lo habéis atrapado? ¿Habéis detenido a Noah? —pregunté primero.

—No. El sitio estaba vacío, no había ni un alma. Estaba claro que tenían previsto un plan de huida por si les llegaba su hora. Pero se han dejado varios ordenadores. Nuestros técnicos están intentando descifrar los códigos. Debían de tener verdaderos profesionales en esa organización, porque sus medidas de seguridad son extremadamente sofisticadas.

—¿Habéis encontrado a más chicas?

—No, pero es evidente que ha habido gente viviendo allí en muy malas condiciones. Escucha, Sarah, esta situación es muy peligrosa. Hemos encontrado... hemos encontrado algunas cosas muy alarmantes en ese lugar. No me cansaré de recalcarlo: tenéis que quedaros en el hotel hasta que la situación esté controlada.

—¿Qué? ¿Qué habéis encontrado?

Se quedó callado. Pero esta vez quería asustarnos lo suficiente para que no nos moviéramos del hotel.

—La planta de arriba estaba montada como una especie de sala parroquial: mobiliario institucional, tablones de anuncios, cuadrantes... Pero debajo... Sarah, el edificio está encima de un laberinto de salas subterráneas. Allí es donde tenía lugar su verdadera actividad. Es un sitio infernal. Cadenas en las paredes, instrumentos de tortura por todas partes, salpicaduras de sangre en el suelo, cubos con desechos humanos en los rincones. Y había cámaras de vídeo por todas partes. Lo grababan todo.

—¿Que lo grababan? Ay, Dios mío —dije, horrorizada.

—Sí —prosiguió—. Hemos pasado algunas de las grabaciones que se han dejado por un programa informático de cotejo de imágenes y parece que subieron hace poco parte de esas grabaciones a una página porno de Internet dedicada a «verdaderas esclavas». No se puede acceder a ella sin compartir archivos con el mismo tipo de contenido, así que todos los usuarios están metidos en cosas parecidas. Debe de ser ahí donde Noah consigue sus clientes.

Cerré los ojos como si así pudiera impedir que aquellas palabras penetraran en mi cabeza.

—Jim, escucha. —Me tembló la voz—. Jack nos ha mandado cartas. Las han entregado hoy, en nuestro hotel. Nos las han pasado por debajo de la puerta.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Pues sí, lo es. Están aquí. Christine las tiene en la mano ahora mismo.

—¿Qué dicen?

—Las cosas de siempre. No tienen sentido, pero eso es lo de menos. El caso es que Jack sabía de algún modo dónde estábamos. ¿No significa eso que la persona que nos estaba siguiendo por orden de Noah también está en contacto con Jack Derber? Jim, no hay duda de que hay un vínculo entre los dos. Oye, ¿puedes pedirle a alguien de tu equipo que averigüe a nombre de quién está o ha estado el apartado de correos número ciento ochenta y dos de River Bend? Noah Philben mandaba cartas a esa dirección hace años.

—¿Ciento ochenta y dos?

Oí el ruido de su bolígrafo a través de la línea.

—Ya lo tengo, pero, oye, dejad que yo me ocupe de esto. Es mi trabajo. Vosotras ya habéis tenido bastante.

Se quedó callado un momento, dándose cuenta, quizá, de que se había quedado corto.

En ese momento, Tracy dio un volantazo para esquivar a un coche que venía en sentido contrario y, maldiciendo, se apoyó sobre el claxon.

—Sarah, ¿dónde estáis? —Jim pareció alarmado—. ¿No estáis en el hotel?

Dije «joder» sin emitir ningún sonido y tapé el teléfono. No quería decirle lo que estábamos haciendo. Teníamos que encontrar la respuesta a aquellos interrogantes por nuestros propios medios. Habíamos llegado tan lejos que no queríamos que nos relegaran al papel de víctimas pasivas, quedar en un segundo plano y esperar a que le asignaran aquella pieza del rompecabezas a algún agente inexperto. Pero si nos negábamos a permanecer en el hotel, Jim podía ordenar que nos retuvieran como medida preventiva.

Cambié de tema.

—Jim, ¿qué sabes de la infancia de Jack?

—Sarah...

—Jim, sólo... por saberlo...

—Sarah, luego hablamos, pero la verdad es que no sabemos gran cosa.

—Jim, por favor, dime algo.

Suspiró como solía hacer cuando estaba a punto de darse por vencido.

—Estuvo bastante tiempo yendo de un hogar de acogida a otro, hasta que lo adoptaron los Derber cuando tenía unos catorce años. Antes de eso, en fin, por desgracia el sistema de archivos de los Servicios de Protección de Menores no era muy bueno en esa época. Su expediente se ha perdido. Su trabajador social murió en un accidente de coche hace cosa de quince años. Y no había nadie más que supiera de su pasado.

—Pues puede que estemos juntando algunas piezas del rompecabezas. Mañana hablamos.

—Sarah, volved al hotel. Enseguida. Redoblabamos la seguridad. Dadle esas cartas al agente Grunnell. Averiguaremos qué está pasando. Ha llamado alguien para dar una pista sobre el paradero de Noah, así que es posible que esté fuera toda la noche, pero me pasaré a veros por la mañana.

Apagué el teléfono y les repetí a Christine y a Tracy lo que había descubierto Jim en el complejo de Noah Philben. Clavamos las tres la vista al frente, intentando dar sentido a todo aquello, comprender qué significaba.

Por fin me atreví a mirar a las otras. Christine tenía las manos quietas, pero sus ojos se movían sin cesar de izquierda a derecha y tenía la cara congestionada. Apenas unas horas antes parecía completamente dueña de sí misma, nuestra salvadora, la mamá del Upper East Side meticulosamente arreglada. Ahora empezaba a recordarme a la Christine a la que había conocido hacía años.

¿Había estado acechando aquella Christine detrás de su mirada desde el principio? ¿Era su verdadero yo, y lo demás una versión blanqueada de sí misma, sostenida por todo su poder de represión?

Miré a Tracy para ver si conseguía que se fijara en Christine sin hacerlo

demasiado evidente, pero estaba concentrada en conducir y en vigilar de reojo la línea rosa del GPS que nos dirigía hacia el campus. Agarraba con tanta fuerza el volante que se le transparentaban los nudillos.

Ninguna de las tres quería reconocerlo, pero todas lo sabíamos: Jack nos estaba diciendo algo con aquellas cartas. Sin duda quería que supiéramos que todavía estaba al mando, o que eso creía él. Que todavía podía alcanzarnos en cualquier parte, allá donde estuviéramos. Pero también nos estaba diciendo que nos había dejado una pista. Allí, en la casa. Una pista de aquel juego repugnante que tal vez tuviera algún valor. Pero ¿a qué precio? Yo sabía que todas lo comprendíamos, aunque ninguna se atreviera a decirlo en voz alta.

Antes probaríamos cualquier otra posibilidad.

Llegamos a la universidad y Tracy pasó por encima de todos los resaltes a diez kilómetros más de la velocidad debida. Las ruedas chirriaron cuando se detuvo en el aparcamiento vacío contiguo al edificio de psicología. Estaban empezando a encenderse las farolas del aparcamiento, cuya luz prestaba al cielo un extraño resplandor. Cuando Tracy salió del coche, vi el cajetín de llamadas de emergencia al servicio de seguridad del campus. Ojalá aquel cajetín pudiera ayudarnos ahora, pensé.

Según caminábamos hacia el edificio vi una luz encendida en el despacho de Adele.

Avanzamos por el pasillo, pasamos junto al mismo guardia de seguridad que, como de costumbre, ni siquiera nos miró de soslayo. Nos quedamos paradas un momento delante de la puerta del despacho, preguntándonos si debíamos llamar o entrar sin más. Me adelanté y toqué ligeramente a la puerta. No hubo respuesta. Tracy me miró con cara de fastidio y me indicó que me apartara. Obedecí.

Giró el pomo y abrió la puerta de par en par.

El profesor David Stiller estaba arrodillado en el suelo, con los ojos vendados, delante de Adele, en una postura de total sumisión. Al vernos, Adele se incorporó de un salto y ocultó la mano izquierda detrás de la espalda. Cuando nos reconoció, una lenta sonrisa se extendió por su cara.

—Enseguida estoy con vosotras —dijo como si la hubiéramos sorprendido hablando por teléfono.

Nos indicó que cerráramos la puerta. Volvimos a salir al pasillo, estupefactas. Cuando nos recobramos de la impresión, empezamos a cuchichear en medio del pasillo en penumbra.

—Es otro trabajo de campo —comentó Tracy con sorna—. Debe de tener una beca.

Ahugué una risilla y nos alejamos de la puerta.

—Creía que David Stiller odiaba a Adele, pero puede que según ellos eso sean los preliminares —susurré.

En aquel momento Adele salió al pasillo convertida en el paradigma de la compostura. David Stiller salió detrás de ella y, evitando cuidadosamente cruzar su

mirada con las nuestras, se escurrió por el pasillo hacia su despacho. Adele ni siquiera se molestó en mirarlo.

Parecía tranquila e imperturbable. Su rostro era, como siempre, una máscara. Nos ofreció asiento cortésmente. Yo ocupé la silla de delante de su escritorio. Christine y Tracy se apretujaron en el pequeño sofá del rincón.

Adele cruzó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Creía que íbamos a encontrarnos más tarde. ¿Ocurre algo?

—Adele —comencé a decir—, quería presentarte a Christine.

La miró con asombro.

—Sí, esa Christine —dije yo—. Así que aquí estamos. Todas juntas.

Estudí su cara atentamente para intentar dilucidar si era todo una farsa. Si había entregado esas cartas, sabía perfectamente quién era Christine y dónde había estado esos dos últimos días.

—Bueno —dijo, sacudiendo la cabeza con perplejidad—, tengo que decir que me alegro muchísimo de veros a las tres juntas. Sanas y salvas. Después de todo lo que habéis pasado. —Hizo una pausa—. Bueno, ¿qué ha pasado de verdad hoy? En la prensa no están... no están dando mucha información.

—No sabemos mucho más que tú.

Me miró con fijeza. Debía de saber que eso no era del todo cierto. Cambió de táctica.

—Ya veo. Bueno, en cualquier caso, quizá podáis pensaros si queréis participar en nuestro estudio de victimología, sobre todo ahora que estáis juntas otra vez.

Comprendí que convenía cambiar de tema antes de que siguiera adelante. Tenía la sensación de que el término «victimología» no le sentaría bien a Tracy.

—Por lo visto David Stiller y tú tenéis... una relación muy distinta de la que pensábamos.

—Ah, eso —dijo sin inflexión—. Sólo estábamos reconstruyendo una escena para una exposición en un congreso.

No le creí ni por un segundo, pero decidí seguir adelante.

—Adele, ¿sabes si Jack Derber tenía alguna relación con Noah Philben?

Su semblante se petrificó por un instante.

—Bueno, sólo la que decían en las noticias: que su mujer forma parte de la iglesia de Noah.

—Me refiero a algo... anterior. A hace años. Tú conoces a Jack desde hace mucho. ¿Conocía a Noah Philben antes de ingresar en prisión?

Miró fijamente hacia delante y parpadeó dos veces despacio, como si sus ojos quisieran decirnos algo por sí solos en un lenguaje cifrado. Sus pestañas, cubiertas por una gruesa capa de rímel, aletearon. Apartó la mirada, enderezó unos papeles que había encima de la mesa. Tuve la sensación de que sus engranajes bien engrasados patinaban un instante. Luego pareció dominarse y volvió a mirarnos, tan indescifrable como siempre.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Jack y yo no éramos amigos. Trabajábamos juntos en proyectos de investigación. No sé con quién se relacionaba fuera de la universidad, exceptuando a la gente a la que he conocido después en La Cúpula.

Se recostó en su silla y cruzó cuidadosamente las manos sobre el regazo. Esperé a que desviara la mirada, a que se removiera incómoda, quizá. Pero no hizo nada de eso. Se quedó muy quieta.

Comprendí que, si era ella quien había llevado aquellas cartas, jamás conseguiríamos que lo reconociera. Adele no iba a derrumbarse como Helen Watson. Quizá porque tenía más cosas que esconder.

Intenté imaginar lo que pasaba en esos momentos por su cabeza. Aquella mujer era toda disciplina, pero tenía que haber algo que la afectase. No podía creer que fuera todo poder, control y ambición. Tenía que haber algo. Algo grande.

Sólo había una forma de forzarla. Un lugar en el que yo sabía que ni siquiera ella podría mantener la compostura. Tenía que sacarla de su elemento. Obligarla a afrontar el pasado que parecía haber arrumbado.

Pero era consciente de que aquello sería también muy duro para nosotras. Volver allí. Todas sabíamos, sin embargo, que era inevitable: teníamos que volver a aquel lugar. Al lugar que nos llamaba, todas éramos conscientes de ello, como si fuera nuestro hogar, dispuesto a decirnos lo que necesitábamos saber. Para mí no podía haber nada más aterrador. Nada. Pero me recordé que tenía que ser fuerte. Estaba siguiendo el consejo de Tracy. Teníamos que lanzarnos las tres. Con o sin Adele, teníamos que volver allí. Teníamos que ponernos a prueba. Y poner a prueba a Jack Derber.

—Muy bien, nos vamos.

Me levanté. Tracy y Christine me miraron inquisitivamente, pero se levantaron al unísono, listas para ver adónde quería ir a parar.

—Vamos a ir a su casa —dije con decisión.

Con mucha más decisión de la que sentía en realidad.

Tracy y Christine me miraron atónitas.

Hasta Adele palideció.

—¿Por qué? No podéis entrar ahí. ¿No está precintada por la policía?

Su sorpresa parecía sincera, y comencé a dudar de que estuviera involucrada.

—Entonces tendremos que forzar la entrada. Nos ha escrito unas cartas, Adele. Nos las han llevado hoy al hotel. —Escudriñé su cara buscando algún síntoma de mala conciencia. Si sabía algo, lo ocultaba muy bien—. Y todo lo que dice en esas cartas indica que hay información escondida en la casa. Papeles. Fotografías. Tal vez algunos de sus materiales de investigación.

Al oír aquello se levantó bruscamente y agarró su bolso. La habíamos convencido.

Mientras marchábamos por el pasillo, Christine se acercó a mí y me susurró en tono furioso:

—¿Cómo demonios se te ocurre? Yo no pienso volver allí sin Jim, ni loca.

—Jim no nos dejaría ir. No nos queda otro remedio —contesté, lamentando más que nadie que fuera así. Pero aquel era nuestro momento. Tenía esa corazonada—. Jack nos está diciendo que hay algo allí, y yo le creo, aunque sea parte de su juego asqueroso. Creo que tenemos que escuchar lo que quiere decirnos, por esta última vez.

Regresamos al coche en silencio y Tracy volvió a ocupar su lugar de costumbre tras el volante. Esta vez, sin embargo, no me molestó, porque de alguna manera nueva y extraña tenía la sensación de que era yo quien estaba al mando.

Cuando salimos de la ciudad, mientras miraba por la ventanilla del asiento del copiloto, me pregunté por qué me había empeñado en ir a la casa. No había tenido tiempo de prepararme mentalmente y me recordé que había jurado no regresar nunca a aquel estado, y mucho menos a aquel lugar espantoso. Miré a Tracy. Hizo un gesto de asentimiento mientras arrancaba el coche.

—Tienes razón, Sarah. Tenemos que hacerlo.

Encontré la dirección en Google y la introdujimos en el GPS. Era asombroso lo fácil que resultaba encontrarla ahora, después de que un sinnúmero de personas la buscaran durante tanto tiempo. Allí estaba, en Google Maps, con vista por satélite y panorámica de la calle. Me volví hacia el asiento trasero. A Christine le temblaban las manos de nuevo, se las pasaba una y otra vez por los muslos.

Sentí que se me aceleraba un poco la respiración y reconocí con fastidio el aturdimiento que empezaba a agitar las ideas dentro de mi cabeza como un torbellino. Pero si de algo estaba convencida era de que Adele no debía ver cómo me resquebrajaba. Esta vez no me molesté en emplear sofisticadas técnicas de reducción del estrés. «Maldita sea —me dije— no te va a dar un ataque de ansiedad ahora mismo. No puedes permitirte».

Contuve la respiración y conté hasta veinte, cerrando los ojos con fuerza. Aquello era por Jennifer. Otra vez llevaba conmigo su foto. La saqué y le eché una larga mirada. Luego me la guardé en el bolsillo como un talismán contra la maldad de aquel sitio.

Sentí que empezaba a despejarme y que mi respiración volvía a ser normal. Y otra vez comencé a experimentar aquella extraña sensación de euforia. Tal vez encontráramos algo. Pruebas. Explicaciones. Respuestas. Algo que pudiéramos utilizar para mantener a Jack en prisión, algo que nos condujera al cuerpo de Jennifer o quizá, sólo quizás, algo que explicara por qué nos había pasado aquello. No sabía qué era más importante para mí en aquel momento.

Cuando por fin conseguí escapar del sótano, pensé que no volvería a ser infeliz. Que la desdicha no tenía cabida mientras fuera libre. ¿Por qué, entonces, no podía ser feliz?

¿O es que acaso nadie supera realmente las cosas que le suceden? ¿De veras hay tanto dolor y sufrimiento en el mundo en este preciso instante, dentro de millones de corazones, de cuerpos que acarrean la carga de la existencia, que intentan sonreír entre lágrimas por un instante, fugazmente, de tarde en tarde, cuando consiguen olvidar lo que les pasó, quizás incluso durante varias horas seguidas? Quizás en eso consista vivir.

Pero yo no podía pensar en eso en aquel momento. Tenía que concentrarme. Por dudoso que pareciera que fuéramos a encontrar algo que el FBI hubiera pasado por alto, me recordé que ellos habían buscado algo completamente distinto. En aquel entonces no habían sondeado a fondo la vida entera de Jack Derber. Sólo habían buscado chicas ocultas entre las rendijas. La prueba material que constituían sus cuerpos.

Y en aquel entonces las redes de prostitución debían de ocupar un lugar muy secundario entre las prioridades del FBI. Internet no había unido todavía a los perversos de este mundo para coordinar sus horrores. Aquella había sido temporada de asesinos en serie. Ahí era donde estaba el *glamour*. Eso era lo que querían que fuera Jack: un loco, un agresor solitario.

Ninguna de las cuatro habló durante los cuarenta y cinco minutos que duró el trayecto. Nos limitamos a escuchar las indicaciones del GPS, cuya voz generada por ordenador llenaba los espacios en los que ya no éramos capaces de conectar entre nosotras. «Recalculando» se convirtió en el estribillo recurrente, y vi en los semblantes de las cuatro que eso era lo que estábamos haciendo también nosotras: intentar ajustarnos a aquella realidad nueva y repentina. Nos estábamos acercando al lugar donde habíamos creído que íbamos a morir. El lugar en el que habíamos querido matarnos las unas a las otras. Ignorábamos lo que íbamos a sentir, pero sabíamos que no sería nada bueno.

Encontramos el camino de entrada, que reconocí por las fotos de los periódicos. Tracy se paró en la carretera con el intermitente puesto. Una ligera llovizna comenzó a golpear los cristales y, sin decir palabra, encendió los limpiaparabrisas. Nos quedamos allí, inmóviles, sin decir nada. El GPS nos recordó que nuestro destino estaba a la derecha.

—¿Estamos listas? —preguntó Tracy por fin.

—No, no estamos listas —respondió Christine desde el asiento de atrás—. Pero vamos. Vamos de una vez.

La miré. Sus manos habían dejado de moverse compulsivamente y había una nueva determinación en su semblante. Hice un gesto afirmativo mirando a Tracy y metió el coche por el camino de entrada, que discurría serpeando por la ladera de una loma, entre una densa arboleda. Miré los árboles y me acordé del tiempo que había pasado en aquellos bosques, después de mi huida, vagando sin rumbo, desnuda y medio muerta de deshidratación. Como un animal en el bosque, sola y desorientada. Más sola que nunca en mi vida. En aquel entonces hacía el mismo tiempo, y recuerdo que abría la boca mirando al cielo para probar la lluvia.

A medida que nos acercábamos, noté que aquí y allá, esparcidos por el suelo o colgando de los árboles, había trozos deshinchados de cinta policial amarilla, apenas reconocibles a no ser que uno conociera su origen. Por fin doblamos la última curva y la casa apareció ante nuestra vista. Un pabellón grande con el tejado a dos aguas, camuflado entre los árboles y con un granero rojo oscuro a la derecha. «Ese granero»,

pensé. *Ese granero*. Me estremecí cuando nos detuvimos delante.

Tracy me miró, pero me fue imposible interpretar su expresión. ¿Me estaba escudriñando, o estaba absorta en el dolor de sus propios recuerdos? No pude descifrarlo.

Miré a Adele, que tenía una expresión maravillada. No sabía si había estado alguna vez allí (si aquel sitio también había sido uno de sus escondites secretos), pero al menos parecía horrorizada por lo sucedido en aquel lugar.

Miré a Christine. Estaba tranquila y muy seria. Tenía las manos quietas.

Salimos del coche casi a la vez, las puertas emitieron un chasquido al unísono cuando las cerramos suavemente. Nos paramos todas en seco y miramos la casa en silencio, atemorizadas. Era sobrecogedor. Aquel edificio me parecía vivo, extraño y amenazador. Parecía estar observándonos, como una parte de Jack que él hubiera dejado allí al marcharse.

Por fin respiré hondo y eché a andar hacia la puerta con cuidado de no mirar el granero. Casi solté una carcajada al pensar en lo irónico que resultaba que fuéramos a intentar entrar por la fuerza en la casa de la que durante años habíamos tratado de escapar. Pero allí estábamos. Aterrorizadas.

Me acerqué lo suficiente para mirar por la ventana que había junto a la puerta. El interior parecía muy limpio y ordenado. Me pregunté fugazmente quién había sido el afortunado al que le había tocado en suerte limpiar la casa después del registro policial.

Tracy se adelantó, se acercó a la puerta y estaba a punto de tocar el pomo cuando la detuve.

—¿No deberíamos evitar dejar huellas?

—Bueno, no venimos precisamente pertrechadas con guantes, ¿no?

Aun así, estiró el bajo de su camiseta para asir el pomo. La llave no estaba echada y abrió la puerta de un empujón.

—Bueno, aquí estamos. Nuestra primera experiencia como allanadoras de moradas. Todo un éxito.

—Qué raro es esto —comentó Adele detrás de mí—. Espeluznante, la verdad.

La puerta permanecía abierta delante de nosotras. Nos miramos otra vez. ¿Quién daría el primer paso?

Yo conocía la respuesta. Era yo quien las había arrastrado a todas hasta allí, así que lo justo era que fuera yo quien cruzara primero el umbral.

Respiré hondo y, temblando sólo ligeramente, entré en la casa. Me volví hacia las demás.

—¿Lo veis?, no duele nada.

Ni siquiera esbozaron una sonrisa.

Di otro paso adelante y Tracy me siguió.

—Bueno, henos aquí, en el país de nunca jamás —susurré al tiempo que paseaba la mirada por la cocina impecable.

Parecía todo tan corriente... Nadie habría detectado el residuo de maldad que sin duda tenía que haber dejado el contacto de Jack Derber.

Adele nos siguió con cautela, los ojos abiertos de par en par.

Christine se quedó en la puerta, paralizada por el miedo. Noté que su mano izquierda empezaba a temblar. Luego, sujetándose el brazo con la derecha, traspuso el umbral lentamente, con decisión, y respiró hondo.

—Vale, entonces —se limitó a decir.

Como no quería que nos quedáramos encerradas allí, sujeté la puerta con un pequeño velador que había en la entrada y eché a andar por el pasillo, esforzándome por no hiperventilar. Se me había acelerado el pulso y aquella sensación de aturdimiento que conocía tan bien volvió a colarse en mi interior. Sabía, sin embargo, que tenía que mantenerla bajo control por el bien de todas.

Recorrí el pasillo y me detuve un momento, sola, delante de las puertas de la biblioteca. Sabía que, si había algo relevante escondido en la casa, tenía que estar en aquella habitación, pero ignoraba si estaba preparada para afrontarlo.

Me metí la mano en el bolsillo, buscando la fotografía de Jennifer. La agarré con fuerza. Noté cómo se arrugaba dentro de mi puño. Quizá la estropeará, pero necesitaba extraer de ella una especie de fortaleza física, dejar que la tinta de aquella imagen se filtrara en las yemas de mis dedos y me acercara a Jennifer. Corrí la puerta despacio, confiando en ver la habitación poco a poco, en que de ese modo me fuera más fácil penetrar en ella.

Lo primero que vi fue el potro, todavía en el rincón.

La voz de Tracy sonó justo en mi oído, detrás de mí.

—Uf, ¿por qué no se llevaron esa maldita cosa de aquí?

—La habitación parece mucho más pequeña —comentó Christine en voz baja.

—Es lógico —dijo Adele—. Esta habitación no puede tener el mismo poder sobre...

—Cállate, Adele —dijeron Tracy y Christine al unísono.

La mujer se calló. Entramos todas en la habitación y miramos las estanterías, que subían hasta el altísimo techo. Los libros seguían allí. Había miles de ellos.

Me acerqué al escritorio de roble macizo, con su tapa enrollable y su vade verde oscuro. Saltaba a la vista que era muy caro. A la familia adoptiva de Jack no le había faltado el dinero, ni tampoco a Jack.

En el mismo centro del vade había un sobre blanco. Lo levanté. Estaba lacrado. Las demás vinieron a ver qué había encontrado, y Tracy y Christine procuraron no rozar el potro al acercarse.

—¿Lo abro? —pregunté, mirándolas.

—¿Por qué no? —respondió Adele—. Ya hemos forzado la puerta y entrado.

—No hemos tenido que forzar nada —le recordó Christine— y, dado que Jack nunca quiso que nos marcháramos, creo que tenemos ciertos privilegios de invitadas sobre esta casa.

Rompí el lacre del sobre, saqué el papel y lo desdoblé sin prisas. Allí, escrito en mayúsculas en la letra clara de Jack, se leía «Bienvenidas a casa».

Solté la hoja como si estuviera en llamas.

En ese momento oímos cerrarse la puerta de golpe en el vestíbulo. La puerta por la que habíamos entrado. La puerta que yo había sujetado.

Dimos un salto y nos pegamos a la pared de la biblioteca sin hacer ruido. Tracy era la que estaba delante, más cerca de la puerta. Aguzamos el oído, pero sólo se oía el ruido de nuestra respiración.

Tracy se asomó a la esquina. Nadie podía haberse adentrado en la casa sin pasar por delante de la puerta de la biblioteca. Nos indicó que la siguiéramos cuando salió poco a poco de la habitación.

No había nadie allí. Y, si había alguien, había vuelto a salir después de cerrar la puerta. Pero ¿por qué?

Tracy se acercó a la puerta y agarró el pomo sin pensar en las huellas dactilares. Y entonces lo entendimos. Habían cerrado con llave por fuera.

—¡Qué mierda...! —gritó aporreando la puerta sin ningún resultado.

—No puede ser. No puede ser que estemos encerradas en esta casa. No puede ser —dijo Christine, temblando.

—Vamos a conservar la calma —sugerí—. Hay un millón de ventanas y tengo mi móvil. —Lo saqué del bolsillo y lo levanté. Pero en la esquina superior derecha de la pantalla no se veía ninguna barra. En mi estado de aturdimiento, había olvidado comprobarlo—. Pero no hay cobertura.

—Estamos muy arriba en el monte —dijo Adele—. Es lógico en esta zona. Mierda.

Corrí de cuarto en cuarto mirando por las ventanas. No había nadie a la vista. Pero la casa estaba rodeada por densos bosques. Había muchos sitios donde alguien podía esconderse si estaban vigilándonos. O planeando algo peor.

Adele entró en la cocina y probó a abrir las ventanas. Estaban atrancadas. Los tiradores no giraban. Abrió armarios y cajones y por fin, en un armario, encontró un cepillo con un grueso palo de madera. Frenética de repente, comenzó a golpear con él las ventanas de la cocina. Los cristales se rompieron y volaron por la habitación. Nos tapamos los ojos y retrocedimos mientras seguía golpeando una y otra vez. Era sorprendentemente fuerte.

Tracy, que observaba el despliegue de furia de Adele, se agachó y, cubriéndose la cara con las manos, se inclinó hacia mí y susurró:

—Puede que me haya equivocado respecto a Adele.

Me encogí de hombros cuando salimos al vestíbulo para evitar las esquirlas de cristal que volaban por los aires.

—O puede que sepa incluso mejor que nosotras lo peligroso que es este lugar.

Adele se quedó por fin quieta, jadeando, con la cara colorada y el pelo enmarañado. Todavía empuñaba el cepillo, lista para atacar, cuando volvimos a entrar

con cautela en la cocina para inspeccionar los desperfectos. La encimera, el fregadero y el suelo estaban cubiertos de cristales rotos. Me acerqué a examinar el parteluz de una ventana, astillado por los golpes de Adele. Había algo allí, entre las dos finas láminas de madera. Lo toqué. Frío metal. Me di cuenta de que todas las ventanas estaban cubiertas por una rejilla de barras de hierro. La madera pintada que tapaba la rejilla no era más que un recubrimiento.

La casa era una trampa.

Entonces, sin decir nada, nos separamos y cada una se dirigió a una puerta. Tiramos de ellas y las aporreamos en vano. Estaban selladas, con los picaportes atrancados. Oí gritos de frustración procedentes de todos los rincones de la casa a medida que las salidas se resistían a nuestros esfuerzos.

La primera en darse por vencida fue Christine. Se sentó en un rincón de la biblioteca, hecha un ovillo, y comenzó a llorar y a pedir perdón entre gemidos a sus hijas.

Yo, por mi parte, no pude refrenarme. Seguí aporreando cada superficie que me encontraba. Por fin, desanimada, me paré junto a la encimera de la cocina y miré por la ventana rota de encima del fregadero, hacia el granero.

—Sólo pensando podemos salvarnos —me dije en voz baja, echando mano de mis últimas fuerzas, cada vez más tenues.

Al volverme para salir de la cocina, vi que Adele se dirigía hacia la puerta que conducía a nuestra antigua prisión. No pude soportar la idea de que alguien entrara allí.

—No te molestes —dije—. Esa puerta es la del sótano y te garantizo que por ahí no hay manera de salir.

Dio un respingo y se apartó con horror de la gruesa puerta metálica. No hizo falta que se lo dijéramos dos veces. Unos minutos después la oía abalanzarse con todo el cuerpo, o eso me pareció, contra la puerta de atrás, gruñendo al golpearse contra la madera maciza.

Nos dimos por vencidas cada una a su tiempo y fuimos volviendo, una por una, a la biblioteca. Yo me dejé caer en el sofá que había en medio de la habitación, de cara a la gran chimenea. Tracy se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en las manos.

—Lo ha conseguido —dijo en voz baja—. Otra vez nos tiene aquí.

Meneé la cabeza, escéptica.

—¿Cómo podía saber que vendríamos solas?

—Imagino que se arriesgó. ¿Qué tenía que perder? Además, si contaba con que nos portáramos como unas idiotas arrogantes, acertó.

—Pero Jim no tardará en darse cuenta de nuestra desaparición —dije.

—Eso también lo sabe Jack —repuso Tracy—, puesto que evidentemente tenía a alguien siguiéndonos muy de cerca. Lo que significa que lo que tenga planeado para nosotras va a suceder más pronto que tarde.

Recorrí la habitación con la mirada, preguntándome de dónde procedería el

ataque. Me sentía indefensa, aterrada.

—Necesitamos algún tipo de... arma —dijo Tracy, que parecía tan angustiada como yo.

Asentí con la cabeza y nos separamos de nuevo para buscar algo con lo que defendernos. Christine regresó blandiendo el palo del cepillo que había usado Adele para romper las ventanas. Tracy y yo, que éramos a todas luces las más prácticas, cogimos cada una un cuchillo de la tabla de la cocina y Adele encontró una sartén muy pesada.

Cuando volvimos a reunirnos en la biblioteca, cerré sus gruesas puertas de madera y eché el pestillo. Sin necesidad de hablar, nos dispersamos como si ocupáramos nuestros respectivos puestos de guardia en torno a la habitación. Tracy se quedó en un rincón, yo ocupé el otro. Adele se agachó junto a una ventana y, asomándose al alféizar, clavó la mirada en el bosque.

Christine consiguió recomponerse y fue a gatas hasta el asiento de la ventana, lo más lejos posible del potro. Sentada de rodillas, se aferró a las cortinas y siguió sollozando. Había colocado con todo cuidado el palo del cepillo a su lado, pero no tenía muchas esperanzas de que fuera a servirle de algo. La Christine de siempre había vuelto.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Adele de repente, poniéndose alerta.

—¿Qué?

Tracy ladeó la cabeza para escuchar.

—Ese ruido. He oído algo, creo que venía del sótano.

—Yo no pienso bajar ahí —dije con decisión.

Tracy sacudió la cabeza.

—Yo no he oído nada —masculló.

Es posible que estuviera actuando sobre nosotras un mecanismo de negación.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Adele—. ¿Vamos a quedarnos aquí, esperando a que nos encuentren? ¿Y a confiar en que lleguen primero los buenos?

—Pues me parece que sí —contestó Tracy con amargura.

—Bueno, pues yo, por lo menos —añadió Adele—, pienso hacer lo que hemos venido a hacer aquí. Voy a echar un vistazo.

Tracy la miró con furia.

—¿Para qué? Está claro que no entiendes a qué nos enfrentamos.

Sentada en mi rincón, yo observaba a las demás. Ya habíamos empezado a enfrentarnos entre nosotras. Advertí el miedo evidente, el que se percibía a simple vista, pero vi también aquel otro ser que, agazapado dentro de cada una de nosotras, estaba listo para atacar, dispuesto a sobrevivir a cualquier precio. Me obligué a ahuyentar aquella idea, diciéndome que sólo estaba proyectando en ellas mi propio miedo opresivo a verme devuelta otra vez a mi yo animal.

Era aquel lugar. Era estar de nuevo en aquella casa. Me sentía como una bestia enjaulada y sentía de nuevo que sería capaz de hacer cualquier cosa para escapar.

Cualquier cosa. Igual que antes. Reconocí como en un fogonazo la sensación de que mi integridad, mi ser racional, quedarían desplazados al instante si llegaba el caso. ¿Éramos todos así? ¿O es que en el fondo yo era una mala persona, incapaz de empatizar con los demás, como pensaba Tracy? ¿Había tenido razón Tracy desde el principio? ¿Y a quién sacrificaría yo esta vez para salir de allí?

Cuando por fin conseguí desprenderme de mis lúgubres cavilaciones, me di cuenta de que Adele estaba hurgando en el escritorio de Jack.

—Sigo pensando —dijo con los ojos fijos en el contenido del cajón de arriba, que estaba revolviendo— que aquí podemos encontrar algo que... que nos ayude. Una llave, quizás, o algo.

Empezaba a parecer asustada y le costaba mantener su, por lo demás, extraordinario dominio de sí misma. Se movía frenéticamente, apartando bolígrafos y notas adhesivas para llegar al fondo del cajón.

—¿Qué buscas en realidad, Adele? —preguntó Tracy alzando la voz. ¿Ella también empezaba a dejarse dominar por el pánico?—. ¿Trabajos de investigación? ¿Crees que hay algo ahí dentro que puede dar un empujón a tu carrera? ¿Sabes, Adele?, por si no te has enterado, no se puede ejercer una carrera cuando una está muerta en una casa en medio del monte. Aunque, espera, puede que me equivoque. Supongo que podrías redactar algo ahora mismo y que se publique póstumamente. —Se quedó pensando un segundo—. De hecho, posiblemente es el camino más rápido hacia la fama y la fortuna. Un libro escrito mientras estabas secuestrada en la casa de un psicópata. —Se volvió hacia mí—. Sarah, ¿por qué no escribes uno tú también? Sobre cómo nos salvaste una vez por accidente y luego, por las buenas o por las malas, te las arreglaste para que volviéramos otra vez al punto de partida.

Adele dejó de revolver dentro del cajón y levantó la vista.

—Espera un segundo, Tracy. Que yo sepa, de no ser por Sarah seguiríais siendo prisioneras de Jack. Y no sería yo, sino él, quien estaría sentado delante de esta mesa —dijo, y acto seguido se levantó y se alejó rápidamente del escritorio.

La miré y me pareció distinguir un destello de emoción en su mirada. ¿Acaso intentaba defenderme?

—La verdad, Adele —respondió Tracy—, es que, por si todavía no te has dado cuenta, sigo aquí, y eso también es gracias a ella. Que haya vuelto a esta casa, por lo menos. Así que puede que estos diez últimos años no cuenten gran cosa. Por lo visto, sigo teniendo muchas probabilidades de morir en esta casa.

Sentí que me ponía pálida. Pensaba que Tracy estaba a punto de perdonarme. Que aquella búsqueda que habíamos emprendido juntas estaba restañando viejas heridas. Evidentemente, me había equivocado. Y ahora el estrés de nuestra situación parecía estar haciendo aflorar de nuevo sus verdaderas emociones.

Sabía que Tracy pensaba que no les había enviado ayuda al escaparme. En su momento le había dicho a la prensa que, de no haber sido por las pesquisas policiales, estaba segura de que las habría dejado allí para siempre. Porque, que ella supiera, yo llevaba arriba un tiempo: hacía seis días que faltaba del sótano cuando a ellas las rescataron. Seis días durante los cuales Jack podría haberlas matado con toda facilidad para eliminar cualquier rastro.

Pero se equivocaba. Yo les había enviado ayuda.

Habría sido bastante sencillo explicar lo ocurrido. Pero siempre me había sido imposible hablar sobre cómo había salido, y nunca había intentado defenderme de sus acusaciones. Nunca había hablado de ello con nadie, ni con mi madre, ni con Jim, ni con la doctora Simmons. No sabían qué había sucedido, y cada vez que habían intentado sonsacarme al respecto, yo me sumía en una especie de estado catatónico.

Sentí que el pánico se abatía sobre mí, pero sabía que, si dejaba que se me notara, sólo conseguiría que Tracy me despreciara aún más. «Sigue siendo víctima del síndrome de estrés postraumático, la pobre». Tracy se había enfrentado al pasado con valentía, lo había asimilado y hasta se había servido de él con un propósito concreto: había dado carpetazo al dolor de aquella experiencia y lo había utilizado para sacar adelante sus intereses, exactamente como exigía el mundo moderno. No tenía tiempo ni compasión para quienes no lograban encontrarle ninguna utilidad, como había hecho ella.

Si quería explicarme, era ahora o nunca. Tal vez ni siquiera tuviera tiempo. Quizá Noah o los hombres de Jack estuvieran fuera en aquel preciso momento. Pero si había algo que quería que entendiese Tracy, era aquello.

Me acerqué al escritorio de Jack. Lo había visto sentado allí muchas veces cuando estaba en el potro rendida por el dolor y él garabateaba sus notas. A su manera perversa, aquel escritorio era para mí un símbolo de paz. Sabía que, cuando Jack se ponía a escribir, tenía al menos unos instantes de descanso y aquel día ya no habría más torturas.

Aparté el sillón giratorio de roble y me senté. Noté un escalofrío al acomodarme en el asiento envolvente, que pareció tragarme, pero en cierto modo, por extraño que pareciera, pensé que estar allí me daría fuerzas para hablar.

Miré a Tracy, que seguía sin mirarme; a Adele, que me observaba con atención, sin dejar traslucir nada; a Christine, que había dejado de sollozar y estaba acurrucada en el asiento de la ventana, con la mirada perdida hacia delante. Había encontrado un pañuelo de papel en alguna parte y se estaba secando los ojos.

Por fin cogí una pluma que había sobre la mesa, una Waterman, y empecé a quitarle y a ponerle la capucha a ritmo constante. Esperé, confiando en que Tracy cediera por fin, en que me mirara. Tenía que mirarme.

Y me miró. Se volvió lentamente hacia mí y me contempló desde debajo de su flequillo teñido de negro. Sólo entonces comencé a explicar con voz entrecortada lo que sucedió aquel día. Tenía la garganta seca, pero seguí adelante.

Esos últimos meses en el sótano, me esforcé mucho para que Jack creyera que me estaba ganando para su causa. Lo estaba manipulando, como sabía que él me manipulaba a mí. Sabía que algún día me pondría a prueba, aunque ignoraba cómo. Llevaba varias semanas tratándome de manera distinta: ya no me torturaba como de costumbre, pero dejaba que la amenaza de la tortura se cerniera en el aire, inmensa. Fingía mimarme. Casi... casi quererme.

Yo sabía que, si creía que había caído bajo su hechizo, quizá me diera más libertad. Tal vez me pidiera que hiciera alguna tarea fuera del sótano, o incluso me sacara de la casa.

Por fin, aquel día, abrió la puerta. La misma puerta que ahora nos mantenía atrapadas en la casa.

La abrió. Yo me quedé allí, delante de la puerta abierta. Estaba desnuda, claro, y magullada, y hacía días que no comía, así que me encontraba muy débil, pero allí, allí, delante de mí... había una puerta abierta.

Miré hacia delante. Jack estaba justo detrás de mí, notaba su aliento en el cuello. Vi el granero, la explanada de delante, su coche. Eché a andar despacio, salí por la puerta con paso constante, confiando en poder apartarme de él para que no le fuera fácil volver a llevarme a rastras a la casa. Estaba aturdida.

Me había dicho que podía verla, y cumplió su promesa. Allí, en el suelo, justo al pie de la puerta del granero, envuelto de cualquier manera en una sucia lona azul, había un cuerpo sin vida. En un extremo vi un trozo de carne amoratado, azul y negro. Un pie humano.

Yo llevaba meses suplicándole que me dejara ver su cuerpo. Necesitaba decirle adiós, y creía que era lo único que me permitiría Jack. Y allí estaba ella. Cuando la vi allí, cuando vi aquella carne asomando por debajo de la lona, el cuerpo que había desenterrado para que yo lo viera, de pronto ya no quise verla. Súbitamente me di cuenta de lo que supondría para mí el hecho de ver su cadáver. Lo irreparable que sería. Ya había visto suficiente.

Al mismo tiempo, sin embargo, no tenía claro si necesitaba más tiempo o no para convencer a Jack de mi lealtad. Si no hubiera tenido tanta hambre, si no hubiera tenido tanto dolor, si no me hubiera asustado tanto el cadáver que veía delante del granero, tal vez mi cuerpo no habría reaccionado tan automáticamente al saborear de repente la libertad y la euforia de sentir el aire fresco sobre mi piel. Algo estalló en llamas en aquel momento, aquella parte íntima de mi ser que sólo quería escapar. Mis piernas recuperaron sus fuerzas y mi corazón encontró una corriente que consiguió animarlo. Con un súbito sobresalto, eché a correr. Jack debió de pensar que estaría demasiado aterrada para hacer algo tan osado tan rápidamente, porque pasó una fracción de segundo antes de que me siguiera.

Yo sabía que, si me alcanzaba, todo el esfuerzo que había hecho esos últimos cuatro meses se iría al garete. Jack no volvería a confiar en mí. Jamás tendría otra oportunidad. Había llegado el momento.

Corrí con todas mis fuerzas, pero casi enseguida me faltó la respiración. Mis músculos llevaban tres años privados de actividad normal, y estaba muy débil. Las piernas casi no me sostenían, de modo que difícilmente podrían alejarme de Jack. Pero el miedo me impulsaba a seguir adelante, y conseguí poner cierta distancia entre nosotros. Pero él estaba preparado. Enseguida se puso en acción y echó a correr detrás de mí. A toda prisa.

En aquel momento, el tiempo pareció discurrir de pronto a cámara lenta. Me movía como si atravesara melaza, sentía mi propia respiración en los oídos, atronadora. Oía los pasos de Jack detrás de mí, aplastando ramas, dejando huellas en la tierra. Era fuerte, lo sentía.

Mis pulmones querían darse por vencidos. Ya no podía respirar. Tenía las manos y los brazos entumecidos. Ya no sentía las piernas, pero sabía que debían de seguir moviéndose porque Jack no me había atrapado aún. Doblé el recodo del camino de entrada a la casa, bajé por la cuesta. No veía el final del camino, pero sentía que estaba delante de mí. En cierto modo me sentía atrapada, pensaba que aquella intentona acabaría en cualquier momento, pero sabía que tenía de mi parte el deseo de vivir. Él sólo tenía la maldad.

Avancé otros cien metros, lo cual, pensándolo bien, fue todo un milagro. Prácticamente había echado a volar. Pero no tenía fuerzas para mantener el ritmo, y a él en aquel momento lo impulsaba la rabia, que fortalecía su cuerpo.

Apenas unos segundos después sentí que me agarraba con fuerza del brazo derecho. Nunca olvidaré ese momento. Sabía a qué dolores y tormentos había sobrevivido aquellos tres últimos años. Y sabía que mi castigo sería mucho peor.

Lo oí en el sonido que salió de mí, más propio de un animal que de una humana. Se había acabado, y sufriría por ello para toda la eternidad. En aquel momento no tuve fuerzas para reflexionar sobre la oportunidad que había perdido. No tuve tiempo de dejarme embargar por el arrepentimiento eterno, pero más tarde, en las muchas horas que transcurrieron inmediatamente después, experimenté un dolor abrasador, sabedora de que había estado a punto de conseguir mi objetivo y de que, al dejarme llevar por un impulso, lo había tirado todo por la borda sin posibilidad de dar marcha atrás.

Jack me agarró y me echó sobre su hombro. Al instante se me aflojaron los miembros, derrotada. Pensé que mi vida había terminado. Terminado, sin más. Lo único que quería era tener la fortaleza psíquica necesaria para olvidarme del mundo por completo. Para desconectar del dolor que estaba a punto de infligirme.

Poco a poco, con el paso de los años, había ido desarrollando esa capacidad. Había aprendido a llevar mi mente muy lejos, a dejar de anticiparme a cada dolor y a cada momento de alivio y a sentir todo y nada como un largo continuo. Ningún instante distinto a otro, todas las emociones niveladas por el tiempo. «Desconecta», me dije.

Me arrojó dentro del granero y por un momento me invadió el pánico al sentirme desorientada en aquel lugar extraño. Luego me obligué a cerrarme herméticamente. Ninguna sensación. Ninguna resistencia. Penetré en ese espacio interior en el que mi mente podía vagar libremente. Mi cuerpo era un objeto inanimado que flotaba, lejano, en su propia esfera.

Intenté que no me importara. Intenté resignarme a la muerte o, peor aún, a una tortura mucho más espantosa que cualquiera que hubiera padecido durante esos años

en el sótano. Rabioso, me agarró por el pelo y el brazo y me arrojó a una caja de madera alargada que había dentro del granero. Era más pequeña que la del sótano y horizontal, como un ataúd. Lanzó dentro mi cuerpo inerte y se apartó.

Yo me agarré instintivamente a los bordes de la caja e intenté salir de ella. Cuando me incorporé, comenzó a darme puñetazos para que volviera a tumbarme. Me tapé la cara para defenderme de los golpes. Segundos después, un objeto alargado y pútrido cayó encima de mí. El cuerpo sin vida de Jennifer, pesado y frío, me cubrió como una manta. Luego, Jack cerró de golpe la tapa del cajón de madera y oí que lo fijaba con clavos y que gritaba algo que no pude entender.

Por un instante sentí alivio. Me hallaba separada de él por un metro de distancia como mínimo y entre nosotros había una tapa claveteada. Sus manos no podían alcanzarme. Tardé varios minutos en darme cuenta de que estaba encerrada en un ataúd con el cadáver de Jennifer, que me había precedido en la muerte, aunque evidentemente no por mucho tiempo. Tras un último clavo, oí fuera un arrastrar de pies y todo quedó de pronto en silencio. Jack debía de haber vuelto a la casa.

Pasado un tiempo, noté que anochecía. Me pegué a un lado del ataúd, encogiéndome todo lo posible para apartarme del cadáver. Comencé a ver y a oír cosas. Me pareció ver que se movía. Pensé que sus dedos se alargaban para acariciarme. Creí oír su voz pidiéndome que no la dejara. Lo oía todo con enorme claridad. No sé cuándo empecé a llorar, pero al poco rato me llevé las manos a la cara para limpiarme las lágrimas, los mocos y la saliva. Me pregunté desesperada si moriría de deshidratación o de asfixia. Pero, al pensarlo, noté que no me faltaba el aire. No tenía dificultades para respirar. Tenía que haber alguna pequeña abertura en la caja.

Me aparté de mi rincón, con cuidado de que los mechones de cabello muerto del cadáver de Jennifer no se enredaran con los míos. Me di cuenta de que la caja estaba construida aprovechando una pared del granero. Y, al mirar con más atención, vi que en aquel edificio había estado pasando algo: que, quizá durante años, como si hubieran presentido de algún modo mi presencia, centenares de minúsculas criaturas habían estado trabajando sin saberlo para salvarme la vida.

El borde de la pared, el que coincidía con la esquina exterior del granero, estaba húmedo y carcomido. Termitas, hormigas carpinteras, escarabajos de la madera... Algo había desgastado aquellos tablones. Los palpé. Estaban sueltos. Casi podía romperlos. Pero esta vez, me dije, esta vez no sería tan impulsiva. No me arrepentiría eternamente. Esperaría hasta el día siguiente para ver si Jack se marchaba, puesto que era día lectivo. Me quedé allí, en la oscuridad, oliendo la putrefacción del cadáver, la humedad de la tierra, y rezando a aquellos bichos, a aquellos insectos milagrosos, dándoles las gracias por vivir, por ansiar el sabor de la madera. En mi delirio, podría haberlos besado. Pero esperé.

Al día siguiente oí abrirse la puerta de la casa y unos pasos entrando en el granero. Iba a ver cómo estaba. Al principio me quedé muy quieta, con la esperanza

de que pensara que me había muerto de puro miedo. Golpeó con fuerza la tapa de la caja para despertarme. Pensé que convenía que no indagara más y me moví un poco para indicarle que seguía allí. Dio otro golpe a la caja con los nudillos y se marchó. Oí cómo arrancaba su coche y se alejaba por el camino. Sus horarios nunca variaban: yo sabía que no regresaría hasta cuatro días después, pero sabía también que no podría sobrevivir tanto tiempo sin agua. Ya tenía la garganta reseca. La delicada humedad de la tierra que tenía debajo resultaba tentadora.

Pasé horas metiendo los dedos por las rendijas de la madera e intentando arrancarla con las pocas fuerzas que me quedaban. Después de varias horas, conseguí romper el extremo de uno de los tablones y vi un campo despejado detrás del granero y, más allá, el bosque. Aquel panorama era la cosa más bonita que había visto nunca, y me llamaba, tiraba de mí hacia la libertad.

Golpeé el madero cada vez más fuerte con los puños, con la cabeza, y, en medio de mi frustración, me abrí una brecha justo encima del ojo. Desesperada, probé la sangre confiando en que aplacara mi sed.

El tablón estaba tan bien encajado que pensé que mis esfuerzos no servirían de nada. Pensé que tal vez debía darme por vencida, acurrucarme con Jennifer y reunirme con ella en un sótano del más allá conjurado por nuestra imaginación. Pero luego me dije que, si lo hacía, mis padres no sabrían nunca qué había ocurrido, no podría explicar por lo que había pasado Jennifer, ni llevar a Jack Derber ante la justicia. Fue esto último lo que me impulsó a seguir adelante.

Al final, casi conseguí retirar el madero lo suficiente para meter los hombros por el hueco. Pero no bastó con eso. Comprendí que de algún modo tenía que girarme dentro de la caja para alcanzar el tablón con los pies y empujarlo con toda la fuerza que me permitieran mis piernas. La caja tenía la anchura justa para que cupiéramos las dos, así que prácticamente tuve que abrazar el cadáver de Jennifer, que había empujado hasta el fondo del ataúd.

El hedor era abrumador, pero eso podría haberlo soportado. Odiaba más la rigidez de su cuerpo y la frialdad de su piel. Lloraba, pero mis lágrimas no caían. No quedaba agua en ningún poro de mi cuerpo.

Por fin, mirando hacia el otro lado, recogí las piernas, reuní todas las fuerzas que le quedaban a mi patético cuerpo y empujé con los pies una y otra vez, golpeando el tablón. Mis rodillas sacudían el cadáver como si nos moviéramos juntas en una especie de extraña danza macabra.

Me pareció que aquello duraba una eternidad. Luego, el tablero se soltó por completo. Así, sin más. Empecé a jadear. Apreté los puños, cerré los ojos y me preparé para meterme por la abertura. El tablón era ancho, pero yo cabía a duras penas por debajo. Di gracias a Jack en voz alta por matarme de hambre y, deslizándome por debajo, salí al aire libre.

Me di la vuelta y coloqué con mucho cuidado el tablón en su sitio, ajustándolo todo lo posible. Quería tener todo el tiempo que pudiera para escapar. Ignoraba si

Jack tenía vigilado el bosque mediante cámaras de vídeo, y si aquello no era más que un montaje, un nuevo juego con el que divertirse. Sabía que aún no era libre.

Corrí hacia el bosque. Habría sido más directo bajar por el camino, pero no podía arriesgarme a tropezarme con el coche de Jack si decidía volver súbitamente.

Me detuve un momento delante de la casa. Pensé en salvar a las otras, pero era demasiado arriesgado. La casa era una trampa y estaba segura de que Jack tenía cerraduras codificadas en las puertas que no sería capaz de abrir. Mandaría a alguien tan pronto regresara a la civilización. Confié en que aquellos cuatro días fueran tiempo suficiente antes de que regresara Jack y descubriera que había desaparecido.

Así que corrí. O más bien avancé a trompicones. Estaba desnuda y las plantas de mis pies habían perdido su capa de piel protectora, en caso de que la hubieran tenido alguna vez. Sentía cada piedra y cada palo. Pronto empezaron a sangrarme los pies. Corrí con todas mis fuerzas colina abajo, sin que me importara. Me sentía... me sentía ligera.

Cerca del pie de la colina había un arroyo, y bebí de él como no he bebido en mi vida. Fue entonces cuando supe que iba a sobrevivir. Y cuando sentí alegría por primera vez en tres años. Después de aquello, me pareció que tenía la fuerza de mil mujeres y corrí cuesta abajo como un potro por un prado abierto. Seguía estando asustada, pero veía un campo grande al final de la colina y, más allá, una casa de labor vieja y destartada. Seguro que allí habría alguien que pudiera ayudarme.

Cuando llegué, descubrí que estaba vacía y cerrada, pero en el granero de al lado encontré un abrigo raído y unas gruesas botas de labor. Ambas cosas me estaban enormes, pero me las puse y eché a andar por la carretera, desorientada por la amplitud del espacio, pero decidida a alejarme de la casa de Jack.

Por fin paró un coche, una pareja joven con dos niños pequeños en la parte de atrás. Les pedí que me indicaran cómo llegar a una comisaría. Me miraron ligeramente espantados, una mujer flaca y sucia, vestida de payaso y a la que se le trababa la lengua, pero parecieron sinceramente preocupados. La mujer dudó, interrogó a su marido con la mirada y por último me dijo que subiera al coche, que ellos me llevarían a pedir socorro. Me eché a llorar y les dije que no podía, que estaba demasiado asustada. Que no podía montarme en un coche con extraños. Me preguntaron qué me había pasado y lo único que pude decirles, una y otra vez, entre sollozos, fue que había pasado mucho, mucho tiempo en un sótano.

Al oír aquello me miraron horrorizados y me pidieron que me quedara donde estaba, que ellos mandarían a la policía. Pensé que les había asustado y que tendría que encontrar el camino yo sola. Pero ya no podía moverme. Les dije que sí con la cabeza, aferrándome a la rígida tela del abrigo, y me senté en la cuneta cuando se alejaron.

Debí de desmayarme, porque cuando desperté dos policías me estaban subiendo a la parte de atrás de un coche patrulla.

Por el camino, sentada en el asiento trasero con uno de ellos (una mujer amable

que me escuchó con mirada compasiva), les conté nuestra historia en voz baja, en un confuso batiburrillo de palabras y frases. Sabía que apenas se me entendía, pero la policía fue paciente y consiguió recomponer mi relato. Le hablé entonces de Tracy y Christine, y enseguida llamaron a comisaría. Horas después, las vi llegar al hospital. La policía insistió, sin embargo, en que no había ningún cadáver en la finca.

Los médicos me pusieron una vía para rehidratarme. Apenas podía moverme y debí de perder el sentido otra vez, pero no sin antes darme cuenta de que nuestro cautiverio por fin había terminado. Había terminado.

Tracy siguió mirándose las rodillas como había estado haciendo mientras yo contaba mi historia. Christine había dejado de llorar y, más erguida en el asiento, escuchaba atentamente. Adele, entre tanto, había estado tomando notas y seguía escribiendo febrilmente cuando concluí.

Se hizo un denso silencio a mi alrededor. Esperé. ¿Ayudaría aquello a Tracy a entender por qué no había vuelto a buscarlas primero? ¿Comprendería que había enviado ayuda tan pronto como había podido? Esperé un minuto entero en silencio. Sólo se oía el ruido del bolígrafo de Adele al rascar el papel.

Entonces Tracy me miró a los ojos y dijo en voz muy baja:

—Adele, deja el puto bolígrafo.

Adele dejó de escribir y levantó la vista. Yo exhalé un suspiro.

No era gran cosa, pero me valía.

—Perdón —dijo al dejar el boli.

—¿Qué más da ya? —pregunté en un susurro—. Ahora que vamos a morir aquí. Qué más da una cosa que otra.

—No —repuso Tracy con un súbito fuego en la mirada—, vamos a salir de aquí. Lo único que necesitamos es saber más. Adele tiene que confesar.

Se levantó y se volvió para mirar de frente a Adele.

—Tú has estado aquí antes, ¿verdad? No sé qué has estado ocultándonos, pero tienes que decírnoslo ya. Puede que ni siquiera te des cuenta de que tienes la clave para sacarnos de aquí. O puede que sí te des cuenta. Tenemos que saber quién más está implicado. ¿Quién dejó esas cartas? ¿Quién nos ha encerrado? ¿Quién tenía la casa preparada para nosotras? ¿Quién se ha encargado de darnos la bienvenida? Jack ha debido tener ayuda. A fin de cuentas, está en la cárcel.

En ese momento oímos un ruido, inconfundible esta vez. Procedía de debajo de nosotras. Un golpe sordo. Nos incorporamos todas, alerta, y nos inclinamos para escuchar. Ahí estaba otra vez, aquel golpe sordo. En el sótano. No había forma de ignorarlo.

Christine fue la primera en hablar.

—¿Qué es eso?

Nos levantamos simultáneamente y nos acercamos a la puerta que llevaba a las entrañas de la casa. Adele nos siguió a unos pasos de distancia con una expresión de puro terror en la cara.

Nos quedamos allí, en el pasillo, delante de la puerta del sótano. Las cerraduras codificadas estaban allí, pero la puerta estaba entornada. Como si alguien quisiera que bajáramos. Como si la propia casa nos estuviera animando a bajar. A bajar al sótano. Oímos de nuevo aquel ruido.

Tracy respiró hondo, abrió la puerta y bajó un par de escalones. Cuando pisó el primer peldaño, Christine retrocedió.

—No puedo bajar ahí. No puedo, de verdad, de verdad.

Volvió a entrar en la biblioteca.

—¿Puedes entrar ahí y no puedes bajar al sótano? Eso es absurdo —susurró Tracy exasperada.

—Déjala en paz. Yo siento lo mismo, pero tenemos que ver qué es ese ruido. Quizás ella pueda vigilar aquí arriba —dije, indicándole a Tracy que siguiera.

Ella meneó la cabeza, pero siguió adelante.

Bajamos con cuidado las escaleras. Aquellos crujidos que tan bien conocía y que aún oía en mis pesadillas me crisparon los nervios. Fui contando los escalones automáticamente, sin darme cuenta de que los contaba en voz alta. Tracy se giró y me miró con furia. Yo me callé.

Pero en ese momento nos miramos a los ojos y los años que habíamos pasado juntas desfilaron por mi mente, emborronados en la neblina gris oscura del recuerdo. Cada dolor, cada pena, cada pesar recorrió súbitamente mi cuerpo, fusionándose en una potente memoria sensorial de nuestro pasado compartido. Y allí estaba Tracy, mi rival, mi enemiga, mi torturadora, y sin embargo la única persona que de verdad podía compartir aquel instante conmigo. Durante una fracción de segundo, fuimos soldados que luchaban juntos, agotados, en la misma causa perdida.

Y percibimos las dos la electricidad que corría entre nosotras. Una sensación de vacío en el estómago, un terror que se nos subía a la garganta, una sombra de maldad que pasaba por nuestros corazones y que sólo nosotras podíamos entender. Aquella energía, aquella corriente, aquel lugar. Apartamos la mirada al mismo tiempo, incapaces de soportarlo.

Abajo, en el sótano, sentí una opresión en el pecho. El olor a humedad seguía siendo exactamente el mismo. Puede que las cadenas hubieran desaparecido, pero las anillas fijadas a la pared aún estaban allí, tan amenazadoras como siempre. La caja seguía en el rincón, cerrada a cal y canto. Allí no había nadie.

Al ver la caja noté otro calambre en el estómago. Sí, había sido todo real. Sí, de verdad había perdido a Jennifer. Allí estaba. Madera, clavos y dolor. Inimaginable. Y sin embargo imposible de soslayar.

Entonces, cuando Adele llegó al último escalón, oímos de nuevo aquel sonido, sólo que esta vez nos dimos cuenta de que procedía del interior de la caja. Mi cerebro se esforzó automáticamente por encontrar una pauta en aquel ruido, como había hecho con Jennifer tantos años atrás.

Al oír el sonido, Adele dio media vuelta y comenzó a subir a toda prisa los peldaños, pero antes de que llegara a la mitad de la escalera Tracy la agarró del brazo y la sujetó con fuerza.

—Ah, no, Adele. Ahora estamos todas en el mismo barco —dijo.

En ese momento algo se movió en lo alto de la escalera. Christine estaba allí arriba, aferrada a su palo de cepillo como a una salvavidas. Con el rostro crispado, miró más allá de mí, hacia la caja del rincón.

—Yo también voy —se limitó a decir.

Pareció contener la respiración al bajar con cautela los escalones. Señalé la caja, asentimos todas con la cabeza y avanzamos a pasitos cortos, indecisas, hacia ella, adentrándonos lentamente en el oscuro sótano, en dirección a aquel objeto que no queríamos volver a ver nunca más.

La puerta de la caja estaba cerrada con un trozo de soga gruesa, atado en un complicado nudo. Tracy fue la única que tuvo valor para acercarse a ella. Las demás nos detuvimos a unos pasos de distancia. Permanecemos las tres detrás de ella, empuñando nuestras armas improvisadas. Paralizadas por un instante, aguzamos el oído por si oíamos otra vez aquel ruido en el interior de la caja. Nadie quería tocarla. Era como un animal vivo, peligroso y solitario, allí, en el infierno de nuestro pasado.

Cuando Tracy llegó junto a la caja, pareció hacer acopio de todo su valor y de pronto agarró el nudo y lo deshizo frenéticamente, con el ceño fruncido y los dientes apretados. Era un nudo bizantino, bucle sobre bucle, pero por fin se soltó y con un movimiento rápido Tracy abrió la puerta.

Allí, dentro de la caja, había un hombre atado con la misma soga con la que habían cerrado la caja. Contuvimos un grito de sorpresa. Me incliné para verlo mejor. A pesar de que tenía la cara contraída y congestionada por el miedo, pude reconocerlo.

—¿Ray? ¡Ray! —exclamé, atónita.

Asintió con la cabeza, pero no pudo hablar: tenía un trapo metido en la boca. Su rostro mostraba una expresión de terror extremo, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz y vio que éramos nosotras, su miedo se convirtió en alivio. Tracy hizo amago de desatarlo, pero Adele levantó la mano.

—¿No podría ser una trampa? ¿No estará compinchado con Jack y se volverá contra nosotras en cuanto lo soltemos?

Incluso la voz de Adele había adquirido un timbre frenético.

—Vamos a dejar que se explique —repuso Tracy al tiempo que le sacaba el trapo de la boca.

—Agua —susurró él con voz ronca.

Hice un gesto afirmativo y Christine subió a la cocina y regresó con un vaso. Se lo acercó a los labios y Ray bebió ansiosamente y pidió otro. Después de dos vasos más, pudo por fin hablar.

—Gracias —dijo—. ¿Podéis desatarme?

—Primero tenemos que hablar —respondió Adele—. ¿Quién te ha hecho esto?

Pareció como si Ray fuera a echarse a llorar, como si le doliera contarnos lo que había ocurrido. Pero, casi en un susurro, contestó:

—Sylvia. Fue Sylvia.

—¿Qué? —dijimos todas al unísono.

—Es la verdad. Yo estaba en el pueblo, volvía a casa después del trabajo cuando la vi saliendo de la oficina de correos. Puede que fuera un error seguir a alguien así,

sobre todo tratándose de una señorita, pero quería... quería ver si estaba bien.

»Me avergüenza decir que, como veis, acabé siguiéndola hasta aquí. Llamé a Val y le dejé un mensaje para avisarle de que iba a llegar tarde. Debería haberle dicho lo que estaba haciendo, pero sabía que iba a pensar que era un viejo bobo y supongo que... supongo que habría tenido razón.

Se detuvo y pidió más agua. Luego agregó:

—Cuando me di cuenta de adónde se dirigía, me asusté. Sabía que esta era la casa de Jack Derber, pero quería ver si podía ayudarla... y supongo que, si soy sincero, también quería saber qué estaba pasando. La puerta estaba abierta, así que entré, me la encontré en la biblioteca y le confesé que la había seguido. Le dije que me alegraba mucho de verla, que me había tenido muy preocupado.

»Era increíble la expresión que tenía. Era tan insensible... Meneó la cabeza y dijo que no debería haberlo hecho y que lo sentía mucho. Entonces se acercó a mí y sacó una pistola. Dijo otra vez que lo sentía y me obligó a bajar aquí, al sótano, me ató y...

—Se interrumpió y comenzó a sollozar—. No puedo creerlo. Me dejó aquí. Me dejó aquí para que muriera. En una caja estrecha. Sylvia.

De vuelta en la biblioteca, guardamos silencio. No nos atrevíamos a mirarnos a los ojos mientras intentábamos asimilar los hechos. Sylvia no era una víctima, como imaginábamos. Era nuestra carcelera. Había estado allí (sola) para preparar el escenario de nuestra defunción.

Ray era quizá quien estaba peor. Seguía intentando asumir quiénes éramos en realidad y por qué estábamos allí. Pero mientras le contábamos nuestra historia, a todas se nos había hecho aún más claro que no podíamos hacer nada, salvo esperar a que el plan de Jack comenzara a desplegarse.

Los suaves gemidos de Christine desde el poyete de la ventana interrumpieron por fin el silencio y se convirtieron rápidamente en un mascullar constante, bajo e ininteligible. Yo conocía aquellos sonidos. Era una vuelta a los tiempos del sótano, sus divagaciones de siempre, los murmullos que yo había aprendido a ignorar. La casa iba invadiéndonos a todos a su manera, introduciéndose en nuestros cuerpos, devolviéndonos a nuestro yo de entonces.

Yo temía lo que eso supondría en mi caso.

Luego, sin previo aviso, Christine dejó de llorar y se levantó. Avanzó hasta el centro de la habitación mientras la mirábamos con recelo.

Parecía angustiada, se retorció las manos con fuerza por encima del estómago, pero cuando comenzó a hablar su voz sonó extrañamente clara.

—Sylvia no es la única malvada aquí. Yo soy tan culpable como ella. —Hizo una pausa para serenarse. Yo esperé conteniendo la respiración y me pregunté qué vendría después—. Me daba miedo decíroslo cuando estábamos en el sótano, pero ahora... ahora tengo que sacármelo de dentro. Antes de que sea demasiado tarde. Esto... —Hizo un gesto con los brazos abarcando la biblioteca, pero comprendimos que se refería a algo mucho mayor—, esto es culpa mía. Todo lo que pasó aquí fue por mí.

Se quedó callada un momento. Luego se armó de valor para continuar. Saltaba a la vista que hablar de aquello le causaba una enorme angustia.

—Cuando estudiaba, cuando era alumna de Jack, no era solamente su ayudante de investigación. Era... Tenía una aventura con él. Creía que estaba enamorada. Y que él también me quería.

La miramos con perplejidad. A mí no me cabía en la cabeza que alguien pudiera tener voluntariamente una relación íntima con Jack.

Christine estaba conteniendo las lágrimas, decidida a continuar.

—Así que me trajo aquí, y yo fui una idiota. Fui la primera de todas —añadió con amargura—, su puto caso de prueba, y supongo que, como no me resistí lo suficiente, ni fui más lista que él, ni conseguí liberarme, se sintió lo bastante seguro para traeros a vosotras.

Se acercó al lugar que Tracy y yo conocíamos tan bien. El lugar de Jack junto al potro, donde siempre se cernía sobre nosotras. Se quedó allí, muy quieta, con los ojos

fijos en el suelo, intentando no derrumbarse.

Miró a Tracy y luego me miró a mí, y añadió:

—Pero eso no es lo peor. Nunca he tenido valor para contárselo a nadie, ni siquiera a la policía. Veréis, hubo otras dos chicas antes. Yo... —Apenas pudo decirlo—. Yo lo ayudé a secuestrarlas.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó Tracy, que daba la impresión de acabar de recibir una bofetada.

Yo no podía moverme. Me quedé sentada allí, mirándola fijamente.

—Me llevó con él. Pensé que era mi única oportunidad de escapar, así que le dije que me portaría bien. La verdad es que no pensaba ayudarlo. Y luego allí estábamos, en su coche, ofreciéndonos a llevar a una chica más o menos de mi edad. Todavía puedo verla. Llevaba el pelo recogido en una coleta. Tenía una mochila azul marino y miraba constantemente su reloj. Era como si su autobús fuera con retraso. Parecía tan inocente... Nunca lo olvidaré: me miró a los ojos como si quisiera asegurarse, comprobar que no corría peligro. Quise gritarle que no era así. Que corría peligro. Pero me mordí la lengua porque tenía miedo.

Nadie se movió. Nadie respiró.

—Y luego lo hicimos una segunda vez. Esa vez, no pude mirar a la chica a los ojos hasta que era ya demasiado tarde.

Christine tuvo que detenerse para cobrar fuerzas de nuevo.

—Ninguna de las dos duró mucho tiempo ahí abajo. Enseguida entraron en la caja y pasados unos días se fueron arriba y ya no volvieron. No me atreví a preguntar qué había sido de ellas.

»Y ahora veo cada noche la cara de esas chicas en sueños. Dios mío, las veo cada vez que cierro los ojos. Y me parece que me miran a través de los ojos de mis hijas. Por eso vine enseguida cuando me llamasteis. Cuando me dijisteis que podía haber otras jóvenes, pensé... pensé que tal vez encontraríamos a esas dos chicas. —Se volvió hacia mí con expresión de reproche—. Pero ahora ya no vamos a encontrarlas. Porque vamos a morir aquí.

Tracy se quedó de pie a su lado con expresión indefensa cuando cayó de rodillas y comenzó a llorar, despacio y suavemente al principio, luego cada vez más fuerte.

Yo estaba preparándome para lo peor cuando de pronto se enderezó y se inclinó hacia el suelo. Estaba mirando algo.

—Espera. ¿Qué es... qué es esto? —dijo al tiempo que se limpiaba la cara. Luego presionó con los dedos sobre un lugar en el suelo. Aquel mismo lugar. El sitio de Jack—. ¿Qué cojones...?

Pasó los dedos por la madera y encontró una especie de palanca. La pulsó, pero no sucedió nada. Nos congregamos todos a su alrededor.

Naturalmente, pensé. Otro de los siniestros juegos de Jack. Algo colocado allí expresamente para que lo encontráramos nosotras. Para que conociéramos las respuestas justo antes de que nos hiciera matar.

—Espera, déjame intentarlo —dijo Tracy. Apretó con más fuerza, pero el cierre estaba atascado—. Un momento, un momento... Ya está.

Por fin consiguió abrirlo. Se levantó el tablón, sujeto con una bisagra a la rendija de otro contiguo. Había un agujero en el suelo de cerca de treinta centímetros por sesenta. Tracy metió la mano dentro, sacó un cajoncito de madera y levantó la tapa. Dentro había una caja de cartón más pequeña, encima de un montón de cuadernos de espiral. Cuando abrió la caja, miramos todos por encima de su hombro.

—Fotografías —dijo Adele, que, al principio, antes de ver lo que eran, pareció emocionada.

No eran lo que ninguna de nosotras esperaba. Ni siquiera Adele.

Tracy las fue pasando lentamente mientras los demás seguíamos mirando por encima de su hombro. Al pasar las fotos, vi imagen tras imagen de cuerpos de mujeres jóvenes de todas las formas y tamaños, en posturas tanto naturales como forzadas, vestidas y desnudas. En color, en blanco y negro, en tonos sepia. Pero fueron sus caras lo que más nos impactó, a pesar de que muchas de ellas estaban borrosas. Algunas sonreían, otras parecían asustadas, otras sufrían visiblemente. Y algunas eran rostros de cadáveres en diversas fases de descomposición.

Adele se tapó la boca con las manos, los ojos desorbitados. Pensé que iba a vomitar.

Tracy colocó metódicamente las fotografías, volvió a guardarlas en la caja y le puso la tapa.

—No creo que tengamos que mirarlas ahora mismo —dijo con una calma casi sobrenatural y se volvió hacia Christine—. Esto debería consolarte un poco. Algunas de esas fotos parecen tener veinte años o más. Está claro que no fuiste la primera.

Pero Christine parecía tan horrorizada como las demás.

¿Qué significaba aquello? De nuevo toqué la fotografía de Jennifer que llevaba en el bolsillo. ¿Habría también una foto suya en aquella caja?

—Vamos a ver los cuadernos —dije, dominando mi voz a pesar de que tenía ganas de gritar.

Tracy los sacó y nos dio uno a cada una. Yo hojeé el mío despacio, con cuidado de tocarlo únicamente con las yemas de los dedos, como si hubiera veneno incrustado en las palabras que Jack había garabateado en las páginas en blanco.

—¿Qué es esto? —pregunté por fin. Estaban llenas de notas con la letra firme y regular de Jack Derber. Las leí en voz alta—: «El Sujeto H-29 soporta el dolor hasta contar hasta seis».

Nos volvimos hacia Adele todas a una. Sólo ella podía decirnos qué quería decir aquello. Era evidente que estaba horrorizada. Me quitó el cuaderno de las manos, pero, a diferencia de mí, acarició las páginas como si fueran un tesoro.

—Son... son sus notas —susurró maravillada—. Las que he estado buscando. Durante diez años.

—¿Te importaría explicarte? —preguntó Tracy con un filo acerado en la voz.

Adele pareció de pronto confusa. Su valentía se había evaporado como si comprendiera súbitamente lo que aquello suponía para nosotras. Lo que supondría para cualquier otro ser humano. Intentó explicarse.

—No es lo que pensáis. Jack... Jack me dijo que había tenido acceso a documentos gubernamentales de alto secreto. Estudios de la CIA sobre soldados y civiles de la década de 1950 en adelante sobre... sobre ciertas técnicas coercitivas. Ya sabéis, lavado de cerebro, control mental.

—Pero ¿por qué está todo escrito de su puño y letra?

Tracy no parecía muy convencida.

—Su contacto no le permitía fotocopiar nada, así que lo escribía todo a mano. Quería publicar un estudio, la verdad definitiva sobre el control mental. En eso estaba trabajando con él, pero nunca me dejó ver sus notas.

—Adele, siento decírtelo, pero no creo que este trabajo esté basado en archivos secretos de la CIA —repuso Tracy. Tocó la caja de fotografías que tenía al lado—. Parece una investigación original, y desde luego no creo que Jack pensara publicarla teniendo en cuenta que se trata de pruebas de sus crímenes.

Adele negó con la cabeza. Parecía confusa, aterrorizada.

—No sé qué es lo que...

Christine la interrumpió:

—¿Lavado de cerebro? Adele, no olvides que yo también me licencié en psicología. Conozco esos experimentos que hizo la CIA utilizando técnicas de persuasión chinas y coreanas. Están desacreditadas. La CIA se dio por vencida. El lavado de cerebro no funciona.

—Jack no estaba de acuerdo —contestó Adele—. Pensaba que la CIA sólo había interrumpido sus estudios porque les pillaron. Sus métodos eran poco éticos, por eso lo dejaron. Pero Jack decía que los documentos que había obtenido demostraban que la CIA había tenido éxito. Y que su descubrimiento cambiaría por completo la visión que se tenía sobre el asunto.

—Ya veo —dijo Tracy interrumpiéndola—. Y pensaste que, si aparecías como coautora, sin duda te invitarían a enseñar en Harvard.

Adele se puso pálida, pero no dijo nada.

Me acordé de los libros que la había visto leer en la biblioteca y empecé a entender el motivo. Pero entonces se me ocurrió otra idea aún más espantosa.

—Adele, ¿qué relación hay entre esa investigación y tu pequeña sociedad secreta? Sé que existía. Jack y tú estabais juntos en eso, ¿no es cierto? ¿Tiene algo que ver con torturar a esas chicas? Dinos la verdad. ¿Esas chicas formaban parte de este proyecto?

Negó con la cabeza. Tenía la cara tan blanca como las hojas del cuaderno abierto que tenía en la mano.

—No, no, yo no tenía ni idea de esto. —Señaló las fotografías—. Eso es distinto. Es la locura de Jack. Pero también tenía otra vertiente. Era un investigador serio.

—Entonces, ¿para qué era la sociedad secreta, Adele? Sabemos que estabas metida en eso. Nos lo dijo Scott Weber.

No era del todo cierto, pero pensé que convenía correr ese riesgo.

—¿Habéis hablado con Scott?

Su tono cambió en un instante, y sus ojos centellearon llenos de furia. Parecía un animal atrapado. Estaba acostumbrada a ejercer el control, a guardar sus secretos. Y sin embargo allí estaba, acorralada.

—Dínoslo, Adele —dijo Christine con los ojos enrojecidos por las lágrimas, pero con voz firme.

—La «sociedad secreta», como vosotras la llamáis, no tiene nada que ver con esto —comenzó a decir Adele, apartando la mirada de la turbadora expresión de Christine—. Era sólo un... un proyecto académico.

—Explícate.

Aquella orden tuvo que resonar dolorosamente en la cabeza de Adele. A su modo de ver, como todas sabíamos, era ella quien siempre hacía las preguntas. Nos miró a todas por turnos, intentando quizá sopesar la situación en la que estaba metida y descubrir quién ostentaba el poder. Guardamos silencio un minuto entero y esperamos mientras pugnaba por decidir qué debía decir a continuación. Por fin pareció concluir que no le quedaba otro remedio y contestó:

—David y yo salimos juntos durante ese primer semestre. Fue él quien me introdujo en el movimiento BDSM cuando nos conocimos. Al principio me interesó intelectualmente, ya sabéis..., como tema de estudio, pero luego me... Digamos que me sentí atraída por ese mundo. Empezamos a experimentar y la cosa fue a más.

Hizo una pausa y respiró hondo. Parecía ir resignándose poco a poco a contar su historia.

—Luego Jack nos sorprendió en los pasillos de atrás de la biblioteca de ciencias sociales, cuando estábamos haciendo un... un juego de roles muy imaginativo. Ni que decir tiene que le picó la curiosidad. Al principio nos horrorizó que se hubiera enterado nuestro profesor, pero luego nos sentimos halagados por su interés. Jack era tan impresionante, y yo había empezado a trabajar para él como ayudante de investigación, así que nos entusiasmó la idea de tener algo que ofrecerle.

»Al poco tiempo empezamos a ir los tres juntos a La Cúpula. Y luego, supongo que cuando confió lo suficiente en nosotros, Jack nos invitó a unirnos a su... a su grupo de estudio privado, creo que es el término más adecuado. Había montado un grupito muy exclusivo para analizar esta subcultura de una forma que una universidad que se mantenía con fondos públicos quizá no habría aprobado. De una manera más práctica, por así decirlo.

—Estaba relacionado con ese grupo de Bataille, ¿verdad? —pregunté.

Adele pareció sorprendida.

—Sí, Acephale, pero ¿cómo...?

—Por la marca. Es su símbolo —respondió Tracy.

—Entiendo —dijo Adele, visiblemente asombrada. Recuperó la compostura y continuó—: Pues sí, Jack estaba obsesionado con la literatura de la trasgresión: Bataille, Sade, Mirbeau. Pensaba que nos ayudaría a entender los orígenes psicológicos de las perversiones, del fetichismo, de los impulsos sádicos... De todo eso. —Hablabla con vehemencia, atropelladamente, como una proselitista—. Pero creía que el comportamiento trasgresor no podía estudiarse a través de la simple observación. No era como la depresión, o la esquizofrenia, o los trastornos del sueño. Teníamos que experimentarlo por nosotros mismos.

»Y eso era lo que hacíamos. Alteramos nuestra vida entera para llegar al meollo de su trabajo. Creamos nuestros propios rituales e incorporamos esos textos para, ya sabéis, impregnarnos de su espíritu, para que nos ayudaran a desprendernos de las normas sociales y a descubrir nuestro verdadero yo. A partir de ahí podríamos alcanzar una comprensión que superaría...

Se interrumpió bruscamente al ver nuestras caras.

Nos habíamos perdido. Ella se aclaró la garganta.

—Así que sí —dijo—, como parte de todo eso, hablábamos sobre el sacrificio humano, la mutilación, el *bondage* y toda clase de actos degradantes. Pero era un juego. No era real. Era como lo que hacíamos en el club. —Se detuvo y miró la caja de fotografías. De pronto se le saltaron las lágrimas—. Al menos, eso pensaba yo —agregó—. No sé. Puede que Jack nos estuviera preparando para otra cosa, pero las cosas no llegaron a más antes de que lo detuvieran. Os lo juro.

La mirábamos todos fijamente. Ninguno de nosotros se atrevía a moverse por miedo a que interrumpiera su relato.

Cuando se detuvo, miré rápidamente a mi alrededor comprobando las puertas, las ventanas, aguzando el oído. Estaba todo quieto, en silencio. Jack nos estaba haciendo esperar. Yo sujetaba mi cuchillo sobre el regazo, apretaba con fuerza el mango, abriendo y cerrando el puño.

Adele respiró hondo y prosiguió:

—Jack también trajo a un viejo amigo suyo para que se uniera a nosotros. Joe Myers, lo llamaba entonces. Ese era otra cosa. Era el más fanático de todos nosotros, cruel y violento. A veces hacía que me preguntara si sabía dónde me estaba metiendo. Pero para entonces estaba ya demasiado implicada en aquello. Y Jack seguía controlándolo todo. En aquel momento, yo confiaba estúpidamente en que lo mantuviera todo en un nivel aceptable.

Se paró y nos miró. Luego dijo recalcando las palabras:

—Resulta que no supe el verdadero nombre de Joe Myers hasta que ayer entró en la lista de los criminales más buscados. —Vio reflejada la impresión en nuestros ojos cuando comprendimos lo que quería decir—. Sí. Noah Philben.

Dejó pasar un momento para que asimiláramos la noticia antes de continuar:

—El día en que detuvieron a Jack, la noticia corrió como la pólvora por el campus. Pero al principio el FBI sólo se centró en la casa. Antes de que entraran en

su despacho de la facultad, yo me colé en él. Sabía que sólo iba a tener una oportunidad. Cogí todo lo que pude llevarme para poder continuar con su proyecto, pero sabía que Jack guardaba en la casa material crucial y que no había forma de poderme hacer con él.

»Noah Philben, que para mí en aquel momento era todavía Joe Myers, también quería conseguir las cosas de Jack, aunque yo no sabía por qué. Y temía que ya se hubiera llevado algo. Quise encararme con él, pero desapareció. No pude encontrarlo después de la detención de Jack porque ignoraba su verdadera identidad. Os juro que me enteré ayer, cuando salió su fotografía en las noticias. —Se volvió hacia mí—. Cuando vi su cara y oí que Sylvia pertenecía a su iglesia, sospeché que vuestra búsqueda os había conducido de algún modo hasta él. Y acerté.

—Y querías saber qué habíamos descubierto exactamente, ¿no es eso, Adele? Por eso nos llamaste, por eso querías venir al hotel —la interrumpió Tracy.

—Pero, Adele, Scott Weber dijo que la sociedad secreta había seguido reuniéndose después de la detención de Jack —dije en tono desafiante.

—Algo así. —Se quedó pensando un momento. Luego añadió—: Nos reuníamos, pero en aquel momento sólo estábamos David y yo y otros dos a los que conocíamos de La Cúpula. Estábamos evaluando daños, intentando asegurarnos de que no teníamos ningún vínculo con Jack que pudiera conducir hasta nosotros, que lo que habíamos hecho no llegaría a oídos de la policía.

»Y sí, yo seguía viendo a David. Estaba... Sólo salí con Scott para despistarlo y que se olvidara de la investigación de Jack. No quería que encontrara sus notas antes que yo. Es un periodista estupendo, así que tuve que mantenerlo alejado. Sé que no suena muy ético, pero tenéis que entenderlo. Este trabajo se ha convertido en mi vida.

—No me digas —masculló Tracy.

Me volví hacia Adele.

—¿No estabais... no estabais... conmocionados, o asqueados, u horrorizados o lo que fuese por lo que acababais de descubrir sobre vuestro profesor y... y amigos, digamos?

Pareció avergonzada.

—Bueno, sí. Yo sí. Sí, desde luego. Pero también me decía a mí misma que debía ser fuerte, porque aquello era de verdad una... una oportunidad para mí.

—Das verdadero asco, Adele —dijo Tracy, apartando la mirada con repugnancia.

Al oírla, Adele giró sobre sus talones y regresó a su puesto junto a la ventana. Nos dio la espalda y no pude distinguir si se arrepentía de su confesión o no. La dejamos en paz.

Mientras estábamos allí, intentando recobrarlos de la impresión, Ray comenzó a revolver dentro de la caja de fotografías. De pronto dio un respingo y se volvió hacia mí con cara de terror.

—¿Cómo has dicho que llamaba a esos «sujetos»? ¿Los de los cuadernos?

Levanté uno.

—Veamos, aquí hay un Sujeto L-39, y aquí un M-50...

—Ya es suficiente. Mira.

Me pasó una fotografía a la que le había dado la vuelta.

Distinguí a duras penas las palabras «Sujeto M-19» escritas en la esquina inferior izquierda. Cogí el montón de fotografías. Efectivamente, estaban cuidadosamente etiquetadas en letra diminuta, todas con la misma formulación: Sujeto P-9, L-25, Z-03.

Y entonces encontré el H-29, el sujeto sobre el que había leído en el cuaderno. Era rubia, llevaba puesto un camisón hecho jirones, tenía los ojos cerrados, un moratón hinchado en la mejilla izquierda y una cadena alrededor del cuello. Tenía los dientes al descubierto y, a su alrededor, le chorreaban rojos los labios.

Tracy tenía razón desde el principio. Aquellas chicas eran, en efecto, el estudio de Jack.

Tracy se levantó bruscamente y me arrancó las fotos de las manos. Cruzó la habitación en dos zancadas y agitó las instantáneas delante de la cara de Adele.

—¿Es que no ves lo que significa esto? —gritó—. ¿Tengo que decírtelo? No había ningún documento de la CIA, Adele. No se trataba de un noble estudio académico. Jack estaba haciendo sus propios experimentos de control mental. Utilizando la tortura. Con estas chicas. —Hizo una pausa—. Y con nosotras.

Asqueada, arrojó las fotos al suelo delante de Adele. Nadie dijo nada, nos limitamos a escuchar el ruido que hacían al deslizarse por la tarima. Luego Tracy retrocedió y miró con dureza a la mujer. Su voz sonó más serena.

—Por lo visto, Jack quería convertirte en una protegida de un tipo muy distinto al que tú pensabas.

Adele se quedó mirando las fotografías esparcidas a sus pies. Se agachó, tomó una y examinó la anotación del dorso. Allí estaba, el trabajo de su vida, basado en experimentos realizados con chicas raptadas. Y lo que era peor aún, aquel maníaco quizás hubiera intentado hacerla partícipe poco a poco de sus maquinaciones, engatusándola para que se convirtiera en una de aquellas chicas, para que aceptara tomar parte en algún estudio horrendo, en su obra magna de tortura y degradación.

—Creo que... creo que necesito estar sola unos minutos —dijo.

Se volvió lentamente y salió como una zombi de la habitación, la mirada fija hacia delante.

—¿Creéis que conviene que la dejemos marchar? —preguntó Tracy cuando quedó claro que Adele no iba a volver enseguida.

—Sí, está muy impresionada. Y sabe que la han engañado. Se creía la gran manipuladora y resulta que era a ella a quien estaban manipulando. Es otra víctima más de Jack. De otro tipo, pero una víctima. —Me detuve para tomar aliento—. Así que creo que de momento deberíamos dejarla un rato sola.

Tracy volvió a mirar los cuadernos.

—Bueno, a mí seguramente también me vendría bien estar un rato sola. O diez años más de terapia. O un trago gigantesco de vodka.

Se inclinó sobre las fotografías dispersas por el suelo, tomó varias al azar y recorrió las imágenes con el dedo.

—Así que —comenzó a decir con voz casi inaudible— ¿nosotras también formábamos parte de... de estos experimentos?

Me senté a su lado, cogí una foto en la que se veía a una morena con los rizos de una permanente casera y barata. Miraba hacia la cámara con desconfianza. Sujeto S-5 . De la década de 1980, calculé.

Christine había vuelto al asiento de la ventana. Ray se paseaba de un lado a otro retorciéndose las manos. Estábamos todos conmocionados, tocados en lo más profundo de nuestro ser.

—¿Son estas las otras cincuenta y cuatro chicas de la lista de Jim? ¿Puede que alguna todavía esté viva? Y si es así, ¿están huyendo con Noah Philben en este preciso momento? —pregunté.

Tracy meneó la cabeza lentamente.

—Me pregunto si Noah también es un científico serio.

—No sé por qué, pero lo dudo —contesté mientras colocaba distraídamente las fotografías en montones—. Tengo la impresión de que a Jack le gustaba la tortura y a Noah ganar dinero. Inventaron un modo de hacer ambas cosas. Y ahora que Jack no puede estar presente, seguro que le encanta oír las historias de este mundo repugnante que él puso en marcha. Y que seguramente todavía controla. O puede que la que esté al mando sea Sylvia —añadí, pensando en nuestra situación—. A fin de cuentas, fue ella quien montó esta trampa. Puede que ahora sea su lugarteniente.

—¿Igual que tú, Sarah? —preguntó Tracy en voz baja.

Giré bruscamente la cabeza para mirarla.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que fíjate en cómo nos traicionaste. Eras prácticamente como Sylvia. Podrías haber sido tú...

—Yo no era como Sylvia, ni mucho menos. ¿Cómo te atreves a decir eso?

Se levantó y se acercó a mí. Tanto que sin duda sabía que me sentiría incómoda. Odié a mi cuerpo en ese instante por retirarse de ella.

—Sarah, ¿es que a ti también te han lavado el cerebro para que olvides? ¿No te acuerdas de cómo fueron esos últimos meses en el sótano? Cuando... cuando... te pasaste al otro lado.

Sacudí la cabeza.

—Yo no hice eso. No hice eso.

—¿De veras? ¿No lo hiciste? Entonces, ¿cómo explicas el hecho de que te mudaras arriba? ¿Cómo explicas que, cuando una de nosotras estaba atada en el potro, tú estuvieras allí al lado, en la habitación, ayudándolo, pasándole sus herramientas y sus instrumentos de tortura, sonriendo? Imagino que contigo sí funcionaron sus técnicas, a fin de cuentas —añadió gritando.

Mis pensamientos discurrían a toda velocidad: fragmentos de recuerdos, escenas inconexas que reaparecían en mi mente. Sacudí la cabeza como si de esa forma pudiera borrar las imágenes que habían hecho aflorar las palabras de Tracy. La sacudí aún más fuerte y cerré los ojos. Me mordí el labio intentando detener las lágrimas que sentía formarse en mis ojos. No quería perder el control en ese momento. Quería seguir siendo fuerte.

Me contuve y me erguí en el asiento. La primera cara que vi fue la de Ray. Advertí su impresión y su horror por lo que acababa de decir Tracy mientras nos miraba a ambas sucesivamente.

—No me acuerdo de eso. No sucedió —dije por fin, agotada por el esfuerzo de luchar con mis recuerdos.

Christine se había levantado y se acercaba a mí lentamente.

—Sí que sucedió, Sarah. Sucedió.

—Y ni siquiera es lo peor, Sarah —prosiguió Tracy—. Casi podría perdonarte por eso. Estábamos desnutridas, mentalmente hechas polvo. Pero creía que ahí abajo teníamos cierto código de conducta. Cierta promesa las unas con las otras. Y tú lo violaste de un modo que resultó mucho más dañino que cualquier cosa que pudiera habernos hecho Jack.

Negué con la cabeza sin dejar de repetir:

—Yo no hice eso. No hice eso.

—Sí que lo hiciste, Sarah.

La biblioteca quedó en silencio un momento. Luego Tracy dijo en voz baja pero resuelta, pronunciando cada sílaba con claridad:

—Le hablaste de mi hermano. Le contaste que Ben se había suicidado.

Entonces sucedió algo inconcebible. Tracy se echó a llorar. Lágrimas de verdad. La miré impactada. Nunca la había visto llorar. Todos esos años en el sótano había sido tan fuerte, nunca nos dejó verla así, y ahora, allí, lloraba no por Jack, sino por algo que había hecho yo...

—¿Por qué? —insistió—. No tenía por qué saberlo. Yo entendía lo que podías ganar ayudándolo con sus instrumentos. Sé que intentabas congraciarte con él para que confiara en ti y te dejara salir. Eso lo comprendo. Pero hablarle de Ben... Cuando sabías que lo utilizaría contra mí... Podía soportar cualquier otra cosa. Que me atara, que me amordazara, que me electrocutara, que me golpeará, cualquier cosa. Pero no quería oírle pronunciar el nombre de Ben. En cuanto lo supo, pudo manipular mi mente, hacerme creer que su muerte era culpa mía, sólo culpa mía.

Se interrumpió de repente, limpiándose la cara con la manga. Luego me miró con los ojos entornados.

—Pues tengo otro secreto para ti, Sarah. Sé que crees que eres la única que sufrió aquí. Pero permíteme que te diga que esos primeros años fuera también fueron muy difíciles para mí. Mucho más duros de lo que podían haber sido. Gracias a ti, no podía parar de pensar en las cosas que me había dicho Jack aquí.

Se quedó callada un momento. Después cerró los ojos y comenzó otra vez.

—Fue tan duro, de hecho, que intenté reunirme con Ben en el fondo del lago. Dos veces. Y está claro que me habría ido mejor si me hubiera quedado allí.

Ninguno dijo nada. Yo fijé la vista en el suelo, incapaz de mirarla a los ojos. No podía creerlo. Tracy parecía tan dura, tan capaz... La más fuerte de las tres. ¿Aquella experiencia también había estado a punto de destruirla a ella?

¿O era yo, quizá, quien casi la había destruido?

Tenían razón. No tenía por qué haberle contado su secreto a Jack. ¿Por qué lo hice? Mis recuerdos de aquella época eran tan intrincados, tan dolorosos y sin embargo tan difusos... Puede que hubiera un momento, unos pocos segundos fugaces, en los que mi mente se volviera del revés y pensara que, estar con Jack,

ayudar a Jack, era mi destino. Que hubiera creído en su retorcida visión del mundo. Que una pequeña parte de mí se hubiera resignado a estar con él el resto de mi vida, a apoyar sus sádicas aspiraciones, a satisfacer sus necesidades perversas. Había necesitado creerlo para llevar a cabo mi plan. Creer sólo un poco para convencerlo. Pero ¿había ido demasiado lejos? ¿Me había pasado de la raya? ¿Me había convertido en un caso exitoso dentro de su siniestra investigación?

Sólo pude balbucear:

—Lo siento... Lo siento muchísimo... Yo...

Pero en ese momento oímos un nuevo ruido procedente de la entrada de la casa.

Nos volvimos hacia la entrada de la biblioteca, que Adele había dejado entreabierta. Oímos pasos que se acercaban. La silueta de una mujer apareció en la sombra, como un fantasma, deslizándose por el suelo de la habitación. Entonces vi que empuñaba una pistola. Y que se acercaba.

—¡Sylvia! —gritó Ray.

Yo no podía creer lo que estaba viendo. Al principio, la habitación pareció girar vertiginosamente a mi alrededor. Luego desapareció por completo. El mundo, mil mundos se desplomaron sobre mi cabeza. La realidad que tenía ante mí era tan desconcertante que mi mente no alcanzaba a juntar las piezas del puzle. Por más que lo intentaba, no conseguía entender lo que pasaba.

—Esa no es Sylvia —dije por fin, y sentí que la sangre se me agolpaba en la cabeza—. Es... ¡es Jennifer!

—Ay, Dios mío —oí decir a Christine al fondo de la habitación.

Tracy, por su parte, se quedó ahí, atónita, y sólo pudo mascullar en voz baja:

—¿Qué mierda...?

—Pero esa es Sylvia —repitió Ray en tono casi suplicante—. Es ella.

La mujer de la pistola se acercó más. Por fin dijo:

—Juntaos. Sentaos en el suelo. Las manos arriba.

Yo me sentía confusa, desorientada, rota por dentro. Y sin embargo mi emoción más intensa era la alegría, un sentimiento de plenitud que no había experimentado desde antes de nuestro secuestro, hacía ya muchos años. Era Jennifer. Jennifer. Era ella de verdad. Nos habíamos reunido al fin, después de lo que sólo podía ser una aberración, una carambola, un desvío de trece años en lo que debería haber sido nuestra vida juntas. Me pareció que debía ser capaz de correr a su lado, de abrazarla y susurrarle al oído, como habíamos hecho siempre. Estaba a salvo. Estábamos a salvo. Habíamos sobrevivido las dos.

Empecé a susurrar su nombre a mi pesar. Pensé que, en cuanto se diera cuenta de que era yo, bajaría la pistola, podríamos irnos todos a casa y aquellos últimos trece años se borrarían de un plumazo. Podríamos redactar una nueva «Lista prohibida», seguirla al pie de la letra y estar a salvo, juntas, para siempre. Sin duda no era ella quien nos había encerrado allí. Sin duda estábamos equivocados y había otra explicación.

Pero la pistola no se movió, y obedecimos su orden.

Entonces vi por el rabillo del ojo, detrás de Jennifer, que la puerta de la casa estaba abierta de par en par. A pesar de mi estado de conmoción, mi mente, tan acostumbrada a sobrevivir, comenzó de inmediato a hacer un cálculo de probabilidades. ¿Cómo podía pasar junto a Jennifer y salir por la puerta? Me di cuenta entonces de que de nuevo sólo podía pensar en salvarme a mí misma, dejando a los demás a su suerte. Los salvaría si pudiera, pero sólo *a posteriori*, cuando tuviera

asegurado mi porvenir.

Darme cuenta de lo que estaba haciendo en ese instante me obligó a afrontar una verdad acerca de mí misma. Tracy y Christine tenían razón. ¿Qué me había hecho Jack Derber? En ese momento, una parte de mí estaba dispuesta a darse por vencida. Podía ya pasar cualquier cosa, que en cierto modo ya nada me importaba.

Pero no, pensé alejando de mí esa desesperación. Yo quería vivir. Quería ser fuerte. Y necesitaba entender lo que estaba pasando.

—Jennifer, creía... creía que estabas muerta... El cadáver... el que estaba conmigo dentro de la caja... —balbuceé.

—Sí, sé que lo pensaste. Había otros cuerpos, Sarah. Ese no era el mío.

—¿Otros cuerpos? ¿Dónde estabas, entonces? —Casi no podía asimilar las implicaciones de lo que acababa de decir. Creía que la traidora era yo, y de pronto me daba cuenta de que Jennifer había avanzado mucho más por ese camino—. ¿Sabías... sabías que me había dejado en esa caja?

Sus ojos brillaron un instante. Luego desvió la mirada. Tracy cambió de postura y ella la apuntó con la pistola.

—No te muevas, Tracy, o te mato primero a ti.

—¿Primero? —chilló Christine, que estaba detrás de mí.

—Shhh... shh... —intenté calmarla sin quitarle ojo a Jennifer y procurando no darme la vuelta del todo.

Vi la expresión estupefacta de Ray, pero no había tiempo de explicarle lo que sin duda había ocurrido. Que había una verdadera Sylvia Dunham, pero no era aquella, y él nunca la había conocido. Que Tracy y yo habíamos conocido a los padres de la auténtica Sylvia Dunham y habíamos visto su fotografía. Que a ella también tenían que haberla secuestrado hacía mucho tiempo. Que Jack le había dado su identidad a Jennifer para que pudiera salir al mundo y actuar a sus órdenes. Que sin duda habían necesitado casarse para que ella pudiera entrar en la cárcel. A la verdadera Sylvia podía haberle sucedido cualquier cosa, y seguramente así había sido.

Entonces la vi: Adele estaba detrás de Jennifer, a punto de entrar en la biblioteca. Quise hacerle una seña, pero no se me ocurrió cómo. Era nuestra única esperanza. Vi que había estado llorando, que estaba ausente, que ni siquiera levantaba la vista mientras avanzaba por el pasillo.

Confié contra toda esperanza en que los demás no dieran muestras de verla.

Christine contuvo la respiración y vi por el rabillo del ojo que Tracy le clavaba la rodilla en la pierna. Vimos todos a una que nuestro destino estaba en manos de Adele. Pasaron penosamente los segundos. Los pasos de Adele: uno, dos, tres. Delante de ella, Jennifer nos miraba con una extraña expresión triunfal.

«Levanta la vista, Adele. Levanta la vista».

Yo sabía que todos estábamos pensando lo mismo. Nadie se atrevía a respirar.

Entonces Adele levantó la vista.

«No grites —pensé—. No grites, joder».

Después de aquello, me pareció que todo transcurría a cámara lenta. Adele no gritó. Se inclinó muy despacio y agarró la sartén que había dejado en el suelo. Dudó sólo una fracción de segundo.

Vi en sus ojos, sin embargo, que pese a sus muchos años como *dominatrix*, no estaba preparada para infligir verdadero dolor, ni para matar, quizás, a otra persona. Y yo tampoco quería que matara a nadie. En ese momento tuve miedo por Jennifer. A pesar de todo, no quería que muriera. No, habiéndola encontrado después de tantos años. No quería que muriera, a pesar de que estaba segura de que estaba a punto de matarme. Ni siquiera así.

Adele levantó de pronto la sartén por encima de su cabeza y con un movimiento rápido golpeó con ella la mano de Jennifer. La pistola se disparó al caer al suelo. Adele tropezó, se tambaleó por el peso de la sartén y el vaivén hizo que cayera al suelo.

Inspeccioné rápidamente la habitación. Ray había recibido un balazo en el pie. Aullaba de dolor y su sangre se derramaba por el suelo de madera bruñida. Christine parecía pasmada, paralizada por el miedo.

Tracy y yo nos levantamos de un salto al mismo tiempo y nos abalanzamos sobre Jennifer, que se estaba dando la vuelta para correr hacia la puerta abierta, dispuesta a cerrarla, a dejarnos atrapados de nuevo, esta vez para siempre.

Era el momento decisivo. Noté que Tracy no iba a llegar a tiempo. Tendría que hacerlo yo. Agarrar no un cuerpo cualquiera, sino el cuerpo que tanto había anhelado y temido en mis recuerdos, el cuerpo de la caja. La idea me puso enferma, hizo que se me erizara la piel. Pero me dominé. Conseguí dominarme.

Corrí todo lo rápido que pude y la agarré con fuerza, rodeándola con los brazos en un siniestro abrazo de reencuentro. La sujeté con firmeza, envolviéndola por completo, hasta juntar las manos. Se giró para mirarme a la cara, para empujarme. Noté su aliento. Hacía años que nadie se me acercaba tanto. Agitaba los brazos, forcejaba como una loca, pero esta vez fui fuerte. Esta vez, nos salvaría a todos.

Tracy se me acercó por la espalda y me ayudó a sujetarle los brazos. Adele, que se había levantado, salió corriendo de la habitación y volvió con la soga del sótano. Juntas atamos a Jennifer con fuerza. Temerosos de seguir en la casa un segundo más, la sacamos a rastras al jardín y nos reunimos a su alrededor, mirándola pasmados.

Nadie dijo nada. Aunque no entendíamos aún los pormenores de la historia, sabíamos lo suficiente para intuir lo sucedido. Más tarde nos enteraríamos del espantoso calvario que había vivido Jennifer, de los años de tortura y manipulación que había pasado con Jack en la casa y después en la secta de Noah Philben. Cómo se la habían pasado unos a otros para satisfacer sus impulsos sádicos y cómo la habían utilizado después como recadera cuando Jack ingresó en prisión. Las cosas que había tenido que hacer para sobrevivir. El dolor que había soportado y, lo que era peor aún, que había tenido que infligir a otros.

Tracy bajó por la colina, frenética, intentando encontrar cobertura y por fin pudo hablar con Jim. Llegó acompañado por un montón de focos, luces y sirenas. Fue como un eco de aquella otra época, diez años antes, cuando llegó allí para salvarla a ella y a Christine.

Yo sabía que se llevarían a Jennifer a un hospital y que con el tiempo, supuse, acabaría en una institución psiquiátrica. Cuando la policía la tuvo inmovilizada por completo, me acerqué a ella.

Era ella de verdad. Su rostro envejecido mostraba los signos de una vida dura y repleta de tragedias: estaba prematuramente arrugado y su piel carecía de color. Pero aun así era ella. Después de todos esos años pensando que el frío cadáver del granero era mi querida Jennifer, resultaba casi espeluznante verla moverse, viva y real. Como ver resucitar aquel cadáver de mis sueños. Me pregunté fugazmente quién sería la chica de la caja, pero ahuyenté aquella idea. Lo importante ahora era que Jennifer estaba allí, conmigo.

Estaba sujeta a una camilla, pero las sujeciones parecían casi innecesarias, porque no se movía en absoluto. No miraba a su alrededor. Tenía los ojos fijos en algún punto distante.

¿Estaba pensando en Jack Derber?

No quería preguntar y sin embargo deseaba saber cómo... cómo había llegado a aquel punto. Me volví hacia ella.

—Jennifer... —Apenas podía hablar—. Jennifer, ¿qué te ha pasado?

Pasó un rato sin que me mirara. Luego, por fin, fijó los ojos en mí sin mover la cabeza. ¿Se ablandó su mirada? Quise creer que veía un rastro de la Jennifer a la que conocía, en algún lugar, allí dentro, que sus ojos me suplicaban como antaño.

Cuando habló finalmente, su voz sonó clara:

—Ya no tengo miedo —dijo—. Ya nada me asusta.

Eso fue todo. Después desvió los ojos. El horror me atravesó como un cuchillo. Jennifer ya no era la misma persona.

Intenté consolarme con la idea de que, fuera quien fuese ahora, de allí en adelante estaría a salvo. No correría peligro, allí donde la llevaran. Nadie podría volver a hacerle daño.

Me pregunté si habría alguna posibilidad de que me devolvieran a la chica del cuarto del desván de mi casa. Hice un pacto conmigo misma en ese instante: me prometí apoyarla siempre a partir de ese momento. Esta vez intentaría salvarla de verdad, en caso de que hubiera la más remota posibilidad de salvarla.

Se la habían llevado ya cuando Jim se acercó a mí en un rincón del jardín de Jack, lo más lejos posible del granero. El personal médico estaba vendando el pie a Ray, y Christine y Tracy estaban respondiendo a las preguntas de sendos policías. Adele estaba sentada, sola, en atónito silencio, observando cómo la policía desenrollaba cinta amarilla alrededor de la casa.

Jim se sentó a mi lado, arrancó una brizna de hierba y se puso a darle vueltas entre los dedos. Mantuvo la distancia.

—Lo de ahí dentro ha sido muy duro. ¿Estás bien?

—¿Bien? No, la verdad es que no.

—Entiendo. —Me miró intensamente—. Sarah... Respecto al apartado de correos ochenta y dos... Uno de nuestros hombres llevó una foto de Jack Derber. Se la enseñó al empleado que trabajaba en la oficina de correos de River Bend en aquella época.

—¿Y?

—Dijo que se llamaba Tommy Philben. Que ese era el nombre que escribió en el impreso.

Hizo una pausa para que asimilara la noticia.

—Así que siempre han estado juntos, ¿verdad? De una manera u otra. Noah y Jack.

—Eso parece.

Guardamos silencio.

—He hablado con la doctora Simmons. Quiere ayudarte.

—No, gracias. —Me giré hacia él—. Esta vez no quiero «superarlo». Ahí dentro me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—De que, aunque haya intentado convencerme de lo contrario, hasta cierto punto en aquella época sólo miraba por mí misma. Era egoísta, débil. Y por eso estuve tan cerca de volverme como Jennifer. Ahora que lo comprendo, tengo que cambiar algo.

—¿Cambiar qué?

—Las otras cincuenta y cuatro.

—¿Qué?

—Necesito la lista.

—No puedo dártela, Sarah.

—Jim.

No lo miré. Me limité a esperar.

Estuvimos callados un par de minutos. Luego, sin decir nada, se levantó y se acercó a su coche.

Regresó un momento después, con un sobre marrón. Suspiró, se encogió de hombros y me lo dio.

—Esto no te lo he dado yo —dijo.

Saqué la hoja de papel y miré los nombres. Las letras se emborronaron un momento delante de mis ojos. Respiré hondo.

—¿Tienes un boli? —pregunté.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó uno.

Pulsé el extremo para sacar la punta y escribí en la parte de arriba de la lista, en las grandes letras de imprenta de nuestros diarios de antaño «SYLVIA DUNHAM».

Le devolví el bolígrafo y el sobre vacío, doblé el papel hasta convertirlo en un cuadradito y me lo guardé en el bolsillo.

Me pregunté dónde podía estar Sylvia Dunham, aquella chica de la fotografía de primer curso. Aquella chica sin nombre que se había perdido. Pero yo la encontraría. La encontraría de algún modo y ayudaría a sus padres a entender que no había preferido la maldad a vivir con ellos. Quería borrar al menos ese dolor, aunque no pudiera hacer otra cosa.

Y sentí el ardor de aquel propósito en mi pecho, quemando el vacío, la oquedad que notaba dentro. Llevándose mi pena, engullida por aquel anhelo. Por aquel deseo de arreglar las cosas. De salvarlas a todas.

Miré a Jim. Estaba sonriendo. Nos levantamos los dos. Me pregunté si el cambio que se había operado en mí era visible.

Le tendí la mano. Pareció sorprendido, pero la agarró y nos las estrechamos. La suya era cálida, de piel suave. Me sentí cómoda y segura mientras apretaba la mía. Lo miré a los ojos. Nunca antes me había fijado en que eran verdes. Luego sonreímos los dos.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mi maravillosa agente, Alexandra Machinist, que pastoreó con pericia este libro desde el primer borrador; a Dorothy Vincent, por representarme espléndidamente en el extranjero; a Tina Bennett, por abrir la primera puerta; a Pam Dorman y Beena Kamlani, por su labor editorial, diestra y perspicaz, y a todo el equipo de Pamela Dorman Books/Viking, por su arduo trabajo y su compromiso con este libro; a mi marido, Stephen Metcalf, que me ayudó enormemente, tanto a nivel emocional como editorial, para sacar esta novela adelante; a Stella y Kate, que no podrán leer ni una palabra hasta que estén en la universidad; a mi fabulosa hermana, Lindsay Farina; a mi mejor amiga e inspiración, Lisa Gifford; a mis otros queridos amigos que apoyaron este libro de mil maneras distintas: George Cheeks, Emily Kirven, Michael Kirven, Corey Powell, Paige Orloff, David Grann, Jeff Roda, Jennifer Warner, Virginia Lazalde-McPherson, Mike Minden y Marshall Eisen; y, por ayudarme a darle sentido a todo, a Melissa Wacks.



KOETHI ZAN (Opp, Alabama, EE. UU.). Recibió varias becas para estudiar en el Birmingham-Southern College antes de acudir a la Universidad de Yale. Tras licenciarse trabajó varios años para una importante firma de abogados de carácter corporativo antes de dedicarse a la práctica privada especializada en el mundo del espectáculo. Zan trabajó con estrellas del cine y la música, llegando a ocupar un puesto directivo en el consejo del canal musical *MTV*.

En lo literario, Zan dio el salto a la narrativa con el libro *La lista prohibida*, una novela negra que ha logrado un interesante debut en los Estados Unidos y que ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el castellano.

Notas

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<